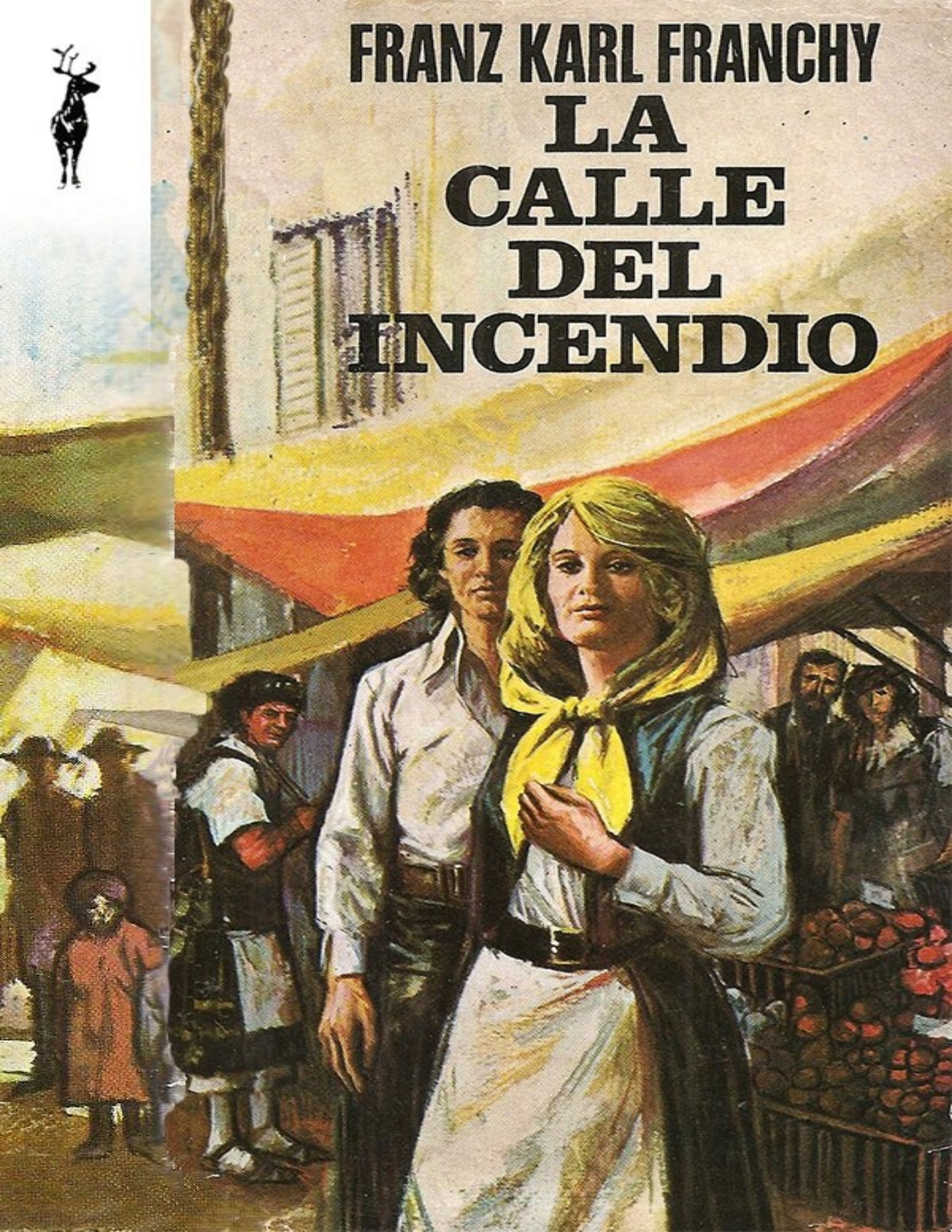
FRANZ KARL FRANCHY

LA CALLE DEL INCENDIO



La calle del incendio narra la historia de Josua, un comerciante modesto que lucha por alcanzar prestigio en un entorno rural marcado por la injusticia y la memoria histórica de un antiguo ghetto incendiario.

La novela se centra en Josua, un hombre sencillo que desea mejorar su posición social y obtener reconocimiento en su comunidad, pero se enfrenta a un destino de fracaso en su mundo contemporáneo, reflejando una especie de parábola sobre las limitaciones y las injusticias de la sociedad de su tiempo. La historia se sitúa en Barcelona, 1975, aunque remite a un pasado histórico: el antiguo ghetto fue escenario de un incendio dos siglos antes, cuando los judíos fueron acusados de falsificación de monedas, lo que añade un trasfondo de memoria histórica y persecución.

Franz Karl Franchy combina en esta obra un equilibrio entre la narrativa moderna y la clásica, logrando que la historia de Josua no solo sea un relato personal, sino también una reflexión sobre la sociedad, la tradición y la injusticia. En resumen, La calle del incendio es una obra que mezcla historia, crítica social y la lucha individual de un personaje frente a un entorno adverso, ofreciendo al lector una mirada profunda sobre la memoria histórica y las dificultades de la vida cotidiana en un contexto rural y urbano de mediados del siglo XX.

Franz Karl Franchy

La calle del incendio

Colección Reno - 437

Título original: *Die Brandgasse*
Franz Karl Franchy, 1963
Traducción: Manuel Vázquez

1

AMBOS, el propietario de varias fincas urbanas, Jeronim Luka, y su singular arrendatario, Josua Eruchteil, no vivían en el mismo edificio. Pocos años antes, Luka había heredado una sólida casa de pisos en la calle Mayor y, por añadidura, un almacén lindante con el patio interior también dividido en pisos que él denominaba pomposamente *dependencias*, aun cuando sólo se hubiese acondicionado, con gran trabajo, la sección superior para transformarla en cuartos abuhardillados. Pero él mismo debía seguir habitando, con no poco disgusto por su parte, la raquítica casa de una sola planta en los arrabales, pues ciertos contratos a largo plazo protegían a los inquilinos domiciliados allí y obstaculizaban la ansiada mudanza. Esa existencia arrabalera se le antojaba a Luka totalmente impropia de su merecido presagio; y Wanda, su esposa, tan lenguaraz como haragana, la juzgaba degradante. Ambos anhelaban trasladarse al centro urbano donde podrían exhibir su prosperidad de forma más destacada, porque su empresa de transportes medraba sin cesar. Tres impresionantes camiones, todavía verdaderas rarezas en aquella apartada provincia, se alineaban en el garaje, y los convenios concertados con diversos fabricantes eran seguros y lucrativos. Los vehículos acarreaban pieles sin curtir, cueros, conservas y toneles o cajas de cerveza por todo el país, eligiéndose deliberadamente para ellos los puntos más distantes. Aunque las cuentas que pergeñaba Luka en su lóbrega oficina habían salido bien hasta entonces, siempre parecían erróneas, tan pronto como abandonaba su escritorio y entraba en la

no menos tenebrosa vivienda. Pues allí permanecía repantigada y generalmente inactiva (una campesina se ocupaba de las faenas domésticas). Wanda, sin llevar siquiera ropas caseras, peinada presuntuosamente, pintada de forma desafiante, y quejosa, siempre quejosa. Se quejaba entornando los ojos para escrutar, con mirada reprobadora, el techo de vigas, las ventanas semejantes a tragaluces o el piso pintado, aunque también solía quejarse con ásperas palabras y en tonos estridentes, lamentando su progresiva degeneración en aquella enmohecida atmósfera donde no podía recibir dignamente a nadie, y amenazaba con marcharse para disfrutar de sus mejores años en alguna otra parte. Cabía preguntarse si Jeronim, plantado allí con los brazos caídos, concedía importancia a esa amenaza tantas veces formulada, pero nunca cumplida hasta el momento. Sea como fuere, se doblegaba ante las apremiantes reclamaciones y había intentado ya introducir cambios inmediatos en su casa, situada sobre una colina, primero con ruegos, exhortaciones e intimidación, y luego con ofertas que implicaban insoslayables sacrificios.

Sin embargo, las cosas le salían torcidas. No en la planta baja, donde Grigore Dudutz, propietario de una zapatería instalada con ostensible modernismo, había emprendido, algunos años atrás ciertas reformas —previa autorización del testador— para proveer las representativas salas de ventas de grandiosos escaparates, malogrando así todas las posibilidades de habitabilidad, sino mas bien en el piso en el cual Wanda había puesto sus miras.

Aquí, en una serie de soleadas habitaciones, residía y practicaba Cornel Lungu, dentista de profesión según su placa anunciadora, quien se hacía llamar doctor sin el menor escrúpulo, y con la misma falta de vergüenza manipulaba, no sólo los medicamentos, sino también a sus pacientes. Era hombre de porte majestuoso, ¡ah, eso sí!, con deslumbrantes hileras dentales sustitutivas de la publicidad y que mostraba sin reparo en una sonrisa permanente. Compartía esa vivienda su esposa Aurelia, consagrada con pluma y pincel a las bellas artes, vestida y peinada según los últimos dictámenes de la

moda, siempre en perfectas condiciones de recibir visitas, porque Angélica, muchacha para todo, llevaba ejemplarmente la administración casera y representaba, con admirable esmero, la dignidad ele la casa tanto sirviendo a la mesa como en las tiendas. También trabajaba allí, aunque sólo durante las horas de consulta, una ayudanta indeciblemente insulsa, una mujer joven pero de facciones vulgares y con atavíos monjiles, pues Aurelia no hubiera tolerado la presencia de otra más atractiva.

Sin duda la simpática sonrisa de Cornel Lungu surtía efecto en los ingresos, aun cuando las opiniones sobre sus prácticas profesionales no llegaran a una calificación unánime. Su sala de espera estaba siempre repleta de clientes, y había llegado a ser centro de reunión y comadreo pero no constituía, ni mucho menos, antesala del infierno porque Lungu se daba por satisfecho con un breve tratamiento. ¡Para él, las visitas frecuentes eran bastante más valiosas que esas curas radicales en muy pocas sesiones! Por ello, los pacientes se mostraban también contentos pues, aunque los cautelosos dedos del sonriente galeno les inspiraran absoluta confianza siempre era un respiro el poder saltar del fatídico sillón y reanudar el diálogo interrumpido en la sala de espera.

Fue precisamente en ese piso o, por lo menos, en un salón abarrotado con muebles tapizados de damasco y macizos marcos dorados, en ese paraíso tan codiciado por Wanda, donde le salieron torcidas las cosas al arrendador Jeronim Luka, maniatado por el catastro. Cornel Lungu sonrió. Primero, bonachón, luego, encolerizado; finalmente, se apagó la sonrisa, y su hermosa dentadura se ocultó tras unos labios tensos por la irritación. Ocho años, casi ocho años completos duraría aún su contrato de arrendamiento. ¿Querría ser tan amable el señor Luka de echar una ojeada a su duplicado? ¿Acaso había creado uno aquí, con indecible esfuerzo y sacrificando su vida privada, un hogar digno para que ahora se pretendiera obligarle a ocupar quizá una buhardilla o una vivienda de los suburbios donde los pacientes, todos ellos provenientes de los mejores círculos sociales, tuvieran que caminar

por calles enlodadas o polvorientas y subir escaleras desvencijadas y pueblerinas? Sin embargo, el honorable señor casero era tan buen rumano y cristiano como él y, para más señas, empresario asimismo, había establecido su garaje, con absoluta sensatez, en los arrabales y probablemente podría edificar allí mismo una villa señorial, cosa que estaba descartada de antemano en una profesión como la suya. ¡No, evidentemente el señor Luka no había considerado lo suficiente esa pretensión, no había consultado con la almohada acerca de tan grotesca oferta material! Ahora bien, si se tratase en el fondo de aumentar el alquiler —un aumento mínimo naturalmente, pues uno más cuantioso resultaba apenas concebible, considerando la estabilidad del sistema de precios—, se podría discutir mientras tomaban una copa. ¿Le gustaba el jerez o prefería algo más vigorizador? ¿Tal vez coñac?

El muy honorable señor casero pensó en Wanda y sudó de ira. El insinuante lenguaje, tan dócil como los flexibles dedos, y la legitimidad, patente al fin y a la postre en todo ello, debieran convencerle y, sin embargo, se estrellaron contra la propia tesis sostenida con inmensa testarudez. Sus protestas, expresadas con laconismo y desprovistas de toda lógica, no pudieron perturbar la renacida sonrisa, tolerante, de Cornel Lungus y, menos aún, de borrarla. Se hizo caso omiso del jerez y del coñac, ofrecidos con suma desenvoltura. Jeronim Luka se dejó guiar hacia la salida por su ceremonioso anfitrión y la ponzoñosa ira le obligó a hacer caso omiso de la mano que le tendía el arrendatario, en un gesto mundano. La ira se acumuló hasta la descarga eléctrica, acrecentándose con cada uno de los escalones que Luka hubo de subir hacia el segundo e inamovible arrendatario. Y allí las cosas le salieron aún más torcidas. Simeón Varka, funcionario jubilado de categoría media, le dispensó una acogida tan furiosa que ahogó su propia ira en germen.

—¿Cómo? —vociferó—. ¿A mis años he de ir vagabundeando por ahí? ¿Quiere usted recuperar esta miserable vivienda, que más bien parece un desván? ¡Eche un vistazo a esas puertas, al piso! ¿Acaso

eso son ventanas? ¡Más bien boquetes por donde sólo puede pasar, a duras penas, un gorrión! ¡Cómo! ¿Que no necesito cuatro habitaciones? ¡Sí, señor Luka, las necesito! Una para mí, otra para mi hermana que ha enviudado tal como yo perdí a mi vieja. La tercera para el realquilado Matei, el ayudante del barbero, y la cuarta para el realquilado Stinul, el dependiente de abajo, en la tienda de Dudutz. Ambos pagan con exactitud y regularidad, de lo contrario provocaría el desahucio. ¿Qué está diciendo? ¿Que yo no vivo de balde? ¡Vaya si vivo de balde, no completamente, pero casi de balde! Percibo una pensión detestable y, por añadidura, llega mi hermana. Además, tengo extraños en casa, los tabiques son delgados y yo no puedo prohibir que lleguen cantando y silbando a altas horas de la noche. No, querido señor, usted no me echará de aquí, eso significaría mi ruina. ¿O acaso pretende arruinarme? Esos dos, el Matei y el Stinul, no se mudarían conmigo… Y en definitiva, ¿dónde se mudarían y por qué razón si aquí están a gusto, cerca de la barbería y la tienda? Además… —diciendo esto Varka cogió de la chaqueta a su visitante y lo arrastró hasta el fogón. Su voz se convirtió en un susurro casi inaudible—: Además, la vieja se me aparece aquí mismo. Se coloca de pie junto al horno, examina la vajilla para comprobar si está bien limpia, remueve incluso la sopa y la condimenta…, sí, sí, yo percibo claramente el momento de su marcha. Otras veces, se tiende en la cama, con el pelo recogido, y entonces me da consejos e instrucciones, como lo ha hecho siempre. Y eso es buena cosa, señor Luka, no produce miedo alguno…, bueno ya sabe, hay todavía algo sobre este techo, no un ser humano, no, pero lo hay, lo hay, y eso es muy tranquilizador, muy consolador. Y siendo así ¿he de mudarme? ¿Tal vez a la planta baja donde las gentes riñen y gritan sobre mi cabeza? ¡Nunca!, se lo digo francamente, nunca me dejaré expulsar de aquí, y sólo saldré con los pies por delante, ¿entiende? Poseo contactos en la magistratura, siempre tuve buena reputación y, si fuera necesario pleitearía apoyándome en el beneficio de pobreza, pues ése es legal, lo sé muy bien.

Luka miró la balanceante, y decrépita cabeza, y de súbito le pareció percibir la presencia de la vieja aparición junto al hogar empuñando con la mano derecha un enorme cucharón y dispuesta a dejarlo caer vigorosamente sobre su cráneo. La ira se esfumó, el desvalimiento fluctuó en sus ojos, el botón de su chaqueta se desprendió… Fue como una señal para abandonar el campo.

Naturalmente, la heroica resolución de asaltar aquella inexpugnable fortaleza había obedecido a las maquinaciones de Wanda, quien adivinó el resultado obtenido tan pronto como percibió la expresión de Jeronim. Atravesó desalada el cuarto, barriendo el suelo con la bata.

—Eres demasiado débil —graznó—. Presumes de señor con tus chóferes, pero no sabes desenvolverte ante un auténtico señor. ¡Bah…, señor en la medida que Lungu pueda serlo! Es un charlatán que desuella a las necias. Hurga sus dientes, mira boquiabierto por sus escotes y decide que son las mujeres más encantadoras del mundo. Ése es su arte, de eso vive, ¡y habita un elegante piso que es de mi pertenencia, no la de Aurelia y su mocoso teniente! Sí, señor, teniente he dicho. Y si quieres saber quién es ese teniente, ¡averígualo! Se llama Titus…, Titus Petrutz, casi un adolescente, pues la barba le está empezando a salir. Cada martes, el mozalbete se presenta en *mi* piso, que desde luego no es mío, sino de esa mondonga llamada Aurelia. ¿Y sabes por qué los martes? ¡Bah, tampoco sabes eso! Porque el señor doctor se va de viaje y recorre la campiña hacia Teaka, donde también hay personas con mala dentadura. Necesita dos consultas…, sí, ése se hará millonario, porque no trabaja barato, ni mucho menos. ¡El señor Lungu *fuera* de casa, el señor Petrutz *dentro* de casa! Y pocos minutos después, con la mayor frescura. Además, nadie comprueba cuándo se larga, y tú menos que nadie porque, naturalmente, necesitas dormir mientras a mí me reconcome la rabia.

—Murmuraciones —se atrevió a objetar Jeronim—. Y aunque no sean murmuraciones, la cuestión no nos concierne.

—¿No? ¡No, claro está! Yo no espío a nadie por gusto, dejo que cada cual se divierta como le plazca, ¡pero no Aurelia, porque ella lo hace en *mi* piso! Si tú no durmieras tanto y fueras un poco más sagaz podrías tenderle un lazo que la avergonzara junto con su doctor. Que emigren a Teaka, allí él podrá hacerse con el dinero de los labriegos. Éstos apestan a cebolla, pero su dinero no apesta. Ante el señor Lungu te muestras lerdo, y sin embargo, con ese viejo loco, el Varka, armas una trifulca. ¿Acaso crees de verdad que yo podría vivir en sus cuatro cuchitriles, mientras esa Aurelia ocupase un lujoso piso pocos metros más allá? ¿Qué estás sugiriendo? ¿Reconstruir? ¿Sepultar ahí montañas de dinero? ¡Bah, eso no representaría la menor diferencia! ¡Ella seguiría estando cerca y riéndose a todo trapo, yo acurrucada bajo aquel techo y reventando de furia! Deja que el viejo siga gobernando su casa con o sin hermana, con el barbero, el dependiente y su fiel espectro, y rómpete la cabeza planeando cómo desembarazarte de esa persona y su sacamuelas. No duermas, medita; hay un sinfín de artimañas para borrar la sonriente mueca de ese rostro. Si él te trata, así, tú puedes devolverle la pelota. ¡Al fin y al cabo eres un transportista legítimo, y él sólo un dentista, nada de doctor! ¡Y Aurelia! ¡Bah! ¡No pienso compararme a ésa! ¡Si yo quisiera, podría pescar un tenientillo imberbe con cada uno de los dedos!

Jeronim miró de reojo los dedos extendidos, pero esta vez no pudo vislumbrar nada semejante a la que viera ante el fogón del jubilado. Luego, lanzó un profundo suspiro y, murmurando algo acerca de cierta correspondencia pendiente, se deslizó sigiloso por la puerta. «Hoy es uno de esos días aciagos —pensó con fatalismo— en que parece indicado cerrar las puertas, lo antes posible, a nuestras espaldas». Así lo decidió, pero no así Wanda, quien primero pasó revista a su congestionado rostro, luego Jo cubrió con una capa de polvos y, por último, eligió el sillón más confortable, uno que era una clara invitación a la indolencia. En el silencio crepuscular, no se oyó ni un ruido salvo la voz regañona de Jeronim —quien había recobrado el ánimo— y sus propios suspiros que surgían de

profundidades insondables. Tan sólo pensamientos, pensamientos estériles y punteados con gruñidos, luego fantasías tan infructuosas como incitantes, largo tiempo codiciadas y elaboradas punto por punto; no obstante, aquellos dedos extendiéndose de un modo mecánico, permanecieron vacíos, exceptuando, como es de suponer, las sortijas y los cintillos engastados con piedras romboidales, cinceladas y planas, que ciertamente no sumaban diez, pero sí se aproximaban a ese número.

2

JOSUA BRAUCHTEIL, su esposa Raquel e hijos Lea y Samuel debían agradecer su existencia, inicialmente problemática —por decir algo—, a esa constelación de seres humanos con sus caracteres, moradas e intereses. Josua administraba en Entradam, aldehuela perdida de la Transilvania septentrional, una taberna donde vendía, de cuando en cuando, media docena de botellas de cerveza, raras veces un litro de vino, traficaba con sal y petróleo, y completaba sus parcos ingresos con algunas cabras, aves de corral y un huerto. Cierto día, cuando había transcurrido ya medio año, el hombre estaba contando la calderilla en su tienda y al ver entrar a Raquel le dijo:

—Esto no marcha. Me gustaría decir que marcha, pero las cosas van mal. Hay lo suficiente para alojamiento y comida, mientras tú y yo ahorremos, sin embargo eso no basta para Samuel y Lea. Samuel ha sido buen estudiante aquí, en Entradam, ha salvado los exámenes, con holgura, hasta el sexto grado. Pero ahora necesita un curso comercial, o todavía mejor, una escuela de comercio. Eso no puede hacerlo externo y, siendo así, ¿cómo estudiar en Entradam? Necesita ir a la ciudad. ¿Lo comprendes, Raquel?

—Sí —susurró ella muerta de miedo.

—También Lea debe ir a la ciudad —prosiguió Josua en tono ponderativo—. Está haciéndose mayor y es hermosa como una flor. Hace falta que la vean, y en Entradam no la ve nadie. Cítame a alguien de quien se pueda decir que la mira con buenos ojos.

—Esra —cuchicheó ella lanzándole una tímida ojeada—. El Esra del Rachmuth.

Su mirada se ensombreció.

—¡Tú! —exclamó. Apareció una leve inflexión de amenaza en su voz—. ¡Me emparejas a Lea con el hijo de Rachmuth! ¿Quién es él? ¡Un don nadie! ¡Su padre es abacero y él será abacero! Vende pañuelos para la cabeza y cadenas para el ganado, hoces y guadañas, más unos lastimosos pastelillos. Por la tarde, cuando hace arqueo de caja en la tienda no hay solamente calderilla, eso es cierto. También hay papel, no muy valioso, pero papel en definitiva. Lo necesita para hacer compras, y el saldo es idéntico, tal vez un poco más, quizás el doble, pero eso no significa nada. ¿Es que Lea debe marchitarse aquí? La belleza se desvanece pronto, la belleza sucumbe bajo el tedio. No, ella debe vivir en la ciudad, lucir vestidos nuevos, ir al cine y pasearse por el Corso. Allí hay caballeros, allí se la verá.

—¡Dios mío…! ¿Cómo van a vivir los niños solos en la ciudad? ¿Y cómo viviremos nosotros, también solos, en Entradam? El negocio, la cantina, los establos aunque sean pequeños…

—Erróneo —le interrumpió Josua—. Mis cálculos no son tan falsos. Nosotros debemos ir, asimismo, a la ciudad, tú y yo. Debemos recomenzar. Ya hemos vuelto a empezar tres veces, ahora lo repetiremos por cuarta vez. Venderé la casa, y también la concesión. Que se las quede Rachmuth si le interesan. De lo contrario ya encontraré otro, y no necesita ser, por fuerza, de Entradam. Eso proporcionará capital, no mucho pero sí suficiente para el comienzo. Donde vivan unos miles de personas también podremos subsistir nosotros. Dinero, y amigos por añadidura; déjame hacer. ¿O acaso tienes miedo?

¡No lo tengo! —dijo ella entre lágrimas—. Aquí me he matado trabajando y allí seguiré afanándome. Pero lo daré por bien empleado si eso favorece a los chicos. ¡Adelante, Josua! Sin embargo…, me pregunto cómo lo harás.

Él se mordió el ralo bigote, la emoción hizo temblar su voz.

—Iré a la ciudad. Con Tini, el chófer de Luka. Cuando él termina de distribuir la cerveza por todas las aldeas, emprende el regreso sin carga. Una vez allí, visitaré a Flohm en la calle del Incendio. Le conocí con ocasión de cierto negocio que le aportó buenas ganancias por mediación mía. Flohm, le diré…, pero ¿por qué contártelo ahora? ¡Ya puedes imaginarte lo que le diré! Flohm me escuchará, y tal vez algún vecino y por añadidura algún amigo suyo. Luego, preguntaré a Rachmuth si esto le interesa. Dios quiera que le interese, pues así todo será más breve, y entonces, allá por el otoño, volveremos a empezar todos nosotros, tú y yo, Samuel y Lea.

Tini recogió a Josua en las afueras del pueblo pues el patrón no debía enterarse de sus eventuales negocios. Se embolsó la cantidad convenida por el pasaje y, una vez hubo reiterado su buena disposición para futuros servicios reanudó la bamboleante marcha.

Josua entró en la ciudad con aire reflexivo y vigilante, no como conquistador, sino como espía. Hizo caso omiso de jardines y fuentes, de las singularidades arquitectónicas, fueran edificios públicos o iglesias; tan sólo captaron su atención los rótulos comerciales, sobre todo las tiendas y, entre éstas, especialmente una cuyos cierres metálicos permanecían echados aunque era hora de venta al público; tal vez se pensara en traspasarla o, por lo menos, arrendarla. Fue un largo y tortuoso trayecto jalonado de esperanzas fulgurantes y decepciones no menos súbitas que, sin embargo, se condensaron hasta constituir una panorámica general y permitirle formarse un juicio aproximativo. Por fin, cuando el atardecer se deslizaba ya por las callejas y los faroles parpadeaban, Josua llegó a la calle del Incendio.

—¿Sabes dónde vive el señor Flohm? —preguntó a un rapaz que se acercaba, haciendo rodar su aro por el desigual empedrado—. Vive en esta calle, pero no conozco el número.

El muchacho aprovechó la pausa para establecer contacto entre el dedo y las fosas nasales, mientras repetía desorientado:

—Flohm, Flohm…

Cuando Josua se disponía a proseguir su camino se le aproximó un correligionario cuyo rostro estaba también provisto con una exigua barba rojiza y rizos, en ambas sienes, agitados por el ligero viento vespertino.

—Ve delante —dijo al muchacho, y luego volviéndose hacia Josua, agregó—: El chico no es de los nuestros y desconoce esas señas. Usted busca a Flaum, el señor Flaum en la calle del Incendio, nuestro Flohm, ¿no es cierto? Pues bien, está allá, en la tercera casa, en donde se lee «Vinagre» sobre el dintel…, ése es su domicilio. Salúdele de mi parte, me llamo Bachja. Flohm es muy buena persona.

Fue un momento favorable, Gulda Flaum y su hija Priska habían salido para hacer algunas visitas; Flaum recibió a Brauchteil con las manos extendidas y el caftán ondeante. Contento de haber encontrado compañía en aquella solitaria tarde, contento también de poder mostrar su pequeña industria, condujo al visitante por el patio y luego hacia la vinagrería, donde contó las escasas cubas repletas de mosto, y explicó el proceso de fabricación y su duración, no sin hacer algunas alusiones a las utilidades y a las pérdidas.

Brauchteil le escuchó entre interesado y abstraído; aquellos efluvios acres y desusados le perturbaron no poco. De las prolijas explicaciones sacó en limpio que su anfitrión llevaba adelante el negocio auxiliado por la hija y, de resultas, cabía deducir que aquí sería imposible encontrar un puerto seguro para él y menos todavía para una familia de cuatro miembros. La inspección llego pronto a su termino, así como el examen del espacioso piso y su mobiliario; durante la sencilla cena Josua pudo, finalmente, abrir su agobiada alma al otro, exponer sus proyectos y exteriorizar las observaciones hechas en el serpenteante itinerario por la ciudad.

—Bay de todo —dijo suspirando—. Abaceros y peleteros, merceros y taberneros. Estancos, jugueterías, vinagrerías… ¡de todo! Y todos los establecimientos abiertos, sin cierres por defunción o quiebra, sin avisos ni anuncios de traspaso…, ¡ya he examinado el periódico! Pero, tal vez, sepas tú o el señor Bachja a quien debería

dirigirme, quizá puedan decírmelo vuestros amigos de la calle del Incendio.

Flaum demostró ser una excelente persona. Sacudió la cabeza con gesto de preocupación.

—Tú… —dijo solícitamente—. Mira, no es posible, llegar aquí de súbito y encontrar, sin demora, lo que se busca. Negocio, alojamiento y, a la mañana siguiente, el dinero tintineando sobre el mostrador. No debes calcularlo así, Brochtl. Eso requiere su tiempo, aun cuando te urja resolverlo. Regresa a casa y espera hasta que te envíe una carta. Mientras tanto, echaré un vistazo por ahí y haré que otras gentes busquen. Sé de cuánto dinero dispones y sé también cómo conviene hacerlo. Lo conseguiremos, ya lo verás. Lo que no ideemos hoy nos vendrá a las mientes mañana. Ponte cómodo y reflexiona, Brochtl; yo también lo haré. Ahora bien, si lo prefieres y no estás fatigado, podemos darnos una vuelta por la ciudad. Yo la conozco mejor y tal vez surja alguna oportunidad mirando acá y acullá.

Brauchteil balanceó la cabeza.

—Ya tengo una idea, Flohm —dijo vacilante—. Dime si te parece buena o no. Si te parece buena, podemos recorrer la ciudad; pero de otra forma, no así; a la ventura.

Flaum mostró gran entusiasmo, más que Brauchteil cuando lo del vinagre.

—Cuéntame tu idea —susurró lleno de exaltación—. Si es buena, me tendrás contigo.

También bajó la voz Brauchteil como si recelara de algún espía.

—Según te he dicho, hay peleteros, estanqueros y todo lo demás. Pero eso no es totalmente cierto, Flohm. A decir verdad no hay de todo. No hay verduras ni frutas, y tampoco pescado. Por lo menos mientras no me demuestres que los hay en las calles principales.

Flaum lo comprendió inmediatamente. Al principio no dijo nada, pero sus ojos se cerraron y abrieron varias veces, los labios se

fruncieron, y una aquiescencia se acrecentó con cada pulsación. Finalmente se manifestó haciendo pequeñas y numerosas pausas:

—No está mal, Brochtl, no está nada mal. El pescado es bueno. No hay pescado en la plaza. Las verduras y frutas no son tan buenas pero tampoco malas. El martes es día de mercado, ya tendrás ocasión de verlo. Siempre los martes, y entonces la ciudad se abarrota de verduras y frutas. Las mujeres compran, se van cargadas y sudan. Después, compran menos, excepto el jueves, es decir, cuando tú ofrezcas cosas frescas. No a todos, pero tampoco necesitas a todos. Necesitas cíen u ochenta, eso es suficiente. Les provees de coles y lechugas y algunas cosas más. También de vinagre, puedes encargármelo y lo obtendrás en condiciones muy favorables.

—También lo he pensado yo —repuso Josua, con jovialidad—. Te montaré una filial y tu establecimiento se agrandará. Asimismo, Bachja y los otros tendrán posibilidad de vender algo. Ropas viejas o antigüedades, aunque las antigüedades no dan mucho. Esto podría marchar, Flohm, pero tal vez no marche. No hay locales en ninguna parte ni cierres por defunción o quiebra. Nada en la calle Mayor, y los suburbios no adquieren pescado ni verduras.

Nuevamente le asaltó la preocupación, y Flaum frunció, otra vez, los labios aunque de forma distinta. Sin embargo, tuvo una ocurrencia súbita, una idea que se encendió en su cerebro cual una luz.

—¡No necesitas local alguno, Brochtl! —exclamó con voz sonora y jubilosa—. ¡No, no necesitas local alguno! Te basta un portal, uno bien grande con la entrada ancha y larga. Sólo para comenzar, Brochtl, hasta que sobrevenga un cierre por defunción o una quiebra. Déjame hablar, eso lo sé yo mejor. Aquí en la calle principal tenemos casas cuyos muros…, mira, cuyos muros tienen medio metro de espesor, con trescientos años de antigüedad y un gigantesco portal para dar paso a las carretas de heno. Ahí empezarás y nosotros compraremos tus mercancías. ¡Toda la comunidad, deja eso a cargo de Flohm! Verduras y pescado; será un

mal judío quien no te los compre. Y nosotros mismos incitaremos a los demás; aquí cada uno está obligado con el vecino.

—¿Lo crees de verdad? —preguntó Josua, atemorizado, mientras sus ojos se humedecían.

—Estoy convencido —le aseguró Flaum riendo—. Y tampoco debes preocuparte acerca de la vivienda. Allí detrás, junto a la vinagrería, hay un aposento, y seguirá siendo un simple aposento mientras no se le limpie y amueble. Entonces, se convertirá en alcoba; y lindando con ella hay todavía algo más: un pequeño almacén cuyo espacio es suficiente para meter un fogón y una cama donde podrías dormir tú y Samuel. ¡Atmósfera enrarecida y mal olor, desde luego! Pero uno se habitúa al vinagre; verdaderamente, no apesta tanto. Todo eso tan sólo para comenzar, hasta un cierre por defunción.

Ahora las lágrimas corrieron libremente por las macilentas mejillas de Brauchteil.

—¡Qué bondadoso eres! —murmuró con voz ahogada—. Te recompensaré como mereces en cuanto llegue el momento.

Pero Flaum no toleró el sentimentalismo y se levantó lleno de resolución.

—Hazlo si te place y cuando puedas —dijo decidido—. Y ahora vamos, antes de que Gulda regrese a casa. Si la esperamos, deberemos explicarle todo y eso nos entretendrá. ¿Adonde vamos? Bueno, ¿adonde nos dirigiremos? En busca del portal…, ¿qué otra cosa si no? Ya es de noche, ahora hay poco tránsito, la ocasión no puede ser mejor. Me llevaré una cinta métrica para tomar medidas, ¿comprendes? Luego, podremos discutir con más conocimiento de causa.

Las calles permanecían silenciosas, únicamente se oía un murmullo de voces en algunos locales y música cíngara amortiguada. La luna llena colgaba, plácida, en el cielo añil, las casas proyectaban largas sombras favoreciendo el examen de las oscurecidas fachadas. Los escasos transeúntes no se fijaban en aquellos dos hombres que dialogaban, caminando pausadamente, y

se detenían con bastante frecuencia para deliberar sobre algún punto de especial importancia.

Flaum hizo gala de gran cautela evitando los encuentros con posibles conocidos y al utilizar la cinta métrica, se mostró aún más cauteloso para no llamar la atención del vigilante y ahorrarse preguntas embarazosas. Fue un mediador infatigable, y Brauchteil le dejó hacer mientras su corazón latía desacompasadamente. Y el hombre no se dio por satisfecho; aunque ya había pasado revista a media docena de portales siguió rastreando la calle, investigó todavía dos o tres edificios hasta que, por fin, se detuvo como petrificado ante uno y contuvo el aliento.

—Ya lo tenemos —cuchicheó con acento significativo—. Escucha, Brochtl, si lo consigues, habrás hecho carrera. Cinco metros ochenta, más ancho que todos los demás, y por añadidura, doce metros de profundidad, aproximadamente doce, te lo aseguro, tengo práctica en eso. Comenzaremos con éste. Si marcha, será formidable, grandioso. Si no marcha, nos quedan otros en reserva.

Brauchteil contempló el portal sin pestañear. Éste pareció abrirse ante sus ojos, facilitándole la entrada a un luminoso futuro. Las palabras le salieron a trompicones:

—¿De quién es? Quiero decir, ¿a quien pertenece la casa?

—A Luka —contestó Flaum—. Trabaja en el ramo de los transportes y se llama Jeronim Luka. En los arrabales tienen, también, una casa, varios automóviles y el correspondiente garaje.

—Su chófer me ha traído a la ciudad —dijo Brauchteil, absorto—. Tini.

Flaum le cogió entusiasmado del brazo.

—¡Eso es un presagio, te lo digo! Y de los buenos. Yo creo en los presagios. Mañana hablaré con Luka. No iré solo, pero tampoco contigo, eres demasiado escrupuloso. Me haré acompañar por alguien…, y ya sé quién será. Bachja no, sino uno a quien le debe un favor. Tú vete a casa, deja pasar una semana y entonces vuelve. Si Dios lo quiere como nosotros lo queremos, también lo querrán Luka y los funcionarios municipales. Una mano llena de dinero, la otra

mediada, no serás el primero que empiece en un portal y acabe siendo director general.

3

LOS PIES se hundían hasta el tobillo en el polvo de la carretera cuyas tranquilas curvas ceñían el monte. Era un monte macizo entre la ciudad y la aldea de Zselna; cualquier campesino andarín habría trepado en una hora, sobre todo con el frescor de la mañana. Pero la cuestión era muy diferente en aquel día estival a primeras horas de la tarde, pues los árboles arrojaban sombras muy recortadas, la estática calina ejercía presión sobre el cráneo cual un techo plomizo, y miríadas de insectos atacaban las partes descubiertas del cuerpo. Además, los dos hermanos arrastraban un carretón de mano cargado hasta los topes y cubierto con un hule; tomaban las curvas envueltos en una polvareda, más tarde verdadera nube de polvo alzada por los cansinos pies, con creciente frecuencia, formando remolinos cada vez más densos.

Hacía ya un buen rato que la muchacha buscaba inútilmente una sombra con suficiente amplitud. Por fin, la divisó y aceleró el paso.

—Sentémonos ahí, Sami —dijo jadeante—. Yo podría seguir andando, pero ¿por qué hemos de hacerlo? Aunque lleguemos una hora más tarde a la ciudad, no pasará nada.

El joven miró pensativamente hacia el lugar indicado, pero no respondió. Se acomodó al paso de ella, entre ambos llevaron el carretón hasta la sombra, y luego se dejaron caer lanzando un suspiro. El manantial que solía brotar allí estaba seco, pero el suelo no había absorbido totalmente la humedad y despedía un frescor muy agradable. La mayor parte de los insectos habían cesado de

cebarse en las dos víctimas, el polvo se posaba y la paz volvía a reinar.

La muchacha se aflojó sus vestiduras y se abanicó el rostro con la pañoleta. Mientras lo hacía, miró de reojo al hermano cuya vacilante expresión le intimidaba.

—¿No estás cómodo? —le preguntó por fin, afectuosamente—. Allí hay raíces. Aléjate un poco o acércate.

—Estoy bien —gruñó él—. No es mi comodidad lo que me preocupa, sino la mercancía. Permanece ya demasiado tiempo apretujada en el carro, y bajo el hule hay mucho vaho. Eso no perjudica a las patatas ni a las hortalizas, pero las coles y esas hermosas lechugas se marchitarán. Además, las camuesas van como sardinas en banasta.

—Van encima de todo —dijo Lea— y esparcidas, no como sardinas en banasta. Hace dos horas escasas esas verduras estaban todavía en el huerto y se conservarán frescas durante mucho tiempo. Apenas lleguemos, las colocaremos en el sótano y lo rociaremos todo con agua. No se estropearán, ya lo verás.

Él asintió, malhumorado, pero resignado. Sin embargo, el descontento le hizo decir:

—También me inquieta la madre. Está sola en la tienda.

—Ya se ha acostumbrado —dijo la muchacha, algo impresionada —. Padre llega, muy tarde, de noche; desde Cluj hay cinco horas con el camión.

Samuel asintió por segunda vez, su humor no mejoró.

—Sí, cinco horas de viaje y regresa a las dos de la madrugada. Pasa el día ajetreándose y regresa a las dos de la madrugada. Estamos comiendo un pan muy caro, Lea.

—Sabemos el porqué.

—Nosotros, sí —replicó él—. Lo sabemos. Se hace así por ti y por mí. Pero no por el padre, que no tiene ni una hora de reposo. Ni por la madre, que ya no ríe apenas. Déjalo, Lea, no digas nada. La cosa les ha dominado a los dos, y ya no los soltará nunca más. ¿Cuántas comisiones tenía padre hoy?

Ella reflexionó unos instantes.

—Quince —dijo al fin—, más o menos quince.

—Quince —repitió Samuel—. Y cada una, a cuarenta *lei*[1]. Lo cual da un total de seiscientos. Buen beneficio. Incluso muy bueno. Él lo sabe y por eso se afana tanto.

—No olvides los gastos —le advirtió ella.

—¡Ah, claro, Tini! El transporte, además una copa aquí y otra allá. Como remate, todo el día en Cluj. ¡Sabe Dios si comerá como es debido! Y aunque coma algo se pasará todo el rato de pie o corriendo de un establecimiento a otro.

Lea miró con fijeza al vacío.

—Es inútil decir todo eso. Tú sólo ves el lado malo. Nuestros padres no estuvieron nunca tan satisfechos como ahora. Papá sabe que tiene empuje. En Entradam no lo supo jamás. Siempre acechando la llegada de un labrador u otro que necesitaba aguardiente o sal; eso era poca cosa para él. Es un hombre inteligente, y allí no podía demostrar toda su inteligencia. Con madre ocurre lo mismo. O casi. Trabajo allí y trabajo aquí. Pero allí sin objeto; aquí es diferente. Ellos cuentan, calculan, hacen planes. Y si los cálculos son acertados, también lo son sus proyectos. Con dinero se consigue todo, quiero decir, mucho…

Se interrumpió, sus labios temblaron. Lanzó una tímida ojeada al hermano que apoyaba la cabeza en ambas manos. Sin variar de posición él dijo a media voz:

—Estás pensando en el Esra del Rachmuth. ¿Todavía dura eso?

—¿Me quieres ayudar a mí o a los padres?

La pregunta tuvo una entonación resuelta, casi áspera.

Hubo una pausa. El aire pareció temblar con violencia en la calina. Samuel no se movió; su voz surgió otra vez, cual un murmullo de entre ambas manos.

—Déjame en paz, Lea —dijo suplicante—. Yo no sé nada ni quiero nada. No adivino el futuro ni engaño al padre. Él nos sacó de allí para que yo fuera al colegio y tú te libraras de Rachmuth. Madre se equivoca muchas veces, al final he caído en la cuenta. Tú

deberías acatar la voluntad del padre, él reflexiona a conciencia antes de hacer algo. ¿Y qué se proponía? Que vivieses entre hombres e hicieses amistad con algunos. ¿Acaso no tiene razón? Fíjate en los que acuden a casa de Flolim. Entran en el patio y hacen preguntas sobre las cubas y el mosto, pero verdaderamente no les interesa el vinagre, eso es sólo un pretexto.

Apenas oyó las primeras palabras, Lea levantó ambas manos en un gesto de repulsa. Ahora pudo hablar, por fin, y lo hizo con violencia:

—¿Debo sentirme halagada por eso? ¿Crees que son agradables las actitudes malhumoradas resultantes? ¡Malhumoradas, sí señor! Priska es una chica fea. ¡Lástima que sea tan poco atractiva! Pelliza, abotagada y no ya tan bonachona como los primeros días. Cuando alguien la visita es para averiguar lo que posee y no cómo está. En casa, detrás de la vinagrería, y en el portal de la calle mayor hay muy poco que ver y, sin embargo, ellos me justiprecian con miradas insolentes. ¡No, Sami! ¡Debemos irnos de allí! Separarnos de los Flohm. Priska sonríe cuando me mira, pero sonríe como si hiciera rechinar los dientes. Y la madre, Gulda, ya no sonríe desde hace mucho tiempo. Nos pregunta continuamente si podemos soportar la peste del vinagre y si no encontramos demasiado estrechos los cuartos. ¡Pero *cómo* lo pregunta! Con su entonación quiere significar, «¿cuándo haréis las maletas y os marcharéis de una vez?». Y debemos hacerlo, Sami, debemos hacerlo. El Flohm carece de autoridad sobre Gulda, y por tanto no puede verme ni pintada. ¡A mí, especialmente a mí! ¿Acaso debo estropearme para que el contraste con Priska no sea excesivo? ¿O debo gritarles a esos jóvenes caballeros que no me he olvidado de Esra y que sólo estoy aquí por obediencia?

Samuel levantó la vista.

—¿Y qué hace él, encastillado en Entradam? Es joven y fuerte. ¿Por qué no sale a ver mundo? Si nuestro padre tuvo valor para proceder así, él podría tenerlo también.

—Sus padres son viejos —repuso ella dejando caer la cabeza—. No se encuentran bien y él no puede dejarlos plantados. Es su obligación, y además la fortuna puede estar también en Entradam.

—Entonces, renuncia a él —contestó Samuel, obstinadamente—. Da la razón al padre; él es más juicioso que tú. Ya no puede regresar allá… ¿o es que estás pensando hacerlo? ¿Deseas volver a aquel sombrío tenducho para vender pañuelos y mangos de látigo? ¿Qué pretendes en realidad? Me has preguntado si quiero ayudarte. ¿Cómo puedo ayudarte?

Ella le miró de hito en hito. Transcurrieron varios segundos.

—Ni tú ni nadie puede ayudarme. Pero el tiempo sí puede. Yo tengo tiempo, y Esra también lo tiene. Y allá arriba está Dios Todopoderoso que también querrá ocuparse, algún día, de nosotros.

Samuel frunció los labios sin que ella se diera cuenta.

—Dios Todopoderoso… —murmuró—. Bueno, creámoslo así. Por lo pronto nos ha inundado de vinagre y nos ha instalado en un portal. Hay posibilidades de mejora, naturalmente, las hay. Pero mientras tanto no podemos ahorrarnos ni una gota de sudor. Así pues, levantémonos ya, Lea. Piensa en las coles y las lechugas. De momento ellas mandan. Eso es también parte del destino. —Y como ella no se moviera, prosiguió en tono apremiante—: La mercancía debe depositarse cuanto antes en el almacén. Y, además, debemos retirar la que hemos dejado en el portal. Para ese Dudutz, el zapatero, nosotros somos, a nuestra vez un fragmento del destino. El hombre se lamenta de no tener sitio para sus cajas y fardos desde que nos refugiamos allí. ¡Refugiarnos! Eso se dice de las malas hierbas y las sabandijas. Por otra parte yo preferiría no oír los comentarios de Lungu, el odontólogo. Va despotricando por allí; según él, la casa apesta a col, vinagre y pescado, ya no puede abrir las ventanas y sus pacientes están indignados. Y el viejo del piso superior, ese Varka, se une al coro. Sin motivo alguno, pues el olor de col y pescado llega arriba muy debilitado, si es que llega; sin embargo, él vocifera y maldice a Luka por haber autorizado esa

instalación. ¿Lo comprendes ahora? Eso responde a todo cuanto has dicho de Dios Todopoderoso y del destino.

Lea le miró estupefacta y sacudió la cabeza.

—¡Ay, qué ingenuo eres, Sami! —dijo condescendiente—. Mezclas al Señor con unas pequeñeces que deberían hacerte reír. Aunque no entiendas el problema de Esra, te perdono porque no puedes comprenderlo todavía. Pero me desagrada que te dejes desconcertar por cuanto dicen las gentes de esa casa y parlotees sin sentido sobre Dios. Si yo fuera inquilina, y no tuviera participación en el negocio, tampoco me gustaría ver un establecimiento comercial en la entrada de mi casa. Ya se tranquilizarán; nosotros nos comportamos siempre con paciencia y cortesía. Ahora, debemos marcharnos. Lo exigiste hace un instante, pero entonces recordaste a Dudutz y las lechugas quedaron olvidadas.

Soltando una carcajada, Lea se levantó y se alisó la falda. Luego, colocóse el pañuelo sobre la abundante y rizosa melena para protegerla del calcinante sol y se dispuso a reanudar la marcha.

Sin embargo, Samuel no le hizo caso. Su pregunta surgió de una honda cavilación, fue hecha con entonación perentoria y apasionada.

—¿Sabes por qué se llama calle del Incendio la calleja en donde vivimos?

Ella le miró como quien observa a un niño terco.

—Ya me lo has preguntado una vez. La semana pasada, según creo recordar. ¿Por qué te interesa saberlo? Sus motivos tendrá para llamarse así, como los tienen todas las cosas. ¿Acaso es tan importante? ¿Lo sabes tú?

Él asintió, en silencio. Repitió el gesto solemnemente y luego dijo:

—Lo sé por el maestro. Él lo descubrió en unas escrituras antiguas. Hace trescientos años la calle del Incendio tenía otro nombre: calle de los Judíos. Eso suena a *ghetto*. ¡Ya lo sé! ¡Ya lo sé! ¡Aquí no había, entonces, *ghetto* alguno! También me lo ha asegurado el maestro. Tan sólo suena así porque jamás hubo una calle de los Rumanos o de los Eslovacos. Por el contrario sí hay una

calle de los Cíngaros e incluso barrios gitanos por todas partes, es decir, allá donde esas gentes viven aglomeradas. ¿Percibes lo que significa eso, Lea? En Entradam oí toda clase de cosas, pero entonces no capté su sentido. Ahora lo entiendo aquí, en la calle del Incendio.

El pañuelo quedó bien puesto, anudado bajo la barbilla.

—Eso *era* antes, Sami —dijo ella fingiendo indiferencia, pero sus palabras temblaron en el aire—. Ahora, se llama calle de Flohm.

El joven sonrió, como si intentara sobreponerse al dolor.

—En la placa dice otra cosa, y hasta ahora es la más verídica. Desde hace trescientos años. Por aquellas fechas los labradores acudían al mercado tal como lo hacen, hoy día, cada martes. Con frutas y verduras, cerdos y terneras. Recibían a cambio monedas porque entonces no había billetes. Monedas de plata y oro cuando la factura era abultada, de cobre si el importe tenía poca monta. Entonces sucedió que en una aldea, ¡sólo una Lea!, aparecieron algunas monedas falsas de oro, con peso y valor mermados. Aquellos labradores no eran gente de estudios. Se precipitaron con hachas y garrotes, empuñando antorchas… ¿adonde? A la ciudad, hacia la calle de los Judíos. Pues nosotros y el dinero somos uña y carne. Y digo *nosotros*, aunque hayan transcurrido ya trescientos años desde, aquel día. El gentío registró todas las casas desde el tejado hasta los sótanos; buscaba dinero y lo encontró. Mucho dinero, pero ninguna moneda falsa. Y como no encontraron monedas falsas, prendieron fuego a la calle, hasta los cimientos. Así aparece en las escrituras.

Lea le escuchó atenta, luego excitada e inquieta.

—¡Lástima que preguntaras al maestro, Sami! —dijo por fin—. Desde ahora esa placa en la calle del Incendio me parecerá muy diferente. ¡Menuda catástrofe ocasionaron esas pocas monedas de oro! Es incomprensible que un motivo tan insignificante pudiera ser causa de una desgracia tan espantosa. ¿Es que no había autoridades…, soldados u organizaciones parecidas a nuestra Policía? ¿Cómo pudieron tolerar semejante cosa?

Los ojos del hermano llamearon, la respuesta llegó a sacudidas:

—La ciudad fue un mero espectador. Nadie movió ni un dedo, y si alguien lo hubiera hecho, le habrían apaleado. Ése es el meollo, Lea, y se ha ido acumulando. ¿El qué?, me preguntarás tú. Pues bien, la repulsión, el odio. Junto al dinero anida siempre el odio, acechando su oportunidad.

Ella emprendió resueltamente la marcha.

—Vámonos ya, olvida esa horrorosa historia. ¿Por qué me la has contado? Es muy antigua y no se repetirá.

Samuel la alcanzó en dos zancadas y la hizo detenerse sujetándola por el brazo.

—No se repetirá de la misma forma —farfulló—. Pero hay millares de formas, y los otros se comportan siempre como espectadores. No es necesario un final llameante, basta con el escupitajo en la cara.

—¡No digas tonterías! —exclamó ella, enojada, reemprendiendo la marcha—. ¿Qué nos importa eso a nosotros?

—Nada si se trata de Gulda; Priska tampoco te escupirá en la cara. Pero sí, tal vez, el zapatero o ese Lungu. Sí, tal vez, el viejo del piso alto, o el ayudante de barbero y el dependiente. Eso no ocurrirá todavía, aún pasará mucho tiempo. Sin embargo, podría irse acumulando el odio como ocurrió hace trescientos años. Cada vez un poco más hasta que rebasa el borde. Pues la calle del Incendio sigue siendo un *ghetto*. Y nuestro portal es un *ghetto*. Dondequiera que haya uno de nosotros, uno solo, apaleando o mendigando dinero, habrá un *ghetto*.

—¡Calla! —le gritó ella con rostro enrojecido y no precisamente por el sofocante sol—: Calla, ni una palabra más. El día es ya demasiado bochornoso y la vida bastante angustiosa sin necesidad de eso. Se acumula, dices tú. ¿El qué? ¡Fantasmagorías en tu cerebro! Venenosas pústulas que ha plantado ahí ese estúpido maestro tuyo. ¿Qué otra cosa si no?

—La repulsión —dijo él calmosamente—. El escupitajo.

Lea, impaciente, se encogió de hombros como si pudiera aliviar, así, su carga. Luego, ambos agarraron la lanza del carretón y se

pusieron en movimiento. El polvo se arremolinó, también acudieron los insectos, aunque no tan numerosos ni agresivos como antes. Profundamente encorvados, cual animales sujetos al yugo, los dos hermanos arrastraron el chirriante carretón monte arriba, curva tras curva. Una vez alcanzada la cumbre, pareció como si los insectos y los seres humanos hubiesen perdido sus aguijones, como si se pudiese respirar y sonreír otra vez.

4

HACIA esa misma hora Josua Brauchteil estaba plantado ante un largo mostrador cubierto con grueso cristal, bajo el cual centelleaban dardos luminosos dorados y argentados, descompuestos en todos los colores del espectro, proyectados por sortijas y brazaletes, tabaqueras y collares. Una policroma mezcolanza de chispeantes piezas nimias y valiosas, un fuego llameando durante segundos ante los ojos del observador; juguetes con un atractivo mágico, pero mercancías al fin y al cabo, sólo mercancías. Por añadidura, los reflejos cubriendo las paredes, alineados en estrechas filas, grandes como platos e incluso fuentes, con péndulos frenéticos o solemnes, de tictac agitado e incisivo unas veces, reprimido y admonitorio otras. Centelleos dotados de una vida singular que parecía engendrar calor, hacía latir las sienes y ofuscaba los sentidos.

Josua levantó la vista absorto cuando el anciano señor, propietario de la tienda, colocó, casi delicadamente, una mano sobre el voluminoso objeto que se interponía entre ambos, encima del mostrador acristalado. Es también una mercancía pensó Josua, como los relojes en las paredes, mercancía indispensable; los ornamentos no los mejoran, sólo los hacen más bellos y caros. ¡Hermoso negocio! Elegante, sólido, alimenta al hombre y no le atosiga. El oro sabe esperar, los relojes saben esperar. Quien tenga algo más que pan comprará oro, naturalmente. Pero quien tenga pan tan sólo, comparará un reloj.

—Yo no quisiera entregarle esta pieza —dijo el anciano señor—. Todavía no. Es un reloj de música, complicado mecanismo con

calendario y barómetro; precisa de los mayores cuidados. Se han hecho las necesarias reparaciones, claro está, por el mejor de mis operarios, y yo mismo lo he probado. Pero se le debe tener bajo observación durante varios días. ¿Cuándo volverá, cuándo podrá volver usted?

—El señor magistrado sufrirá una gran decepción —dijo Josua inquieto.

—Mayor sería esa decepción si el mecanismo funcionara y tocara defectuosamente. Y yo quedaría descontento. Todo cuanto sale de mi taller debe tener absoluta garantía.

«Buen principio comercial —se dijo Josua—, excelente principio».

—La semana próxima, probablemente el miércoles.

—Entonces, funcionará sin trabas —dijo el anciano sonriendo—. Mis saludos al señor magistrado.

¿Era ya esa hora? ¡Las tres y todavía tanto camino por recorrer! Los consulados le habían deshecho la mañana con interminables e irritantes esperas, había sido preciso conquistar los visados a viva fuerza. ¡Documentos, aditamentos, plazos! Todo aparecía cuidadosamente anotado en la agenda. ¿Qué seguía ahora en el programa? ¿El cuero para el guarnicionero? Erróneo, el turno estaba mal organizado. Ese cuero pesaba lo suyo y convendría dejarlo para el final; además el taller estaba muy apartado. El maestro guarnicionero trabajaba en casa y entretanto los otros establecimientos podrían cerrar; eso sería catastrófico. Tener absoluta garantía, había dicho el relojero, él mismo debería tener absoluta garantía, es decir, ser fiable.

En la siguiente tienda no había destellos, reinaba una penumbra agradable, casi distinguida. Sin embargo, se provocaron destellos a centenares, tan pronto como el vendedor abrió cautelosamente el inmenso estuche de un metro cuadrado de superficie. Muchos ojos miraron a Josua, alineados en apretadas hileras, quince, veinte, hasta veinticinco. Incontables ojos muertos, así pareció en los primeros instantes de aturdimiento. Y cada uno dirigido hacia él, cada uno representando un piadoso engaño, dispuesto a servir como

piadoso engaño. Todo ello esforzándose por adquirir expresión, suplicando se les permitiera captar la luz, percibir el sol y las sombras, esperando quizás un milagro para ellos y sus portadores.

Aquí Brauchteil encontró alguna dificultad para explicar el concepto mercancía. Desanudó, con dedos torpes, un paño, y su voz se enronqueció.

—Aquí está el ojo. Debe ser uno igual, tan sólo un poco mayor. La criatura está creciendo, el otro ojo crece asimismo y, por tanto, el artificial debe crecer también.

—¿Cómo se llama esa criatura?

—Ana. Ana Mogruschan. El padre es obrero. Pocos ingresos. Me envía en su nombre.

Se abrió un voluminoso libro, el índice del vendedor se deslizó por una página.

—Aquí está —dijo al fin—. Comprado en nuestra casa. Hace tres años. Mal asunto, dígaselo al señor Mogruschan. Dos años a lo sumo, pues el arco orbital se desarrolla. Entonces, los cabos musculares no lo aterran y el ojo artificial no se mueve con ellos. El rostro toma una forma asimétrica, lo cual no es nada bonito.

Josua concentró toda su atención. Cada palabra era importante y él debería repetirla al mandante.

—¿Asimétrico? —inquirió con cierto temor en la voz.

El vendedor examinó con su lupa aquel solitario ojo.

—Desigual —aclaró—, y eso proporciona una expresión muy fea. ¿Llora, a menudo, la niña?

Brauchteil recordó que la madre lo había mencionado casualmente en el curso de una conversación.

—Sí, con frecuencia —repuso, impresionado—. La pequeña cumplirá pronto diez años y comprende ya que uno debe lamentarse de su desgracia ante Dios.

—Deben procurar que la pobre no llore tanto; tal vez lo consigan. Eso perjudica también a los ojos artificiales. Éstos se mantienen limpios, desde luego, pero las lágrimas tienen agudos dientes. Y también hubiera convenido venir antes, bastante antes. Es preciso

llenar totalmente la fosa orbital pues, de lo contrario, se introducen el polvo y el humo en ella. ¡Bien, busquemos ahora! Ya tenemos el color, también encontraremos el tamaño adecuado. Ésos del Thüringer Wald trabajan bien, jamás recibo una queja.

Esta vez fue un estuche lo que Brauchteil envolvió con el paño. Fuera, los rayos solares inundaron de luz sus ojos, dándoles calor, y a él, felicidad. Lea no ha necesitado semejante cosa, reflexionó satisfecho, y quiera Dios que no la necesite nunca. ¡Ah, mi querida Lea! ¡Es tan hermosa! ¡Debo darle una pequeña alegría! Si quedara tiempo…, ¡bah, larga, interminable!

¡Ahora, a la farmacia! ¿Dónde está esa farmacia? No muy lejos, afortunadamente. Y cerca, la librería, maravillosa coincidencia. Tal vez quede tiempo de verdad y sea posible pensar en Lea.

Preparados suizos, ungüentos alemanes… ¡caro, caro! Pero el doctor —¡no el dentista, ese Lungu quien no responde siquiera cuando le saludas, sino el doctor Wlasitsch!— lo ha calculado, ha adelantado el dinero y la suma coincide. Caro, muy caro para unas redomas tan insignificantes, apenas contienen cien gotas. Destinado a gente opulenta; sin embargo el obrero Mogruschan deberá seguir sufriendo largo tiempo y quizá morir, porque ha pensado con un año de retraso en la pobre Ana y su ojo. Será imputable a las aduanas aunque no debiera serlo, y tampoco a las fronteras ni al dinero extranjero. Dios nos libre de que Raquel necesite, alguna vez, tales frascos. Los chicos son jóvenes, se pasarán sin ellos. También es joven Raquel, pero ya empiezan a pesarle los años y está muy estropeada. De cualquier forma tendría su frasco, tal como Lea tendrá algo para engalanarse. Siempre es mejor un adorno que un ojo de cristal o cien extrañas gotas.

La señora librera hace grandes esfuerzos para reprimir la risa.

—¿Qué desea usted? ¿He entendido bien? ¿La *Cosmogonía* de Hesíodo? ¿La *Cosmogonía*?

—Sí, ésa —replicó desafiante Josua. Y agregó, levantando voz y barbilla a un tiempo—: Historia de los orígenes del mundo.

Así se lo había dicho al barbiluengo erudito, murmurando, por añadidura, algo sobre el siglo octavo antes del sistema cronológico. Eso mismo había dicho, antes del sistema cronológico y no de Jesucristo. Eso fue una delicadeza por su parte, pues también podría haber dicho Jesucristo. Al igual que Moisés o el gran Esra, aquél tampoco tuvo mala intención. ¡Bah, Esra! Sus pensamientos evocaron la imagen del joven Rachmuth. Lea no dice nada de él, ni a Raquel siquiera. Entradam está lejos, no tan lejos como esa Beocia de la cual ha hablado también el profesor, pero sí mucho más lejos mientras Lea no piense en Rachmuth.

—Si acaso, entre las antigüedades —dice la mujer moviendo una escalera corrediza.

Tanto mejor, piensa Josua, será más barato, el buen señor no quedará descontento y me hará todavía más encargos. Pero aquella búsqueda duró largo tiempo y la tarde se esfumó con horrible celeridad.

¿Qué restaba aún? Un justillo para la rolliza señora Vlahutz, que no lograba meter en cintura sus generosas formas. La buena señora podría haberlo comprado en la capital del condado pues allí hay algunos establecimientos de primera clase, pero no quiere que se divulgue la cuestión. Comprensible. Ella hace trampa quitándose algunos años, unos cuantos kilos, robando algunos centímetros al perímetro del pecho. ¿Y saca algo en limpio? Nada. Su cuerpo se desparrama por todas partes como un tonel sobre ruedas o, más bien, como una alud, aunque mucho más aprisa. Ella quiere un justillo, el número mayor, para eso ha dado sus medidas. Se lo pondrá y sus resoplidos aún serán más horribles, su engaño más flagrante. .Kilos, centímetros y, de paso, años. Si le gusta, ¿por qué no? La industria se beneficiará y además este encargo aportará cuarenta lei.

—¿Justillo? —inquiere la señorita vendedora leyendo atónita las medidas—. ¿Ha dicho realmente justillo, esa prenda de donde va colgada la falda? Pregúntele otra vez, por favor. Un justillo para vestir de semejante tamaño requiere confección a la medida.

Josua se impacientó.

—No lo sé, no conozco más detalles. Desde luego, ella es muy fornida. ¡Mucho!

Reforzó su afirmación asintiendo ponderativo.

—Entonces, será con toda probabilidad un corsé —opinó sonriente la señorita mientras cogía una caja de la estantería—. Aquí está el mayor y el más ancho; lléveselo sin temor, bajo mi responsabilidad. Evidentemente, ella quiso decir un corsé. Tráigamelo usted si no le sienta bien.

Eso lo resolvió todo. Josua pagó satisfecho, se guardó cuidadosamente la factura y solicitó consejo de la afable joven. Necesitaba un vestido, dijo casi con socarronería, para dar una sorpresa a cierta señorita. ¿Adonde debería dirigirse? ¿Qué almacén visitar? Un vestido bonito, naturalmente, para pasear por el Corso en verano, ni caro ni muy barato. La muchacha no era demasiado alta ni tampoco pequeña, medía ciento setenta centímetros más o menos, no era ni gruesa ni flaca, pesaba sesenta kilogramos, tenía hermosos ojos oscuros, ojos almendrados (¡ah, Dios mío, ese ojo artificial en el paño!), pelo negro, espeso, con algunas matas bronceadas, levemente ondulado, rizos sueltos en cuello y sienes, aunque no demasiado ensortijados, brazos llenos, bien torneados…

La señorita sonrió sin disimulo, sin interrumpir la jubilosa catarata. Luego llegó la información: azul o posiblemente verde, pequeño escote, mangas muy cortas, sobre los hombros, cinturón del mismo color que el pelo. Por fin, las señas del almacén; allí le aconsejarían mejor y le darían tantas facilidades para el cambio, como con el corsé.

En efecto, se le aconsejó y se le vendió la prenda concediéndosele, expresamente, derecho al cambio. El pequeño paquete pesaba poco; se accedió a envolver con él la *Cosmogonía* y el corsé y se le proporcionó, además, un buen asidero. Josua salió enorgullecido al incipiente anochecer. Lo había diligenciado todo aprovechando hasta el último segundo, pero eso no era culpa suya. Sólo faltaba por retirar el cuero, pues las grandes compras, el

gigantesco paquete con adquisiciones privadas como el vestido para Lea, había salido ya camino de la fonda donde le aguardaba Tini según lo convenido. Conocía al fondista, el fondista le conocía y, tras un intercambio coloquial, se había incluido el depósito de paquetes en el precio. Daba miedo pensar lo arriesgado que era confiar tan valiosos envoltorios en manos extrañas, pero la mudanza desde Entradam había entrañado aún mayores riesgos. Y si Dios había velado por ellos, y lo seguía haciendo desde entonces, ¿por qué no habría de hacerlo también ahora?

¡Desde luego, aún faltaba ese cuero! El tratante vivía y trabajaba en los suburbios, un kilómetro de ida y otro de vuelta, pero cada metro valía por tres. El cuero es más pesado que un sutil vestido. Siempre cabía alquilar un coche de punto; allá estaban los cocheros fumando y charlando, los caballos cabizbajos y meditativos. Pero, ¿cuánto costaría ese trayecto? Seguramente, cuarenta lei. Por lo menos, puesto que en casa costaba veinte hasta la estación y veinticinco con equipaje. Un gasto de cuarenta contra un ingreso de cuarenta por la comisión… eso sería un mal negocio que mañana se le antojaría inconcebible. Ahora, bajo la tentación, le parecía natural, pero mañana no sería así, ni mucho menos.

Josua caminó presuroso por las calles, y siempre se abría, ante sus ojos, una nueva. Preguntó y le encaminaron mal. ¿Por error o por malquerencia? Preguntó de nuevo, desanduvo camino, encontró atajos y, al fin, se presentó ante el maestro, quien, concluida la jornada laboral, estaba lavándose las manos.

—¿Todavía un parroquiano? —preguntó el hombre no demasiado contento—. Veamos, ¿de qué se trata? ¿Cuero de arnés? ¿Para Negrutz, el guarnicionero? Está bien, está bien, ése siempre compra en casa. Lo tendrá. Espere unos instantes a que termine de lavarme las manos. ¿Cómo dice? ¿Limpio de cicatrices y cortes? ¡Vamos! ¿Acaso ha recibido Negrutz alguna vez un cuero diferente? ¿No le he servido siempre con honradez? Sí, para riendas y arneses, ya lo sé. También conozco su cupo. Aguarde aquí, se lo prepararé en un momento.

Aquel paquete resultó disforme e inmanejable, Josua lo acarreó, a duras penas, cambiándoselo con frecuencia de mano, pues el cordel parecía aserrar sus articulaciones. Intentó colocárselo sobre la cabeza descubierta y llevarlo, de tal modo, hasta el final, pero era demasiado ancho y demasiado pesado por un lado para semejantes equilibrios. Por añadidura, estaba el otro paquete con las demás compras, sin duda más pequeño, verdaderamente liviano, pero, así y todo, necesitaba una mano o por lo menos tres dedos sin que los restantes quedaran libres para su función principal.

Josua avanzó tambaleante, dio varios traspiés, e hizo un alto para descansar hasta que las campanadas del reloj de la torre sacudieron sus extremidades como una corriente eléctrica y le hicieron reanudar, sin piedad, la penosa marcha. Su figura atrajo muchas miradas compasivas, muchas pullas en boca de rapaces vagabundos pero éstas le azuzaron cual un latigazo en el cogote. No escuchar, se dijo, eso debilita. No levantar la vista pues, de lo contrario, la calle parecerá aún más larga. Cuarenta lei, amarga ganancia. Pero también cuarenta lei por la cosmogonía y otros tantos por el corsé, todos ellos ganados fácilmente. Se compensan unas cosas con otras; convendría variar la tarifa, hacerla elástica. No, eso sería un error, podría ahuyentar a la gente. Tampoco conviene pensar ahora, más vale dejarlo para mañana, con Raquel. Pero Raquel también flaquea, ella habla mucho de salud. Sano estaría uno si no fuera por… las cuatro horas de sueño y los días como éste, si no fuera por el vestido para Lea, pero el vestido está aquí y no debe sufrir daño alguno. También el cinturón, y también…, ¡ojo!, ¡vaya boquete en el empedrado! ¡Podría haberme ido de bruces! Pero aunque hubiera tropezado, aquí no hay nada frágil. El cuero no se rompe, ni el libro… ¡oh, Dios, el ojo de esa pobre niña! ¿Estará entero? ¿Cómo no ha de estarlo, si sólo he dado un traspiés? Nada de pensar, sólo mirar al empedrado, sólo, sólo eso, cualquier otra cosa mataría al ojo muerto.

La taberna está repleta de hombres sudorosos y mordiente humo de pipa. Grupos acá y acullá. Botellas de cerveza plantadas sobre las

mesas, muchas más botellas que vasos. También restallan ya los naipes sobre la madera desnuda, pronto se disolverán las tribulaciones del día. Algunos rostros conocidos, apenas conocidos, pero esta gente intima en seguida con el prójimo.

—¡Aquí está Brochtl! —grita uno—. Pero, oye, ¿cuál es tu verdadero nombre?

—¡Nuestro judío! —vocifera otro—. Conservarás la vida, si nos pagas una ronda.

Joviales, disfrutando alegremente de sus horas libres. ¡Ah, no, él no quiere nada! Ya es suficiente con que los otros rían a carcajadas y pulvericen, mediante nuevas chanzas, el apocamiento rápidamente declinante de Brauchteil.

El más escandaloso es Tini.

—¡Ven acá! —le llama a voz en grito—. ¿Cómo las siete? ¡Las siete y veinte! ¡Mucho retraso, Josu!

Él, consecuente, decía siempre Josu, la sílaba final le fastidiaba, probablemente por parecerle demasiado ceremoniosa. También es posible que le dejara entrever las tenebrosas fosas o, más bien, abismos del pretérito, ese opresivo y singular hálito que con un golpe mágico transfería profetas y patriarcas al presente de cada cual. Él no lo entendía así, se negaba a reconocerlo; por tanto la vocal final quedaba descartada, el nombre desvirtuado y la suave presión que pudiera ejercer su composición ortográfica, arrinconada.

—Vamos, Josu, paga. Todo cuanto he tragado desde las siete es por cuenta tuya. Nada más justo, con ese retraso de veinte minutos.

Brauchteil se abrió paso hacia él. Su enorme paquete tropezó con todo, las botellas se tambalearon y una cayó aunque afortunadamente estaba vacía.

—Pero, ¡qué aspecto tienes! —exclamó Tini sinceramente alarmado—. La cara verde, el bigote aglutinado. ¿Cómo llevas ese peso a cuestas? ¿Qué hay aquí dentro? ¿Por qué no has tomado un portador? En cada esquina encuentras alguno de ellos, hambriento. Cinco lei o acaso diez, y tú vas detrás como un señor.

Brauchteil se desplomó sobre el banco. Las preguntas pasaron de largo por sus oídos.

—¿Ha llegado ya el paquete de la empresa Motz?

—Ya llegó, ya llegó —le tranquilizó Tini—. Está en el camión. Siéntate y recupera fuerzas. No me cuentes nada de lo que has hecho. Dejadle en paz —dijo a los otros—. ¿Tanto os interesa saber lo que ha traído, a rastras? No lo ha robado…, ¿o lo has robado?

Brauchteil frunció una sonrisa forzada, levantó la mano e, inmediatamente, la dejó caer.

—Bueno, déjalo —dijo Tini—. Anda, bebe de mi botella para convertirte nuevamente en un ser humano.

Josua no cogió la botella, sus manos temblaron.

—¿Partiremos pronto?

Tini exhaló un suspiro de amargura.

—Pronto, sí, ¡al diablo con todo! ¡Cinco horas por esas miserables carreteras! Bueno, pon lo menos, una botella más.

—¿Te conviene beber cuando conduces?

Brauchteil dijo «te conviene» y no *puedes*. No fue una reprimenda ni una advertencia siquiera.

Tini se pavoneó.

—¿Tienes miedo acaso? Con Vasili Tini puedes desechar todo temor. Yo puedo conducir con todo un barril dentro de la panza. ¡Eh, mozo, otra botella, la última! ¿Qué tomas tú, Josu? Tienes derecho a resarcirte, un trago por cada gota de sudor. Algo habrás ganado sin duda, el sudor procura siempre dinero.

Así es, pensó Brauchteil mientras le parecía estar recobrando la vida, así es. Para Lea, vestido, cinturón con un prendido de flores exactamente como su pelo.

—Un bocadillo —dijo al fondista—. O mejor, dos bocadillos. Con salchicha, por favor. Y un jugo de frutas, manzana o frambuesa, lo que haya.

5

EL GIGANTESCO paquete quedó bien estibado, tal como el del cuero, y el más pequeño con las diversas compras. Por fin estuvieron seguros y cada uno de ellos tuvo un significado de seguridad. Josua tomó asiento en la cabina junto a un Tini desgreñado, con el bigote revuelto y la camisa abierta, dejando escapar el vello del pecho.

—Bueno, ¡en marcha viejo trasto! —dijo éste al vehículo—. Dentro de dos horas o a lo sumo tres, podrás dormir. Tú, yo y Josu. Si no me vienes con historias, yo tampoco te molestaré. Tendrás tu descanso como siempre, ya sabes dónde.

Aunque la noche no se había desplegado todavía, árboles y matorrales cerraban ya filas. Las chatas montañas de contornos desdibujados se fundían paulatinamente en un bloque uniforme primero negruzco, luego de un negro profundo. Las estrellas se asomaban con timidez, pálidas, faltas de sueño. Las luces del camión se proyectaban a gran distancia, aferrando la carretera como con unas tenazas, los neumáticos zumbaban sobre ella y la domeñaban, aunque no pudieran eludir todos los baches ni todas las piedras que, tal vez, algún chico travieso había lanzado a la calzada. De vez en cuando, el vehículo saltaba, dejaba escapar algunos gemidos y los labios convulsos de Tini proferían tremendas imprecaciones.

—¡Malo para ti y malo para mí, maldita sea tu estampa! —mascullaba inclinándose sobre el volante que parecía querer escapar de sus manos.

Brauchteil hacía poco caso de todo eso. Él estaba sumido en sus reflexiones, recuentos y cálculos. Quince comisiones sin contar las propias. No, no se debería alterar el precio básico. Sería preciso hacérselo saber así a la ciudad, publicarlo. En el periódico, naturalmente; la afluencia era excesiva, resultaba imposible aceptarlo todo. Quince comisiones, treinta como máximo…, demasiadas, desde luego. Demasiadas cuando uno ha de caminar y, si a mano viene, correr. Interesaba contratar un cabriolé. Para cuatro o seis horas diarias. ¿Y por qué no todo el día? A un tanto alzado, eso no resultaría caro. Entonces, podrían ser treinta y cinco, ¿por qué no? ¡Ah, Dios mío, cuarenta veces treinta y cinco! Una vez deducidos los gastos: Tini, el cabriolé y algunos bocadillos. Casi medio millar. Entonces, Raquel podría tener un vestido y Samuel unos pantalones, por lo menos.

Recapitulemos, pues: anuncio y acuerdo con un cochero, hasta aquí todo claro. Algo más adelante, a principios del otoño, cuando los días se acortan y las noches se alargan. Respecto al portal, convendría concertar, también, un nuevo acuerdo, concretamente con el señor Luka. Está concluyendo el otoño y amenaza el invierno. Samuel debe ir a clase, y Lea no puede estar plantada en el portal pues eso perjudicaría su prestigio. Tampoco Raquel, porque muchas veces la lluvia cae de través y entonces sopla un viento furioso que proyecta la nieve sobre las mercancías. Raquel lo aspira hasta el fondo del pecho, ¡lo cual ya es suficiente desgracia, Dios mío!, además los frascos con cien gotas devoran el pan de la mesa. Este plan está también muy claro, Flohm y Bachja han tenido una idea. Y no resultará nada mal si Luka se muestra tolerante. Sería preciso reconciliarse con Dudutz y asimismo, de alguna manera, con Lungu y la desdeñosa Aurelia. Mediante favores…, ¿cómo, si no? Por medio de comisiones gratuitas. Eso marchará, será necesario espiarles hasta averiguar lo que les falta. Queda pendiente Gulda, la de Flohm que sólo sabe lanzar miradas malévolas y hacer preguntas enojosas. ¡Lástima que la Priska no necesite un ojo artificial! ¡Ali no, Dios mío, no le deseo tal cosa, que el Señor me perdone ese pensamiento!

Pero, ¿qué entonces? ¿Un vestido para ella? Sí, los vestidos conquistan a la gente, eso es seguro. Sin embargo, una cara como la de Priska no tiene arreglo. Y una figura como la suya… ¡Dios mío, no le sentaría ningún vestido de confección, y la mejor modista quedaría perpleja!

Brauchteil suspiró y se acarició la barba porque no veía salida alguna. Por desgracia, tampoco se podía consultar sobre ello con el bueno de Flohm. Aunque, tal vez, sí con Bachja, quien también era un buen hombre. Se le explicaría el caso, confidencialmente…

Entonces, se oyó la voz gruñona de Tini.

—¡Eli, tú, Josu!, esto no marcha. Vas allí sentado medio dormido, mientras a mí se me saltan los ojos de tanto mirar. Y eso cansa, no sabes cuánto. Si me duermo, se me llevará el diablo, y también a ti. Y si se nos llevara, se llevaría al camión. Éste quedaría sobre la cuneta transformado en un montón de chatarra. Y entonces veríamos lo que nos contaba el Luka.

Brauchteil se alarmó mucho.

—Yo no sé conducir. ¿Qué he de hacer?

—Hablar, no dormir. Debes mantenerme despierto, de lo contrario me cruzaré de brazos. He bebido demasiado poco. Bastante cerveza, pero no aguardiente. La cerveza te da sueño, el aguardiente lo compensa. Puedo descansar en la taberna de Szamosch, Josu, pero hasta allá quedan todavía dos horas, y tú debes hablar, si no quieres que ocurra una desgracia.

Brauchteil se sintió como si le estrangularan.

—¿De qué puedo hablar?

—De lo que te plazca. Disparates o verdades. ¿Acaso soy yo quien deba decírtelo? Para eso viajaría solo y charlaría conmigo mismo. Cuéntame de tus negocios, pero cosas alegres, ¿eh? Así, podré resistir hasta Szamoosch.

¡Alegres, Dios mío! ¿Qué tenían de alegre sus asuntos? ¿El reloj musical del señor magistrado? ¡Ah, la vida se relacionaría siempre con él a través de las comisiones, jamás habría otro contacto! ¡Tampoco con Raquel, tampoco con los niños! ¿Alegre? ¿Los

preparados suizos, la cosmogonía, el cuero para guarniciones…? Quizás el corsé… pero, ¿era permisible traicionar la confianza de su cliente? ¿Máxime cuando ella había abonado un recargo para que nadie supiera de ese recurso? En suma, los clientes debían conservar el anonimato. Sobre todo esa chiquilla, la Mogruschan, con su ojo artificial. Posiblemente la gente se daría cuenta, ¡Dios mío!, pues aunque no estaba muerto del todo —ya que los músculos podían moverlo—, sí medio muerto. Nadie lo sabría por su boca, y Tini menos que nadie porque frecuentaba las tabernas y era un charlatán. La pequeña Ana y la oronda señora Vlahutz pertenecían a su clientela. Las mujeres tenían secretos específicos y no siempre alegres. Probablemente los tenían todas, incluso Raquel. Y tal vez ella los tuviera también en el asunto Rachmuth, ¡sólo Dios podría saberlo! Al menos Raquel y Lea cuchicheaban juntas muchas veces. Sin embargo, cuando él aguzaba los oídos, sólo oía comentarios sobre peinados, cintas y broches. ¡No, Raquel era clara como esa luna que se levantaba ahora!

—¿Qué sucede? —le preguntó Tini reduciendo la velocidad—. ¿Te has quedado mudo o tal vez sordo? No duermas, me contagiarás. Debes hablar, aunque sea en hebreo, si lo prefieres. Reza un padrenuestro o cuenta hasta quinientos… ¡pero di algo!

¡Nada de los clientes, de eso ni hablar! Pero sí podría hacerlo sobre los otros, los que necesitaban pasaportes y visados. Eso era honroso, eso lo sabía toda la ciudad. Así, pues, relató diversos lances sobre tal o cual industrial, tal o cual banquero, en fin, gente adinerada que quería visitar lujosos balnearios para eludir la canícula. Uno quería marchar a Italia, otro, a Grecia, un tercero, hacia las regiones nórdicas, fueran marítimas o montañosas. Nueve clientes, sólo dos sin compañía; los demás, con señora, es decir, señora esposa. Él tenía la misión inmediata de recoger los visados, luego debía cargar con innumerables folletos publicitarios, costosos cuadernillos ilustrados con imágenes policromas de paisajes e instalaciones recreativas así como unas listas de precios que podrían aterrorizar a cualquier mortal. Más tarde se consultaba y deliberaba,

e incluso se discutía, pero razonablemente, lo cual era más beneficioso que dañino.

Tini le escuchó con avidez, aunque no sin intercalar algunos resoplidos despectivos, pues él se tenía por un revolucionario. Luego, se puso a despotricar, sin excepción contra todo y todos aquellos cuyas mesas estuviesen cubiertas con damasco y guarnecidas con plata maldijo al diputado que no había aplastado siquiera un piojo en favor de su cuerpo electoral y no se arredró ante la Casa real cuya representación, según dijo, engullía un tercio de la recaudación tributaria. Exageró sin mesura y al propio tiempo apresuró el ritmo de la marcha; su camión, usualmente un jamelgo apacible, se envalentonó hasta parecer un desenfrenado caballo de carreras. Fueron inútiles todas las reconvenciones, exhortaciones e intimaciones de Brauchteil. Felizmente, aparecieron pronto los reflejos del Szamosch cuyas aguas fluían perezosas como plata derretida. Luego se dejó ver la taberna y, ante su puerta concluyó el temerario viaje.

Allí bebió Tini tres aguardientes por su cuenta, y Brauchteil hubo de pagarle otros tres para arrancarle la promesa de que se descargarían los voluminosos paquetes en la calle del Incendio. Una vez satisfecha esa solicitud esperó pacientemente, se refrescó en el pozo para suplir la falta de sueño y, por fin, subió bastante descansado a la cabina mientras Tini hacía lo mismo, ágilmente, por el otro lado.

Durante una hora los efectos del aguardiente fueron positivos hasta cierto punto, luego la bebida dejó de causar efecto y pareció deseosa de vengarse. Hacía ya mucho que Tini había hecho caso omiso de los baches y el vehículo brincaba, botaba, las ballestas gemían.

También gimió Tini o, al menos, su voz sonó quejumbrosa:

—Todavía cincuenta kilómetros…, ¡así se los trague el infierno! ¡Dame un puñetazo en las costillas, Josu! O mejor, no me lo des, puedo irme de cabeza por la ventanilla. Tengo la impresión de marchar por dos carreteras al mismo tiempo, pero sólo una es la

verdadera. ¿Cuál de ellas, Josu? ¡Háblame de esos granujas que tienen tanto dinero! ¿Qué les llevas a casa? ¿Qué hay en todos esos paquetes?

Brauchteil se sobresaltó considerablemente y se apresuró a decir:

—Cuero, Tini. Nada para los ricos, sólo para el guarnicionero Negrutz. Hace riendas y arreos. Por cierto, estoy preocupado pues no me ha dicho si lo quiere de color natural o teñido. Yo he cogido el natural pensando que él mismo puede teñírselo. ¿Crees que él querrá hacerlo?

—¿Crees, crees? —le remedó Tini—. Yo no creo nada. Y tú no necesitas preocuparte tanto, ¡no vale la pena romperse la dura cabeza por cuarenta lei! Has transportado por valor de cien, y si yo fuera tú se lo restregaría en las narices a ese Negrutz. ¿Haces con todos los mismos negocios? ¿Qué hay en los otros…, quiero decir los demás paquetes?

Brauchteil se atolondró no poco.

—Pequeñeces —balbuceó fingiendo indiferencia—. Algunas baratijas, un libro y otras cosas parecidas.

—¡Pequeñeces! —exclamó Tini, irónico—. El mayor pesará sus buenos treinta kilos y tú lo llamas pequeñeces. No mientas, Josu, eso no lo soporto. ¡No soy un diputado con el que puedas hacer política!

—¿Adonde vas a parar? —le contestó Brauchteil con vehemencia —. ¿Por qué habría de mentirte?

¡Lo he llamado pequeño y te juro por mi salud que es la pura verdad! Ahí hay sólo pequeñeces. ¿Y en el mayor, el de los treinta kilos? Por favor, no me preguntes, Tini, no me preguntes. Es una sorpresa y causa sensación. También a ti, Tini. Ya lo verás el próximo martes. Pásate por el portal, Tini, y si lo haces temprano serás el primero en verlo.

Su voz tenía un acento suplicante. Tini se mostró benévolo y suspendió las hostilidades.

—El martes —gruñó—. Bueno, está bien. El martes no salgo hasta la tarde. Y entonces, ¡otra vez a esa maldita carretera!

Contigo, supongo. ¿Me acompañarás de nuevo?

Brauchteil se reanimó.

—Te acompañaré, Tini, ¡cómo no! Si recibo los suficientes encargos… Pero, ¿qué estoy diciendo? ¡Debo ir sin falta, hay que recoger los visados!

La conversación languideció, el cansancio se apoderó de ellos y los envolvió como un pólipo. Brauchteil parpadeó con creciente frecuencia: Tini no le fue a la zaga y por último se desplomó casi sobre el volante aferrándolo con manos espasmódicas mientras su boca se torcía en un rictus de dolor o poco menos.

—Todavía doce —farfulló—. No es mucho y, sin embargo, parece excesivo. ¡Habla, Josu! ¿No conoces más historias? Pero no, no hables, prefiero que cantes. Tu voz es ya mortecina y me causa todavía más cansancio. Me dormiré si hablas. ¡Canta! Eso será nuevo, distinto.

¡Dios, Dios! ¿Qué hacer ahora? —pensó Josua momentáneamente desesperado. ¡Si hubiera espacio suficiente en esta cabina el hombre me pediría que bailara! ¡Cantar! ¡Dios, Dios!

—¡No puedo hacerlo, Tini!

—Claro que puedes. Inténtalo. Todo el mundo sabe cantar, y no hace falta hacerlo bien. Canta aunque desafines, así me resultarán más fáciles los kilómetros restantes. ¡Canta, te digo! Y no vuestros cánticos religiosos. Son demasiado tristes. Canta a las mujeres, Josu, al amor. Pero en voz alta, pues si no el motor lo engullirá todo y no me dejará ni las sobras.

Una vez más, trabajó el cerebro y, de nuevo encontró lo que buscaba. Canciones de la juventud…, ¡bah!, ¿se ha sido joven alguna vez? Entonces, le vino a la memoria un estribillo, y luego otro; después recordó la melodía. Lea las había cantado, y también Sami, más tarde. Había escuchado con disimulo. Eran refrescantes y melancólicas a un tiempo. ¡Cuánto se necesitaba todo eso! ¡Cuán beneficioso era para el espíritu!

Desde luego, desentonó, las cuerdas vocales obedecieron a regañadientes. Acá, un graznido, acullá, un gallo, y fragmentación

de los tonos altos como si fueran de vidrio. Brauchteil echó la cabeza hacia atrás, la yugular se hinchó, la nuez bailoteó. Y sin embargo…, ¡ah, qué maravilla!, la juventud parecía desear el retorno, hacía señas, sonreía, luego se le agregaban la juventud de Lea y Samuel, el huerto de Entradam y la paz regocijante de su opulenta pobreza.

Tini gesticuló alegremente, sus manos se distendieron. Luego sonrió para sus adentros y, por fin, soltó una estruendosa risotada. Josua no se sintió agraviado. ¿Qué sabría Tini de esa felicidad tan singular? Era preferible hacer el ridículo que yacer deshecho en la cuneta. Y así llegó una tercera tonada y una quinta… ¡Ah, qué hermosas eran!

Tini prefirió entrar en la ciudad por otro camino; el jefe podría estar despierto y si reconocía el ruido del motor desperdiciaría palabras para criticar los «paseos nocturnos». Tini ayudó también a descargar los bultos y transportarlos por el patio, mientras hacía algunos comentarios vejatorios contra los efluvios del vinagre que podían causar tanta confusión como el alcohol ordinario. Luego se marchó. El traqueteo de su vehículo levantó ecos en la calle del Incendio, los durmientes se sobresaltaron pero el prestigio de Josua se acrecentó.

Raquel le esperaba despierta, naturalmente. Aún ardía la lámpara de petróleo, y la mesa estaba puesta.

La mujer escudriñó con aire pensativo sus facciones céreas y sus profundas ojeras.

—Come y calla —le dijo muy calmosa—. Come un poco ahora y algo más, de madrugada. No me cuentes muchas cosas, cada minuto es precioso para ti. Dime tan sólo si todo marchó bien.

Josua, todavía de pie, masticó con aire absorto.

—Marchó bien, Raquel. Todo. También es bueno lo que está ahí dentro, en ese paquete. El vestido para Lea…

¡Eso sí tenía que verlo! Desató febrilmente el bramante.

—¡Oh, qué bonito! —exclamó, encantada—. ¡Oh, qué bien le sentará! Pero cuando lo vea Gulda… —añadió variando de talante—, cuando Priska atraviese el patio…

Él se encogió de hombros mientras se quitaba la ropa.

—Debemos reflexionar, Raquel —murmuró—. Y precisamente acerca de Flohm. Sin hacer daño, aunque tal vez sea inevitable.

—Sí, reflexionar —repitió ella—. Ahora duerme, Josua.

Las sábanas ocultaron su rala barba, el sueño llegó con poderoso ímpetu. La conciencia se contrajo, pero le permitió hacer todavía una pregunta:

—¿Has hecho buena venta, Raquel?

—Sí, buena —dijo ella sin apartar la mirada del vestido.

Y, aún, otras dos preguntas, casi en un susurro:

—¿Estuvieron los chicos en Zselna? ¿Hicieron buena compra?

—También fue buena, Josua.

Él quiso darle las gracias con una mirada, pero los párpados no se lo permitieron. ¡Cuánto pesaban! ¡Casi treinta kilos! ¿Y por qué treinta precisamente?

Éste fue el último pensamiento entrevelado. Raquel, sentada muy satisfecha ante la mesa bajo la lámpara, levantó el vestido y lo examinó por todas partes. Luego, le colocó el cinturón y el adorno para el escote y le pareció ver ya a Lea luciéndolo, mientras irnos caballeros corrían tras ella y otros salían a su encuentro. Aquella noche, Raquel no durmió, sólo descansaron sus manos en espera del mañana inmediato.

6

¡DÍA laborable festivo! Como siempre, el siguiente martes de mercado evidenció la legitimidad de esa denominación contradictoria. La ciudad se pertrechó tal como venía haciéndolo desde tiempo inmemorial…, escaparates abarrotados, mostrando incluso los artículos menos preciados para ofrecer un surtido completo. Todo estribaba en la cantidad, en la variedad, pues una buena parte del ambiente festivo residía en la opción de elegir esto o aquello y llevar a casa el objeto adquirido cual muestra de buen gusto y discernimiento. Los mercaderes, hojalateros, tinajeros y borceguineros, habitualmente establecidos en recónditas callejas, se habían personado en la plaza mayor, y también los grandes comerciantes habían montado casetas allí, pues no era nada fácil vencer la repugnancia de los campesinos a atravesar rutilantes puertas giratorias. Resultaban especialmente decorativos los tinglados de los *alfajoreros*[2], cuyas mercancías tenían múltiples formas pero despedían un solo aroma: miel. El azúcar ocupaba un segundo lugar, adornando con delicados arabescos y jinetes, cuyo destino —el de remplazar a la palabra trabajosamente elaborada— permanecía enraizado como siempre con las demás compras y se traducía en un creciente volumen de ventas.

Era un verdadero festejo contemplar cómo se iban transformando los preparativos del lunes en crecientes beneficios mientras se resistía, con talante jovial y entusiástico, el indispensable regateo hasta encauzarlo en favor propio, pues las pequeñas victorias

confirmaban la existencia de la energía latente y parecían garantizar la estabilidad.

Muchos centenares de labriegos y labradoras, asiendo firmemente de la mano a niños excitados y saltarines llegaban andando o en carruaje, afluían por todas las vías de acceso a la ciudad. Ésta era el centro de su mundo, allí había suntuosas casas, espaciosas hosterías, comercios con monumentales lunas, señores de nombres resonantes y grandiosos títulos, policías de mirada adusta… personificación de la ley. Allí había, también, gentes de ciudad, seres campechanos, amigables, y muchos galanteadores; se debía andar con ojo. Unos eran amigos, otros amigos ficticios y por todas partes los desconocidos enemigos pagados. Se imponía la desconfianza en cada caso; todavía era muy improbable el salir victorioso en la lid, pues ellos tenían una ventaja: la movilidad de sus lenguas.

Nadie llevaba atavíos dominicales, aunque tampoco se iba vestido para el trabajo. No se lucía el traje recién comprado pero se dejaban en casa la camisa remendada, las botas carcomidas por el estiércol líquido y los abonos. Se intentaba, asimismo, dar salida a los propios productos, poderosos bueyes o quizá, tan sólo, un cesto lleno de bayas. Se adivinaban perspectivas acá y acullá pero, sobre todo, la de tomar algunos bocados especiales y unos buenos tragos. Se veían rostros conocidos de los valles vecinos. Ahí se ofrecía la oportunidad de informarse sobre muertes y nacimientos, de comentar la suerte de viviendas o establos. Se comparaba la propia escasez con la de otros, se sopesaba el propio bienestar frente al de otros. Se veía e intuía, se aprendía sobre la vida, experimentándose, de múltiples maneras, con la propia. Todos esos gérmenes engendraban la fiesta. No con absoluta claridad, no sin desazones, pero los esfuerzos que ello requería tampoco resultaban vanos, había alegría, esperanzas, condimento de ese quehacer cotidiano comparable a insípidas gachas.

Josua Brauchteil también se había provisto con pertrechos especiales para aquel día de mercado. Por entonces había eliminado

ya de su puesto casi todas las verduras para dedicarse, principalmente, a las diversas variedades de pescado. Teniendo presente los innúmeros repollos y coles, coliflores y frutas del tiempo llegando atropelladamente desde las colinas, necesitaba ofrecer bocados exquisitos, uva, naranjas y plátanos tempranos de regiones meridionales, acarrearlos en el vehículo de Tini y venderlos a precios razonables, para afrontar la desmedida competencia. Además no era aconsejable provocar el desagrado del público campesino, sino más bien establecer buenas relaciones, asegurarse un aprovisionamiento periódico, para evitar los fatigosos acarreos a Samuel y Lea. En el portal, adonde acudían muy pocos clientes distinguidos durante aquellas festividades, servía sólo Raquel y como él mismo debía recorrer el mercado buscando contactos y haciendo compras, los ingresos solían ser mínimos.

Sin embargo, en esta jornada tan especial su zaguán estaba repleto, y sometido a un verdadero asedio desde la acera. Dudutz, el zapatero, se retorcía desesperado las manos porque el paso quedaba interceptado, los transeúntes debían dar un rodeo ante sus escaparates atractivamente decorados, y el codiciado volumen de ventas amenazaba con quedar reducido a una ridícula fracción. El hombre perdía los estribos sin cesar, formulaba quejas tan violentas como disparatadas, y advertía con toda claridad al casero que se proponía tomar medidas muy enérgicas. Desde luego, el resultado de tal determinación parecía poco claro, y sólo hacía responder a Josua, no obstante su desasosiego, con un tímido encogimiento de hombros.

¿Cuáles serían los efectos de esa excepcional afluencia? ¿Ruedas de higos secos, monstruosos bloques de miel turca guarnecida con almendras, batatas y mangos? No se veía pescado ni en tinas ni en latas. Sólo algunos tenderos de comestibles finos, unas diez o veinte casas más allá, ofrecían uvas españolas de grano grueso, opíparos racimos de plátanos, dátiles y otras apetitosas frutas exóticas. ¿Se habría establecido aquí un juglar, un artista, un vaticinador?

Las paredes a derecha e izquierda, así como el tabique construido en el fondo semejante a un gigantesco caballete, estaban cubiertos totalmente con grabados. Descansaban sobre listones esmaltados de blanco pues no se les podía estropear con clavos, y esparcían su restallante policromía por todo el recinto. Tanto más restallante cuanto que el mechero doble, mágicamente luminoso, de una lámpara de acetileno asegurada al techo, difundía su espectral claridad en grotesca lucha con la agresiva luz diurna y prestaba una pujanza convincente a los colores y las formas. El leve zumbido del cuerpo luminoso contribuía, no poco, a crear la atmósfera adecuada, y los insectos, dispuestos a enseñorearse de su medio, parecían, no obstante, un poco aturdidos tal como los seres humanos que permanecían pasmados, sin apenas atreverse a respirar.

En verdad que no se había introducido el mundo entero en el espacioso portal, pero sí algunos sectores muy importantes de su espléndida pluralidad. Ante todo, Su Majestad, con uniforme de gala e innumerables condecoraciones, la penetrante mirada puesta en un lejano horizonte, y una sonrisa confiada en los labios llenos como si previera ya la victoria. Le flanqueaban miembros de la casa reinante, héroes de la Historia patria, asimismo magníficamente condecorados, arquitectos de un glorioso pretérito, forjadores de un futuro asegurado. Nombres y rangos, rematados con una concisa leyenda en caprichosa caligrafía, tenían una finalidad ilustrativa; todos ellos irradiaban energía, y a decir verdad, hasta las más humildes chozas necesitaban esa corriente vigorizadora afluyendo por conductos gráficos, pues no estaban expuestas solamente a las tormentas climatológicas.

Ocupaban gran espacio los temas paisajísticos, especialmente los impresionantes escenarios del país…, valles encantadores, pintorescos acantilados, cascadas, desfiladeros y el mar. Con perfecta naturalidad, se agregaban las imágenes de animales, unos exteriorizando mansedumbre idílica, y otros una amenaza inequívoca. El oso y el lobo, el águila en pleno vuelo, la serpiente sobre el peñasco soleado. No podía faltar el guardabosque, ni su

contrincante el cazador furtivo. También se captaba el momento de la crisis, del inminente desenlace; ello tenía suficiente fuerza sugestiva como para excitar los ánimos y sugerir, en desatinados sueños, la colisión. Allí desfilaban, una tras otra, las edades de la vida, desde el infante hasta el anciano decrépito y la matrona asociados a las herramientas propias de cada oficio como atributos, los quehaceres propios de cada edad, tanto en el laborar cotidiano como en los puntos culminantes de la existencia humana, rodeados por una especie de aureola y de angelotes trompeteros visiblemente complacidos.

Los angelotes presidían también la serie de imágenes representando el amor ardiente, satisfecho y, en ningún caso, frustrado; predominaban aquellos más traviesos, empuñando un arco y agazapados tras el follaje de un manzano mientras la muchacha, sin sospechar nada, tomaba asiento bajo un jazmín floreciente y se inclinaba hacia el cortejador apostado al otro lado del seto. En la siguiente imagen se veía al galán saltando el seto, y en la tercera llegaba el beso. Otros angelotes, sonrientes o riendo abiertamente, con carrillos y cuartos traseros sonrosados, rodeaban a la joven madre en cuyo regazo un angelito, igualmente inconfundible, pataleaba y intentaba asir, con gran entusiasmo, los rayos solares. Y así, sucesivamente, hasta la ancianidad serena y ahíta, pero de ningún modo hasta el ataúd. Flores por doquier; quedaban excluidos los sombríos cipreses.

A decir verdad, la totalidad formaba un imponente libro ilustrado, un vasto panorama de la vida en general. Ante eso, la mente se elevaba sobre el riguroso trabajo diario, recuperando recuerdos de simas olvidadas, despertando esperanzas, prometiendo satisfacciones. El comercio ordinario que vivía de la calle y perseguía con obstinación las ganancias no resultaba insignificante pero disminuía y quedaba reducido a lo que en realidad, era: la premisa para posibilitar la festividad y su culminación.

Ahora bien, el núcleo del gigantesco caballete que convertía en foro al portal, estaba reservado en su mayor parte al Rey de reyes,

Cristo. Allí reinaba Él con toda su majestad, dictando sentencias en el Día del Juicio Final. Allí colgaba de la Cruz, sufriendo indeciblemente mientras se abrían sus heridas. Allí se sentaba entre sus discípulos y dividía el pan. En Cafarnaún, realizaba el milagro de resucitar a la hija de Jairo, ascendía Transfigurado hacia los insondables cielos, escoltado por legiones de ángeles. Otra serie mostraba a la Madre de Dios, también sufriente, aunque conociendo el sentido universal de su sufrimiento; las lágrimas en los párpados inferiores no significaban solamente desesperación. Santos varones cerraban el cortejo, apóstoles, príncipes de la Iglesia, patrones del país y del principado, seleccionados con especial interés pues estaban siempre presentes en el sentir popular, habían escuchado y escuchaban, como era notorio, piadosas solicitudes.

Brauchteil, acompañado de Samuel y Lea, había pasado la noche bajo aquella lámpara susurrante, trabajando, por descontado, a puerta cerrada; ahora estaba desvelado y sobreexcitado como en sus mejores momentos. Su museo, como lo denominara neciamente Dudutz, debería despertar expectación, con la principal finalidad de incitar a la compra cuya marcha estaba ya encauzada. Todo cuanto exponía eran eventos absolutamente comprobables, aunque en la enumeración de nombres se daba por satisfecho con algunos datos y reseñas; no obstante, se mostraba tan experimentado ante ese público que al asombro reverente, se sumaba una admiración muy eficaz. Tal vez Brauchteil hubiese seleccionado sus tópicos en algún catálogo u otro para aprenderlos de memoria, pero, ¿cuándo y dónde habría tenido oportunidad ese auditorio de echar la vista encima a un catálogo semejante? También disertaba sobre la complejidad del proceso técnico, los delicados matices de las *tricromías o cuatricromías*[3]; con medidas palabras, mencionaba el costo de producción y, finalmente, el precio de venta, no sin dar antes el calificativo de milagro a este último y considerarlo absolutamente irrisorio.

No sólo deberían romper el hielo las etiquetas de «vendido» bien visibles en algunos grabados y reforzadas verbalmente por un

contrito «lo siento» de Brauchteil, sino también algunos testaferros, es decir, voluntarios dispuestos a abrir sus sudorosas carteras. No se encargaban de ello Flaum ni Bachja, eso no; simplemente se hacía la propuesta a míos cuantos labradores conocidos, no sugiriéndoles un engaño inocente sino la promoción del aspecto práctico, pues los precios eran discretos y habían sido aprobados por las autoridades. Súbitamente los susodichos testaferros prorrumpían en gritos jubilosos y señalando tal o cual grabado expresaban el deseo irresistible de poseerlo, ya que no sería tan sólo un precioso ornamento, sino el punto central y patrocinador del hogar. Incluso se entablaban disputas que amenazaban con degenerar en camorras, pero, entonces, mediaba el juicio salomónico de Brauchteil, quien sacaba otro grabado idéntico de un arca cerrada con candado y satisfacía así a ambos querellantes.

El ejemplo cundía, nadie quería quedarse atrás ni dar la preferencia a otros, máxime, cuando Josua anunciaba preocupado que no poseía copias de todas esas obras maestras. Se le apremiaba, se le acosaba, manos codiciosas hacían descender las imágenes de sus listones, las envolvían en cartones y las encordelaban cuidadosamente; ahora eran trofeos, valiosos recuerdos de aquella feria cuya nota dominante no la constituían ya botas y tejidos, productos lácteos y hortícolas. Raquel cobraba y Samuel empaquetaba; Lea debía mantenerse como siempre lejos del portal, pues ella era la princesa mimada, el lujo de la familia, por decirlo así, y podía arrastrar carretas de verduras por las polvorientas carreteras donde no la viera nadie, pues así lo quería con su terca voluntad, pero no tenía autorización para realizar faenas humillantes ante el gentío, a la vista de todos.

Brauchteil estaba en su elemento porque el riesgo menguaba por momentos, la victoria se perfilaba ya y el tintineo de monedas sobre el mostrador era bien audible. Sus *disertaciones* cobraban colorido y brío, los recién llegados sucumbían con creciente facilidad pues los compradores precedentes justificaban ese gasto extraordinario con elogiosas palabras y la propaganda oral se difundía por las calles.

Además, comparecían damas y caballeros, no para decorar dignamente las desnudas paredes de sus salones sino por mor de los encargos que Josua debería diligenciar el miércoles siguiente, con arreglo a la tarifa usual y que él prometía cumplir ante la expectación general. La lista crecía, y ya pasaba de las dos docenas. El cabriolé de Cluj podría contar con un espléndido jornal.

Pero también habían escenas enojosas y, más tarde, se produjo un incidente. Naturalmente, entre los tropeles de visitantes admirativos se encontraban también guasones y camorristas que, si bien no se atrevían a abrir su boca pecadora para ridiculizar las efigies de altas personalidades y menos todavía las estampas religiosas, se desfogaban haciendo comentarios estúpidos sobre las láminas cinegéticas, y francamente obscenos acerca de los cuadros amatorios. Esas bufonadas creaban una atmósfera tensa contra la cual resultaba difícil combatir. Sin embargo, Josua tenía la suficiente cordura para reír las gracias con labios convulsos y, luego, encauzarlo todo mediante arriesgadas transiciones hacia aguas mansas ricas en peces. Más problemas le planteaba todavía el frenético Dudutz, cuyos empleados se abrían paso, a duras penas, hasta el almacén situado en el patio y, cuando regresaban cargados con cajas, debían esperar inermes hasta que se abriera una brecha. Ello ocasionaba pérdida de tiempo y actitudes impacientes, Dudutz debía tranquilizar a la clientela y servir de diversión a los presentes, como en el caso de una señora especialmente neurótica que salió corriendo encolerizada mientras gritaba que volvería algún día. Cuando Dudutz preguntó en tono estridente cuánto duraría todavía el «espectáculo circense», no recibió ninguna respuesta satisfactoria, lo cual le hizo vociferar y hablar de represalias, aunque sin especificar su naturaleza.

Dramático y, al propio tiempo, grotesco fue el comportamiento de la señora Aurelia Lungu, la cual, con una artística cesta y evidentemente animada por un alto espíritu adquisitivo, se disponía a salir de casa para preparar un aromático almuerzo a su querido esposo, quien se ocupaba los martes, exclusivamente, en cavidades

bucales pueblerinas, no siempre bien cuidadas y raras veces bienolientes. Primero, la dama quedó inmóvil, desafiante, mirando todo con ojos desorbitados, luego empezó a aplaudir y reír de forma tan estruendosa que la cascada verbal de Josua se agotó momentáneamente, e incluso fue inaudible el zumbido del mechero doble y de los agresivos insectos. Pero eso no fue todo. Le siguió una perorata, una sátira, un libelo no impreso salpicado, afortunadamente, de muchos vocablos insólitos que resultaron incomprensibles para la masa popular y, en su mayor parte, también para Josua; sin embargo Samuel lo entendió perfectamente. Entre otras cosas la señora dijo *panoptikum*, cursilería elevada a la máxima potencia, extracto de baratijas, pero también embrutecimiento del pueblo, redada de campesinos y otros despropósitos similares que representaban mía crítica extremadamente mordaz y una condena definitiva. Por último, dio una palmada condescendiente en el hombro a un honrado lugareño y, soltando una carcajada más estridente todavía chilló:

—¡Compra, compra, caro amigo, compra eso, su valor equivale a tres huevos o a tres aguardientes! ¡Seguramente encontrarás en la alquería alguna habitación privada donde puedas colgarlo!

Diciendo esto, balanceó airosamente su cesta y caminó hacia la luz diurna cual una vengadora de la cultura o inflexible juez de la incultura.

El incidente sobrevino de súbito, las invectivas se sucedieron con acrobático desparpajo de tal forma que no hubo oportunidad para una réplica y menos todavía para una polémica. Josua palideció hasta la raíz del pelo, las rodillas le temblaron, la noche en vela exigió sus desechos. Si los testaferros no hubiesen acudido a la brecha, si no hubiesen soltado sus pullas, él se habría refugiado en la silla que había abandonado Raquel, muy excitada, y habría prorrumpido en llanto. Sea como fuere le resultó imposible afrontar, por sí solo, el pleito que había planteado la dama con evidente mala intención. En definitiva, la sentencia unipersonal tuvo un tono de altanería extravagante. ¿Acaso no habían visto todos cómo eludía

ella el codeo para dirigirse exclusivamente a un labrador? ¡Una enemiga, sí señor, llena de arrogancia porque era la esposa de un hombre letrado, un doctor! ¡Pero no había entrado jamás en un establo, no había pisado jamás un sembrado!

—¡Cómo! ¿Esposa de un doctor? —gritó un chistoso—. ¡Ni hablar! ¡Un simple artesano tan presuntuoso como ella! ¡Desprecia al vulgo y respeta, únicamente, su dinero ganado con mucho sudor! ¡Si alguien lo duda, que pregunte e investigue en Teaka! Allí el noble caballero se lleva a precios irrisorios avena y centeno, cebada y maíz cuando las gentes no pueden pagarle en metálico Pero, ¿qué sucede con esos sacos y bolsas? Se los lleva al mercado para transformarlos en dinero contante y sonante. Precisamente su señoría marcha ahora hacia allá porque quiere averiguar que ha pasado con esos sacos.

Así prosiguió la charla, hostil, sarcástica y, finalmente, conciliadora. Se consoló a Brauchteil, se le hizo poner en pie con estruendosos vítores, unas cuantas adquisiciones encauzaron nuevamente el negocio y, al cabo de pocos minutos, éste floreció. Sin embargo, el aguijón quedó clavado y sus efectos ensombrecieron particularmente las desencajadas facciones de Samuel, quien, no obstante, prosiguió haciendo paquetes con creciente esmero.

Por suerte, Tini, el chófer, visitó también el portal y se le recibió con una gran ovación. ¡Ah, este Tini era un incondicional de Josua! Lo demostró sobradamente al alabar con entusiasmo las mercancías expuestas y quedarse embelesado ante cada una de ellas. Según dijo con voz tronante, aquello era justamente lo que le había faltado al mercado, pues el hombre no había nacido tan sólo para sudar y manducar, también habían poderes superiores en la tierra y el cielo. Éstos exigían su tributo, y cada cual debería sufragarlo si quería seguir siendo un ciudadano íntegro entre sus conciudadanos, y estar en paz con la propia conciencia. Tini contempló extasiado una estampa que representaba un paisaje atravesado por una carretera asfaltada, donde circularían evidentemente incontables caballos de vapor y no míseros carromatos como ocurría en la provincia.

Josua le comprendió y, con sonrisa agridulce, descolgó el grabado de su listón; Samuel lo envolvió en silencio, y Raquel se olvidó de presentar la factura. Hicieron bien, pues el fatal *intermezzo* de Aurelia Lungu parecía haber pasado definitivamente al olvido aun cuando hubiese dejado un rastro melancólico en toda la familia, excepción hecha del único miembro ausente: Lea.

Hacia el mediodía, Brauchteil pudo descargar su agobiado corazón ante Jeronim Luka, señor de la casa, cuando éste honró también el portón con su visita a la nueva empresa instalada allí. Denunció los insistentes ataques del señor Dudutz —casi media docena— no sin repetir las ambiguas amenazas proferidas contra él. La, cuestión tomó un giro dramático cuando apareció allí, y no por casualidad, el indignado zapatero y sin la menor transición dio suelta a sus muy fundadas reclamaciones. Exigió la suspensión inmediata de esas actividades mercaderiles en el portal, porque, a su juicio, el señor Brauchteil debería construirse un tinglado, levantar una caseta en algún lugar del mercado y no entorpecer por más tiempo el tránsito en la acera, ni obstruir el paso hacia los almacenes. De lo contrario…

—¿De lo contrario? —repitió Luka hundiendo ambas manos en los bolsillos de sus pantalones.

Pero como recibiera por única respuesta varios resoplidos acompañados de un leve carraspeo, manifestó al señor Dudutz que él podía proceder con su portal como le placiese, que la ingeniosidad del señor Brauchteil y su desinteresada propaganda en beneficio de la industria del calzado habían suscitado una afluencia muy satisfactoria, y que el señor Dudutz tenía plena libertad para rescindir el contrato de arrendamiento cuando lo estimase oportuno. Pues él, Luka, podría arrendar un local como aquél por un alquiler tres veces mayor o bien reconstruirlo y hacer de él una soberbia vivienda, lo cual representaba su más cara y moderada ambición.

Esa réplica desencadenó una categórica ovación entre los testaferros, a la cual se sumaron todos los aldeanos que habían acudido allí atraídos por el espectáculo. Dudutz resopló con más

furia todavía, puso los ojos en blanco y, dejando caer sin fuerza las dos manos alzadas, se esfumó.

Así reanimado y auxiliado esta vez por Samuel con palabras concisas, Brauchteil relató el segundo y mucho más oneroso ataque que habían lanzado la señora Aurelia Lungu contra él, su familia y los inocentes grabados. Se hizo hincapié sobre sus sarcásticas risotadas, se repitió su retahíla de expresiones hostiles, coreadas por Samuel y los indignados testaferros. El tono de Brauchteil fue lastimero, acusador y quejumbroso; cuando finalmente manifestó estar librando una dura lucha por la existencia para ganarse, apenas, el pan y expresó el deseo de consultar sobre algo mucho más importante con el bondadoso y respetado casero… se le quebró la voz y no pudo terminar, la emoción le dominó; también fue emoción lo que se apoderó de todos, y algunas mujeres agarraron la punta del delantal.

Al principio, Luka exteriorizó su simpatía sacando las manos de los bolsillos e inclinándose hacia delante para absorber codiciosamente cada palabra. Pero se notó a faltar la precedente actitud propiciatoria; inopinadamente el hombre dio media vuelta, abrió un surco, con furiosos movimientos natatorios, en la multitud y salió disparado del portal. Consternados y perplejos le miraron marchar, luego sacudieron la cabeza sin encontrar una explicación racional.

El mediodía se aproximó al cénit, la masa humana se desperdigó y Brauchteil empezó a empaquetar las mercancías restantes en sus cajas. Suspiró profundamente y con frecuencia, contento de ver tantos huecos en sus listones, descontento por los sucesos acaecidos, cuyas consecuencias serían temibles. Samuel le ayudó sin decir palabra; Raquel contó los ingresos, mientras lo hacía voceó varias veces la suma en números redondos y, por fin, pudo anunciar gozosamente el importe total a Josua que animó sus demacradas mejillas con una sonrisa en la que se entreveía cierta tribulación.

Pero entonces reapareció Luka; el cuarto de hora transcurrido no había culminado todavía. Entró en el portal tan aprisa como había

salido de él e hizo saber al atento y confuso dueño de pescado, verduras y grabados lo siguiente:

—Wanda, es decir mi mujer, está tan indignada como yo de la malevolencia de esa persona, Aurelia. Vengo de verla es decir a Wanda que está probándose cosas en un salón de modas…, ¿y cuándo no lo está? ¡Cada dos días…! Bien, estaba en camisa, no precisamente en camisa…, bueno el caso es que no podía venir, pues en otras circunstancias lo hubiera hecho. Quiere saber cada palabra que soltó ella por su sucia boca, es decir Aurelia; así lo ha dicho Wanda. Estaba muy excitada, la ira le hacía gritar. Debe venir usted, señor Brauchteil, debe venir por la tarde a casa, en las afueras, prepararemos café y también habrán pastelillos, y entonces estudiaremos, con todo rigor, cómo conviene castigar a esa persona. Nosotros somos amigos suyos, señor Brauchteil, lo fuimos desde el primer día y queremos protegerle de esa avispa, de esa serpiente llamada Aurelia. ¿Le viene bien a las cuatro? ¿O quizá a las cinco?

El contento y el descontento se reflejaron, como antes, en las facciones de Brauchteil. Habían muchas cosas por discutir, no sólo ese maligno ataque cuya repetición tal vez fuera evitable mediante la oportuna vigilancia. Cuando ya se disponía a dar su aprobación, terció Raquel en el debate. Alegó que Josua había pasado la noche trabajando y que, además, debería partir con el camión hacia Cluj a la noche siguiente, si el señor Luka tenía la bondad de autorizárselo. Necesitaba, pues, descansar durante toda la tarde y Ja noche pues de lo contrario mañana estaría deshecho. Ella rogaba, rogaba encarecidamente que se fijara otra hora para esa entrevista, por amor de Dios.

Luka no se alteró, tan sólo rió y golpeó a Josua en la espalda.

—Le deseo un sueño reparador —dijo— profundo, sin pesadillas ni inquietudes. Diez horas, desde la una hasta las once. Se le esperaría, pues, hacia medianoche pero no con café y pastelillos, se le serviría un refrigerio frío y vino, se charlaría sobre los asuntos ordinarios y todo lo demás, luego él podría acomodarse

tranquilamente en la cabina junto a Tini y emprender su expedición bajo el resplandor lunar.

Éso pareció plausible, no hubo posibilidad de negarse. Manifestaciones de agradecimiento por parte de Josua, gestos indulgentes por parte de Luka. Luego éste se despidió, campechano y presuroso, aunque poco antes había dicho suspirando que debería prepararse para esperar una hora larga en el salón de la modista.

Brauchteil prosiguió con el empaquetamiento; súbitamente, quedó inmóvil y cogiendo un grabado se lo acercó a sus fatigados ojos. Representaba una buhardilla en penumbra cuya ventana ofrecía una hermosa panorámica limitada al fondo por un nublado distante y apacible donde titilaban lejanos centelleos. Tanto las cristaleras como los tiestos alineados sobre el alféizar reflejaban ese resplandor, y también lo hacía el cráneo blanquecino del hombre que, apoyado sobre la ventana y sujetándose el mentón con una mano marchita, contemplaba fijamente el nublado. Pues allá lejos, claramente perceptible tras un somero examen, se perfilaba una juvenil cabeza femenina, cuyos ojos y rizos, nariz y boca, y sobre todo la encantadora sonrisa, parecían hechos para cautivar y activar la imaginación. En la parte inferior del grabado se leía un inscripción sencilla y no obstante emotiva: «Recuerdos». Si Aurelia Lungu, la entendida en arte, se echara a la cara esta obra artística, sufriría probablemente un acceso de rabia o estallaría en una risa convulsiva.

Brauchteil hizo una seña a Samuel, le entregó el grabado y dijo, en voz baja, sin mirarle:

—Llévaselo al señor Varka, arriba en el piso. Con mis mejores saludos. No aceptes dinero alguno. Quiero darle una alegría.

Samuel movió la cabeza de un lado a otro, pero comprendió y obedeció. Raquel, que había observado la escena desde cierta distancia, se acercó y cogió el brazo de su marido.

—¿Por qué haces eso, Josua? —le preguntó.

Y en su voz hubo también un ligero temblor.

—Tenemos enemigos, Raquel —repuso él, preocupado—. Nosotros nos matamos trabajando, echamos el bofe, no hacemos daño a nadie y, sin embargo, tenemos enemigos. Varka debe estar de nuestro lado, necesitamos por lo menos uno en la casa.

—¿Y si no lo acepta? —susurró ella, sintiéndose alarmada.

Pero no; Samuel regresó sin el grabado. Según les participó, el señor Varka lo había examinado durante largo rato y al final se había secado las lágrimas. Un día de éstos iría —la primera vez desde hacía muchas semanas— exclusivamente para darles las gracias. Ahora fue Raquel quien estuvo a punto de llorar, mientras Brauchteil reanudaba su trabajo con redoblado afán.

Esta vez, Tini hubo de esperar a su pasajero veinte minutos largos. Hacía ya mucho que estaba dispuesto su vehículo; él se acercaba, una y otra vez, a la ventana del patio donde podía espiar por una rendija de las cortinas y ver una mesa ante la cual Jeronim y Wanda deliberaban con Josua Brauchteil sobre problemas evidentemente muy serios. Casi siempre era Wanda quien tenía la palabra, claro está; sus deslumbrantes coronas dentales y sus gestos violentos lo dejaban suponer. Luka la secundaba ansiosamente, pero el pobre Josu —pobre, a juicio de Tini, no obstante los exquisitos bocados— parecía pensativo, paciente, incluso deprimido, sólo se atrevía a levantar algunas veces la vista, probablemente para hacer una objeción, pero los otros dos le interrumpían sin rodeos haciéndole volver a sus cavilaciones. Cuando el reloj de la torre dejo oír las tres menos cuarto, le pareció que se había llegado a un acuerdo pues los comensales hicieron chocar sus copas, Wanda y Jeronim rieron e incluso la grave expresión de Brauchteil se tornó sonriente. Luego se levantó la sesión.

Tini estaba al servicio de Luka y, por consiguiente, no podía reprocharle nada. Cuando preguntó a Brauchteil qué diablos le había retenido tanto tiempo, primero se hizo el distraído, luego habló sobre una nueva mano de pintura en el portal y el zaguán, sobre los almacenes del patio que deberían dividirse entre el señor Dudutz y él pero se calló los temas cardinales acerca de los cuales había habido

también unanimidad. El camión siguió traqueteando a través de la noche radiante y abovedada, el diálogo se espació. Tini se había provisto también con una abundante dosis de sueño reparador, ambos estaban alegres, ocupados en sus propios problemas y, entre oleadas coloquiales, entonaban canciones de sus años mozos, sin que fuera necesario todavía bailar el *candombe* sobre los asientos.

7

LLENO de entusiasmo colorista se había presentado el otoño. Succionaba el jugo de las hojas hasta blanquearlas, ajaba sus bordes, llenaba las uvas de una dulzura dorada e hinchaba las calabazas hasta hacerlas semejantes a inmensos globos verdipardos. Por todas partes cosechaba el hombre, solícito y presuroso a un tiempo, pues el azul intenso del cielo podría transformarse, cuando menos se esperaba, en sombríos nubarrones, el aire límpido, estático, en viento tormentoso, las sendas maceradas por los aguaceros en lodazales y marismas que entorpecerían los trabajos.

Ésa inquietud resultante de la experiencia fue, una vez más razonable. El cielo se oscureció y abrió sus compuertas, los chubascos azotaron la campiña y el empedrado urbano sin distinción, los nubarrones se cernieron amenazadores relevándose unos a otros, y el día apuntó cada vez más tarde, la luz se ennegreció y extinguió más temprano. Quienes se habían mostrado ociosos confiando en el alegre sol, tuvieron que dar los últimos toques a toda prisa, y sufrir muchos perjuicios por culpa de su falta de precaución. El afanoso apresuramiento no pudo mitigar la creciente fatiga ni compensar los desperfectos, ya se tratara de cosechas tardías o deterioradas puertas de vaquerizas, cercados o techumbres trepidantes.

El espíritu cauteloso y previsor de Josua Brauchteil había salvado a su pequeña empresa poniéndola bajo techado con el tiempo justo. Raquel no necesitaba ya aguantar de pie en el ventilado portal, expuesta a las ráfagas de viento o los fríos chaparrones; asimismo,

su mercancía, que disfrutaba de una demanda creciente, pues la inclemencia climatológica había influido lo suyo sobre numerosos campesinos haciéndoles desistir de sus periódicas visitas al mercado, quedaba resguardada aunque no oculta a las miradas de las, escrutadoras amas de casa, y siempre bien ordenadas para su pronta expedición.

No se había logrado convertirlo en un auténtico establecimiento comercial, todavía no. Desde luego, se habían producido algunas defunciones y también quiebras, —que nadie había deseado ni menos suplicado—, y más de un comerciante había sufrido pérdidas viéndose obligado a arrendar urgentemente su local, pero las circunstancias concomitantes no permitían siquiera la ponderación. Por una parte no convenía ceder la céntrica situación a cambio de una tienda espaciosa pero en una calleja aparcada donde menguaría la clientela habitual, y por otra parte Dudutz, con su desmesurado optimismo, derivaba a todas luces hacia la bancarrota, y finalmente aquella reunión o conferencia según la campanuda denominación de Wanda Luka, no había entrañado sólo ciertas promesas, sino también sólidos convenios. Entre otros, la instalación definitiva del pequeño comercio Brauchteil en el portal, así como el acondicionamiento del zaguán para hacerlo incluso habitable con arreglo a sus medidas.

Carpinteros y albañiles hicieron su aparición; los tabiques se multiplicaron, en la parte delantera de madera brava y tan próximos a la pared que cualquier inquilino o visitante del piso los rozaba al pasar, y si iba cargado con algún equipaje, sufría no poco hasta alcanzar el final. La fachada era de cristal, grandes cuadrángulos corredizos para poder pasar los géneros al exterior. Aquí estaba la sección de ultramarinos, allá las tinajas de coles, las vitrinas con encurtidos y compotas. Éstos requerían frescor y, a ser posible, frío, por lo cual sólo cabía revestir con cartón los tabiques de madera para evitar las corrientes. En la sección posterior, separada de la delantera por un tenue tabique de mampostería pasarían sus noches Josua y Raquel, quienes harían sus cuentas sobre una mesa que

posiblemente cabría todavía en el angosto recinto. Para Samuel y Lea se acondicionarían —gracias a la magnificencia de Luka— dos departamentos del almacén, en el patio que Dudutz había utilizado hasta entonces sin derecho alguno; se encalarían las paredes, se reformarían las ventanas y se agregaría un fogón en cuya proximidad habría una mesa que recibiría los productos culinarios de Raquel y, por tanto, no sería necesario trasladar las comidas al pequeño aposento de la entrada. El tubo de escape encauzaría los humos hacia aquel patio abarrotado de trastos, donde se depositaría como hollín o ascendería vacilante, aunque no sin introducirse un poco, por los resquicios de ventanas mal encajadas, en habitaciones cuyo ahumado sería tan indeseable como irremediable.

Muy estrecho era el local comercial de Brauchteil, muy estrecha su morada, muy estrechas la cocina y las alcobas de los chicos. Pero esos aposentos quedaban unidos y, al propio tiempo, conservaban su independencia, se les podía asear y adornar dándoles una nota personal, aunque no con los grabados del museo, —según la burlona designación de Dudutz—, pues Samuel, el progresista, no hubiera tolerado tal cosa, sino con alguna flor y algún medallón, pero sin ninguna pieza de la postergada Entradam porque ello orientaría los pensamientos de Lea en una dirección ingrata. Lo que ella guardaba dentro de un cofre hermético y olvidaba poco a poco, tal vez porque deseaba olvidarlo, permanecía oculto a las miradas paternas así como a las del hermano, invariablemente neutral.

Ese nuevo orden había relegado por completo al comercio de cuadros. Y no para pesadumbre de Brauchteil, quien los había despachado en unos seis días de mercado sin renovar las existencias. Los habitantes de las comarcas periféricas estaban ya aprovisionados; además aunque ni Flaum ni Bachja habían protestado abiertamente contra el tráfico de imágenes religiosas, sí habían puesto ciertos reparos. Inspirados, sin duda, por alguna autoridad superior, ambos habían reprochado a Brauchteil que hiciera propaganda para un mundo ideológico y religioso del cual, ellos, comprometidos con la ortodoxia, deberían mantenerse

absolutamente al margen. En su concepto, adujeron, Dios es un espíritu puro y aunque no se pueda prohibir a los heterodoxos que lo representen gráficamente y, de tal forma, lo reduzcan a un fiel trasunto, sí resulta repelente el promover semejante interpretación y, por consiguiente, más valía abstenerse. Brauchteil alegó que se trataba tan sólo de mercancías, que él se había abstenido de toda publicidad en lo referente a esas series, pero sus impugnaciones no fructificaron. Entre preocupados y amistosos ambos le recomendaron que examinara la cuestión profundamente y no desde el ángulo comercial; con estas palabras se marcharon.

¿Enemigos? ¿También ellos? ¡Ah, no! ¡Amigos bienintencionados, deseosos de impedir, a tiempo, que la disconformidad degenerara en antagonismo! Brauchteil, obedeció, pero no por consideraciones teológicas —pues el único entendido en la materia era Samuel—, sino porque para él los factores determinativos eran el nuevo orden y la saturación del mercado.

Tampoco se llevó a cabo la mudanza, desde la vinagrería de Flaum, bajo el signo de la enemistad. Raquel y Lea, a quienes cansaban ya desde hacía mucho la corrosiva atmósfera y los incisivos efluvios, cargaron sus enseres en el carretón destinado ordinariamente al transporte de verduras; hacia el anochecer, Josua y Samuel lo arrastraron hasta la calle mayor, mientras las mujeres preparaban una nueva carga. Poco después de medianoche dio término la mudanza; la maravillosa homogeneidad del establecimiento y la vivienda mereció todos los esfuerzos realizados y fue promesa de un sueño confortador.

Aunque Josua había favorecido no poco a Flaum, acrecentando considerablemente sus ventas de vinagre, expresó con exuberancia su agradecimiento y obsequió a Guida y a Priska, repartiendo entre ambas los pequeños presentes que había ido acumulando en sus viajes como comisionista. Flaum, visiblemente conmovido, reiteró su inquebrantable espíritu de solidaridad, mientras sus mujeres examinaban recelosas los broches no sólo costosos sino también bonitos, así como los brazaletes de tres aros, y manifestaban su

reconocimiento con parquedad. Por añadidura, Gulda no pudo resistir la tentación de comentar que la estrella del señor Brauchteil se estaba remontando a ojos vistas, con lo cual era de esperar que se encontrara algún medio para seguir compartiendo ese creciente esplendor; entretanto, Priska escudriñaba la indumentaria de Lea y comprobaba satisfecha que ya había visto múltiples veces aquel sencillo dibujo de banderolas. Luego, prosiguió el intercambio de sonrisas, las palmas de la mano chocaron unas con otras y allí dio fin para todos los participantes aquel episodio, felizmente breve, de sus vidas.

A la mañana siguiente, hubo una sola visita de bienvenida para aquellas cuatro personas que, según la expresión aborrecible de Dudutz, se habían *amadrigado* definitivamente en la calle Mayor; fue su visitante la hermana del jubilado Simeón Varka, en quien el cuadro titulado *Recuerdo* había ejercido gran efecto y seguía ejerciéndolo. La susodicha hermana, recién llegada a la casa, apareció con un jarrón y algunas rosas otoñales, y manifestó estar satisfecha con los nuevos vecinos. Al igual que su misantrópico hermano, ella saldría de su aireado piso lo menos posible y compraría al señor Brauchteil todos los artículos que éste vendiera para las atenciones culinarias. También tenía sus ideas respecto al procedimiento más conveniente para hacer el pedido y la entrega: por la mañana ella haría una lista de sus necesidades y la dejaría caer al patio con una piedra. ¿Sería pedir demasiado que uno de los queridos jóvenes le subiera la compra? Pues ella estaba asmática y por desgracia sufría también de varices.

Las rosas despedían un aroma dulce y suave, pero sería preciso ganarlas tanto como el jarrón. Con el tiempo se pagó excesivamente por ambas cosas. Porque en la lista, circunscrita primero a las hortalizas y los productos lácteos, aparecieron, bien pronto, otros capítulos tales como carne, especias, carretes de hilo, ovillos y cosas similares que era necesario buscar con la consiguiente pérdida de tiempo, y que requerían un circunstanciado ajuste de cuentas. Fue Samuel, más taciturno que nunca, quien se ocupó de esa tarea, y

Josua se lo agradeció, pues él temía toda clase de hostilidad y se sentía asediado por amedrentadoras visiones.

Porque Dudutz, a quien las obras del portal con su inevitable suciedad, así como el angosto pasaje hacia los mermados almacenes habían enfurecido sobremanera, pasaba por su lado con rostro granítico, no se dignaba dirigirle ni una sola mirada y menos aún la palabra, pero sus ojos echaban llamas y las manos se cerraban en amenazadores puños. ¿Sería eso una forma de reconocer su impotencia, o estaría urdiendo planes peligrosos? Brauchteil no halló la respuesta y el propio Samuel se inhibió con un encogimiento de hombros. Tan sólo Tini le prestó atención durante uno de sus viajes e intentó tranquilizarle.

—Déjale —dijo—. No te preocupes tanto por ese fanfarrón. Ha solicitado crédito para montar un negocio propio de una gran ciudad e incluso allí únicamente en los mejores barrios. Es un adoquín; quiere vender sus preciosos zapatitos olvidando que esto es una ciudad provinciana rodeada por treinta aldeas en donde se necesitan botas claveteadas, no chinelas. Ahora se lo están comiendo los intereses, y las fábricas le apremian porque no paga sus facturas, y sólo envía míseras remesas. Todas ellas suspenderán pronto los suministros y le echarán la mano al cuello. Créeme, Josu, estoy enterado, yo ruedo mucho por ahí. No pienses en él sino en su negocio, que quedará libre el día menos pensado.

Esas palabras le tranquilizaron, porque además confirmaban las rosadas perspectivas de Luka, aunque, desde luego, éste las delineara someramente. Sin embargo, Tini frenó de súbito y murmuró:

—Yo soy amigo tuyo, Josu, y tú lo sabes de sobra. Escucha, pues, esto: no debes sentir ningún temor de Dudutz. No es ése a quien debes temer. Si necesitas guardarte de alguien, ese alguien son Luka y Wanda. Ésos tiran la piedra y esconden la mano, los conozco mejor que tú. Ella es muy amable, según dices. Lo es, lo es…, amable y falsa. Pues no hace nada sin sacar provecho. Ama cuando es necesario, y odia cuando deja de amar. A ti te quiere, Josu, te ha

aceptado en el portal, te ha hecho construir el comercio, os ha regalado esto y lo otro. Unos cuantos cacharros, algunos vestidos para Raquel que ella no necesita, porque ya no se siente moderna. Lo sé, lo sé todo, Josu. Wanda se vanagloria cuando hace una buena obra. Pero, ¿por qué la hace siendo tan gandula, engreída y ambiciosa? ¡Sí, ambiciosa, lo he dicho y lo sostengo! Yo recibo mi salario y el plus por kilómetro. Ella haraganea todo el día, pero siempre tiene tiempo para leer el cuentakilómetros. Lleva, incluso, un libro contable y sabe dónde está cada litro de gasolina. Pero, conmigo no le valen mañas, yo conozco combinaciones que ella no puede verificar. Ten cuidado, Josu, te lo advierto. Ésa tiene afiladas garras. Comparada con ella el Dudutz es un cordero.

Brauchteil no se dejó convencer por mucho que Tini exagerara su experiencia, probablemente relacionada con los diversos negocios accesorios. Wanda Luka había protegido sus intereses, más aún, los había defendido, a toda costa, haciendo incluso algunos sacrificios. No sólo en relación con el señor Dudutz del que se trataba simplemente de repartir el almacén, sino también respecto a otros asuntos más trascendentes que despertaban su rectitud, haciéndole tomar medidas por demás severas. Aunque Dudutz, con su adusto semblante, expresara desprecio hacia él y su familia, se hallaba al borde de la ruina, era un insolvente aun cuando esas revelaciones fueran sólo verídicas en un cincuenta por ciento. Sentir temor de él equivalía a exagerar su innata pusilanimidad. ¡Pero aún quedaba pendiente el asunto Lungu, Aurelia y Cornel Lungu! ¡Ah, Dios mío!

Como cada año, las postrimerías otoñales coincidieron con la vista de los pleitos civiles y criminales, como cada año se vieron también, esta vez, algunas causas famosas. Uno podía concentrar su interés en tal o cual caso, ya fuera un asesinato en el campamento maderero o un incendio intencionado, uno podía tener opiniones concretas o no tenerlas pero sí de cualquier forma exteriorizarlas. Sin embargo, nada excitó tanto los ánimos como el proceso

promovido por Josua Brauchteil contra la señora Aurelia Lungu. Motivos: injurias, aunque esencialmente perturbación de las actividades comerciales, notoria mengua del prestigio profesional, perjuicios traducidos en cifras concretas. Demanda: disculpa pública en la Prensa, indemnización por los daños causados.

Primero, se tomó la noticia a broma, se hicieron chascarrillos sobre ella. ¡Bah! Ese hombrecillo tan modesto, tan afectuoso y cortés con todos, siempre atareado, afanándose hasta el agotamiento, ¿ese hombrecillo, pues, iba a transformarse ahora en azuzador, ojeador en pos de caza mayor haciendo hincapié sobre su honor? Nadie pudo sospechar que este punto había sido el más discutido en aquella conferencia de medianoche ni que Josua, el pacificador, se había defendido desesperadamente negándose a desenterrar el hacha de guerra para enzarzarse en salvajes disputas tan poco concordantes con su carácter. Ninguno pudo saber que le secundaría un temible abogado, sin desembolso alguno por su parte como se le había garantizado, y finalmente el secreto más recóndito: se establecería una relación entre su actitud contra Aurelia Lungu y su permanencia en el portal así como su más caro deseo, es decir, escapar a la inclemencia invernal y la vinagrería de Flaum mediante la edificación dentro del portal. ¡Extorsión a todas luces! Sin embargo, bien intencionada y provechosa. Las advertencias previas de Tini no lograron alterar esa apreciación.

Cuando Lungu tuvo noticia del ataque, soltó estruendosas carcajadas, parodió la dramática aparición de su mujer recreándose con aquellas escenas, pero se quedó muy pensativo al observar que algunos pacientes solventes, de ascendencia semítica, le hacían el vacío y buscaban a sus competidores. Quedóse tan pensativo que, por último, decidió pedir a Brauchteil, por conducto de su enfermera, que le hiciera una visita. Cuando éste se negó categóricamente a pisar la caverna del león, Lungu condescendió a visitar, él mismo, la verdulería, y allí encontró inopinadamente su propia penitencia de Canóssa.

Primero, intentó sonreír con su habitual aire de triunfador, dio unos afectuosos golpecitos en el hombro a Josua y le dijo melifluo:

—¡Vamos, vamos, mi querido señor Brauchteil! ¿He oído bien? ¿Una demanda, realmente? ¿Recurre a los tribunales? ¿Por una insignificancia, por una bagatela?

Brauchteil, presto ya para afrontar esa posibilidad, mostró una intransigencia absoluta.

—No para mí —repuso desafiador—. Para mi no es una bagatela. Se trata de mi existencia.

—Bueno, bueno, ¿quién habla aquí de existencia? Usted no pasa hambre, su hija recibe una educación esmerada, y, a decir verdad, es una encantadora señorita. Por añadidura, su situación mejora, la tienda no está ya al aire libre, ahora es un comercio sólido y bien encauzado.

—Ésa no es la cuestión —especificó Brauchteil—. Además, yo no he presentado una demanda contra usted, señor Lungu.

Éste, habituado al apelativo *doctor*, se extrañó; el tratamiento empleado por Brauchteil tuvo una resonancia desagradable. Aquí se requería cautela, elasticidad.

—No contra mí, naturalmente —dijo riendo Lungu—. Yo sería incapaz de formular una crítica semejante en público. Pero mi esposa…, ¡ya sabe usted!, las lenguas femeninas se sueltan fácilmente. Ella…, bueno, no es que perdiera el dominio sobre sí misma, pero se dejó llevar por su temperamento.

—Eso merece un castigo —terció Raquel, con labios muy prietos.

—Pero, ¡querida señora Brauchteil…, castigo! ¡Fea palabra! ¿También es usted irreconciliable? Fue mía extravagancia, lo reconozco, pero no un acto criminal. Mi esposa es experta en arte, pinta, toca el piano, tiene aficiones muy diversas. Y al encontrarse de repente ante ese género ramplón, fabricado en serie, se sintió dolorida y levantó algo la voz…

No pasó de ahí. Las reiteradas ofensas contra sus antiguas mercancías no indignaron a Josua. Fue más bien el insulto indirecto

a Raquel lo que se le clavó cual un estilete cerca del corazón. Su voz cobró una firmeza inusitada:

—Basta, señor Lungu. No vaya a incurrir usted también en cargos por injuria. Su esposa es una entendida de arte, está bien. La mía, no. Su esposa pinta y toca el piano, eso es asunto suyo. La mía está plantada en el portal y vende cosas. Y cuando no las vende, cose o zurce nuestros calcetines. Y cuando se desploma extenuada sobre la cama, tiene múltiples preocupaciones. Mis preocupaciones también son las suyas. Así, ella me hace la vida más fácil en la medida de sus fuerzas. Y usted no tiene derecho a llamarla «querida señora Brauchteil». Usted se desgañifaría y su esposa me daría un rapapolvo si yo osara llamarla «querida señora Lungu». Hasta aquí las cuestiones privadas. Pero no pienso hablar con usted sobre la demanda o el proceso. Y tampoco con su esposa. Sólo lo haré ante los tribunales.

Tono acerbo, inesperado. Lungu dejó caer el peso sobre la otra pierna, hizo una melancólica sonrisa, dijo algo sobre ánimos exaltados y mala elección del momento…, convendría consultar con la almohada acerca del caso para reanudar, más tarde, la charla, eso no podría perjudicar a los señores de Brauchteil. Con estas palabras se despidió haciendo una rendida reverencia. Reintegrado a su morada se guardó mucho de parodiar nuevamente la escena condenatoria: más bien adoptó un tono cáustico, increpó a Aurelia por su irreflexión, lamentó la pérdida de prestigio y clientes, la excentricidad, que probablemente tendría como consecuencia un gasto exorbitante. Se celebró una consulta para elegir abogado caso de fallar el segundo intento de conciliación. Por fin, se pasó al orden del día, pero el firmamento matrimonial se enturbió.

8

NI SAMUEL ni Lea tenían ya necesidad de recorrer las comarcas circundantes pues Brauchteil había concertado acuerdos firmes con algunos campesinos. También se debería evitar el tomar prestados los carretones de Flaum, porgue los encuentros con Priska, y particularmente con Guida, dejaban casi siempre un rastro de punzadas dolorosas. Lo importante era que Lea mantuviera el prestigio familiar con su impecable atavío y no se presentara jamás sudorosa, cubierta de polvo o empapada de lluvia ante sus admiradores. Cierta vez Samuel, a quien preocupaba mucho la dignidad de su hermana, había emprendido solo el camino hacia Zselna, y probablemente habría naufragado escalando la montaña si no hubiera sido por un bonachón labrador que remolcó el carretón con su carreta de bueyes, organizando así un viaje tan lento, como cómico, cuyo término en el extrarradio urbano tuvo lugar a altas horas de la noche. Aquella vez, Raquel se desesperó, Josua sintió gran preocupación, y desde entonces los pequeños carruajes quedaron estacionados en el patio de Flaum, con sus vapores vínicos, sin que nadie los requiriera.

Samuel pasaba la mayor parte de sus horas libres con aquel maestro que le revelara el origen histórico de la denominación *calle del Incendio* según constaba en las actas. Pero estos escritos y crónicas contenían mucha documentación aparte de esas descripciones episódicas, informaban sobre decretos persistentes y a menudo rigurosos que entorpecían el proceso integrador de los adelantados en la población indígena, y delineaban los límites de la

convivencia. Samuel tenía permiso para llevarse a casa, y estudiarlas allí tranquilamente, voluminosas obras históricas jalonadas de sufrimiento como si las atravesara un río hirviente. Sin duda, todas ellas eran parciales; sin duda, omitían o atenuaban las propias culpas; no obstante, el producto quedaba impreso con letras de sangre y fuego, y muchas veces no había concordancia entre el corolario y los crímenes cometidos. Asimismo, el profesor ponía en manos de su, no sólo cabizbajo sino también tétrico, alumno escrituras contemporáneas donde se demostraba —y el joven lector absorbía codiciosamente esa demostración— que en la hora actual trabajaban espíritus conscientes de su responsabilidad para atajar, a cada momento, los amenazadores peligros.

Durante las horas vespertinas tenía lugar el curso comercial en la sala de dibujo de una escuela patrocinada por relevantes industriales, y cuyo profesorado era laico. Allí se enseñaba con el máximo interés correspondencia comercial y relaciones comerciales, cálculo mercantil y rudimentos de contabilidad a más de una práctica continua de taquigrafía y mecanografía. Aplicación y laboriosidad caracterizaban esas horas de clase, o allí no había ángeles trompeteros ni nietas excitantes.

Y allí tomaba asiento, también, Samuel, atendiendo a las esforzadas explicaciones de los conferenciantes, trabajando a conciencia; luego, impresionado e insatisfecho, salía a la naciente noche. Con cortesía y laconismo, se dedicaba a los suyos y sus mezquinos problemas; transcurrido un tiempo prudencial, se despedía de ellos para retirarse a la habitación contigua del almacén, cuyo único mobiliario lo constituían una cama, una mesa y algunos clavos para colgar la ropa, allí se sumía en la lectura de libros tan antiguos que muchas de sus páginas no habían sido vueltas desde tiempo inmemorial. Así lo encontró cierta noche su hermana cuando regresaba alegremente a casa de una reunión social. Le acarició compasiva la coronilla. Y eso le sacó de quicio. No fue una explosión volcánica ni colérica, sino de una parsimonia inquietante:

—¿Por qué no te he acompañado? La diversión es inicua, Lea. No lo digo por ti, tú eres una chica, tus tareas e inquietudes están todavía por venir. ¡Sí, llegarán, aunque ahora venga a buscarte un joven burgués u otro! No digas nada, yo no quiero preguntarte, tú eres inteligente, sabes lo que quieres y lo que quiere el padre. Tanto si obras así como si no, las inquietudes llegarán. Podrás librarte de muchas mediante el dinero, aunque no de las más hondas.

Ella se sentó meneando la cabeza, su compasión se acrecentó.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Cuáles son las inquietudes más hondas?

—Las más hondas —repitió él con una mirada inquisitiva—. ¿Quieres saberlo de verdad? Pues bien, entonces responde a una pregunta…, pero con toda sinceridad, Lea: ¿Te atreverías a tener un hijo?

Ella dio un respingo, enrojeció y rió confusa.

—¡Qué cosas preguntas! Es indecoroso. ¡Hacer tales preguntas siendo tan joven! ¡Que si me atrevería! A eso se atreve cualquier mujer si está sana.

Él clavó la vista en su libro, irresoluto sobre la conveniencia de seguir hablando. Pero los pensamientos fueron más fuertes y él les dio suelta, a oleadas.

—Cualquier mujer —murmuró como hablando consigo mismo—. Cierto, Lea. Cualquiera que esté sana y no pertenezca a nuestra estirpe. Ésa no piensa, no necesita pensar, está en primavera o verano y sabe a ciencia cierta que cosechará su fruto en el otoño. El curso normal le aportará felicidad o desgracia, y conste que acentúo la palabra «normal». Pero, ¿acaso una mujer judía lo sabe también?

El terror se asomó a los ojos de Lea.

—Ella también espera y teme como cualquier otra madre.

Nuevamente, la mirada fija.

—Ella debe tener más esperanzas, Lea. Y un temor más profundo. No sólo de las enfermedades o los accidentes, de la privación o del hambre. ¿Debo explicarlo con más detalle?

Lea saltó de su asiento con la evidente intención de medir el aposento como una furia. La estrechez se lo impidió. Por fin, se respaldó jadeando contra el tabique. Estaba muy hermosa, con su ajustado vestido de seda, la rizada cabeza echada hacia atrás, los ojos mirando al techo. Su belleza le hizo casi daño.

—Si yo debiera morir mañana mismo, Sami —dijo ella con labios temblorosos—, si se decidiera así, ¿no me sería permitido reír hoy? ¿Sería de verdad impropio? —Y sin darle tiempo a replicar añadió—: Me gusta reír, me satisfacen las cosas alegres. Me satisface que los caballeros jóvenes me galanteen y requiebren.

—¿Incluido el acaudalado Gutstein, ese Max?

—También él. Aparte de ser rico es un auténtico caballero. Ingenioso y galante.

—¿Y Entradam?

Las facciones de Lea se endurecieron.

—No quiero hablar sobre eso. Exclúyeme de esa cuestión, dijiste tú, y desde entonces no lo menciono. Además, tampoco hago bien a nadie desembuchando mis interrogantes y mis inquietudes. Los padres se ocupan solamente de sus amarguras y de ese odioso pleito. Tú sigues tu propio camino. Y un camino horroroso, según veo.

Samuel se encolerizó.

—Yo percibo la responsabilidad, Lea. Yo soy un hombre.

Entonces, ella se abalanzó hacia la mesa y descargó un puño sobre el libro abierto.

—¿Responsabilidad? ¿Qué te inspira tal obligación moral? ¿Acaso ese cruento pasado lleno de oprobio?

—El futuro.

—¡Ah, eres un niño, un adolescente! ¿Quieres forjar el futuro? ¿Una Era dorada en donde nosotros seamos amos y los demás nuestros limpiabotas? ¿Para que éstos escriban entonces los mismos libros y sueñen con revoluciones en las tabernas de Entradam o en el almacén de Luka? ¿Y *cuando* sobrevenga la desgracia —ese *cuando* significa a cualquier hora—, yo habré de vivir en perpetua

angustia y no sentirme alegre nunca más? ¿Como tú y ese profesor obseso que ya no sabe siquiera reír? ¿Qué pretendéis? ¿Extinguir incendios? ¿Extinguir qué incendio? ¡Si no arde nada! ¡Sois *vosotros*, quienes aplicáis la llama! ¡Y ardéis de paso! ¡Mírate, observa tu aspecto! ¡Y el de tu maestro! Os deslizáis por todas partes como espectros, como si fueseis parias y estuvieseis medio muertos de hambre. ¿Para qué? ¿Por qué? ¿Cuál es la finalidad?

Fue un arrebato primitivo. Samuel tendió el oído hacia el patio temiendo que las frenéticas exclamaciones hubiesen atraído a algún fisgador, luego levantó ambos brazos y, sujetándola por los hombros, la obligó a sentarse en la silla.

—Perdona —balbuceó—, perdona. ¡Yo he iniciado la discusión, y precisamente contigo! Pero me siento muy solo, Lea, y es terrible sentirse tan solo. Los compañeros se comportan lo mismo que tú…, perdona, ellos sólo quieren reír. Y el maestro es viejo, vive en el pretérito. Yo no puedo hacer eso. Yo miro hacia delante, quiero saber y averiguar. Y ser útil, ¡útil!

—¿A quién? No para tu propio provecho, eso lo sé bien. Así, pues, ¿a quién?

—A los niños que llegarán algún día. —Y cuando ella quiso replicar iracunda, prosiguió—: No pretendo estar llamado a ello. Ni lo creo ni lo sé. Pero sí puedo contribuir colocando cien ladrillos en la edificación, tal vez mil o dos mil. Por eso mismo, Lea, no puedo seguir viviendo con vosotros. Debo marcharme, y pronto si no quiero sucumbir.

Ahora fue ella quien escuchó sobresaltada hacia el patio; luego, se abalanzó sobre la ventana para comprobar si estaba bien cerrada y, finalmente, se sentó, otra vez, sin aliento.

—¿Qué quieres hacer? ¿Marcharte? Por amor de Dios, Sami…, ¿adonde? ¡Ahora que nos hemos establecido y todo parece marchar un poco mejor! Estás aprendiendo, asistes a unos cursos y hay otros muchos libros instructivos, no sólo las escrituras de ese maestro que te está azuzando y trastornando.

Él sonrió sutilmente, aún le quedaban en reserva algunas ideas no exteriorizadas. Luego se enderezó y cogiéndole la mano, dijo:

—¿Trastornando, Lea? ¿Acaso es, por fuerza, un trastornado quien no piense exclusivamente en negocios y dinero? Escúchame con calma, por favor. Yo no puedo ayudarte, a ti sólo te ayuda el tiempo, como dijiste aquella vez cuando veníamos de Zselna. Pero él no me ayuda a mí, sólo me debilita. Si hay alguien que pueda ayudarme ese alguien eres tú.

—¿Cómo, Sami? ¿Qué puedo hacer? —tú hablas de cursos, aludes a los libros de texto. Son buenos e importantes para todos los que han bailado y reído hoy contigo. También lo son para mí, Lea, pero me parecen demasiado pocos. Demasiado pocos para la vida y el progreso, insignificantes para las grandes misiones. Aquí aprendo ni más ni menos lo que necesita el padre, o un panadero, un fumista o un herrero. ¿Dónde están las altas miras, las enseñanzas de la economía política? ¿Qué ocurre con la Historia de la Economía y la Geografía económica? Sobre la tierra se extiende una red monstruosa, descomunal, peligrosa, y yo, pataleando en sus ínfimas mallas. Tus caballeros han nacido dentro de un negocio que da ocupación a una plana mayor de empleados y centenares de obreros, es una herencia que requiere solamente buena administración. Mi herencia es el portal y la entrada, los convenios con labradores, la clientela de quisquillosas amas de casa que palpan cada artículo y se pierden en disquisiciones sobre una lechuga mustia. Y, para colmo, las comisiones que acabarán enterrando al padre. Está envejeciendo rápidamente, ¿acaso, no lo ves? Cada vez que regresa parece más viejo y encuentra poco agradecimiento porque se le ha pagado para hacerlo y él ha obtenido su beneficio. ¿Debo resignarme a eso? ¿A esa herencia que me ha sido legada demasiado pronto?

Aquellas palabras, pronunciadas con serenidad, no dejaron de causar impresión. Lea le miró con ojos muy abiertos y escrutadores como si quisiera leer en sus facciones el fondo de aquellos argumentos.

—Tú quieres ir a una escuela superior, ¿verdad? En la capital o por lo menos en Cluj, ¿no? ¿Es ése el problema, Sami? Quieres diplomas, cargos directivos, ¿no es cierto?

Nuevamente una expresión irresoluta, pero la idea predominó de nuevo. Samuel cogió con dedos cautelosos un cuaderno y lo colocó sobre el libro abierto.

—Más o menos —repuso—, pero eso no es lo principal. Mira este cuaderno, léelo cuando encuentres algún rato libre. O mejor no lo leas, sólo te confundirá. Desde estas hojas me están mirando hombres que son como yo. Piensan como yo, sueñan como yo, pero quieren realidades. Ellos saben que nosotros no valemos nada a causa de nuestra dispersión. Desean unirse, tal como uniera Moisés a los pueblos nómadas hace muchas centurias. Ellos luchan por una mayor solidaridad emulando a Herzl y Nordau. Conjuran espíritus excelsos, buscan un Saúl, un David, un Salomón. Y no los buscan aquí, no hoy día; allanan el camino para el hombre del mañana. No un mesías, Lea, que traiga la redención del mundo. No son idealistas, esperan la salvación de uno solo, un príncipe que gobierne sobre unas fuerzas concentradas. A eso quiero ir, como aprendiz, como recadero, pero con ojos y oídos bien abiertos. Asimilar, absorber todo con un corazón sincero hasta poder participar en la lucha. No ha de ser necesariamente, en la capital, pues, a decir verdad, este cuaderno no procede de allí. Hay ciertos centros en el país, incluido el de Cluj. Llamaré a la puerta, lo intentaré. Y si no tengo éxito, me resignaré.

Ella no comprendió el grandioso tema, no se sintió preparada para abordarlo y, además, creyó verse ante un impulso maníaco. Le pareció que su hermano había envejecido, ganado madurez aun cuando las temblorosas manos y la insegura mirada traicionaran su imprevisión.

Lea prefirió abordar la cuestión práctica, eso le resultaba más comprensible.

—Acompaña al padre en uno de sus viajes —dijo vacilante—. Tini no tendrá inconveniente. Así podrás disponer de todo el día. Llama a

la puerta; así sabrás si hay buena voluntad, y no sólo para abrirte las puertas.

Samuel respiró con dificultad, deslumbrado por aquel pensamiento esclarecedor. Sollozos reprimidos sacudieron la enjuta figura.

—Tal vez tengas razón, Lea —dijo con voz ronca—. Ése podría ser el primer paso.

9

LAS DIFICULTADES internas que perturbaron a Samuel y para cuya eliminación Lea adoptó muchas medidas prácticas, terminarían agitando también a ésta aunque, desde luego, de forma más moderada. Josua lo aceptó gustoso y Raquel se sintió dichosa de que la chica ingresara en un círculo de jóvenes que, por una parte, respetaban los buenos modos y la decencia, y, por otra, procedían de padres solventes. Sólo se dio una circunstancia humillante e insoslayable, a saber, que las reuniones periódicas se celebraban alternativamente en los confortables domicilios de las señoritas pudientes y no podían tener lugar bajo ningún concepto en las humildes habitaciones de Luka, lo cual daba pie a observaciones mordaces aunque disimuladas. Sin embargo, eso le importaba muy poco a Lea; su apariencia, su comedimiento y su sugerente encanto bastaban para consolidar las posiciones, particularmente entre los caballeros, quienes, por añadidura, sabían valorar la infatigable actividad de Brauchteil, sus innegables éxitos y también su intrepidez respecto a la «causa Aurelia Lungu». Precisamente esa gentileza se ponía de relieve cuando tenían lugar las pequeñas fiestas en terreno neutral, por ejemplo una hostería o una excursión campestre en las cuales su adhesión resultaba indiscutible y la agobiante timidez desaparecía.

Así ocurrió durante uno de los pocos anocheceres estrellados en aquel otoño agonizante. La tibia brisa meridional posibilitó la estancia en un merendero de las afueras. Los chubascos, persistiendo desde varias semanas atrás, habían contenido el

marchitamiento del follaje, y en las ramas colgaban farolillos cuya luz fluctuante parecía salpicar a personas y cosas…, sombras chinescas. Las mesas sobre el césped, en torno a una pista de baile, estaban ocupadas sin excepción, e incluso las más distantes, invitando a la intimidad, estaban llenas de comensales. La orquesta cíngara, bien dispuesta para producir sonidos armoniosos, se había instalado sobre un tablado e interpretaba, en rápida secuencia, aires populares, piezas sentimentales y briosas, pues el hostelero anteponía el sosiego de los clientes a sus trepidantes ritmos. Los cetrinos músicos reían, sus miradas eran amistosas y vehementes en los pasajes líricos.

En una de las mesas centrales estaba sentada Lea, rodeada de su pandilla. Sobre el mantel había botellas de vinos selectos, confites diversos en cucuruchos, ya fueran comprados o ganados en el curso de las frecuentes apuestas. Pues los caballeros solían encargar atropelladamente bebidas, fiambres y frutas, bailables o serenatas, compitiendo, entre sí, en esplendidez.

Lea no fue la primera muchacha junto a cuyo oído surgía como por encanto el violinista director, ataviado con un *smoking*, no precisamente impoluto, para interpretar muy cerca del enrojecido pabellón auditivo una romántica tonadilla en *pianissimo*. La grácil melodía, matizada por la hermosa sonoridad del contrabajo, no dejó mudo solamente al corro de la mesa. Todo el jardín enmudeció, los camareros quedaron petrificados e incluso las parpadeantes estrellas parecieron escuchar. Únicamente algunos rostros reflejaron emociones encontradas, mal disimulada envidia y antagonismo aunque otros mostraron comprensión y jocosa aprobación.

Fue como estar entre dos fuegos, y Lea no estuvo a la altura de semejante prueba. El reconocimiento y la confusión invadieron, alternativamente, su rostro con palidez y rubor, su mirada errática fue de unos a otros, osciló entre los presuntos admiradores y sus vecinos, más o menos cercanos, y asustada ante la gran diversidad de expresiones quiso retroceder, eludiendo incluso la propia peña para hundirse en lo más profundo del jardín. Pero entonces, Lea

descubrió a un hombre cuya actitud paralizó su corazón. Era Esra Rachmuth, un ser del que realmente no se acordaba ya, y cuya presencia se le antojaba sorprendente pues jamás la hubiera esperado. Esra ocupaba un pequeño velador y sobre su cabeza el follaje formaba una bóveda a través de la que entraba poca luz, tenía una copa ante sí y, en ese instante, hundía la barbilla con aire pensativo. Una sombra entre las sombras, y sin embargo más vivaz que todas, pues, aunque estuviese inmóvil, ejercía sobre ella una atracción irresistible.

Entonces, fue sólo palidez lo que invadió su rostro, un pavor angustioso se apoderó de su cerebro y descendió hasta el turbulento corazón. Los interrogantes la asaltaron como agresivos puñales estorbándose unos a otros, pero sin hacer preguntas pues sólo había una medianamente concebible e imperiosa como ninguna otra: ¿Qué hacer? ¡Por amor de Dios! ¿Qué hacer en los próximos minutos?

Después de rascar un poco más las cuerdas, el cíngaro puso punto final a la pieza. Luego, enarboló su violín, trazó un amplio semicírculo con el arco e inició una impetuosa *zarda*[4], a la que se unió febrilmente la pequeña orquesta como si saliera de un prolongado letargo. La tensión remitió poco a poco y estallaron los aplausos, las copas chocaron entre sí y los farolillos del ramaje irradiaron más luminosidad.

También brindó Lea, agradecida y sonriente, pero su mirada siguió al hombre que, entretanto, se había levantado y, después de pagar al solícito camarero, se alejaba por un sendero escondido, eludiendo el luminoso centro, hasta alcanzar la salida. Caminaba a paso vivo, el sombrero hundido sobre la frente. El cuadro de la sombra entre sombras prevaleció de nuevo, como si uno de los densos arbustos se hubiera puesto en movimiento.

¿Qué hacer ahora? Lea no quiso responder a esa pregunta, un impulso irresistible la dominó. Durante unos instante cambió todavía algunas palabras con los vecinos, hizo chocar su copa con las de otros, luego saltó del asiento y atravesó desolada el jardín, subió, a toda prisa, los escalones de la hostería hacia la salida principal. Los

demás contemplaron atónitos aquella huida, pero unas palabras ocurrentes bastaron para tranquilizarles. Vencida por el sentimiento, se dijo, huye de una confesión. De la propia, naturalmente, pues el violinista cíngaro ha interpretado ya la del otro. Se reservará la propia para una ocasión más propicia, sin testigos indeseables.

Lea divisó al hombre, le vio marchar apresuradamente por el paseo de castaños hacia la ciudad. Entonces, corrió tras él con la respiración tan anhelante que no pudo ni gritar. Los árboles, también sombras, desfilaron raudos por su lado, la distancia se acortó; al percibir los pasos, el hombre se detuvo y dio media vuelta.

La muchacha llegó jadeante hasta él; el corazón le latía desenfrenadamente con un ritmo desacompasado. Sus manos buscaron el brazo del hombre y retrocedieron al instante, pues él tenía las suyas en los bolsillos del abrigo y permanecía petrificado observándola con mirada tranquila.

—Esra… —murmuró ella sin aliento. Sonó como un súplica. Y continuó diciendo mientras le miraba de arriba abajo—: ¿No quieres darme…?

Él le alargó la mano, que Lea cogió impulsivamente. Pero las palabras que acompañaron a ése gesto, pronunciadas con voz ronca, le causaron horror.

—Vuelve allá, Lea. Se notará tu falta.

—Sí, debo volver —tartamudeó ella—. Debo volver. Estarán preguntando por mí, buscándome.

—Exacto —dijo él, lacónico—. Que lo pases bien, Lea.

Ella retrocedió un paso.

—¿Que lo pases bien, dices? ¿Viniste para decirme eso?

—Quería verte.

—¿Sólo verme?

—Y también hablarte. Pero ya no hay tiempo.

—Hoy. Hoy no hay tiempo. Mañana sí lo habrá:

—Pavel me ha traído aquí y regresa a las cinco de la madrugada. Debo atenerme a su horario.

Lea se retorció las manos, el miedo le atenazó otra vez la garganta. Su voz tembló. Las palabras no parecieron sinceras:

—Dejaré la reunión. En casa no me esperan todavía a estas horas. Podríamos…, ¡hace una noche tan agradable…!

Él sonrió con aire fatigado, distante.

—No te dejarán ir sola. Y tampoco deben hacerlo, estos arrabales son algo sombríos. Otra vez será, Lea. Nuestro amigo el labrador viene con frecuencia a la ciudad. Aunque, en verdad, esto no tiene objeto.

Las últimas palabras sonaron como un suspiro pero le hicieron daño. Ella miró absorta ante sí y, luego, le cogió la mano.

—Idearé una excusa para librarme de ellos. Hacia medianoche o, como máximo, a la una de la madrugada estaré aquí en esta alameda. ¿Me esperarás?

Unos instantes de reflexión. Luego, la respuesta.

—Está bien, Lea. Te esperaré. Aquí, en este banco bajo el árbol. Al fin y al cabo, también resulta conveniente que los arrabales sean tan sombríos.

Lea se soltó y alejóse a la carrera. El corazón palpitó agitadamente y su ritmo fue otra vez desacompasado. Él la miró marchar como si fuera la última vez que la veía. Luego, hundió las manos en los bolsillos, pero no se movió de allí.

Ligero malestar, mareo, tendrían que disculparla. Las muchachas sonrieron, los galanes mostraron preocupación. Lea siguió riendo y bailando, pero con el oído atento a las campanadas del reloj. Llegada la hora prevista se disculpó diciendo que debía volver ya a casa, y mostró enorme contento cuando otra muchacha se ofreció a acompañarla. Aunque Lea sabía que los celos eran la causa de tal ofrecimiento, dio las gracias con tal sinceridad que su presunta rival quedó perpleja y dubitativa.

Encontró a Samuel todavía en pie, aun cuando los diccionarios estaban cerrados sobre la mesa. Era preciso confiarle su secreto… Pero cuando Lea comenzó su relato confidencial él la detuvo con un gesto. Esra había pasado ya por la calle del Incendio para preguntar

a Flohm dónde paraba él, Samuel. Como la familia Flohm sabía lo de los cursos nocturnos, se le encaminó hacia la escuela no sin ofrecerle antes cena y alojamiento. Flohm era notoriamente un buen hombre, además suministraba vinagre al colmado de Entradam y, en definitiva, no se le podía acusar de irreflexión cuando ofrecía su casa a ciertos hombres solteros. Lo hacía por Briska, naturalmente, pero en el umbral se alzaba Gulda, mucho más calculadora. Así, pues, Esra había sabido lo del merendero, pues el honrado artesano era incapaz de mentir. Bien, ¿cuál era el fin de la historia si se podía saber?

Samuel quedó consternado cuando oyó lo de la cita. Le costó gran trabajo reaccionar y por fin dijo:

—¡No, Lea, eso es muy arriesgado! ¿Qué sucederá si te ve alguien en plena noche? Te expulsarán de la sociedad, estarás perdida, y los padres se desesperarán. Piensa en ellos, sé razonable. ¡Sí, lo comprendo! Él viene de Entradam a pasar unas horas y Dios sabe con qué peso en el corazón. Sin embargo, debe regresar y llevarse todo ese peso consigo tanto si es alegre como triste. Estudiémoslo con calma. ¿Quieres que vaya yo en tu lugar? Estoy dispuesto a apoyarte cuanto pueda. —Tras una breve discusión dijo —: Sí, lo entiendo, Lea. Verdaderamente, ¿qué puedo decirle yo? No sé cuáles son tus sentimientos respecto a él, y además han cambiado muchas cosas. Bien, ve tú, pero no sola. Te acompañaré aunque sin llegar hasta el banco. Franquéate, pero piensa en tu futuro y no te olvides de los padres…, representas para ellos la única felicidad en su mísera vida. Pasaré por ti dentro de una hora y volveremos juntos a casa. Así te evitarás cualquier incidente desagradable.

Las lágrimas brillaron en los ojos de Lea.

—¿Harás eso por mí?

—Es poca cosa —repuso él con sencillez—. Tú has hecho mucho más por mí.

El banco estaba en tinieblas, sólo le llegaba un débil resplandor del camino; los erráticos centelleos de un distante farol se filtraban por entre las ramas del castaño centenario.

Las dos personas estaban sentadas con rigidez, sin buscar el acercamiento. Él tenía todavía las manos en los bolsillos del abrigo, ella, cruzadas sobre el regazo sujetando convulsivamente el bolso. Entre ambos se interponían los meses transcurridos últimamente con sus acontecimientos e ideas; no habían participado juntos en esa evolución y tampoco podían saber cuáles eran las transformaciones resultantes. Sin embargo, era preciso contar con tales transformaciones pues aquella entrevista no había obedecido a un grito de felicidad, de liberación. Así pues, era el tiempo lo que separaba sus rostros impenetrables, y fue también el que puso la primera palabra en sus labios.

—¿Vendrá a recogerte dentro de una hora? Eso es mucho. Mucho para un entendimiento, poco para una despedida.

Ella mostró sorpresa.

—¿Has venido para despedirte?

Larga pausa…

—Eso no puedo decidirlo yo solo —dijo él por fin—. Es una cuestión vital, el gran problema de la vida. Cuando nos separamos se hablo de fidelidad En Entradam resulta fácil ser fiel. Y sumamente fácil si el amor es profundo. Cuando no tiene profundidad, nadie necesita ser fiel. Pues entonces no es una exigencia ni se puede pedir nada.

Ella frunció los labios.

—Eso es cierto y está dicho con inteligencia. Pero, ¿a qué viene esta conversación? Allá en el merendero podrías haberte acercado a la mesa y presentarte. Se te habría colocado una silla y ofrecido una copa. En cambio, sales corriendo y hablas de despedidas. Eso ya no me parece tan inteligente, querido Esra.

Él sonrió, pero su sonrisa pasó inadvertida en la oscuridad.

—Tal vez lo sea —dijo pausadamente—. Conozco a Josua y Raquel. Sé tan bien como tú por qué se fueron de Entradam. Samuel no representó la única razón. He hecho preguntas en casa de Flohm, no he ido a la calle Mayor porque mi presencia no es grata allí. Por eso no he querido acercarme a la mesa, para ahorrarte molestias, no para ahorrármelas. Además, yo habría hecho un mal papel con mi anticuada chaqueta y mi parca cartera. No sé bailar, y aunque supiera no habría bailado. No hoy.

Habló con énfasis. Ella inclinó la cabeza a modo de pregunta.

—Hace catorce días enterramos a mi madre.

Lea dio un respingo, su mano buscó el brazo de él.

—¿Así, de repente? —balbuceó.

—No fue repentino. Desde que nos hicimos cargo de la taberna —Josua nos la traspasó ventajosamente— me fue preciso extremar la vigilancia. Madre estaba sola en la tienda pues el padre cojea y tiene cada vez peor aspecto. Del comercio a la cocina, de la cocina al comercio, siempre en medio de corrientes de aire, con las puertas abiertas para poder oír la campanilla. Subiendo y bajando la escalera del almacén, agachándose, ajetreándose, además las preocupaciones…, demasiadas cosas para una mujer anciana. Ella sobrellevó todo en silencio hasta que cayó. Y ahora…

—¿Ahora? —repitió Lea sin expresión.

¿Estaría riendo Esra? No pudo afirmarlo con seguridad pero el ruido se le antojó inquietante.

—Seguimos viviendo —dijo él tras una pausa—. Yo, en la taberna, padre, en el comercio. Se coloca, ante el mostrador y confunde el azúcar con la sémola, y cuando devuelve el cambio se queda corto unas veces y otras se pasa de raya. Si se queda corto hay escándalo. Si se pasa de raya, escucha amistosas palabras de despedida. Y cuando desaparece una pañoleta o una pastilla de jabón él no recuerda quiénes han estado en la tienda. Así van las cosas por ahora, Lea. Pero pueden empeorar todavía. La codicia acarrea siempre malas consecuencias por doquier. No sólo entre nosotros.

La simpatía mostrada por Lea disminuyó con cada palabra y se esfumó junto a la observación final en la que parecía haber una indirecta.

—¿Por qué hablas de codicia? ¿Acaso no es natural y justo que las personas quieran prosperar?

—Fue codicia —dijo él con tono concluyente—. Podríamos haber seguido viviendo tranquilamente. La taberna que nos vendió Josua no era necesaria. Pero ellos lo llevaban en la sangre…, también la madre. Yo les advertí, ellos hicieron cálculos. Volumen de ventas y porcentajes, ampliación, nuevas instalaciones y otras tantas quimeras. Lo incluyeron todo, nuestro clima saludable, las aguas medicinales, una posada a la que acudirían gentes de la ciudad, pero dejaron al margen su edad y sus energías menguantes. No pensaron en sí mismos, sino en el futuro aunque realmente no tenían futuro alguno. ¿Para qué seguir detallando sus pensamientos? Sin embargo, ¿qué está ocurriendo ahora? Desorden en la tienda, suciedad en la casa, y el fogón frío. Todo va cuesta abajo, día tras día. Falta alegría, y falta también coraje. El otro mundo, el que he visto en el jardín, no sabe nada de eso. Baila y ne. Es divertido pertenecer a él, pero asimismo peligroso. Induce a la emulación y con ello se acrecienta la codicia. Tu padre podría haber vivido también pacíficamente en Entradam, y ahora, se atarea sin descanso. No persigue la paz sino el dinero y la reputación. Tiene mal aspecto según dice Guida la de Flohm, soporta una carga demasiado pesada. El negocio, las comisiones, el proceso… Las gentes le observan y él no está habituado a eso. Debe comportarse de otra forma, hablar de otro modo, pero Entradam no es una escuela para las relaciones sociales. Al parecer tú has sabido acomodarte. Me gustaría saber si eso te hace feliz.

Lea dio cara al viento nocturno pues así se aclaraba también la mente. Vio todo con una claridad irrefragable: aquellas confidencias, aquellas observaciones sucintas se reducían a una sola pregunta, una sola invitación. Y si ella las tradujera en palabras explícitas dirían: ven, te necesito. El padre te necesita, y también el negocio,

el rebaño. Madre no tenía suficiente energía para cumplir sus obligaciones, pero tú eres joven. ¡Ven! Entonces retornará la alegría y con ella el coraje. Cesará la marcha cuesta abajo, y ahora, con la madre muerta, renacerán los proyectos. Todo dependerá de tu prudencia, de tus dos manos. Yo he sido paciente, he sabido esperar, pero la casa no marcha porque no hay en ella una mujer.

Sin embargo, él seguía sentado junto a ella cual un bloque granítico, ambas manos hundidas, todavía, en los bolsillos del abrigo. La templanza le hizo imaginar el sombrío tenducho en Entradam, la angosta cocina con los cacharros abollados, los astrosos gitanos pidiendo sin cesar tabaco de pipa entre gesticulaciones inmotivadas. Y el viento nocturno, refrescante, enfrió también sus palabras:

—El baile y el vino no me hacen feliz, pero sí me alegran. También esos jóvenes caballeros con su optimismo y sus bromas. Tú me has encontrado en una fiesta; sin embargo, esas fiestas son raras. Habrías hablado de otra forma si me hubieses visto con Sami arrastrando el carretón de las verduras, recorriendo kilómetros cuesta arriba y cuesta abajo. Nuestro fogón estaría también frío si yo no lo atizara. Padre se atarea persiguiendo esto y lo otro, cierto. Madre hace guardia en el portal. Yo debo ocuparme del pan, de la colada y otras muchas pequeñeces. Sami ayuda lo suyo, atiende a los pedidos de la familia Varka, acarrea la mercancía hasta el almacén y, de allí, a la tienda, lleva nuestra modesta contabilidad. Así lo seguirá haciendo tres meses más y luego se marchará a Cluj. Entonces, alguien deberá asumir sus tareas, ¿y quién será ese alguien? Pues yo, naturalmente, porque los padres tienen ya demasiado sobre sus espaldas. Yo les prestaré gustosa ese servicio, pero participaré también con mucho gusto en las fiestas porque me lo habré ganado honradamente.

Entonces, la conversación derivó hacia los planes de Samuel. Las preguntas de Esra tuvieron un tono convencional, evidenciando un interés muy tibio. Por eso las palabras de Lea cobraron aspereza, y su ligero sarcasmo no pudo pasar inadvertido:

—El hecho de que Sami quiera ingresar en una escuela superior no implica codicia. Él ha hablado de ciencia y conocimientos, no de salario o sueldo. Quiere aplicarse y dedicar sus horas libres al estudio de nuestra raza, de su pretérito y su futuro. Eso no lo hacen todos los chicos, y así lo han reconocido no sólo su maestro sino, también, las personalidades de nuestra comunidad. Yo he frecuentado su amistad hasta conseguir una beca para él. Los padres están contentos, pues Sami asumirá, al propio tiempo, muchas de esas comisiones. Eso simplifica tocio, padre no tendrá va ese mal aspecto que le ve Gulda la de Flohm. Yo estoy contenta también, aunque mis cargas sean mayores. Sami es codicioso de un modo diferente. Tal vez aliente en él algo que pueda sernos útil a todos algún día. Él no quiere una vida tranquila, y tampoco debe tenerla.

Las últimas palabras tuvieron un acento desafiante. El hombre lo interpretó como una reprimenda pues la peroración parecía haber sido destinada a él. Allí estaba la respuesta a su llamada angustiosa e implícita; no había nada que hacer salvo levantarse y marcharse. Sin embargo, la hora no había dado término todavía, y el tiempo imponía una demora. Pero, a la vez, apremiaba, exigía una réplica concreta y específica, sin salirse del propio círculo. Así pues, Esra, tras una pausa dijo:

—Samuel fue siempre un soñador. Él ha buscado algo, incluso cuando habitaba en un rincón oculto. Tal vez, no supiera lo que era. Ahora ya lo sabe, el maestro y la ciudad se lo han enseñado. Le deseo con toda mi alma que lo encuentre. Y no sólo por su propio bien; nosotros necesitamos luchadores. Nosotros, es decir, los demás, los que no lo sentimos de corazón ni nos dejamos llevar por ese impulso. Nosotros no podemos hacer nada excepto ayudarles. Mediante confianza y dinero. Entretanto seguimos trabajando, tal como lo hacemos en Entradam y vosotros en la ciudad. Pero necesitamos defensores. Los unos, la mayoría, ofrecen capital. Los otros, confianza y a veces algo más que confianza.

Aunque no pronunció la palabra amor, ésta se cernió sobre ambos como si quisiera anidar en alguna boca dispuesta a darle vida. Lea lo intuyó, sus apretados labios se resistieron, le pareció demasiado grandiosa la visión desdibujada que habían conjurado los pensamientos sobre Samuel, y demasiado mezquino el sencillo cuadro que quisiera componer el hombre sentado junto a ella. Su voz tuvo un tono de positivismo:

—Te compadezco mucho, Esra. Tu madre fue siempre buena conmigo, y su pérdida me ha causado dolor. No puedes remplazaría con nadie que la iguale. Pero sí puedes remplazar su laboriosidad, e incluso triplicarla, porque la pobre estaba ya muy debilitada. En nuestro pueblo hay mucha pobreza, incluidas Entradam y la calle del Incendio. Busca una mujer que viva sola y desee ser útil en alguna parte, y que no ambicione un gran salario sino la paz que encontrará entre vosotros. Y el buen trato que le daréis tú y tu anciano padre. Si quieres, yo echaré un vistazo por ahí. También puedo informarme entre los señores que ayudaron a Samuel. Si lo deseas, te enviaré una; los martes hay siempre un camión que regresa vacío.

Silencio. En el ramaje se oyó un murmullo, los farolillos en el castaño centenario cambiaron por sí solos de posición. Desde la torre llegó, duro y metálico, el eco de cuatro campanadas lejanas. Un hombre apareció en el extremo final de la alameda, una figura erguida, enjuta, como un bastón andante. Ellos no la habían divisado todavía.

Los bolsillos del abrigo de Esra parecieron ser insondables, las manos aún se hundieron más.

—Gracias, Lea —dijo por fin—. Gracias, no te molestes. Me basta con tu consejo, no hay otra solución si queremos evitar el desastre. La casa necesita un ama de llaves, una mujer sana, y también, agradecida. Yo atribuyo gran valor al agradecimiento. Ya la encontraré. Realmente hay mucha miseria, mucha preocupación, y no sólo en la calle del Incendio. —De repente, Esra se inclinó hacia delante y escudriñó en la penumbra—: Ahí llega Sami, se ha cumplido la hora. Él es muy puntual y, verdaderamente, eso debería

alegrarme. —Y dando un respingo añadió con prisa—: Perdona, quizá te haya estropeado la noche. Cuando estabas más contenta bailando y charlando yo te he hablado de muerte y tribulaciones. Pero no tuve más remedio…, no sé cuándo volveré a verte. Entradam no está lejos; sin embargo, yo sigo encadenado. Dos comercios, un hombre viejo…, necesito recuperar estas horas perdidas. Bien, ahora debo apresurarme, tal vez me estén esperando en casa de Flohm; me habían invitado a cenar. Creen que tengo negocios aquí…, en definitiva, ¿qué otra cosa podrían suponer?

Ella juntó las manos.

—Eran las diez aproximadamente cuando te marchaste del merendero. Tuviste dos horas disponibles hasta las doce.

Las tinieblas engulleron su descompuesta sonrisa.

—Hubiera sido lo más indicado. En lugar de eso me he sentado en este banco y aquí continúo. Te vi marchar con una señorita y un joven señor. Felizmente vosotros no os percatasteis de mi presencia. Espero que la suerte me acompañe otra vez un poco. ¿En qué sentido, preguntas? Pues bien, sería deseable que los Flohm estuviesen ya durmiendo.

Entonces, se les acercó Samuel. Saludó con extremada cortesía y dijo que había pasado esa hora a orillas del río contemplando el baile de la luna sobre las ondas. Juego de luces y reflejos, gobierno absoluto de las leyes físicas, dijo sin perderse en más disquisiciones. Sólo quiso justificar el por qué de su aparición en el extremo de la alameda, y no proveniente de la ciudad por donde probablemente se habría esperado su llegada. Así, había echado de paso una ojeada al merendero donde proseguía aún la reunión con gran espíritu festivo, naturalmente. Se cantaba se toleraba cierta ternura, claro está, el vino y la hora avanzada…

Apenas pronunciado este último comentario, Esra se levantó y alejóse a paso vivo. Los dos hermanos apenas pudieron seguirle pero no le hicieron reproche alguno.

La luz lunar se derramaba sobre el empedrado aunque no danzaba. La naturaleza de la piedra se traducía en una serena

rigidez, y, sin embargo, el entramado de las fuerzas actuantes parecía querer comportarse cual un sistema arterial en el granito. Las ventanas lo reflejaban también, pues de su interior no surgía luz alguna. Todo el mundo dormía, las calles estaban desiertas, los pasos levantaban profundos ecos. Los tres jóvenes caminaban en silencio, no había nada que decir, una frase convencional habría costado poco, una palabra lapidaria habría resultado cara.

No les favoreció ese pequeño golpe de suerte que esperaba Esra. Pues allí donde la calle del Incendio desembocaba en la vía principal, aguardaba Flaum haciendo oscilar con el índice una enorme llave; según dijo la espera había sido larga. Aquel encuentro fue inevitable pero duró muy pocos minutos. Flaum, quien, en otras circunstancias, habría abrumado a su huésped con una avalancha de preguntas, se contentó con indicar ante la presencia de ambos hermanos, que la tardanza de Esra les había intranquilizado mucho y que la mesa estaba todavía puesta. Gulda, cuyas habilidades culinarias fueron objeto de las máximas alabanzas, se había ofendido mucho y sería preciso tratarla con la mayor habilidad.

La despedida fue excepcionalmente ceremoniosa, las miradas inquisitivas de Flaum no dieron pie a un coloquio amistoso. Los hermanos marcharon cabizbajos hacia casa; las sigilosas medidas para atravesar el corredor y el patio les avergonzaron. Llegados a sus habitaciones del almacén, Samuel se permitió, solamente, una mirada significativa. Lea miró ante sí, guardó silencio durante largo rato y por fin dijo tranquilamente:

—Esto ha terminado, Sami, creo que ha terminado. Ya podéis estar contentos, tú y los padres.

Y cuando Samuel le apretó las manos sin decir palabra, ella hizo una sonrisa forzada y le dejó solo.

Pero no fue en busca de descanso. Se sentó sobre el borde de la cama y cogiéndose la cabeza con ambas manos se sumió en profunda cavilación. Esra y Entradam renacieron una vez más de entre incontables fragmentos, jirones de recuerdos. La primera juventud, la anciana mujer que esperara, durante largo tiempo,

poder casarla con su hijo y le regalara muchas cosas, no sólo dulces; el anciano que no sabía dar el cambio y que mañana esperaría al hijo junto con una noticia alegre. ¿Se podría ser un ángel y una chica corriente al mismo tiempo? Eso sería también un pequeño golpe de suerte. Y aleatorio, con la luna sobre el empedrado, como los adoquines de granito. ¿Y el grande? ¿Sería un chisporroteo sobre las ondas, sumergiéndose y centelleando alternativamente pero sin desaparecer? Samuel se había aventurado, y ella no quería emularle. Maxime cuando no había oído lla *mami*ento alguno, ni sentido un acicate imperioso, incitante, sino sólo una reflexividad disociada del destino… Eso rué tranquilizador, le proporcionó paz y lasitud pero no pudo contener las lágrimas que le causaron enojo porque resultaron inexplicables.

10

PARA defender el pleito de Brauchteil contra Aurelia Lungu, Wanda y Jeronim Luka recurrieron al decano de los doctores juristas, Emanuel Hirsch, quien no solamente era el más experimentado, sino también quien podía alardear de más victorias en la práctica jurídica. Había anunciado reiteradamente que se proponía cambiar la toga por la chaqueta de paisano con carácter definitivo, pero últimamente había manifestado que aquel caso, al parecer trivial, aunque sólo visto desde abajo, sería su canto del cisne que no sólo cerraría la brillante carrera, sino que le serviría para coronar su actividad forense. El jurisconsulto tenía la intención de realizar una obra maestra y esperaba que un público selecto y nutrido asistiera a la vista.

Sus preparativos fueron profusos y minuciosos. Se especificó hasta el menor detalle del incidente en el portal, se protocolizó cada palabra, cada gesto hasta crear una escena de insólito dramatismo, que no pasaría inadvertido bajo los inquisitivos reflectores psicológicos, en el escenario de la Audiencia. Por añadidura se requirió de Brauchteil que describiera minuciosamente cada uno de sus encuentros con la demandada, el esposo y sus secuaces, pues el detalle más ínfimo podría dar pie para un nuevo acto acusatorio con resultados muy satisfactorios. Emanuel Hirsch tomó declaración a todos los testigos, particularmente los testaferros, e incluso hizo venir a Teaka —el lugar donde Lungu ganaba unos honorarios suplementarios— a diversos testigos que no habían participado directamente en los acontecimientos, pero que podían contribuir a la

creación de una atmósfera propicia. Por último, reservó con disimulo en su aljaba algunas flechas particularmente emponzoñadas que sólo se dispararían si se complicara el caso. El arnés quedó listo, las armas prestas…, podía comenzar el torneo.

No eran pocas las dificultades del doctor Berthold Fuchs, quien había asumido la representación de Aurelia Lungu y soñaba igualmente con una obra maestra pues su bufete estaba germinando y, mediante una victoria sobre el famoso colega, ganaría prestigio e impulso. Esforzándose, asimismo, por presentar testigos eficaces, estaba comprometido a diversos caballeros y damas que habían visitado la exposición so pretexto de las *comisiones*, y buscaba afanosamente en las aldeas circundantes a todo murmurador o bromista que hubiese denostado con sus modales groseros a la empresa de Brauchteil. Sus elocuentes parlamentos en las tertulias locales ocasionaban, por una parte, actitudes recelosas que, en algunos casos, tenían pleno éxito. Pero lo más determinativo era el análisis filológico emprendido para desemponzoñar las expresiones calumniosas y hacerlas aparecer como genialidades o, por lo menos, como comentarios imprecisos. Esto, junto con los argumentos de la señora Aurelia y la asociación de ideas promovida por la sólida armazón etimológica, parecía garantizar un alegato invulnerable; cada vez se confiaba más en poder equiparar el asunto a la proverbial «tormenta en un vaso de agua». Así pues, por este lado los heraldos podían anunciar, a su vez, la iniciación del torneo.

La familia Bruchteil se personó en bloque para el interrogatorio y las pruebas testificales. Solamente Lea, flanqueada por el matrimonio Luka, tomó asiento en los bancos destinados al público. Se cerró la tienda, tal como Lungu había clausurado su consulta para prestar, por lo menos, ayuda moral a Aurelia y arrimar el hombro si las circunstancias lo requirieran. Uno tras otro comparecieron en la sala, según su disponibilidad de tiempo libre, diversos magistrados y personajes locales, no atraídos por tan insignificante lance sino para rendir el último homenaje al célebre jurista Emanuel Hirsch. Naturalmente no pudo faltar el siempre fiel Flaum, como tampoco,

en semejante ocasión, las no tan fieles damas, Gulda y Briska. Dudutz, aprisionado en un rincón, pareció emitir corrientes extraordinariamente nocivas a juzgar por el maligno parpadeo de sus ojos, mientras que Tini, libre en aquellos momentos, había renunciado a la siesta del carnero para presenciar alegremente el espectáculo y, quizá, contrarrestar las temibles irradiaciones de Dudutz.

El juez, perteneciente, más o menos, a la promoción del doctor Fuchs, y no menos ávido de gloria, disimuló a duras penas una mueca compasiva cuando recalcó con palabras concisas la trivialidad del proceso y recomendó el arreglo amistoso. Seguidamente recapituló los hechos, cuya banalidad no dejaba lugar a dudas, y aconsejó al muy honorable demandante que se diera por satisfecho con una disculpa de la parte demandada, quien por cierto costearía los gastos usuales de la vista. Así se haría expiar caballerosamente el leve desliz y se restablecería la paz en los hogares (estuvo a punto de decir en la charca de ranas).

El doctor Fuchs lo secundó con extrema solicitud. No empleando palabras, pues eso estaba prohibido, sino sonrisas presuntuosas, gestos negligentes mediante los cuales hacía constar su aprobación: el caso sólo requería una breve declaración. Por el contrarío, el doctor Hirsch dijo, sin exagerar el tono, que él no quería discutir la propuesta sino más bien iniciar el proceso. Las autoridades lanzaron un suspiro, el público respiró aliviado. Un combate de boxeo que se decide en los primeros segundos del primer asalto no puede satisfacer a nadie.

Así pues, los que esperaban en el corredor formando dos grupos antagónicos, hubieron de seguir esperando hasta que se citara su nombre para acomodarse en el sillón de los testigos y responder a las preguntas del tribunal o de los letrados; tanto Brauchteil como Raquel y Samuel, tanto los testaferros como Aurelia y sus auxiliadores, reclutados con gran esfuerzo. En el subsiguiente interrogatorio, Emanuel Hirsch se explayó lo suyo dando muestras, al principio, de un humorismo cáustico. Como es natural, los testigos

iniciaron ocasionalmente sus respuestas, en el curso de las declaraciones, con el apelativo «la señora doctor Lungu» o «la señora del doctor Lungu», y cada vez se levantó Hirsch para manifestar con suma gravedad que ninguna «señora doctor estaba implicada en el asunto». A renglón seguido procedió a comprobar la identidad de la parte demandada, pues el apellido Lungu era bastante común en el país y bien pudiera ser que, entre los así llamados, hubiese un doctor Lungu, concretamente doctor en la ciencia médica, especializado en odontología, que podría protestar con razón por el empleo abusivo de su nombre. Aunque tales observaciones tenían la finalidad de provocar muecas y risas reprimidas, despertaron una hilaridad tal que Hirsch se levantó muy impaciente, por décima vez, y preguntó si se encontraba en una sala de la Audiencia o asistiendo a un fin de carrera en la Universidad.

Esas salidas extemporáneas no fueron objetivas ni contribuyeron al esclarecimiento del caso, pero crearon una atmósfera que cautivó los ánimos. El juez alzó una mano amonestadora, Berthold Fuchs echó espumarajos mientras denunciaba esas maniobras palmarias, Cornel Lungu se dejó dominar por la vergüenza y la ira, y finalmente maldijo el temperamento de su esposa, otrora tantas veces apreciado.

El auditorio se excitó; muchos cuchichearon, rieron y aguardaron expectantes el siguiente choque que, a juzgar por lo ocurrido, sería inevitable. El doctor Hirsch se las arregló para acrecentar con nueve puntos más la expectación general y finalmente alcanzó un momento culminante que no dejó el menor margen a la réplica. Concretamente dijo, con rostro inexpresivo, que para nivelar la balanza del prestigio él denominaría desde aquel instante y con plena franquicia a su cliente, señor Josua Brauchteil, doctor en ciencias naturales y, especialmente, en ciencias hortícolas. Así se establecerá, dijo, una base equitativa cuyo examen dará todavía mucho que hablar.

La sala rugió de júbilo, el juez dio varios mazazos y amenazó con desalojarla, el doctor Fuchs gritó algo ininteligible, Aurelia Lungu

escondió el rostro en su pañuelo, Cornel Lungu se deslizó sigilosamente hacia la salida. Brauchteil, con la faz enrojecida, hubo de rechazar desesperado las prematuras felicitaciones; el único que mantuvo una serenidad pétrea fue Samuel. Ahora bien, el doctor Hirsch, amonestado repetidas veces, se abstuvo de seguir por ese camino irónico, lo cual le favoreció y de paso también a Brauchteil. Sin embargo, entre los espectadores estaba circulando desde hacía un buen rato, una agudeza que unos transmitían presurosos y otros acogían regocijados: Este *Hirsch* es un zorro pero *Fuchs* no tiene nada de zorro. Así corrió la excelsa voz popular de todos los tiempos.

Desencadenada la danza de las espadas en torno a la crítica demoledora, todo amenazó con derivar hacia lo grotesco. Los balbuceantes testigos hubieron de repetir las expresiones ofensivas, y por su parte el doctor Fuchs las admitió, aunque sin reconocer su intención grosera. El hombre se aventuró peligrosamente a definir diversos conceptos, demostró que *panoptikum* en su sentido original grecolatino significaba «panorámica general», y de resultas no podía haber implicado injuria alguna; por otra parte «cursilería y baratijas» aun siendo vocablos arriscados no entrañaban una acepción equívoca. El valor de tres huevos o bien tres aguardientes, asignado a las imágenes expuestas, tenía justificación visto desde el ángulo individual, y considerado bajo su aspecto artístico era quizás exagerado e incluso hiperbólico. Por añadidura, tanto las etiquetas de «vendido» adornando muchas de esas cuestionables manufacturas como el compromiso contraído por los testaferros quienes recuperaban, a escondidas, su dinero, según había revelado uno durante el careo, pertenecían a ciertas prácticas comerciales que los legisladores deberían examinar bajo la lupa. El doctor Fuchs, vivaz, temperamental y furibundo, buscó palabras chispeantes, formulaciones incisivas para describir el atentado contra la sensibilidad artística y justificar la censura espontánea, explosiva; luego observó satisfecho que su alegato había surtido cierto efecto.

El doctor Hirsch, inconmovible en su perfecta serenidad, se comportó con gran nobleza.

—Celebro —dijo— el criterio pluralista de mi apreciabilísimo contrincante cuyas objeciones podrían estar fundadas como sería de desear. Él posee conocimientos lingüísticos e históricos sobre cultura y arte de los cuales carezco desgraciadamente, pues mi consultorio ha estado repleto toda la vida, y los numerosos clientes de la ciudad y el campo no me han dejado tiempo libre para los estudios extraprofesionales. Por ende, no me atrevo a pisar ese palenque recién abierto, reconozco el carácter inofensivo de los vocablos «*panoptikum*» y «cursilería» ya que se pudieron utilizar otros menos históricos e imprecisos. Las expresiones «embrutecimiento del pueblo» y «redada de campesinos» no requieren demostraciones científicas pues los testigos comprendieron perfectamente su rotunda significación. ¿Es permisible y fundado el arremeter contra una institución que elabora tales grabados y, por consiguiente, da de comer a diez mil o más honrados trabajadores? ¿Cabe acusar de embrutecimiento popular a una industria oficialmente acreditada? Si la respuesta fuera afirmativa también lo sería respecto al señor Josua Brauchteil. ¿Es permisible catalogar como propaganda embrutecedora del pueblo el sencillo y piadoso altar hogareño, el retiro íntimo de Nuestro Señor? Si la respuesta fuera afirmativa también lo sería respecto al señor Josua Brauchteil. ¿Es procedente recomendar el traslado de esas obras artísticas, innegablemente mediocres, a un lugar equívoco del patio como recomendara en su agitación la parte demandada? ¿Una imagen, de Cristo, por ejemplo? ¿O un santo patrón? Si la respuesta fuera afirmativa, también se podría borrar impunemente la palabra «blasfemia» de nuestro vocabulario, y no sólo eso sino, asimismo, echar al estercolero las leyes establecidas y las venerables tradiciones. Los intelectuales progresistas, verdaderos anatomistas que disecan las palabras como si fueran cadáveres, ensalzan Ja aparición de una nueva luz solar o, mejor dicho, de neón, pero, ¿qué me dicen del pueblo y su sana sensibilidad? Para partir un cráneo o amordazar una boca basta una

azada, un mayal. Finalmente mi distinguido colega ha hablado de ilícitas prácticas comerciales, testaferros y cosas similares. Si escarbamos un poco en cualquier ramo mercantil tropezaremos por doquier —dejando aparte los reclamos hiperbólicos— con artimañas más o menos tolerables que, a veces, son escandalosas pero raramente de naturaleza criminal. ¿Testaferros? Todos ellos colaboran anónimamente con empresas cuyas transacciones adquieren enormes volúmenes e incluso se introducen en las industrias estatales; son maquinadores encubiertos pero, así y todo, motores que impulsan la vida económica aunque sin ocasionar efectos ilegales. Se sabe de agentes inmobiliarios que animan a sus mandantes con las más ridículas ofertas para consolidar sus propias posiciones. Los cerdos, cuyos excrementos proceden manifiestamente del pienso de maíz, lo cual garantiza, como es bien sabido, una carne compacta, suelen encontrar el susodicho maíz en sus comedores —usualmente llenos de afrecho y desperdicios— tres días antes de la venta. ¿Punible? Cierto, mientras sea demostrable. De lo contrario, sólo divertido. También se observa que algunos doctores diplomados diagnostican un resfriado inofensivo como neumonía, cuyo tratamiento requeriría ordinariamente varias semanas, pero bajo sus manos milagrosas la curación tiene lugar en menos de siete días. Práctica, naturalmente. Por mor del prestigio y los honorarios. También punible, desde luego, mientras sea demostrable. Asimismo circulan rumores sobre doctores no menos diplomados en odontología, que taladran dientes sanos, y que, en lugar de curar una simple caries, emprenden un complicado tratamiento de la raíz y cuando falta el metálico se contentan con el pago en especies. ¿Práctica? Cierto. Aunque no necesariamente divertida.

Llegado a ese punto Emanuel Hirsch hizo una pausa y tomó un trago de agua. Todos los asistentes comprendieron la alusión, que realmente era una indicación. También lo entendieron así el juez y el doctor Fuchs, quienes no podían intervenir pues la inculpación tenía un carácter genérico y se refería a un especialista graduado

cualquiera. Con todo, el primero se permitió observar que los ejemplos citados eran ya suficientes y por tanto sería deseable el abordar cuanto antes los detalles referentes al tema en cuestión.

¿El tema? La faz del doctor Hirsch cobró una expresión doliente, su mirada se nubló.

—El tema es antiquísimo —dijo en el impresionante silencio subsiguiente—. Tiene muchos milenios de antigüedad pero, en este instante, es actual. Desde aquellas remotas fechas, la raza humana ha encendido, bajo sus gigantescos calderos, hogueras no menos gigantescas, por una parte, con objeto de obtener carne y frutos para la subsistencia biológica, por otra, hablando metafóricamente, para cocer ideas y doctrinas. Cuando explotaba la caldera o el humo la corroía demasiado, resultaba indispensable hacer salir al hombre de paja para darle caza por el desierto. Casi siempre era un hombrecillo que había cocinado su parca sopa en el inmenso fuego. ¡Pobre de él sino encontraba a tiempo una madriguera! ¡Y doblemente pobre si era un judío! Entonces el castigo se generalizaba frenéticamente hasta llegar al *pogrom*[5], y el desierto se transformaba en matadero.

El juez intervino malhumorado pero también algo confuso pues un murmullo perceptible dio escolta a su amonestación.

—Sería preferible —dijo sonriendo áridamente— prescindir de reminiscencias históricas y problemas raciales pues ambas cosas prolongan el debate sin finalidad alguna y además son peligrosas. Sólo en la medida en que se relacionen con el caso…

El doctor Hirsch hizo una inclinación, no irrespetuosa, y se disculpó con palabras más que convencionales.

—Así, quedan descubiertas las raíces —dijo amigablemente— y es más fácil identificar la cepa y sus acibarados frutos. A decir verdad, en no pocos escaparates de la ciudad y en todos los quioscos de periódicos se aglomeran, invitadoras, las baratijas viles. Pero, ¿quién osa pronunciar una catilinaria contra ellas y desencadenar algo así como un *pogrom* de bolsillo? Ahora bien, esa desconsiderada osadía ha tenido lugar en el portal del señor Luka.

¡Porque allí ha predominado la parcialidad, porque allí se ha presupuesto fundamentalmente la culpabilidad! ¡Porque las débiles posiciones de este hombre, cuya lucha por la mera existencia es verdaderamente valerosa, parece prometer una victoria fácil sin reacciones incómodas! Así, pues, es él y no el dueño del quiosco de periódicos, ni el acreditado comerciante, ni la gran empresa que satisface las necesidades populares en cien mil escaparates, es él, digo, quien sufre un ataque alevoso, quien queda expuesto en la picota, quien se sienta realmente en el banquillo de los acusados…

Un carraspeo, una tosecilla y luego una risotada del doctor Fuchs hicieron interrumpirse al estupefacto orador. Éste miró a su alrededor sin fijar la mirada en nadie y, seguidamente, requirió, con gran cortesía, del presidente que cediera la palabra a su oponente antes de que éste perdiera por completo el respeto debido a aquella venerable casa.

El doctor Fuchs saltó de su asiento anticipándose a la estruendosa salva de aplausos. Su voz temblequeó mientras hablaba de exageraciones demagógicas y preguntaba a su muy honorable señor colega si se proponía embrollar una causa tan insignificante hasta hacer de ella un nuevo asunto Dreyfus.

El doctor Hirsch permaneció mirando al vacío durante largo rato; por fin manifestó, con voz apenas audible, que en su pueblo —como era bien sabido él pertenecía a la raza de su cliente— uno de cada dos casos serios podría titularse Dreyfus y la Diaspora resultaba comparable, no pocas veces, con la isla del Diablo.

De súbito, voz y mirada se aceraron, el letrado jugó entonces su mejor carta: el señor Cornel Lungu había hecho dos tentativas conciliatorias cerca del señor Josua Brauchteil. Con ocasión de la primera se había deslizado la ambigua expresión «no será en detrimento suyo». Respecto a la segunda, se había hecho una oferta concreta, repetida cinco veces en el curso del diálogo. Convendría interrogar a la parte demandada puesto que el señor Lungu se había escabullido, evidentemente. Se dio ese paso como resultado de una concienzuda consulta entre ambos cónyuges y era de presumir que

no sin el conocimiento, ulterior al menos, de su abogado defensor. ¿Tendría la señora Aurelia Lungu suficiente valor para desmentir semejante hecho?

La pregunta se clavó en Aurelia como una daga. El juez, el auditorio, todos miraron a la sobresaltada mujer, y aquellas miradas fueron también otros tantos puñales. Aurelia se levantó a medias de su asiento, luego se desplomó y rompió en llanto mientas asentía una vez y otra con la cabeza, probablemente sin darse cuenta siquiera de esas reiteradas afirmaciones.

Conmoción en la sala, murmullos de excitación. El doctor Hirsch tomó asiento, el doctor Fuchs sacó un pañuelo y se enjugó la frente.

Hacia últimas horas de la tarde se declaró culpable a Aurelia Lungu por haber perturbado las actividades comerciales, mediante difamaciones y agitación de la opinión pública, condenándosela a pagar una considerable indemnización y las litisexpensas, así como a disculparse públicamente. En caso de incumplimiento…

Preguntado si estaba conforme con la sentencia, el doctor Hirsch, quien había ya ordenado, desde hacía un buen rato, sus documentos, se redujo a lanzar una mirada afirmativa, mientras que el doctor Fuchs, para quien la pregunta se extendió acerca de una eventual apelación, sólo sonrió e hizo un gesto resignado de renuncia.

11

DIEZ días después, el cartero distribuidor de giros postales compareció en el portal de Brauchteil. Hizo una mueca irónica y miró repetidas veces hacia el abovedado techo, pues encima mismo parecía estar paseando, arriba y abajo, el remitente de la sustancial suma ya que, a veces, se oían ruidos sordos como si alguien diera patadas sobre el suelo. Josua tendió también el oído hacia arriba pero sus ojos no se apartaron de los billetes que estaba contando velozmente el empleado y que formaban ya un segundo montón muy respetable. Habituado a contar dinero, cuando sus dedos infalibles llegaron al centenar el cartero hizo una pausa de segundos para intercalar dos o tres observaciones maliciosas como «sí, esto es duro», o «esto hace daño, pero no a usted, señor Brauchteil, y tampoco a mí, ¡je, je!». Luego una mueca más acentuada, una mirada significativa al techo y vuelta a contar hasta terminar con el tercero y último montón, no menos grueso.

—¡Ganado con facilidad! —exclamó el cartero sacudiendo admirativo la cabeza—. Las gentes como yo necesitan recorrer muchos kilómetros y subir muchas escaleras para ganar, si acaso, una décima parte de esta cantidad. Deseo lo disfrute, señor Brauchteil, yo sí se lo deseo. No todos se lo desearían.

Quiere propina, se dijo Josua. Y la tendrá; él pasa por muchos sitios, charlando aquí, comentando allá…, conviene que hable bien. Entregó un billete al hombre, desde luego no de los mayores, pero, así y todo, hubo de desviar la mirada para no verlo. El leve temblor

de sus labios tal vez fuera imputable a la mosca que se había aposentado en el ralo entramado de su barba.

—¡Generoso! —observó jovialmente el cartero—. A decir verdad, tan generoso como el señor doctor Hirsch, de quien vengo ahora. E incluso le sobrepasa, pues él ha cobrado mucho más.

—¿Más todavía? —preguntó, atónito, Josua.

—Mucho más —reafirmó el cartero—. Claro…, él es un erudito, y además al término de su carrera. Ahora, ha apaleado oro por última vez. Quiere pasar el invierno en el Sur, y ése de allí arriba se lo paga.

Brauchteil apretó los labios.

—El doctor Fuchs es también un erudito. ¿Ha recibido igualmente tanto dinero?

—Ése no, ¡je, je! Ése está dando boqueadas, como el de arriba. Le han vapuleado y, por tanto, no puede percibir honorarios normales. Pero sí los gastos, según lo llama él. Por los viajes, las cartas, las llamadas telefónicas y el copeo con los testigos en las aldeas. ¡Gastos! Yo podría vivir dos meses con esos gastos. Incluida toda la familia. Le deseo lo mejor, señor Brauchteil. Que conserve la salud. Y tenga más negocios de éstos, así no necesitará ya vender coles, ¡je, je! Bueno, hasta la vista.

Brauchteil se retiró al fondo de la tienda, pidió a Raquel que se sentara cerca de él y se sumió, salvo las interrupciones ocasionales de algún cliente, en muy diversos cálculos. Había entrado dinero en casa, según explicó, dinero digno de mención, no ganado con sufrimiento y sudor sino, más bien, mediante humillaciones, inquietudes y noches en vela. Es decir, preocupaciones. Por consiguiente, debería servir para la alegría y no para engrosar el negocio; no lo gastarían en compras. El invierno estaba ya próximo, las Carnestolendas prometían una serie de regocijantes diversiones, era preciso vestir bien a Lea, con una elegancia propia de su belleza. ¿Un disfraz tal vez? No, vestidos de tarde, por lo menos dos, y aún no serán suficientes. Un día llevará éste, y al otro, aquél; las muchachas reventarán de envidia, a los galanes se les hará la boca agua. Sobre todo, el señor Gutstein, Max Gutstein, hijo de Isidoro y

heredero de su gran cervecería. ¿Por qué precisamente ése? ¡Ah, ah! Los rumores corren por ahí, los rumores parlotean…, ¡estupendos rumores! Nada de mediaciones, nada de entremetimientos, Lea sabe entremeterse con sus propios medios y lo hace magníficamente; pero, para eso, necesita esto y lo de más allá… un bello marco, es decir ropa, trajes de noche, un poco ceñidos, un poco escotados… ¡que vaya un poco desnuda!

Raquel enrojeció como un tomate.

—Lea no irá nunca desnuda.

—He dicho un poco —recalcó Josua igualmente regañón—. No más que otras. Si acaso, algo menos. Ella tiene mucho que mostrar, y debe mostrarlo. Tú también muestras lo tuyo ahí en el escaparate…

Al instante se mordió los labios, la comparación no fue precisamente afortunada. Ella se enfureció, y él la calmó:

—¡Está bien, está bien, ya lo sé! Los brazos llenos no son una exhibición, aunque… unas frutas por aquí, otras por allá… Bueno, basta ya. Ella debe tenerlo. Trajes de noche y todo lo demás.

—Tú necesitas un abrigo, Josua. Cuando vas con Tini…

—El abrigo lo necesitas *tú* —decretó él—. Yo voy sentado ante el motor, y eso es como ir junto a un horno. Pero tú te pasas el rato sentada al lado de la puerta, debes abrirla y cerrarla, las mujeres eligen sus compras mientras chismorrean, el viento es glacial. Necesitas un abrigo de pieles, piel de cordero por lo menos…

Raquel dio una palmada de cólera.

—¡Piel de cordero! ¡Pareceré un saco repleto, Josua!

—Es preferible estar sana en un saco, que enferma en un traje de noche. Tú no necesitas ya marido, me tienes a mí. Y me seguirás gustando aunque la piel sea de cordero. ¡Punto final! El dinero está aquí, ha caído del cielo, realmente del cielo, de allá arriba. El segundo montón es para la dote de Lea. Éste irá al Banco, los intereses no son gran cosa pero el *níquel*[6] también es dinero. Resultará insuficiente, lo sé. No hay para muebles o alfombras persas, pero ella no correrá en camisa hacia el opulento…, ¡está

bien!, no lo proclamaré a voces. Sólo quiero decir que no nos abandonará descalza. Bastará para los vestidos, la ropa interior, buena porcelana y cubertería…

—Tu abrigo, Josua —le recordó ella casi llorosa—. Cuando haces las comisiones Tini no te acompaña, y el motor no va contigo.

—¡Error! —exclamó Brauchteil riendo—. Tini no me acompaña, eso es cierto. Pero conmigo va un motor. No el de Tini sino otro, el de un autobús. Los numerosos pasajeros irradian calor y además hay calefacción. Unos cuantos pasos a la intemperie para entrar en un comercio u oficina, y unos cuantos pasos más de vuelta; el invierno no tiene tiempo para atacarme. Pero no te preocupes, ya veré si encuentro algún abrigo por ahí. En Cluj hay almacenes, grandes prenderías…, echaremos un vistazo, el dinero está ahí. Caído del cielo, atravesando ese techo, ese grueso techo sobre nuestras cabezas…

Como si quisiera confirmar lo dicho resonó sobre sus cabezas un golpe estruendoso aunque sordo. E incluso llegó hasta sus oídos un grito reprimido o quizás el eco de un grito, luego un agitado intercambio verbal cuyos tonos, aun careciendo de contenido y sentido, delataron una seria reyerta. Ambos tendieron el pido pero los ruidos se extinguieron. Siguió un silencio inquietante, los tres montones de dinero parecieron crecer hasta transformarse en bloques cuyos planos irradiaron una fuerza amenazadora, mucho más potente y peligrosa de lo que podría suponer su valor nominal.

Efectivamente, Lungu, el odontólogo, había alzado con desenfrenada iracundia un velador, pero en el último instante cediendo a una inspiración providencial, no lo estrelló contra el sillón donde se acurrucaba Aurelia, sino en el suelo. Ella lanzó un agudo chillido, y saltó de allí con tanta celeridad que el sillón se volcó con lo cual ese estruendo se sumó al estampido del velador. Comparado con ello, la fragmentación de los grandes jarrones que ornaban la habitación, produjo un rumor discreto.

Aurelia se refugió en el rincón más distante.

—¿Acaso quieres matarme? —chilló a su aparentemente enloquecido consorte.

Mas éste, alcanzada ya la culminación, se tranquilizó y, repentinamente, sintió una enorme fatiga.

—Me has arruinado —farfulló—. Has conseguido arruinarme.

Ella se defendió cual una rata en el cepo.

—¿Te he arruinado yo? ¿Yo? ¿Por decir a esa chusma de ahí abajo lo que pensaba y lo que tú piensas como cualquier persona culta? Entonces me elogiaste, abrazaste y besaste, te enorgulleciste de mí y se lo contaste a todos tus pacientes. Ahora quieres golpearme porque las cosas han salido torcidas. ¡Si hubieses contratado a ese Hirsch en lugar de Fuchs…! Entonces nuestra situación habría sido muy distinta, la ciudad habría reído y ahora el consultorio estaría abarrotado. Pero Fuchs resultaba barato, creíste poder pagarle con tu trabajo. ¡En lugar de eso te envía facturas y presenta una lista interminable de gastos! Ahorraste cuando no debieras hacerlo y yo debo expiarlo, ¿no?

—Tú has declarado que yo quería llegar a una avenencia. ¡Y eso desfondó el barril! Por si fuera poco, declaraste que yo taladraba dientes sanos.

—No sé nada de eso… Además, no hay testigos. Pero tú ofreciste dinero al judío. Demasiado poco; también pretendiste ahorrar ahí. ¡Si le hubieras ofrecido diez veces más, él habría retirado la denuncia y tú habrías podido llegar a un acuerdo con Hirsch!

El rostro del dentista se empurpuró otra vez.

—¡*Hirsch*! ¡*Fuchs*! Cuando uno se llama *Fuchs* todo el mundo le cree más astuto que el *Hirsch*[7]. Prometía presentar una obra maestra. Hablaba con desenvoltura, taladraba las palabras como si estuvieran cariadas y necesitaran empaste. Tú le tratabas a cuerpo de rey…, apetitosos tentempiés, licores y dulces miradas. Él ha cobrado diligentemente, ¡y ahora cobran todos! ¡Él, Hirsch y el maniqueo de abajo! ¿De dónde sacaré esas sumas?

Ella se retorció las manos.

—¿Qué estás diciendo? ¡Si lo has pagado todo!

—Sí, lo he hecho. Pero debo resarcirme. ¿Y cómo? Él consultorio está casi vacío, la gente recela. Ahora figuro como un antisemita, un fanático racial, mal cristiano, agitador y demagogo. Por consiguiente el consultorio se quedará desierto, y entonces sólo podré ganarme el pan en Teaka, siempre y cuando esos malditos campesinos no me rompan el cráneo.

—Hasta ahora nadie te ha tocado ni un pelo.

—Todavía no. Iré por allí haciendo muecas congraciadoras y limpiando botas…, tal vez así tengan misericordia de mí. ¡Ay, ay! ¿Adonde fueron a parar mis hermosos proyectos? Yo había hecho cálculos a largo plazo…, dentro de dos años pensaba comprar este piso y por añadidura un automóvil para ir a Teaka. ¡Pero ahora…! ¿Cómo seguir adelante? Ahora abres esa bocaza tal como la abriste ahí abajo.

Así prosiguió la reyerta alternado entre violencia y resignación, quejas y amenazas. Pero no se llegó a las manos, ni se decidió hacer astillas otro afiligranado mueble. La atmósfera se mantuvo fría, casi congeladora, pero no ejerció efecto a través del parqué; además hacía ya un buen rato que Josua y Raquel se habían centrado nuevamente en sus proyectos.

—Y este montón de dinero —dijo Brauchteil señalando el tercer montón— es para Sami, cuando empiece el curso y trate con grandes señores. Debe presentarse bien, da aplomo. Debe ser, aunque siempre con medida, espléndido, eso proporciona amigos y simpatizantes. Ellos le quedarán obligados y eso acrecentará su valor. Así cuando diga algo de interés, será doblemente interesante. Y si dice alguna tontería, los demás harán oídos sordos. Necesita vivir bien, comer bien y estar bien abrigado. La sensatez es buena cosa. La sensatez con dinero, aún mejor. Él deberá ser un caballero, no como yo.

—Tú eres también todo un señor —dijo ella desafiante.

Josua se acarició la dispersa barba.

—¿Yo? ¡Ejem…! Sí, lo soy, Raquel, lo soy. Tan sólo me veo como recadero de todo el mundo…, quien paga los platos rotos y sirve de

parachoques. Dicho sea entre nosotros, soy un señor. Y muy rico. Pues te tengo a ti, Raquel. Y quien te tenga a ti es, por fuerza, un hombre adinerado.

12

LA ESCISIÓN ocasionada por el proceso y su desenlace, no tuvo unos perfiles claramente definidos, no se tradujo en adhesiones ni manifestaciones; los astutos, los prudentes, los que no quisieron cogerse los dedos, constituyeron también aquí, como ocurre siempre, una abrumadora mayoría. Con todo, Lungu comprobó, a pesar suyo, la ya prevista decadencia de su consultorio; por el contrario Raquel vendió más pescado, más coliflores, más artículos culinarios que nunca. Las simpatías se inclinaron por el valeroso hombrecillo que había saltado sin miedo al palenque para defender su honor. Los maquinadores ocultos tras él se dieron por satisfechos con una sonrisa ladina, y el doctor Hirsch no quiso acrecentar la aureola que le había aportado su fulminante intervención en favor de su humilde correligionario; era demasiado sagaz para hacer tal cosa. Su canto del cisne había sonado con plena efectividad, rebasando largamente los confines del distrito municipal y proveyéndole con una buena docena de nuevos clientes. Sin embargo, éstos se hallaron ante oídos refractarios. Él no estaba dispuesto, según explicó, a asumir una causa más o menos inocua tras aquellos resonantes efectos, además se sentía viejo, cansado, y añoraba el Sur. Con una sonrisa apenas perceptible, encaminó a los agobiados solicitantes hacia el doctor Fuchs, a quien deseaba enviar ungüento y vendajes, después de haberle infligido una herida penetrante. Pero los interesados entrevieron la sutil ironía, y entretanto el doctor Fuchs, al igual que su cliente, hubo de conformarse con el proverbial *echar tierra al asunto*, prosiguiendo sus amoríos habituales y

satisfaciendo sus necesidades más perentorias con aquella cuenta de gastos que había hecho sudar sangre a Lungu. Mientras tanto, la última obra caritativa para su abatida mandante fue la asistencia técnica en la redacción de aquella famosa disculpa pública que, tras largas horas de debate, salió finalmente a la luz. Se mascó y trituró cada palabra, se aquilató cabalmente su sentido, pues se trató de hacer las menores concesiones posibles y cumplir al propio tiempo con la ley. Así pues, el reducido y disperso público del semanario cuya aparición se esperaba esta vez con impaciencia, supo que la señora Aurelia Lungu lamentaba las censuras formuladas contra las mercancías pictóricas del señor Josua Brauchteil, se retractaba totalmente y solicitaba perdón por ciertas expresiones extremadas.

El doctor Hirsch manifestó que él podría impugnar la susodicha disculpa y forzar una genuflexión más acentuada; sin embargo, en atención a su carrera finiquitada lo pasaría por alto; el doctor Fuchs, dándose por contento con los licores y deleites dispensados, renunció a las cuentas suplementarias de gastos; Aurelia sacudió su acicalada cabeza y se perdió en secretas compensaciones. El único protagonista irascible fue Cornel Lungu quien, presa de una furia incontrolable, lanzó al suelo varios platos que eran tan inocentes como el velador y los jarrones, aunque él, no obstante su inmanente mezquindad, renunció a ellos con estoicismo.

Por el contrario, las felicitaciones entusiásticas llovieron sobre Brauchteil. Pero no de todas partes, infortunadamente. Las personalidades más relevantes no hicieron acto de presencia en el porche, asimismo los adictos de Lungu circularon muy estirados por el estrecho corredor, y no lanzaron ni una mala ojeada a los últimos frutos de la temporada otoñal expuestos con exuberancia. ¿Y Dudutz? ¡Ah, el comerciante de calzado desfilaba ante las espejeantes lunas, torciendo Ja cabeza mientras echaba un rápido vistazo a las abigarradas mercancías y gesticulaba sardónicamente! Se mostraba enigmático, solapado, como si él también tuviese reservas mentales, planes, profecías e incluso certidumbres. Aunque era un comportamiento grotesco y ridículo, ello inquietó a la buena

de Raquel, quien súbitamente se estremeció y pensó, agradecida, en ese abrigo de pieles cuya llegada se anunciaba ya.

Lo más notable fue que los señores miembros de la comunidad matizaran igualmente su adhesión. Desde luego charlaban con Josua cuando lo encontraban en la calle, le estrechaban ligeramente la mano, hacían una inclinación o un guiño, pero faltaba esa cordialidad tan anhelada. Sólo Flaum y Bachja corrían a su encuentro, el primero enorgullecido y satisfecho, vocinglero y sinceramente entusiasmado, el segundo con evidentes reservas.

—¡Bien, bien! —comentaba éste—. Nuestro querido amigo, congénere y correligionario ha hecho la guerra (esta palabra llameaba cual una antorcha) con prudencia, tino y éxito, pero una guerra de tal naturaleza no se circunscribirá a los dos protagonistas del proceso. Dará zarpazos a su alrededor, hará arder esto y lo de más allá. Una sentencia judicial remata el proceso, pero no acaba con la guerra. ¿Acaso cabe hablar de concierto pacífico entre las dos facciones esporádicamente opuestas? Todavía no, y aún durará mucho esa situación. Hubiera sido más inteligente no vanagloriarse tanto de Ja victoria en el primer asalto, comportarse con el mayor comedimiento posible, pues de otra forma se llegará a ciertas refriegas, pequeñas escaramuzas que, en su totalidad, desencadenarán una segunda guerra cuyo desenlace será desgraciadamente imprevisible. No obstante, le felicito de todo corazón, el progreso material ha sido significativo. Sí, nuestro querido amigo se ha convertido en una personalidad de esta ciudad, y su familia ha ganado prestigio.

Y Bachja se despidió haciendo gala de una cortesía extremada.

Flaum, por el contrario, se quedó allí y aceptó gustosamente una taza de café. Rechazó con un perezoso ademán los súbitos temores de Brauchteil. A él le preocupaba un tema muy distinto. Bachja era desde tiempo inmemorial un medroso, un pesimista, él buscaba siempre la mancha hepática perturbadora en el rostro más bello, el gusano destructivo en la manzana más hermosa. Pero justamente hablando de rostros bellos, se le ocurría hacer, si era permisible,

algunas preguntas amistosas y confidenciales acerca de Lea. No se trataba de nada ingrato ni había la menor sombra de tapujos ofensivos, pero él, Flohm, y aún más su cónyuge, temían que Lea, a pesar de su floreciente belleza y sus hermosos atavíos practicase desgraciadamente un juego múltiple o, por lo menos, doble. Ahora bien, siguió explicando a Josua cuya faz había palidecido hasta la raíz del pelo, en ello influye sobre todo el hijo del fabricante Gutstein, gallardo, liberal, buen bailarín, conquistador irresistible, hoy subdirector y mañana director de «Cervezas Reunidas», y «Destilerías de Aguardiente», mayor de edad y casadero; naturalmente las mujeres se engalanan para él, sonríen para él, una de cada dos quisiera instalarse en la suntuosa villa y exhibirse por las calles en una carretela. También lo desea Lea, claro está, y, lógicamente, como ella no tiene fortuna suple esa falta con sus notables atributos físicos, y precisamente éstos parecen haber cautivado de tal forma al magnificente Max que cabría esperar un fin sensacional (¿acaso no sería una sensación?). Pero ahora ha ocurrido lo incomprensible, él no lo entendía, y su querida Guida se había indignado de verdad al saber que Lea se había entrevistado, como quien no quiere la cosa, a altas, muy altas, 6 horas de la noche con Esra, ese tranquilo e inocente tahonero y figonero de Entradam. ¿Tuvo la aprobación de sus queridos padres para hacer tal cosa?

Josua lo negó enérgicamente con la cabeza. Habladurías, balbuceó, ¡malévolas habladurías! ¿Había testigos?

—Pues a decir verdad… —Flaum se rascó la raquítica barba—, afortunadamente yo mismo soy testigo, y además me remito a la información facilitada por Sami, quien, como es de suponer, se i atendrá a la verdad. También sería recomendable i que Lea, demasiado crecida ya para el juego del escondite, no se balanceara en dos columpios al i mismo tiempo porque ello podría llegar a oídos de Max y entonces equivaldría a su caída. Te lo digo en aras de nuestra vieja amistad, aunque no con absoluto altruismo, lo confieso, pues yo tengo también una hija núbil, y Esra no desdeña el

barrio ni la mesa ricamente servida cada vez que sus negocios le traen a la ciudad. Sólo resulta irritante que el bienquisto huésped se muestra impuntual y errático, regrese casi siempre a casa hacia medianoche, pretextando negocios inaplazables cuya urgencia resulta ser inexistente tras un interrogatorio concienzudo, mientras Gulda, debatiéndose entre el regocijo y la ira contenida, recalienta la comida. Todo ello es perjudicial para la paz doméstica. Gulda echa chispas, Briska tiene ya ordinariamente los ojos enrojecidos por el llanto y yo sigo hundiéndome hasta el cuello en mi vinagre.

Luego añadió que el boyante amigo podría hacer algo para sacarle del aprieto, especialmente teniendo presente la ayuda que le había prestado, en su día, la casa Flohm.

Brauchteil se quedó sin respiración, aquellas revelaciones cayeron como granizo sobre los brotes de sus proyectos y esperanzas. Buscó una explicación y no la encontró, pero Flaum había quedado tan confuso y cariacontecido tras la exposición del tema que no quiso meterse en más explicaciones. Una vez transmitido su encargo, es decir, una vez satisfecha la categórica exigencia de Guida, se caló el sombrero, estrechó la mano a Josua con más afecto que de costumbre, y salió disparado hacia la salida.

Bachja había evocado temores inciertos, Flaum preocupaciones. Y ahora, cuando Brauchteil había olvidado, por completo, la reparación pública de la señora Lungu, Tini irrumpió en el porche pateando, riendo y enarbolando el periódico como una bandera.

—¡Mira! —vociferó—. ¿No lo has leído todavía? ¡No me sorprende, yo ya me lo imaginaba! Le has dado una lección a ésa, Josu, a esa altanera puta de arriba. No abrirá más su pintarrajeado pico cuando organices otra exposición. Fue una hábil maniobra; y es lo justo. Sólo yo sé cómo te afanas en Cluj, sólo yo veo cómo regresas por las noches, lívido y hambriento, a tu comercio, sin procurarte siquiera una comida medianamente decente, ¡por no decir nada de la bebida! ¡Y encima los constantes viajes! Se te encorvan las espaldas, eso lo sé yo mejor que nadie. Es preciso hablar y cantar para no dormirse. Cuesta mucho ganar ese pan, el

propio diablo sería más caritativo. Y lo es por cierto, ¡mira si no el periódico, mira las montañas de dinero que te ha prometido el juez! ¿Lo has cobrado ya, lo llevas en la cartera? ¿De verdad? ¡Bravo, Lungu! ¡Bravo, Hirsch! ¡Viva la justicia! ¿Y qué pagarás tú ahora, Josu? ¿Cuántos aguardientes? ¡Vamos, dilo de una vez! ¿Veinte? ¿Treinta? ¡No todos de una vez, Dios nos libre! Si lo hicieras, te conduciría hasta el infierno. A plazos, ¿de acuerdo? Llevaremos un libro de contabilidad hasta que los pagues todos. Un término medio, ¿no te parece? ¿Veinticinco? ¿Distribuidos entre dos meses? ¡Eso es poca cosa, poca cosa! ¡Entonces yo tendría que completarlo! Ya charlaremos sobre esto, Josu; tal vez me sea posible hacerte llegar hasta los treinta.

También se presentaron allí los testaferros que habían intervenido de modo decisivo en aquellas horas dramáticas. E, igualmente, radiantes. Sus apretones de manos resultaron dolorosos, el techo abovedado se estremeció con su estrepitoso entusiasmo. ¡Aguardientes!, ¡aguardientes!, también aludieron, sin rodeos, a ese medicamento. ¿Acaso no habían contribuido decididamente a la victoria? Brauchteil recurrió a toda su elocuencia para demostrarles que cualquier agasajo estaba fuera de lugar pues daría la impresión de que estaba recompensando a unos compinches. Pero esas sutilezas dieron pie a la proverbial picaresca; las hicieron trizas, las anularon mediante una promesa de máxima discreción. Así pues, no hubo más remedio que ofrecer el agasajo en la vivienda del almacén. Gulda les sirvió, y no sólo el usual aguardiente que reservaba para sus invitados más toscos.

Asimismo, la hermana de Varka se precipitó por el umbral olvidándose evidentemente de sus maltrechas arterias. Quería felicitarles, según manifestó entre resoplidos, y también les felicitaba en nombre de su hermano; se había salvado el honor de los cuadros, incluido aquél que se les regalara en su día, con suma magnanimidad. La arrogante se había humillado como debía ser. Su hermano, quien se encontraba ya casi en el más allá, había reaccionado contra la ofensa como si fuera cuestión suya, había

hecho preparar un marco dorado para la juvenil cabeza femenina envuelta en nubes, y enviaba sus saludos más cordiales a esta querida familia, con especial afecto y agradecimiento para su heroico jefe. Por cierto, el invierno estaba ya a la vuelta de la esquina y sería muy grato tomar el té juntos, ocasionalmente, con el cielo de nieve sobre las cabezas, pero bien resguardados. Ello requería madera, concretamente leña…, ya estaba encargada, y se les había prometido llevarla hasta la casa y cortarla allí mismo; sin embargo, su transporte al primer piso constituía un problema porque los trabajadores estaban sobrecargados en plena temporada y tal operación requería tiempo, trabajo suplementario. Ella no pretendía en modo alguno estorbar al señor Brauchteil, y menos todavía a la señora Raquel por no mencionar los primorosos deditos de su hermosa hijita…, pero tal vez pudiera contar con el señor Sami, o mejor dicho el señor Samuel, quien se había mostrado, siempre, tan servicial.

Brauchteil mostró sincera perplejidad.

—Quizá puedan ayudarle —observó confuso— los señores Stinul y Matei…

Ella rechazó en tono tajante tal sugerencia. ¿Cómo, por favor? ¿Los realquilados? ¡Bah, imposible! Ellos están ocupados todo el día, e incluso se adherirían a este ruego pues su necesidad de leña no es menor y su preocupación sobre el transporte idéntica. Además, el señor Sami podrá contar con el reconocimiento de ambos. El señor Stinul le proporcionará gratuitamente calzado superior, y el señor Matei, ayudante de barbero, le cortará el pelo sin cobrarle nada y por añadidura proporcionará cosméticos a la hermosa señorita, pues desgraciadamente la belleza está bajo el influjo de súbitos cambios, requiere atenciones, cuidados, no se la debe abandonar a su propia suerte. Bien. ¡Así, pues, el señor Sami! Que se presente el próximo lunes a las siete.

Dicho esto reiteró su agradecimiento, el de su hermano, el de los realquilados y se despidió con un condescendiente «hasta la vista».

Majestuosamente entró en escena Jeronim Luka, propietario de la casa y por consiguiente del porche; le siguió, casi histérica de orgullo y complacencia, Wanda, su esposa. Ambos se refirieron entre susurros, intercalados con burbujeantes risitas a los planes de guerra urdidos otrora en lo más profundo de la noche, no omitieron ningún esfuerzo para hacerse pasar por liberadores y filántropos. ¡Ellos habían movilizado a Hirsch, parecía casi increíble, al célebre abogado que, si hubiera conseguido establecer un prestigioso bufete en la capital y obtenido la cartera ministerial de Justicia, habría representado mucho mejor que ahora la jurisprudencia del país! ¿Se habría atrevido el querido amigo y arrendatario a solicitar la ayuda del doctor Hirsch? No. Probablemente se habría tragado la afrenta o en el mejor de los casos habría recurrido a cualquier picapleitos, por ejemplo, al señor Fuchs. Pero ese zorro no tenía nada de zorro, según el *retruécano*[8] acuñado con sabiduría, humorismo y tino por el ingenio popular. Realmente, entre los caballeros dedicados a esa profesión jamás medra el zorro, sino sólo el ciervo (Hirsch). ¡Sin él, no habría habido rehabilitación, ni corriente de oro, ni disculpa pública! Sin él, esta querida familia habría quedado expuesta a incontables observaciones mordaces, las mercancías, las comisiones e incluso la vida privada habrían sido objeto de virulentas críticas. ¡Qué evolución, qué vuelco! Ahora se critica con razón la labor y el proceder profesional de ese dentista cuya sonrisa eterna ha desaparecido. Y por cuanto se refiere a la vida privada de sus señorías, especialmente de la famosa señora Aurelia, puede sufrir un colapso cualquier día, o mejor dicho cualquier noche, lo cual conducirá directamente a un segundo proceso, y esta vez, de carácter doméstico. Dejemos correr las cosas, tengamos paciencia, no pronunciemos palabras prematuras ni hagamos observaciones ofensivas. Ya hemos visto cuáles son las consecuencias de los chismes irreflexivos.

Brauchteil aguantó ese torrente verbal, pues ambos la desencadenaron simultánea y desordenadamente sobre él, dejándolo inerme. Así, pues, se redujo a adularles, mostrándose

agradecido, haciendo angulosas y desmañadas reverencias sin saber cómo afrontar las veladas amenazas e intimidaciones. Sólo sospechó vagamente la posibilidad de tropezar con un nuevo avispero, sintió un hormigueo en las extremidades, un escalofrío en la espalda, y ofreció a sus locuaces visitantes lo que habían exigido sin contemplaciones sus anteriores invitados, es decir, aguardiente puro, aguardiente rústico sin adulteraciones y con alta graduación, lo ideal para caldear el alma y el cuerpo.

¿Aguardiente? ¿Aguardiente rústico? Wanda soltó una resonante carcajada y Jeronim le hizo coro obedientemente. ¡Ah, no! ¡Esto se debía celebrar con más nobleza, más grandeza…, por lo menos borgoña o champán francés! Y, naturalmente, tras una velada festiva con abundantes exquisiteces que el señor Brauchteil podría procurarse en Cluj. ¡Aunque no por cuenta suya, de eso ni hablar! Además no se debería festejar el triunfo en la vivienda del almacén donde faltaba espacio, y quizá también la vajilla apropiada, sino en las afueras con viaje de ida y vuelta en auto. No se desdeñaría la hospitalidad de los señores Brauchteil, ya se presentaría la ocasión, más adelante, en invierno, pues unos amigos tan entrañables deberían regocijarse juntos a menudo, y no sólo cuando fuese necesario extinguir el fuego del tejado común. Diciendo esto se despidieron entre carcajadas dejando a Josua con unos sentimientos tan encontrados que el hombre no supo ordenarlos ni definirlos, por no decir nada de ahuyentarlos. Tal vez hubieran ejercido cierta influencia en su subconsciente las prevenciones de Tini contra la egoísta Wanda, pero ciertamente la ejercieron los singulares escrúpulos de Bachja y aún más las preocupaciones familiares de los Flaum que, en definitiva, eran también suyas.

Brauchteil se enfrascó en su trabajo, diligenció asuntos comerciales pendientes, alborotó por el almacén arrastrando y estibando cajas, repasó sus últimos cálculos pero, pese a tantos afanes, la turbación no le abandonó y su frente permaneció arrugada. Hacia la hora ambigua del anochecer oyó que Samuel

entraba en casa y se aprestó, sin tardanza, a dilucidar con él su inexplicable aprensión.

Le encontró solo; sobre la mesa estaban ya dispuestos los diccionarios y monografías, la cena fría intacta y, afortunadamente, Lea ausente de casa.

—Nos ha visitado la hermana de Varka —comenzó diciendo en su confusión—. Ha leído los periódicos, la disculpa de la señora Lungu, y está entusiasmada. ¿Leíste también tú el periódico?

Samuel asintió secamente.

—Un compañero me lo enseñó en clase. ¿Que quería la Varka? Ésa sólo viene cuando necesita algo.

Brauchteil suspiró.

—Exacto, Sami. Espera recibir leña el lunes. También la recibirán Stinul y Matei. La cortarán ahí fuera, y ella nos ruega…, bueno, te ruega que se la lleves arriba. En pago tendrás zapatos y cosméticos de Matei a título gratuito…

Samuel hizo un ademán displicente.

—¿Se lo has prometido?

Brauchteil se llevó ambas manos al pecho.

—Nada de eso. No he dado respuesta afirmativa ni negativa. Realmente, yo no sabía si tendrías tiempo o ganas de hacerlo. Es un fastidio, te ocupará toda la mañana, quizá más si no te ayudo. ¿Te conviene? Me parece que no. No debes hacerlo, Sami. ¿Quién dice que debas hacerlo? Nosotros no somos sirvientes de los Varka. Niégate, di que tienes clase o necesitas estudiar. Debes negarte.

Samuel miró melancólicamente al vacío, luego cogió un trozo de pan y lo masticó, con aire absorto, dirigiendo la mirada hacia sus escritos.

—Debo hacerlo, padre —dijo por fin.

—¿Por qué? —inquirió muy agitado Brauchteil—. ¿Con qué objeto? ¿Estamos obligados acaso? ¿Te recompensarán con algo verdaderamente estimable? Nosotros podemos adquirir el calzado y los cosméticos, máxime cuando ha ingresado ahora en casa una buena porción de dinero. Les diré que estás enfermo…, un catarro,

con algo de fiebre. Se lo diré mañana mismo para que tengan tiempo de contratar a otros.

—¿Y por qué no decirles la verdad, padre?

Brauchteil se quedó estupefacto, abrió ojos y boca, pero no pudo pronunciar palabra. Asimismo, los brazos alzados al cielo no revelaron nada, salvo incertidumbre.

Samuel sonrió.

—No lo comprendes. Pero yo, sí. Sencillamente, porque tendríamos un enemigo más en casa. Otra lengua venenosa que nos trataría con descortesía y arrogancia. Pero aún habría una secuela más importante: de repente, nosotros seríamos judíos.

Brauchteil unió las manos y le miró de hito en hito con ojos desorbitados:

—Y somos judíos, ¿no?

—Somos seres humanos, padre. Por lo menos, para esos de arriba, los Varka. Nos apellidamos Brauchteil, nos llamamos Josua y Samuel. La personalidad judía está detrás, en segundo plano. Pero entonces pasaría al proscenio y anularía al ser humano. Basta ya, dejémoslo estar. Yo me marcharé pronto y entretanto no quiero causaros perjuicio alguno. Dile a esa mujer que le subiré la leña. Yo solo, las escaleras te fatigan mucho. No necesito zapatos ni cosméticos. Lea y yo tenemos ya suficiente cantidad de ambas cosas. Lo importante es que ellos no os hagan daño. Con palabras…, pues las palabras son como pequeñas llamas que se propagan apoderándose, cada vez más, de su presa.

Brauchteil se rió, pero con amargura.

—¿Dicen esas cosas tus libros?

—Sí —dijo Samuel calmosamente—, esas mismas cosas. A modo de consecuencias o conclusiones. La práctica se compone de incontables cosas semejantes, la teoría se Circunscribe a una frase o un párrafo. Yo lo sé, y el maestro también. Asimismo lo sabe el doctor Hirsch; no en vano se ha enfurecido Fuchs. ¡Asunto insignificante!, vociferó. Pero los asuntos insignificantes crecen como las avalanchas. Y por último se convierten…

—En un asunto Dreyfus —murmuró acobardado Brauchteil.

Samuel dio un respingo y se volvió hacia él.

—¿Lo conoces? —preguntó atónito.

—En verdad…, no —repuso Brauchteil casi quejumbroso—. Pero esas palabras me ruedan por la cabeza. Muchas veces he intentado preguntar a la gente, pero me avergüenzo de ser tan ignorante. También quise preguntártelo a ti solo, de hombre a hombre, pero nunca te encuentro a solas por aquí, estás casi siempre con el maestro o en clase. ¿Cuál es, pues, ese asunto? ¿En qué nos concierne? ¡Explícamelo! ¡Así me quedaré tranquilo de una vez! ¿Qué quiso decir Hirsch con eso? ¿Por qué se enfureció Fuchs?

Las manos del muchacho temblaron sobre la mesa. Hubo indecisión; las miradas, también indecisas, vagaron entre diversos objetos.

—Dejémoslo estar, padre. Es una vieja historia, perteneciente al siglo pasado. ¿Para qué removerla? El conocimiento no nos hace felices. Con el conocimiento se puede causar impresión, tal vez maravillar al prójimo, pero no se consigue la felicidad. Concretamente, con ese tipo de conocimiento. Salen a relucir la miseria y humillación de nuestros antecesores, los sufrimientos padecidos, las lágrimas derramadas desde remotos tiempos. —Luego, reflexionó y se esforzó por sonreír—. No se te ensanchará el corazón oyendo cosas sobre el radicalismo, sobre partidos militares, nacionalistas, clericales, en suma antisemíticos que no se arredran ante el asesinato aunque sólo sea para arrinconar a los otros radicales, los republicanos.

—¿Fueron ellos quienes asesinaron a Dreyfus?

—¡Ah, no, el asesinado no fue él, sino el presidente! Y no aquí, sino en Francia. Sin embargo, ellos acusaron a Dreyfus de revelar secretos militares, le llevaron ante un consejo de guerra donde se le condenó al destierro perpetuo en la isla del Diablo. Maniobras de diversión, padre, búsqueda de testaferros, inocentes o no, para encauzar el odio por otros canales llamados políticos. Si un literato, cuyo nombre es Zola, no se hubiera ocupado de su caso, el hombre

habría sucumbido allí, en la mayor miseria. Así y todo hubo recurso de casación, nueva condena a diez años y, finalmente, hacia principios de nuestro siglo, absolución. ¿Te sientes con fuerzas para achicar ese mar de padecimientos?

Brauchteil permaneció acurrucado en su silla.

—¿Era inocente ese hombre?

—Sí, lo era. De lo contrario, yo no hubiera mencionado el castigo ni el sufrimiento. Fue oficial y hombre honorable. Otro menos honorable falsificó el documento comprometedor. Ese otro vivió en paz, respetado por todos, mientras que éste…

Josua rumió la palabra. Por fin, la expulsó con lentitud y cortedad:

—… era judío.

Samuel se limitó a asentir con la cabeza. Luego dijo:

—Debía pagarlo un judío. ¡Debía! Con cualquier otro la indagatoria habría proseguido hasta el fin, entonces se habría descubierto la falsificación de su camarada y por tanto la oleada antisemítica habría remitido. ¿Lo comprendes ahora, padre? ¿Por qué me indujiste a contártelo?

—¿Por qué? —repitió Brauchteil con labios trémulos—. Pues porque quiero comprender a Hirsch. Pero no le comprendo todavía del todo. Esa historia es muy simple, por descontado. Sin embargo, ¿por qué dijo Hirsch que uno de cada dos casos nuestros podría titularse Dreyfus y que la Diaspora —lo digo bien… Diaspora—, era comparable a la isla del Diablo? ¿Y tratándose de un asunto insignificante como el de Lungu?

Samuel le aplaudió con un vivaz cabeceo.

—Eso fue una evasiva demagógica, yo casi diría un ardid. Fuchs, en su simpleza, le dio la pauta, y él la captó con suma diligencia y los resultados le dieron la razón. Pero tú me preguntarás, ahora, cómo causó tal efecto. Pues bien, porqué hay una pizca de verdad en ello, porque se nos observa con desagrado, porque cada palabra implica recelo. Cuando queremos demostrar la razón debemos hacerlo por partida doble y enseñar unas manos bien limpias, de lo

contrario las miradas convergerán en la más ínfima mácula. Uno de cada dos casos serios, dijo el doctor Hirsch, ¡de cada dos casos serios!, podría titularse Dreyfus: eso te ha pasado inadvertido o lo has olvidado. ¿Qué puede ser un caso serio en nuestras humildes condiciones? No ciertamente el partidismo político ni el asesinato. ¿Y los movimientos revolucionarios? Nosotros nos ocupamos de los negocios, desgraciadamente tan sólo de los negocios. Pero en la vida privada, en los pequeños círculos, esos negocios pueden destruir la dicha de vivir, la buena fama, la existencia misma de cualquiera, tal como las conjuras organizadas desquician las articulaciones de un pueblo. Y si uno de nuestra ascendencia, nuestra fe, pertenece a ese pequeño círculo, puede convertirse fácilmente en un Dreyfus; le basta con llamarse Bachja, Flohm o Gutstein. Es la sentencia, padre, la sentencia contra ese testaferro siempre necesario, la hipoteca histórica, el perpetuo *ghetto*.

Esta última palabra sonó como una retumbante campanada. Samuel lo lamentó al instante.

—¡Prácticas forenses! —exclamó riendo—. Nuestro competente Hirsch quiso abatir a Lungu, y Fuchs le proporcionó los perdigones para ese gorrión. Eso te benefició, y debes celebrarlo. Deja tranquilo a Dreyfus, murió hace mucho tiempo y su destino está ya resuelto, pero él nos ha sido útil a nosotros, los supervivientes. Como mártir, como símbolo, su nombre no pasará al olvido porque lo necesitaremos en los casos grandes y pequeños.

Brauchteil respiró con alivio, aunque de todas formas había escuchado algo absorto, pues entre tantas palabras se había citado un nombre bastante más importante, a su juicio, que el de Dreyfus. Porque esta complejidad no databa de decenios; a él le inquietaba cada día y en particular en los momentos presentes.

—Conságrate al estudio —dijo mirando de reojo los libros—. Debes llegar más lejos que yo. A mí sólo me atañe vuestro pan de cada día, vuestros planes, vuestro futuro. Es preciso que viváis mejor, tú lo mereces tanto como Lea. Además, tú no me causas preocupaciones. Es Lea quien me inquieta. Hace poco mencionaste a

Gutstein, y sé que podrías haber citado también a otro. Pero sólo oí el nombre de Gutstein. Me gustaría saber cuáles son los sentimientos de Lea respecto a él. Cómo se relacionan ambos.

Samuel intuyó la esperanzada disposición, pero no mintió.

—Yo frecuento raras veces la sociedad, tú mismo has dicho que unas veces estoy con el maestro y otras en clase. Ella no ha dicho nada, yo tampoco he percibido nada. Esto significa, por lo pronto, que Max busca su proximidad, que la obsequia frecuentemente con flores o bombones y que ella acepta gustosa esas atenciones. Los dos ríen, bailan, se divierten juntos, y no cabe excluir la posibilidad de que el hombre se presente ante ti, repentinamente, y yo me pase estas últimas semanas en el almacén a solas con los espectros de nuestro triste pretérito.

Diciendo esto soltó una carcajada, pero Brauchteil no le acompañó.

—¿No cabe excluir la posibilidad? —gritó enfurecido—. ¡Sin embargo, yo la excluiría mientras el de Entradam reaparezca a cada momento y ella se pasee en su compañía hacia medianoche! Y la excluiría, te lo aseguro, si esa noticia llegara a oídos del viejo Gutstein. Desde luego, Max tendrá sus dificultades, ¡nosotros somos gente modesta, ínfima! ¿Qué hacer entonces? ¿Qué hacer, te pregunto?

Samuel entornó los ojos.

—¿Ha chismorreado el señor Flohm?

—¡Sí, lo ha hecho! —Brauchteil dio una fuerte palmada sobre la mesa—. Él también tiene una hija, y sus preocupaciones son semejantes a las mías. Priska iría gustosamente a Entradam, ella no tiene grandes ambiciones. Pero Lea no le permite disfrutar de ese triste nido, ni del lerdo Esra. ¿Es que ella le tiene apego? ¿Todavía?

—Deberías hablar mejor de Esra, padre. Es cortés y digno de confianza. Quienes lo conocen le respetan. Y cuando Esra tome mujer, lo hará con toda su alma.

Esa palabra enfureció a Brauchteil.

—¡Alma! ¡Con toda el alma! Eso lo dicen también los libros, ¿no? Inmediatamente después de ese Dreyfus, ¿verdad? ¡Y ella rodeada de una miserable continencia, sirviendo a labradores y gitanos borrachos! ¿Cómo se relaciona eso con el alma? Pero tú lo apoyas, tú haces de caballeroso mediador para que ella no corretee sola por ahí con su enamorado cortejador.

Samuel se levantó y atravesando el aposento se detuvo ante la ventana.

—Ha sucedido una vez, padre. La única, como despedida. Esra tenía derecho a saber cuáles serían las relaciones entre él y Lea. Yo le he reconocido ese derecho y tú debes hacerlo igualmente.

También se levantó Brauchteil, y en su rostro había una expresión radiante.

—Así, pues, ¿se da por terminado… el asunto? —preguntó vacilante.

—Terminado —la palabra surgió con lentitud, como envuelta en velos de luto—. Puedes tranquilizar a Flohm, a Guida y a Priska. Cuando Esra visite la ciudad, según acostumbra, y vague por las callejas a medianoche, lo hará sin la compañía de Lea.

—¿Por qué ese vagabundeo? ¿Qué persigue?

—Tal vez quiera ver las casas que ella también ve. Tal vez detenerse bajo las ventanas del lugar donde ella baila y ríe. Estar cerca aunque ella se vaya a casa acompañada de otro. El alma, padre. Los libros tienen razón.

Brauchteil se quedó sin aliento.

—¡Bueno! —farfulló—. Estúdialos, estudíalos hasta que te sientas tan confuso como Esra. En cualquier paso, me has quitado un peso de encima. Lea sigue bailando y riendo, eso es para mí más importante que los suspiros de ese muchacho de Entradam. Yo me alegro, te lo aseguro, y la madre también se alegrará; no sólo estarán contentos Flohm y su cónyuge. Y ahora come de una vez, estás debilitándote con tanta clarividencia y vida sedentaria. Los libros no proporcionan alegría, eso por descontado, además,

tampoco te hacen engordar, lo cual también es cierto, y te conviene reflexionar sobre ello.

La puerta se cerró a sus espaldas. Samuel siguió con el oído las crujientes pisadas; luego, apoyó la frente sobre el cristal y ese frescor le reconfortó. Los libros no proporcionan alegría, dijo para sus adentros, pero sí sabiduría. Despiertan los sentidos, te hacen meditar, y entonces uno vive mirando al destino, oye llamadas que otros no oyen, dirige la vista hacia la lejanía, y no se detiene en los placeres más inmediatos. En cada libro anida un ser humano que oye y ve por los demás. Marcha adelante con la palabra en los labios y enarbolando una antorcha. Sufre cuando los demás no le siguen, y se sume en la más profunda miseria cuando le siguen. Pues el futuro está repleto de amenazas y tinieblas. Él y el camino son la misma cosa. ¿Fue prudente descorrer levemente ese velo ante el padre? ¡Bah, qué más daba! Esas palabras se marchitarían, sólo permanecerían perennes los placenteros proyectos acerca de Lea, las perspectivas, las grandes esperanzas. El padre vivía del vicio hereditario, era su propio aliento y debería seguir siéndolo. ¿En qué consistía? En la excesiva valoración de cosas supuestamente valiosas. Valores mensurables que tenían su cotización, que eran pagaderos y catalogables. De paso, analizaba su propio valor y ¿qué sucedía?: se le antojaba defectuoso. Necesitaba desarrollarse dentro de su especie, legitimar su lastimosa existencia mercantil mediante la más acomodada existencia de sus descendientes. Vicio hereditario, y generalizado, no exclusivo de la raza mosaica. ¿Cuál es la solución para el ser humano? Los éxitos le malean, las victorias hacen de él un derrotado.

Con alguna demora sobre el horario previsto, Lea regresó a casa del mejor humor, casi desbordante de alegría.

—Me han festejado unos y otros —anunció atropelladamente—. Según dijeron, nuestro padre es el héroe del día, se le debería llevar en hombros por las calles. Ha demostrado que la tolerancia y el lloriqueo son métodos erróneos. Es preciso devolver el golpe, o mejor aún, golpear antes de que te golpeen. Nada enseña tanto

como el ejemplo, y todos nosotros debemos seguir ese ejemplo. ¡Poco faltó para que me pasearan en hombros! ¡Estaban tan entusiasmados! Los chicos, naturalmente; ellas se mostraron más reservadas. A ninguna le gusta que otra ocupe el centro de la atención general.

Samuel se plantó ante ella y miró al suelo. Tras una pausa, preguntó:

—¿Había también allí personas desconocidas?

—¿Qué estás diciendo? ¡Personas desconocidas! ¡Qué pregunta tan graciosa! ¡Entre nosotros todos son conocidos! Formamos un círculo cerrado y, en su interior, hay concordia.

—Naturalmente —se apresuró a responder Samuel—, La pregunta no fue graciosa, sino estúpida. Todos vosotros sois del mismo tronco, ramas del mismo tronco…, perdóname. Es lógico que encomiaran al padre, y a ti en su representación. Nada más natural.

Ella le cogió la mano con gesto de preocupación.

—¿Qué te sucede, Sami? ¿Estás enfermo?

Él se soltó.

—¡Bah, no! ¿Por haberte hecho esa pregunta? Tuve una pequeña discusión, eso es todo.

—¿Dónde? ¿Con quién? Hoy es un día de júbilo para todos nosotros.

—No para mí, Lea. Al menos no totalmente.

—Entonces, explícate. ¿Dónde discutiste? ¡Devuelve el golpe! ¿Acaso no lo has comprendido?

Él rió sin ganas.

—¿A quién? No todos golpean con tanta torpeza como Aurelia. ¿Dónde fue, dices? En clase. Allí estaban también todos. Quince o diecisiete, al completo. Sin embargo, ésos, querida Lea, no son del mismo tronco, no son ramas del mismo árbol. Ellos estaban presentes, pero yo no, para la mayoría. Se aislaron, me miraron por encima del hombro y finalmente me encontré solo en mi pupitre. ¿Cómo devolver el golpe en semejante situación? ¡Ni una pregunta, ni eso siquiera! Así pues, yo pregunté a unos y a otros. Ellos se

encogieron de hombros, excusándose con la estrechez del banco y la «mala visibilidad». Un banco es como cualquier otro, Lea. El aula es pequeña y la visibilidad buena, desde todos los puntos.

Ella le dio un cariñoso sopapo e intentó reír.

—¡Vaya! —exclamó—. ¡Eres muy susceptible! Desde luego, habrá envidiosos, y naturalmente Lungu tendrá también sus partidarios. Cada cual toma partido por éste o aquél, cada cual pretende ser más listo que el juez y el doctor Hirsch. Eso pasará, hoy ocurre así y todavía durará algunos días. Luego, nadie se ocupará más de semejante historia.

La mirada de Samuel se hizo vidriosa.

—La materia inflamable se extiende —murmuró—. Los escupitajos se acumulan.

Lea dio una patada en el suelo.

—¡No! ¡Eres muy obstinado! Hablas sin cesar de escupitajos y ya me estás asqueando. No permitiré que me eches a perder la fiesta. Es un día de júbilo, ¿sabes? ¡Tanto si te gusta como si no! Vete a dormir, mañana se habrá esfumado tu contrariedad. Mañana lo verás todo con ojos distintos. ¡Buenas noches!

Diciendo esto, Lea se alejó presurosa, pero en el umbral de su dormitorio se detuvo todavía un instante, con la mano sobre el picaporte, y mirando hacia atrás preguntó:

—¿Qué edad tienes, Sami? Dime la verdad.

Fue una pregunta afable acompañada de sonrisas traviesas.

Él comprendió la intención y se esforzó por sonreír.

—Lo sabes muy bien. Pero, si tienes el capricho de oírlo, son dieciocho años, o al menos, los cumpliré pronto.

—¡Ah, ya! —repuso Lea acentuando el tono burlón—. Verdaderamente te conviene deletrearlo porque, de lo contrario, nadie te creería. Quien hable contigo tendrá casi siempre la impresión de estar ante un anciano decrépito, con cara de adolescente.

La sonrisa de Samuel se enfrió.

—No, Lea, no soy un adolescente. Y tampoco un anciano decrépito. Pero… —En ese instante la sonrisa desapareció, los ojos se agrandaron y su mirada se hizo incisiva—. Soy viejo, eso es cierto. No según tu concepto, pero viejo. Viejo como el pueblo. Como nuestro pueblo.

13

FUE MUY prematura la irrupción del invierno, primero con impresionantes nevadas y luego con un frío estremecedor. A lo largo de la acera se alzaron gigantescos muros níveos reflejando la macilenta luz solar y lanzando guiños azulados de noche cuando la luna les rondaba. Las carreteras comarcales estaban nevadas y resbaladizas, los mercados semanales reducidos a la mitad de su magnitud usual. La población campesina había abarrotado los heniles y las despensas, sus necesidades estaban cubiertas, las alcobas caldeadas, sólo hacía falta cuidar de los establos. Únicamente parecían peligrar los caballos en las escurridizas calzadas, la mercancía sobre los trineos y los conductores. Se estaba más cómodo junto al fogón, con la pipa entre los labios y un viejo almanaque en las manos, tranquilidad prematura, casi sueño hibernal, antes de que se iniciara la rotación anual.

Los proveedores de Brauchteil brillaban por su ausencia, ¡y a nadie se le ocurriría recoger la mercancía con los carretones de Flaum! Él necesitaba procurarse en Cluj géneros exóticos jamás vendidos allí, y el camión de Tini iba cargado hasta los topes con hortalizas y cajones de espléndidas frutas que encontraban compradores no obstante su considerable precio. Tini se había cobrado los veinticinco aguardientes convenidos entre bromas y veras, descontándose repetidas veces con gran acompañamiento de guiños y jocosas excusas; tal vez el total superara los cuarenta, y seguiría aumentando mientras Brauchteil no quisiera enemistarse

con su mecenas y ayudante, es decir, no coartar las satisfacciones de aquel desvergonzado.

Raquel había necesitado, con dolorosa premura, el abrigo de pieles finalmente adquirido. Era casi imposible calentar la trastienda con sus endebles tabiques, por no decir nada del recinto comercial que jamás había conocido las altas temperaturas. Aunque Raquel se movía, sin cesar, protegida por la espesa piel, los mitones y las zapatillas forradas, el frío la asaltaba por mil canales coloreando sus mejillas y labios. Era inevitable el chismorreo con los parroquianos, si se quería conservarlos, y también era necesario quitarse los mitones para seleccionar ciertas hortalizas tales como pepinos, nabos y otras semejantes. Pero ella mostraba buen humor, pues los vestidos de Lea, tras la consiguiente prueba y los últimos toques, estaban colgados en el ropero, e incluso las piezas independientes de su ajuar se habían acumulado hasta formar una masa respetable. También se había renovado y acrecentado el vestuario de Samuel cuyo baúl con guarniciones de níquel apenas podía contenerlo. Sólo Josua seguía yendo de acá para allá con su raído impermeable, aunque provisto de un forro abotonado, y no había quien pudiera hacerle corregir esa anomalía.

Pero lo que hacía remontar el buen temple de Raquel hasta unas cumbres casi inaccesibles era la creciente intimidad con el matrimonio Jeronim y Wanda Luka, soberanos del zaguán y avalistas del futuro. El festín concertado oportunamente en el «día de júbilo», es decir, la victoriosa celebración, había tenido lugar pocas semanas después, suscitando casi la confraternidad. Se habían lustrado y caldeado agradablemente los aposentos de la antaño espaciosa casa arrabalera, y la mesa servida podría haber representado un excelente papel en cualquier banquete nupcial. Allí aparecían exóticos manjares desfilando en su abigarrada secuencia, y Jeronim había cumplido también su promesa respecto a las bebidas. Pero, ¿quién había transformado las exquisitas recetas culinarias en aromática realidad? ¿Quién había adornado con flores de azúcar la tarta de chocolate cuyo grosor medía sus buenos ocho centímetros?

¿Quién servía, quién descorchaba las botellas, quién cumplía sus deberes con sonriente discreción, quién distribuía confites y café? ¿No sería quizá la señora Wanda?

La señora Vianda estaba repantigada y no sentada normalmente en su sillón, ahí no había habido el menor cambio. Llevaba un vestido excesivamente escotado, por añadidura media docena de brazaletes y sortijas, un collar con tres hileras de perlas, y cuando no se atiborraba de cuerpos sólidos o líquidos, chupaba un cigarrillo cuya boquilla medía dieciséis centímetros, es decir, dos veces más que la tarta. Ella no alteraba su posición supina, no moría ni uno solo de sus dedos, cuyas uñas teñidas de violeta delataban perversidad, no hacía el menor gesto salvo para coger su copa o la barbilla de la bonachona Raquel en un gesto afectuoso.

Quién se ocupó de la repostería, entre hervores y asados, fritos y refrescos, era una mujer excepcionalmente pulcra, con delantal níveo y cofia no menos blanca que, pocas semanas antes, había estado al servicio de los señores Lungu. El abatido dentista había despedido a la enfermera, en razón de su declinante clientela, y había exigido, sin contemplaciones, a Aurelia que aceptara esa sobrecarga y pusiera en la calle a su servidumbre, cocinera y doncellas. Como las instalaciones caseras y especialmente la deleznable vajilla parecían correr grave riesgo, Aurelia se conformó no sin hacer rechinar los dientes. El rumor se extendió hasta hacerse realidad, y Wanda percibió su oportunidad: la honesta lugareña encargada de los quehaceres domésticos en la mansión Luka podría ir haciendo el hato. Ocuparía su lugar en los dominios administrativos de Wanda una cocinera infinitamente más experta, cuyo salario sería mayor, aunque también se la haría servir como asistenta y camarera, y como doncella de una señora cada día más comodona.

Hasta aquí, lo excepcional. Fue más estimulante que los picantes ingredientes de Tini, quien los había traído esta vez, tras sus correrías, para darles una sorpresa. Hasta aquí, lo sensacional, lo que proporcionó un hilarante tema de conversación y en el curso de

la festiva velada, condujo a las más audaces injerencias. No fueron menos eficaces los comentarios de la nueva azafata, tal vez algo parcos, pero subrayados con expresiva mímica; Wanda recurrió repetidamente a ellos para describir los cambios habidos en la vida profesional y económica del matrimonio Lungu. Por su conducto, los Brauchteil supieron que el antiguo lujo había desaparecido por completó, que se preparaba la mesa con suma frugalidad, que la modista visitaba exclusivamente aquella casa para hacer arreglos, nada de nuevos modelos, y que el señor Lungu, quien hasta entonces había alquilado un cabriolé para visitar Teaka, ahora se servía de cualquier carreta cuyo destino coincidiera con el suyo. Y el malestar reinante se manifestaba además en diversas pequeñeces, por ejemplo, el maltrecho velador repujado cuya reparación era posible, yacía entre montones de trastos viejos en el desván.

Angélica —así se llamaba el ama de llaves, aunque la señora Wanda la llamase Angeli por mor del efecto melódico— explicó todos los detalles diez veces o quizá más, en tono rutinario e indiferente, pero a Wanda no le pareció todavía suficiente, y el propio Jeronim se acarició complacido su abultado abdomen y empinó el codo con creciente entusiasmo. ¡Menuda plática! ¡Augurios entre prometedores y equívocos!

Sin duda alguna, Cornel Lungu había percibido la gravedad de su situación. Según se rumoreaba, tenía cuentas nada despreciables en tal o cual Caja de Ahorros que le permitirían resistir o, por así decirlo, salvar el estancamiento administrativo, pero sus problemas no se limitaban, ni mucho menos, a la cuestión económica. Se acentuaba más bien el aspecto moral, pues habiendo sucumbido su título doctoral (no como gestión autorizada, pero sí ante la tolerancia popular) bajo los sarcasmos y las burlas, surgían a diario gérmenes de acontecimientos desagradables. Se comentaba que incluso su peña, cuyo centro había sido él, le negaba ostensiblemente el tuteo, y sólo mencionaba su desprestigiado nombre cuando no tenía más remedio. Los saludos que se le hacían con inusitada sonoridad en la calle, se limitaban a la mención de su apellido, acompañada de una

sonrisa condescendiente que parecía despreciar sus demacradas facciones.

Por añadidura, se glosó públicamente su actividad profesional, hasta entonces sometida a una crítica discreta por estar encubierta, justamente tan encubierta como lo había denunciado el doctor Hirsch en su alegato. Según se rumoreaba, Cornel Lungu salía muy raras veces de su casa, y apenas recibía visitas, pero, por otra parte, había hecho amistad hasta cierto punto con el señor Dudutz, el comerciante de calzado. Al menos —puesto que su consultorio le daba poco trabajo—, pasaba largas horas en el pomposo establecimiento, donde olía a moho y cuero, y donde Dudutz, asimismo poco atareado con los compradores, escuchaba sus lamentos y le participaba, a su vez, los suyos. Tal vez la similitud entre sus estados de ánimo estribara en el encono común contra el inquilino del portal, pero, sea como fuere, se llegó a la misma conclusión: Dudutz había despedido también a su personal, incluidos los ordenanzas, había suprimido la iluminación nocturna de sus escaparates y todo cuanto acontecía entre sus cuatro paredes tenía una fatal semejanza con los acontecimientos del desolado hogar de Lungu.

—¿Cuánto durará eso? —preguntó Wanda Luka dejando caer su colilla y balanceando una pierna enfundada en seda—. ¿Cuánto tiempo podrán resistir esos dos náufragos?

Pero Jeronim fue más práctico, cogió papel y emprendió una serie de cálculos…, alquiler, alumbrado, calefacción, impuestos e incluso gastos insignificantes; todo ello representó el presunto pasivo de «esos dos», quienes por tanto eran ya desechos de la sociedad burguesa. Esos cómputos arrancaron incontables exclamaciones alborozadas a los labios bermejos de Wanda, y suscitaron verificaciones por parte de Brauchteil, quien se encontraba en su elemento, pero mantenía la habitual ecuanimidad procurando evitar toda exageración.

Recapitulación: En el caso Dudutz podría surgir un consocio, un padrino, siempre y cuando Dudutz procurara concretamente atender

a las necesidades de los aldeanos, para obtener una moratoria de las fábricas de calzado. Eso era improbable pero concebible. ¿Y qué decir respecto a Lungu? ¿Con su aureola hecha añicos y su declinante clientela? ¿Y la difamación? Esas dificultades no eran únicamente económicas, atañían también a la moralidad. ¿Cómo, por favor? Jeronim alzó las cejas mirando con extrañeza a Brauchteil, mientras Wanda soltaba una de sus estridentes carcajadas. ¿Que esos dos, el Dudutz y el Lungu, tramaban una conspiración? ¿Que urdían planes como conjurados? ¡Eso no aportaba dinero a la administración doméstica, eso no saldaba las deudas ni posibilitaba las inversiones! El desprestigio era incompatible con la aportación de capital, además respecto a Dudutz se sabía hasta la saciedad, como lo demostró sobradamente el incidente de los grabados, que el hombre tenía una lengua muy expedita para formular amenazas indefinibles, pero era incapaz de pasar a la acción con lo cual se evidenciaba su impotencia. ¡No, no! Las ruedecillas seguían girando cuesta abajo, siempre cuesta abajo, hacia la capitulación, hacia el abismo, lo cual significa, traducido a la realidad, el desahucio, la pérdida del local comercial, el ostracismo. Una marcha poco honrosa, sin carretelas, sin homenajes de despedida y sin esperanzas de volverse a ver. Pero entonces, cuando se desvanezcan esos convecinos indeseables, se podrá enfocar la cuestión de otra forma, la casa en la calle Mayor ganará dignidad, resumiendo, se iniciará algo así como una nueva vida.

Y Jeronim hizo un guiño, Wanda hizo otro guiño, se alzaron las copas, se vitoreó al bravo señor Brauchteil y, no menos, a la prudente señora Raquel, sin olvidar a su descendencia, la bella señorita y el juicioso aunque taciturno Samuel, con su reconocida popularidad.

El corazón de Brauchteil latió a toda marcha, los ojos de Raquel se nublaron. ¡Ojalá fuera así! ¡Oh! ¡Ojalá! ¡El magnífico piso, digno de un Max Gutstein, el espacioso establecimiento comercial con sus relucientes *níqueles*, y no sólo para coliflores, patatas y géneros similares, sino también apropiado para artículos varios y chucherías

o, posiblemente, antigüedades! Eso daba pie a centenares de reflexiones pero, por lo pronto, convenía mantener esa atmósfera propicia, cultivar la amistad que se manifestaba sin fingimiento en los ojos de Jeronim y Vianda. Así pues, Brauchteil omitió ciertas exteriorizaciones concretas e incluso ciertos deseos; se contentó con algunas alusiones y pronunció un animoso discurso, cuyos puntos culminantes significaron el ensalzamiento de los honorables anfitriones como benefactores e incluso redentores. Raquel se restregó la humedad de los lagrimales y rió feliz… aquel convenio era grandioso.

Cada vez que Raquel recordaba aquella velada, la cordialísima despedida, las inmediatas conjeturas fraguadas entre Josua y ella cuando regresaban a casa, los planes y cálculos, rectificados y complementados sin cesar desde entonces, unas veces módicas otras excitantes, tenía problemas con los lagrimales y el pañuelo. Ella no podía saber, ni sospechar siquiera, que tras aquella entrañable despedida, Jeronim y Wanda habían incubado igualmente sus proyectos que, desde entonces, resultaron ser no menos ajustados y excitantes, pero compusieron un cuadro completamente distinto. ¿Cómo podría prever ella el porvenir puesto que los dos equipos, comparables simbólicamente por la longitud de sus espadas, deberían cruzarlas y decidirían en ese choque, esa intersección, su destino y el de los suyos?

14

EN LA montaña tronaba el invierno, lanzaba aludes sobre el valle, y el llano y las colinas desaparecían bajo una enorme masa de nieve. Muchas aldeas quedaban incomunicadas del mundo exterior e incluso las carreteras de primer orden resultaban intransitables durante días. Tini profería ininterrumpidas maldiciones cuando se veía obligado, inopinadamente, a hacer altos de varias horas, pues entonces se hacía preciso apalear el barro bajo las ruedas de su camión y por lo general no había ninguna taberna cerca. Sin embargo, la circulación en esa carretera nacional seguía latiendo a despecho de todo, pues había muchos comerciantes cuyos asuntos debían resolverse por encima de las graves dificultades. Pero Brauchteil, siempre prudente, tomaba el tren aunque ello acrecentara sus gastos de transporte y representara considerables retrasos, si bien, por otra parte, las posibilidades de una catástrofe eran menores. Eso disgustaba a Tini no poco, sin embargo Josua lograba, mediante aclaraciones plausibles y acrecentadas raciones de aguardiente atenuar el reproche de que estaba dejando en la estacada a su eterno compañero de viaje, y así poco después, se restablecía la concordia.

No ocurría lo mismo con los viajes semanales de Cornel Lungu a Teaka. Era imposible llegar hasta aquel villorrio por medio del ferrocarril, la carretera se deslizaba entre macizos montañosos lo suficientemente accidentados para imponer el paso lento a las caballerías, y ello hacía reflexionar, tomando en consideración la densa capa de nieve y el peligro de las manadas de lobos. Lungu

debía echar mano a la cartera con excesiva frecuencia, y hacer un alto de veinticuatro horas para satisfacción subrepticia de Aurelia, quien había informado a sus amigas íntimas sobre «aquel infierno en la propia casa» y aprovechaba esos *interregnos*[9] para reponerse. Desgraciadamente, Angélica, o más bien Angeli según la interpretación moderna, había pertenecido como confederada a ese círculo íntimo aunque, desde luego, no en un plano social sino más bien confidencial. Y ésta, ni corta ni perezosa, había sustituido el lema «infierno en la propia casa» por el de «paraíso en la propia casa» durante las breves aunque suficientes ausencias del colérico señor cuando éste se esforzaba por restablecer sus decrecientes finanzas en Teaka. Wanda se había apoderado de la expresión con tanto jolgorio como envidia, acusadora y redentora a un tiempo, como si le correspondiera defender el honor de aquella casa, tan sólo porque teóricamente debería ser suya. Sin embargo, se limitaba a las indirectas, murmuraciones y miradas aviesas; las acciones eran peligrosas por falta de datos concretos, podían hacer entrar en la lid al doctor Fuchs y proporcionarle la oportunidad de vengar su reciente derrota, mediante una victoria no tan cuestionable.

Así, pues, Wanda había llegado a ser una visita frecuente y, finalmente, asidua en el gabinete de Brauchteil. Consciente de su misión (había descubierto esa frase para convertirla en su divisa), estaba dispuesta a cualquier sacrificio, máxime cuando este sacrificio podría resultar muy provechoso en un futuro previsible. Ella había renunciado a la agridulce revancha ofrecida por Josua para compensar el opíparo festín de la victoria; había utilizado como pretexto la estrechez de aquella vivienda, pero sugiriendo, no obstante, la celebración de un segundo festival mucho más importante. ¡Ah, pero no en el desapacible almacén ni en la sombría casa arrabalera sino más bien, más bien…!

Su mirada fue prometedora, sus guiños la reforzaron, todo el mundo se mostró contento, aplaudió para sus adentros, y dejó que Wanda —promovida a la categoría de personalidad relevante en los «objetivos Brauchteil»— eligiera como le placiese. Y la indulgencia

placentera fue tanto mayor cuanto que la recién nombrada guardiana del decoro público no aparecía nunca con las manos vacías. Especialmente Lea hubo de agradecer muchos regalos, algunos nada desdeñables que no sólo mejoraban sus apariencia, sino que también contribuían al acrecentamiento de su necesario ajuar. También se recordó solícita y ocasionalmente a Samuel; una vez fueron unos gemelos de camisa; otras una pluma estilográfica y diversas fruslerías, que él aceptó con labios prietos. Se ofrecieron a Raquel diversos comestibles para «ahorrar preocupaciones a la querida ama de casa». Principalmente fueron conservas de origen extranjero, pescado y carne condimentados con pimienta, compotas y jugos de fruta que Raquel saboreó recelosa, pero que sólo podrían ser puestos a prueba tras el regreso de Josua, siempre atareado con sus comisiones, para decidir si tales mercancías serían vendibles tratadas al por mayor. Pues se había hecho evidente que Wanda aparecía regularmente en las tardes del martes, es decir, cuando Josua se aprestaba para la partida cuya fecha se había anticipado, ahora, por razón de los inoportunos retrasos. Ella alegaba que quería amenizar las solitarias tardes de la querida Raquel, que Jeronim no tomaría a mal sus largas ausencias. Por consiguiente, se acomodaba como si estuviera en su casa, y esa familiaridad llegaba a tales extremos que, primero, había tomado el camino de los arrabales a horas muy avanzadas y, por último, había utilizado con aire condescendiente y satisfecho la cama desocupada de Josua Brauchteil.

Ahora bien, esas noches coincidían asimismo con las estancias de Cornel Lungu en Teaka, es decir, cuando el maltrecho dentista, tumbado sobre un camastro —ciertamente sin somier— en su primitivo consultorio, cavilaba sobre los azares de la vida y sondeaba los abismos de la soledad, mientras a esa misma hora su esposa, abandonada y no menos solitaria, intentaría analizar la crisis de su matrimonio, de su situación económica y del incierto futuro. ¿No menos solitaria? Ni hablar. ¿Crisis? ¿Inquietudes? ¡Ni hablar! Allí estaba el amigo, codicioso y codiciado que se quitaba ciertamente

las espuelas para sus paseos nocturnos, pero no el sable, y tampoco renunciaba a los pasos marciales de las botas altas que hacían chirriar y suspirar a los escalones de madera. Sin embargo, era preciso demostrarlo, esclarecerlo ante testigos, en una escena bastante más dramática que aquella en que se condenó artísticamente la colección de grabados Brauchteil.

La ingenua Raquel necesitó varias de esas veladas para comprender que su sencilla y medianamente caldeada alcoba no albergaba sólo una amiga dadivosa, sino también una espía. Al principio, apenas le extrañó que la locuaz visitante tuviera como único tema de conversación la deteriorada paz conyugal del matrimonio Lungu, tampoco le asombró que el oído de Wanda se orientara casi exclusivamente hacia los ocasionales rumores procedentes del techo ni que las respuestas de su interlocutora fueran erráticas y, a menudo, disparatadas. Según su bien fundada referencia, Aurelia estaba sola, silenciosa, y por tanto no se dejaban oír las escandalosas reyertas, ni el estampido de muebles delicados ni la fragmentación de costosas porcelanas, pero esa certidumbre cayó como semilla en tierra yerma; mientras tanto, Wanda seguía atenta a las sensaciones acústicas, puesto que las ópticas quedaban descartadas, únicamente cambió la orientación, es decir, la zona auscultada se trasladó al estrecho pasillo y finalmente a las escaleras que conducían arriba y también constituían la salida de aquel cielo pecador que ella, en su lasciva fantasía, pintaba con los más audaces colores.

Raquel cayó del nido cuando la tenaz benefactora sintió una súbita pasión por los espectáculos nocturnos, particularmente los cinematográficos, y cuando éstos terminaban llamaba con sigilo a su puerta pese a la avanzada hora. Como propietaria del inmueble tenía una llave para abrir el portal, reducía el volumen de su voz, ordinariamente atronadora, a un discreto murmullo, e iniciaba la prometedora escucha ocupando una silla cerca de la puerta. Allí permanecía clavada en actitud algo rígida, y refería detalladamente, sin misericordia, la película recién vista, solía preparar para Raquel

té, vino caliente o grog, agregándole exquisitos pastelillos que extraía de las profundidades del bolso. Esas profundidas vomitaban también su camisón de seda e incluso los utensilios ordinarios que utiliza cualquier dama pulcra para su aseo matinal. Asimismo ofrecía generosamente todos esos afeites, pomadas, grasas y lápices a Raquel, y ésta los rechazaba sonriente aunque algunas veces los guardaba para su hija.

Ésa era, sin embargo, la única satisfacción que podía consignar Raquel. Atareada todo el día con las faenas domésticas y por añadidura acarreando sacos, cajas y verduras medio congeladas, sentía por la noche una fatiga saludable ante cuyas exigencias se rendía gustosa. La soledad y el silencio, la envolvían como una capa más reconfortante que el amazacotado abrigo de pieles, y entonces el lecho la atraía irresistiblemente. Sin embargo, en lugar de dejar caer la plomiza cabeza sobre la almohada, se atareaba con pequeños quehaceres, cuentas o costura para combatir el sueño y evitar que le pasaran inadvertidos los discretos golpecitos de Wanda. Pero entonces se precipitaban sobre ella las arrolladoras cataratas verbales, primero muy estimulantes; sin embargo, luego se mantenía un tono susurrante parecido a una lluvia mansa, cuyo chapoteo la hacía perderse en la eternidad y amodorrarse irremediablemente. No era raro que Raquel, con su calceta entre las manos, se dejara caer peligrosamente hacia delante y escuchara adormilada los farragosos pormenores, y, de repente, bajo los resonantes efectos de una risa reprimida, despertara sobresaltada para sonreír con tanta cortesía como confusión.

Pero Wanda Luka se mostraba muy comprensiva. Perdonaba esos pequeños deslices con suma magnanimidad, máxime cuando ello le permitía hacer largos paréntesis hasta recuperar el hilo errabundo de su narración, durante los cuales era más fácil percibir cualquier rumor cercano. Así ocurría repetidas veces que, hacia las tres e incluso las cuatro de la madrugada, ambas mujeres dormían frente a frente mientras las impolutas camas permanecían abandonadas y los pasos siempre resonantes en el corredor, pasaban inadvertidos.

En una de aquellas noches, precisamente a las tres de la mañana, sucedió que Wanda salió de su modorra con un agudo chillido, se abalanzó a la puerta dando un salto excepcional, desproporcionado para su exuberancia física, y abriendo el batiente gritó sin bajar el tono:

—¡Socorro, ladrones!

Según explicó, había oído un tintineo semejante al de un sable arrastrando por el suelo, tal vez bajo la influencia de algún sueño esencialmente acústico que habría hecho brotar en su subconsciente ciertos ruidos similares al cascabeleo. Ella no había reaccionado siquiera lógicamente contra el peligro, pues debería haber corrido más bien hacia la verdulería, abrir una ventana y dar la alarma a la calle. Raquel, menos valerosa, se desplomó temblando en un rincón; lívida y aterrorizada contempló las incidencias del hecho, repitió con labios trémulos y afónicos los incesantes chillidos, hasta que una voz bronca los acalló.

Esa voz fue la del subinquilino instalado en el piso de Simeón Varka, antiguo dependiente en la zapatería Dudutz y víctima del frustrado comerciante. Ahí se daba una circunstancia notable, pues Todore Stinul, hombre usualmente tranquilo y sólido, se había dado a la bebida desde su despido como si le hubiesen llegado ciertos recursos para compensar la pérdida de empleo y sueldo, recursos que habían abierto no pocos canales, principalmente el de su garganta. Por tal razón mostraba extremado abandono, su mirada se había tornado errática, su voz ronca y, en algunos momentos, rasposa.

Con esa voz, truncada repetidas veces por fuertes accesos de tos, imprecó sin el menor respeto a Wanda Luka:

—¡Cierra el pico, estúpida gansa! ¿Por qué gritas así? ¿Dónde está el ladrón? ¿Quién es el ladrón? Wanda dio un salto atrás, sobresaltada. Ella también escandalizó.

—¿Es el… el señor Stinul? —Luego, recuperando el ánimo, cogió por el brazo al remiso individuo, y le hizo entrar en la habitación—. Siéntese, ¡Eso es! O mejor tiéndase en la cama. Tranquilidad, con eso basta. Tal vez no nos haya oído nadie.

Pero Stinul aún tenía su honor, quizá lo último que le permitiera gallear todavía.

—¿Quién es un ladrón? —insistió—. Me siento ofendido y no me gusta que me ofendan. Yo también puedo entablar procesos, ¿eh? ¡Yo también!

Wanda recobró su. habitual aplomo tan pronto como se hizo evidente que los gritos se habían perdido en la oscuridad" nocturna. Así pues, poniéndose en jarras, le apostrofó:

—¡Ah! ¿Sí? ¿Y quién tiene pico, quién es una estúpida gansa? ¿Yo quizá? ¿Wanda Luka?

Stinul la reconoció en aquel instante y casi se cayó de espaldas. La bronca voz se hizo quejumbrosa:

—No lo sé…, yo no sabía nada. Perdóneme, señora Luka, yo también la disculparé. Y si ambos nos perdonamos mutuamente, no puede haber proceso.

Ella se rió.

—Está bien, hagamos las paces. Pero, ¿Qué está tramando usted por la casa? ¡A estas horas! ¡Y con ese tintineo como si arrastrara un sable! El la miró de hito en hito.

—¿Sable? ¿Para qué necesito yo un sable? No soy un oficial, sino un perro astroso. No necesito sables, Y los señores oficiales tampoco los necesitan. Sólo les sirven para fanfarronear.

—Sin embargo, el tintineo se oyó. Y con tanta fuerza que me despertó.

La voz adquirió un tono más lloroso todavía.

—Hemos estado celebrando la liberación. Quien no tiene trabajo, tiene libertad. ¡Que se la lleve el diablo, tal como se ha llevado la botella!

—¿Qué botella?

—Allí fuera, en el pasillo. Una pequeña botella. Una botellita de aguardiente. Está en el pasillo pero ya no es una botella. Es un montón de vidrios rotos, está hecha cisco. Y el aguardiente derramado. En la izquierda la llave del portal, en la diestra mi botella, avanzo a tientas por el oscuro zaguán, tropiezo y olvido que llevo una botella en la mano. Ahora está hecha trizas y el aguardiente con ella. ¿Acaso no lo huele? Necesito una bayeta, debo limpiarlo. El trapo se emborrachará como yo. Entonces seremos dos trapos, señora Luka, ¡dos!

Se incorporó como si se propusiera buscar el objeto requerido pero Raquel fue más rápida.

—Quédese donde está. Pisará los cristales y despertará a toda la casa.

—¡Que se despierte! —farfulló él—. Yo también me he despertado. He vendido zapatos con la mayor honradez. «Chevreux» y «box». Botines y zapatillas. Durante diez años con Dudutz, ese alcornoque. Ya le había advertido…

Pero Raquel no le escuchó. Desde hacía buen rato se afanaba en el corredor, y de allí llegaba un argentino tintineo. Sin embargo, Wanda, cuyo interés se centraba ahora en otro objetivo, se le acercó un poco más.

—¿Qué le dijo?

—¿Qué? Las señoras nos importan un pito, dije. Perdóneme, pero eso mismo le dije. Las chinelas con borlas y el charol nos importan un pito. Vendemos dos docenas al año. Necesitamos una clientela aldeana y una tienda bien oscura. El campesino desconfía del níquel. Teme que se le imponga un recargo y se va al mercado. Eso le dije. Pero es inútil predicar a ese borrico, el Dudutz. Ahora está hundido hasta el cuello en deudas. Mientras tanto yo vagabundeo, y pronto iré descalzo. He vendido montañas de zapatos durante diez años y ahora yo, Stinul, andaré pronto descalzo.

Raquel regresó con cubo y bayeta.

—No grite tanto. Menos mal que la gente está durmiendo a pierna suelta. Ya está limpio. Sólo ha quedado ese repulsivo olor…

Stinul se irritó.

—¿Repulsivo? Es dulzón y penetrante. El olor apropiado para una casa tan antigua. Nada de col o ajo, ¡aguardiente puro!, nada de lavanda o clavel, ¡aguardiente puro!

Wanda aguzó los oídos, el tema le interesó.

—¿Quién utiliza aquí lavanda? La hermana de Varka no usa tales cosas, Lea tiene perfume francés… del mío, ¿no es cierto, señora Brauchteil? ¡Y claro, Aurelia no ha de ser menos!

—¡Ésa no! —indicó Raquel—. ¡Ahora debe ahorrar!

—Ella no escatima con el perfume —replicó enérgicamente Wanda—. Ésa preferiría morirse de hambre antes que utilizar lavanda. Ningún descansillo apesta a «Chat Noir» o «Chanel».

Stinul dejó oír una risa cascada.

—No, nada de eso. Resulta caro y ella necesita ahorrar. Pero no sólo ahorra Aurelia. También han de hacerlo otros que fanfarronean con un sable. Rutilante miseria, se diría. Guantes de cabritilla y chascás; con todo eso sólo hay suficiente para lavanda. Y también para champán, naturalmente, porque se deja a deber. Y para *kirsch* o aguardiente de trigo cuando nadie te ve. ¡Ah, aguardiente! Deme un poco, señora Brauchteil, el mío lo ha absorbido la bayeta. Por favor, por favor…, tengo ese hábito antes de irme a la cama.

Raquel juntó las manos.

—¿Aún más? ¿No tiene nanea suficiente? ¿Dónde puedo encontrarlo?

—Usted lo tiene guardado —murmuró Stinul quejosamente—. Siempre tiene para Tini, y también ha dado a los testigos que declararon en el juicio. ¿Por qué no para mí?

Raquel no pudo replicar, Wanda se le anticipó.

—¡Claro que sí! —exclamó riendo—. La querida Raquel lo tiene aunque Tini y los testigos no vengan a diario. Dele una copa, querida señora Raquel, o digamos dos. A lo sumo tres. Yo le restituiré esa botella, querido señor Stinul, mañana mismo puede venir a recogerla.

No fueron tres sino cinco o tal vez más. Wanda no soltó su presa, la conversación, al principio sin rumbo, se hizo cada vez más específica. Stinul profirió quejas e invectivas, lamentó que los portadores de sables y guantes de cabritilla fueran siempre los jóvenes y los más jóvenes, quienes se daban una vida regalada, se empolvaban, perfumaban y, en general, eran trasnochadores endeudados hasta las cejas. Vianda dejó a un lado las generalizaciones, el círculo se estrechó, sonaron algunos nombres, hasta que, por fin, se oyó el del popular desconocido. Entonces, Wanda preguntó casi sin respiración:

—¿Se ha encontrado con él? ¿Aquí, en el corredor?

Stinul gesticuló irónicamente.

—Uno llega tarde, ése soy yo. Otro se va tarde, ése es… —Aquí se interrumpió pues el licor le había animado induciéndole a mantener un margen de cautela.

—¿Hoy? ¿Aquí?

Foco a poco, se evidenció que Stinul estaba excelentemente informado sobre la situación actualizada del teniente Petrutz. Por cierto que, en aquellos momentos, se debería buscar al espabilado vividor fuera de la ciudad. ¿Nuevo destino? ¡Ah, no! La señora Wanda podía estar tranquila, tanto como lo estaban otras, ¡je, je! El hombre había marchado con permiso, por lo del Año Nuevo, hasta últimos de enero. Asuntos familiares, ¡je, je! Era preciso ablandar al anciano caballero en la finca, el latifundista, ¡cómo no!, para vender un par de acres, unas cuantas reses…, así el hijito podría sostenerse otra vez sobre sus dos piernas. Dentro de dos o tres semanas se olería nuevamente a fina lavanda en el descansillo, ¡je, je!

La larga disertación, interrumpida con preguntas súbitas y desconcertantes, fatigó tanto a Stinul que el hombre tuvo serias dificultades para mantenerse derecho. También se extinguió el interés de Wanda ante esa actitud desmayada, pero ello no influyó lo más mínimo sobre su ánimo. Súbitamente, Wanda recordó la paradisíaca y desierta cama en casa no comparable naturalmente al mezquino catre de Josua Brauchteil y con la mayor amabilidad

solicitó de Raquel que despachara cuanto antes a aquel embrutecido bebedor de aguardiente. Pero luego ella misma, ante la sorpresa y satisfacción de Raquel, hizo preparativos no menos presurosos para escapar del punzante olor. Se puso el sombrero, envolvióse en su piel (de astracán ¿qué otra cosa si no?), susurró en el oído de Stinul que mantendría su promesa respecto a la botella, dedicó una sonrisa obsequiosa a ambos y desapareció en la noche.

Con no poco esfuerzo, Raquel empujó a aquel mazacote humano hacia el piso superior. Varkas y Matei el aprendiz de barbero, sorprendidos en su plácido sueño exigieron todavía explicaciones, pero, por fin, Raquel pudo regresar a su morada y meditar sobre todo lo ocurrido. Dio un prolongado suspiro al pensar que Wanda dispondría hasta el mediodía para recuperarse de los engorros nocturnos, mientras que a ella le restaban escasamente tres horas para iniciar el ajetreo con las frígidas mercancías y el parloteo con las descansadas vecinas. Al fin, se perfilaron claramente los móviles de la dinámica casera: ellos le habían inducido a estrechar esa singular amistad y hacer guardias nocturnas obstinadamente. Y durante las dos semanas subsiguientes resultaron claros como la luz del sol, pues Wanda no se dejó ver y su pasión por el cine y otros espectáculos nocturnos se reveló cual una ficción.

15

PERO apenas transcurridos aquellos significativos catorce días de armisticio, por así decirlo, Wanda creyó necesario montar todavía dos veces la escucha, y sacrificar el descanso nocturno de Raquel a sus designios secretos. Sin embargo, en esta ocasión se ahorró la salida al corredor lanzando gritos desaforados, el destino trabajó con más disciplina que ella y resolvió la cuestión a su favor. Ella no tuvo necesidad de intervenir, las tres escenas se representaron prácticamente sin su interpretación. En Teaka tuvo lugar la primera, cuyo desenlace la colmó de felicidad cuando se enteró, siete días después; la segunda, en el piso sobre el portal, cuya parte acústica la emborrachó como un vino añejo; y la tercera, o epílogo, cuya duración fue de pocos minutos, le permitió la intervención personal. Ésta coronó la secuencia y vino a darle el triunfo. ¿Qué sucedió, pues?

En el villorrio de Teaka, Cornel Lungu poseía una pequeña casa compuesta por dormitorio, pequeña sala y algunos cuartos adyacentes diminutos, si bien la rodeaba un huerto de considerables dimensiones. Él no la había amueblado con especial interés, ya que nunca se la consideró como residencia veraniega; para eso se elegía entre el mar Negro, el Adriático y una pensión feudal en los Cárpatos orientales. Además, no convenía exagerar la ostentación ante los lugareños, quienes podrían mostrarse envidiosos e incluso levantiscos; sin embargo, cuando le llegase algún día la hora del retiro, se proponía erigir una suntuosa villa en el jardín, adquirir un vehículo, por lo menos un cabriolé, y procurarse las mayores

comodidades posibles. Consecuentemente, la casa había sido un centro de trabajo y seguía conservando ese carácter. En la única habitación grande se hallaba el usual sillón riel tormento, en una vitrina relumbraban los temibles instrumentos y un rincón acogía el sencillo fogón, utilizado únicamente, para hervir aguas y preparar por las mañanas alguna bebida caliente. Una cama plegable completaba el mobiliario, la bata del médico colgaba de un clavo, y en la pequeña sala se cubrían de herrumbre los útiles de jardinería, apenas empleados. Era una atmósfera espartana, seria, los pacientes se sentían a gusto, podían arañar sin miramientos, con sus botas claveteadas, el rústico piso de madera.

Esa habitación fue la que encontró Lungu totalmente destrozada, cuando llegó el tercer martes de enero, tiritando de frío, aunque había alquilado, excepcionalmente, un cabriolé. El costoso sillón yacía hecho añicos por toda la habitación, no lo habían destruido manos desnudas sino martillos y hachas. La vitrina era un montón de vidrios rotos y astillas, el colchón del camastro desgarrado a cuchilladas y su contenido desperdigado en gruesos rebujos. Los instrumentos, que apenas llegaban a la mitad del número original, parecían enseñarle los dientes desde todas las esquinas, los ventanales hundidos a golpes sin excepción, las tablas del suelo arrancadas… formaban un cuadro de devastación completo hasta el menor detalle.

Cornel Lungu abarcó ese inicio de la catástrofe que le sobrevendría aquel día, con una sola mirada de desesperación. Aunque las pérdidas materiales representaron un duro golpe, a él le pareció más grave la intención que se ocultaba en aquel desolador escenario. Se sintió amenazado, creyó oír ya el chirrido de cuchillos y hachas desgarrándole la carne y buscó ayuda allá donde le pareció poder encontrar las mejores garantías: en el cuartelillo de la gendarmería.

Era ya una hora muy avanzada de la noche. Los funcionarios, que estaban durmiendo a pierna suelta, se mostraron coléricos y remisos. Le sometieron a un interrogatorio cuya pregunta básica fue

siempre la misma: ¿De quiénes sospechaba, y por qué creía tener enemigos? Ellos necesitaban elementos de juicio, datos, pues no era permisible coger por el cogote a cualquiera y meterlo en el calabozo.

Infortunadamente, se evidenció que Lungu podía acusar directa o indirectamente a una docena larga de aldeanos. Sobre todo a uno como bellaco auténtico, pero también habían otros pillos redomados, pequeños propietarios bien conocidos que le venían coaccionando desde varias semanas atrás. Tal vez, bajo la influencia del proceso y de las infames calumnias difundidas —solapadamente, desde luego — contra él, aquel hombre se había presentado en el consultorio y había manifestado, en tono colérico, que se le habían arrancado dos muelas absolutamente sanas por lo cual exigía unas prótesis dentales impecables y, asimismo, una indemnización. Ante los argumentos periciales de Lungu, según los cuales la colocación de un puente requeriría la extracción de otras muelas vecinas todavía utilizables pese a su deficiente estado, el otro los interpretó como una admisión de culpabilidad y se mostró tan exigente que Lungu hubo de echarle con cajas destempladas. Ese ejemplo cundió y pronto se personaron otros, últimamente cinco juntos, para hacer monstruosas acusaciones muy similares. Él, Lungu, se lo había explicado también, primero con buenos modos, amistosamente, y por fin vociferante. Éste había sido el resultado, y ahora temía por su vida.

Los funcionarios, algunos emparentados con la mitad del vecindario, por lo menos, se rascaron el cogote, levantaron laboriosamente un acta, prometieron hacer indagaciones exhaustivas y ofrecieron, al desesperado denunciante, la caldeada sala de servicio donde podría pasar la noche en absoluta seguridad hasta el careo, al día siguiente, con las personas incriminadas.

Pero Lungu sólo tenía un pensamiento: huir. Abandonar, cuanto antes, aquel nido de ladrones y asesinos, no visitarlo nunca más, si acaso solamente para vender su profanada propiedad…, ¡y eso con escolta policial! Entretanto habían transcurrido ya dos horas, los caballos habían tenido su avena y su descanso… Lungu dio las

gracias por el ofrecimiento de asilo. Su abogado se ocuparía del salvaje atentado, y él partiría aquella misma noche pese al intenso frío. ¡Anhelaba la paz del hogar!

¡Ah, esa paz hogareña! Aurelia no le esperaba, y el teniente Petrutz no llevaba siquiera encima su uniforme de gala para poder recibir dignamente al prematuro repatriado. Los calzoncillos no son el mejor atuendo para un hombre de mundo, e incluso en ciertas ocasiones resultan de una ostentación casi chillona.

Wanda Luka, que había montado la escucha mucho antes, oyó llegar el carruaje, percibió los resonantes pasos en el corredor y, espiando por la rendija de la puerta, vio el rostro amoratado de su eminente arrendatario. Una de sus múltiples voces internas le anunció que iba a sonar la gran hora. Así, pues, solicitó de Raquel silencio absoluto y ella se hizo toda oídos.

Valió la pena. Lo que estaba ocurriendo arriba y llegando hasta abajo en forma de estampidos y rugidos era comparable únicamente a una estruendosa hecatombe.

—Andan a la greña —susurró Wanda extasiaba, mientras un escalofrío erótico le corría por la espalda.

—La matará —balbuceó Raquel apretándose arabas mejillas y con la vista lija en el techo—. ¿No deberíamos…?

Aparentemente quiso pedir auxilio, ayuda, pero Wanda le cortó la palabra autoritariamente.

—Silencio —bisbiseó en su escalofriante felicidad.

¡Sus grandes pabellones auditivos no debían perderse ni un grito, ni un quejido!

Pero entonces se hizo el silencio, un silencio inquietante. Por fin un tremendo portazo, nuevas pisadas en las escaleras y, finalmente, pasos furtivos por el corredor.

Raquel se amilanó, pareció encogerse. Pero Wanda tenía otro temple. Ella abrió la puerta de golpe. El teniente quedó petrificado bajo los rayos de luz. Su aspecto era lastimoso. Tenía un ojo considerablemente hinchado, rastros de sangre en las comisuras de la boca, llevaba el morrión torcido sobre su desgreñada cabeza.

Estaba precisamente abotonándose la guerrera, y el sable, acunado en el brazo, era un juguete no un arma.

Una mirada centelleante anonadó a Wanda. Luego el hombre dio media vuelta y lanzó por encima del hombre un gruñido amenazador: ¡Desaparezca!

Cuando Wanda preparaba una buena réplica llevándose los puños a las caderas, le llegó rugiente la orden con el mejor tono cuartelero:

—¡Desaparezca!

Pese a su temple, Wanda dio un asalto atrás y cerró de golpe la puerta. Pocos instantes después gimió el portal; retornó el inquietante silencio, pero Vianda pudo recobrar al fin la respiración, y fue su propia persona lo que apareció sin tardanza en primer plano.

—¡Qué grosero! —farfulló haciendo rechinar los dientes—. Gritarme así como si yo fuera, un recluta. Me las pagará, daré parte de él, ¡sí señor! A su coronel. Le contaré las andanzas de ese, miserable cachorro. No será oficial por mucho tiempo, le arrancarán las estrellas, le degradarán, le…

Se interrumpió para tomar aliento e idear desastres aún mayores, aunque realmente no cabía pensar en un fusilamiento. Raquel intentó calmarla, dirigir sus pensamientos por otros derroteros, aludió a la tragedia matrimonial e impuso nuevamente otra sesión de escucha que aportó sus frutos al cabo de sesenta minutos.

Pues entonces se oyó otra vez el golpe de la puerta, ahora más atenuado pero audible. También crujieron las escaleras, esta vez bajo pisadas más cautelosas. Evidentemente Wanda no temía ya ataque alguno, pues abrió resueltamente y la luminosidad inundó una parte del corredor.

No se había equivocado. Era Aurelia Lungu quién se inmovilizó bajo el rayo delator. Lista para partir, envuelta en abrigo de pieles y sosteniendo, con la diestra, una pesada maleta. Rostro mortalmente pálido, ojos llorosos; la espesa capa de polvos no podía ocultar las manchas rojas bajo los párpados. Se detuvo adoptando una actitud

defensiva como si esperase un nuevo ataque, aunque desde luego menos contundente. Y, en efecto, hubo ataque, pues Wanda, consciente de su enorme superioridad, la interrogó con su tono más melifluo:

—¡Ah, señora Lungu! ¿Sale de viaje? ¿Se propone tomar un tren de madrugada con este frío? ¿Adonde se dirige de forma tan repentina?

—¿Cómo repentina? —replicó con tono acerbo Aurelia—. ¿A qué viene lo del viaje repentino? ¿Acaso no puede visitar uno a sus padres?

—Claro, claro —ratificó Vianda llena de vivacidad—. Naturalmente uno debe visitar de vez en cuando a los padres. Son viejos, tal vez achacosos…

—Nada de viejos —le interrumpió violentamente Aurelia—. Son alegres y tienen mucha salud.

—Yo temí que se dirigiera usted a un sanatorio. Nadie se pierde el carnaval sin razones apremiantes. Los grandes bailes están ya a la puerta, como quien dice.

Aurelia hizo un gesto de desdén.

—¡Bah, carnaval! —exclamó lanzando una mirada malévola a Raquel—. Nuestro carnaval se está aguando demasiado. Bueno, no puedo prolongar esta charla. Los trenes no esperan.

Wanda fingió asombro e indignación a un tiempo.

—¿Sola? ¿Con esa inmensa maleta? El señor Lungu ha regresado. El debería…

—El señor Lungu está medio helado —le interrumpió nuevamente Aurelia—. Ha tenido ciertos percances y necesita dormir. Y para la maleta hay suficientes coches de punto en la plaza mayor.

—Naturalmente, claro está —dijo Wanda cruzándose de brazos—. Es muy hermoso que usted sea tan considerada con él; se lo agradecerá enormemente. Bueno, que tenga usted buen viaje, señora Lungu. ¿Cuándo volveremos a verla?

—No lo sé con seguridad.

Una mirada venenosa por aquí, otra entre venenosa y almibarada por allá, una inclinación, otra más… Se pasó por alto a Raquel. La maleta se balanceó en el corredor, el portal dejó oír un nuevo chasquido.

Wanda se desplomó sobre una silla y rió a carcajada limpia.

—¡Percances! ¿Lo ha oído, señora Brauchteil? ¡Percances! Me gustaría saber quién es el de los percances, si el señor Lungu, Aurelia o el señor teniente. ¡Considerada ella! ¡Ja, ja, ja! ¡No se deja acompañar la paloma! ¡Arrastra su maleta hasta la plaza mayor! ¿Y ha visto lo pesada que es? Incluso demasiado para un maletero, pero el señor Lungu necesita dormir. ¿Se larga uno así, señora Lungu, para hacer una breve visita? Veamos, ¿qué le sugiere esa maleta? ¡Pues todo lo que *Madame* Aurelia no dice, yo se lo garantizo! No sabe con seguridad cuándo volverá. Y es tan seguro como la muerte, se lo garantizo. ¡Nunca, señora Brauchteil! Ésa ha terminado aquí su juego, tal como lo hará el señor Lungu. Usted no la verá más y tampoco la maleta; y muy pronto perderá también de vista al señor Lungu. Se lo garantizo.

Raquel se inclinó hacia delante, las manos como abandonadas sobre el regazo. No se sintió contenta y sí, todavía, consternada. Simplemente, no comprendió una cosa tan disparatada y, además, pérfida. Hizo mentalmente una suposición transfiriendo lo ocurrido a sí misma, a su pequeño mundo. Inconcebible, era inconcebible que Josua y ella… ¡no, inconcebible! Por fin, dijo:

—Ella no se portó bien conmigo, pero ahora me da lástima. Quizá la perdone él, más adelante.

Wanda soltó una estridente risotada.

—¿Perdonarla? ¿Cuando le ha arruinado? ¿En el negocio, en el hogar? ¡No la perdonará jamás!

Y como Raquel quisiera contradecirla, saltó como un muelle y con un fuerte tirón arrancó su abrigo del perchero.

—¿Para qué discutir? ¡Esa maleta lo ha revelado todo! Luego será el camión de mudanzas, si es que los muebles le pertenecen. ¡Se lo garantizo! Y ahora me marcho, aunque parece hacer todavía

bastante frío. ¡Esto debe saberlo Jeronim, esto le abrirá los ojos! Él se burlaba de mí, se reía…, ahora seré yo quien ría. Roncando en casa mientras yo…, buenas noches, señora Brauchteil, que duerma bien. Ya nos hemos librado de esa bestia.

16

TANTO los acontecimientos de Teaka como los acaecidos en el ya desacreditado piso de la calle Mayor fueron la comidilla del día. Policías y funcionarios judiciales divulgaron los del villorrio, que alcanzaron los arrabales, y la noticia se propagó, aparentemente con la velocidad del sonido, por calles céntricas y casas. Pero no tuvo significación alguna hasta que el doctor Fuchs salió de su letargo para solucionar ambos casos.

Así, pues, realizó varios viajes a aquella aldea cuyos habitantes se habían tornado entretanto bastante malévolos, allí leyó actas locales, hizo varios inventarios, fotografió la habitación vandálicamente destruida e incluso contó los árboles del huerto. Finalmente, actuó como detective privado, irrumpió en las casas, charló con naturalidad y, a medias, hizo algunas preguntas capciosas. Éstos fueron los resultados, de su afanosa investigación: Cornel Lungu estudió las cuentas y escuchó una estoica declaración:

—Esos zoquetes son como un muro. Ni con un ariete se les podría derribar. Se beben mi aguardiente, hacen guiños, muecas y callan. Unos temen y encubren a otros, allí no se ve nada claro.

Con tal motivo Lungu encargó al abogado que vendiera los «miserables cachivaches» en las mejores condiciones posibles, lo cual se debería obtener, naturalmente, haciendo gala de paciencia y espíritu conciliatorio.

En la segunda causa, el pleito de divorcio, el doctor Fuchs pudo hacer honor a su nombre con suma facilidad. Los hechos fueron inequívocos, se presentaron testigos indirectos para un caso de

necesidad, pero los protagonistas no mintieron. La señora Aurelia respondió al cuestionario del abogado en una explícita carta, diciendo que deseaba escapar de la maléfica vida conyugal con un chulo ridículo y sacamuelas sin escrúpulos, y que, por consiguiente, estaba de acuerdo con todo. El teniente Petrutz sufrió un arresto domiciliario de varias semanas, lo cual no le vino mal considerando su irisado ojo. Lo más grave fue la advertencia de su coronel, quien le dijo que, tal vez, debiera abandonar definitivamente la carrera militar pues el sable no sentaba bien a un oficial vapuleado y el ascenso podría convertirse para tal individuo en una carrera de obstáculos.

Pero la diosa fama aportó también aquí una solución, pues ella se nutría de chismosos ciudadanos que tal vez exaltaran el concepto del honor, pero que no lo ponían categóricamente en la balanza del oro. Y éstos averiguaron que el ojo azulado de Petrutz reiría muy pronto en un cielo azul sin nubes, pues Aurelia, hija única y heredera de extensas propiedades rurales, podría necesitar un sucesor para relevar a su padre, quien estaba ciertamente falto de descanso. Por añadidura, era una mujer joven, atractiva, y estaba habituada a los fogosos brazos de su amante.

Lungu procuró ocultar como mejor pudo los cuernos que se le habían puesto.

—Ella le engañará también, porque es vanidosa, mala e insaciable. Empobrecerá la hacienda, se fugará con un tercero y también le arruinará como hizo conmigo. O casi, por favor, pues yo no me dejo avasallar. Yo no huyo, yo hago frente a la ciudad entera. Aún gano lo suficiente para subsistir solo, sin esa persona siempre emperifollada. A mí no me cortará el camino nadie, ni ella, ni Petrutz ni los delincuentes de Teaka. ¡Nadie!

Así se expresaba Lungu en su tertulia, cuando había apurado ya el segundo litro. Sin embargo, lo ocurrido poco después tal vez fuera imputable a influencias extrañas, borracheras atrabiliarias o visiones proféticas. Sea como fuere, unas semanas más tarde, Wanda abrió una carta certificada destinada a Jeronim Luka y cuyo remitente se

titulaba doctor Berthold Fuchs, jurisconsulto. Ella la abrió con manos temblorosas y luego se oprimió con la diestra el pecho, para contener sus impetuosos aldabonazos. Luego le pareció percibir campanas de argentino tañir, pues el abogado comunicaba en nombre de su mandante, el señor odontólogo Cornel Lungu, que el piso del número 17 en la calle Mayor quedaba desalojado, y todas sus dependencias estarían a disposición del casero el día 1 de abril. Respecto a ciertas reformas emprendidas por el arrendatario tales como cuarto de baño, armarios empotrados, instalaciones eléctricas y otras pequeñeces, se contaba con un rembolso global, cuyo importe podría ser establecido mediante negociaciones.

Wanda lo leyó todo, lo releyó, sus ojos se salieron de las órbitas. Esta vez no se desplomó en el sillón más próximo, marchó corriendo hacia la cama pues temía sufrir un ataque. Cuando entró Jeronim, ella sólo pudo emitir algunos sonidos inarticulados, una especie de estertor, levantó lánguidamente la diestra para señalar el sobre abierto y luego la dejó caer, como muerta.

Lo que ocurrió a continuación no pudo haber obedecido a la casualidad; ambos habrían estudiado su situación y reconocido la infructuosidad de todo…, porque pocos días después, el transportista Jeronim Luka recibió otra carta certificada, esta vez del señor Dudutz. Probablemente Dudutz habría vacilado lo suyo, porque la indecisión era parte de su ser; él no se había servido siquiera de un abogado, y era muy posible que le hubiesen irritado incluso los gastos de franqueo. Su misiva no era objetiva ni práctica, el hombre formulaba denuestos sin discriminación, contra la ciudad y su público, ponía múltiples reparos a la contribución, los plazos de pago y suministro, incendiaba Roma por sus cuatro costados y parecía disfrutar con esa hoguera del propio hundimiento. Lo único práctico era que abandonaba el local comercial, concretamente el 1 de marzo del corriente año, y también era práctica la exigencia tajante de que se le abonaran las estanterías empotradas, el diván circular y los sillones de cuero, tomando como índice el precio de compra, es decir, el de fábrica.

Wanda, que había recibido ya su bautismo de fuego, permaneció esta vez inmune. Rió, danzó por toda la habitación pero finalmente se plantó ante Jeronim y manifestó en tono cortante:

—¡El cuarto de baño, los armarios, las arañas de Lungu…, bien! ¡Una vez tasados, por favor! Pues deberían ser cosas nuevas y ésas no tienen nada de nuevas. Valor original. ¿Se dice valor original, Jeronim? ¡Bueno, pues valor original! Nosotros no somos sanguijuelas, ¡por favor! Pero, ¿las estanterías, el diván y los sillones de Dudutz? ¿De ese camorrista que se atreve todavía a abrir el pico? En mi opinión ése debería calarse el sombrero, echárselo todo a la espalda y dirigirse adonde le placiera. En la ciudad hay varios chamarileros, ¡nosotros no somos chamarileros!

Wanda recordó y enumeró todas las amigas auténticas o ficticias a quienes debía visita desde hacía mucho tiempo. En sus recorridos por salones y comercios evocó el tema con minuciosidad o laconismo, entusiasmo o languidez según la posición social de cada interlocutor. Pero se dio un punto en la boca cuando la conversación derivó hacia los proyectos, y evitaba pasar por la calle Mayor, como si la vista de su majestuosa casa pudiera arrobarle demasiado y hacerle cometer indiscreciones.

Tini estaba sentado con Brauchteil en la cabina del estruendoso camión; se cumplía ya la cuarta hora de viaje. Conducía, sin prisas, la calzada estaba resbaladiza y multiplicaba los riesgos. El motor daba calor pero por los resquicios se infiltraban agujas glaciales. Tini profería horribles maldiciones aunque intercalando, con frecuencia, una pausa. Durante una de esas pausas dijo inopinadamente:

—Aprovecha la oportunidad, Josa, ¿a qué estás esperando? Aprovéchala, ahora hay atmósfera en la casa. Atmósfera propicia, y ¿a quién hay que agradecerla? ¡A ti! Tú mantuviste la cabeza alta, ¡aprovéchate! La carrera será muy disputada, te lo aseguro. Para conquistar el piso, la tienda. ¿Acaso quieres seguir eternamente bajo el portal arriesgando el cuello en esa maldita calle? ¡Mírate,

contempla tu aspecto! Ahí, en el espeja retrovisor, ¡vamos, mírate, hazme caso!

Brauchteil, acurrucado en su rincón, sonrió con esfuerzo.

—Deja tranquilo el espejo, Tini. Ahí no veo los pinchazos en el pecho.

—¡Pinchazos! —Tini agarró con ira la botella de aguardiente—. ¡Encima pinchazos! Eres piel y huesos, Josu. Estás enteco y lívido, listo para el entierro. Luego la tos, pronto escupirá sangre. Vamos, bebe, y luego di por qué no echas la zarpa a esa canalla, a Wanda. Pellízcale el trasero o atízale un tortazo, pero haz algo. Ella te ha hecho toda clase de promesas. ¿Las ha hecho o no?

Brauchteil rechazó la botella.

—Sí —dijo titubeante—. Pero uno puede cambiar de opinión, Tini. En realidad, ella debería venir y decir algo. Sin embargo, no viene. Se pasa el día entero en la ciudad, pero no visita el portal. Antes, estaba con Raquel como en su casa, llevaba cosas buenas y dormía en mi propia cama. Ahora, no aparece por allí. Y Tini, esto te lo digo entre nosotros, no se lo he dicho siquiera a Raquel…, se ha hecho la desentendida conmigo dos veces. En la calle, Tini, dos veces.

Tini aceleró el motor. Su juramento sonó por encima del súbito estruendo.

—¡Abórdala en casa! —vociferó—. ¡No en la calle! El tiempo pasa, el primero de marzo llegará en un dos por tres. Ese Dudutz habla en serio. ¡Tú mismo tienes su anuncio ante las narices!

Exacto. Dudutz había pegado anuncios, escritos a mano, en todos sus escaparates proclamando la inmediata liquidación y el subsiguiente cierre del negocio. Se agregaba, con discreción, «por razones familiares», y un «calzado barato como nunca» cerraba la información. El hombre estaba solo en la tienda, y por su actitud se diría que tenía ya la soga al cuello y esperaba solamente que uno de los clientes diera el tirón fatal. Sin embargo, con gran disgusto suyo no le quedaba tiempo para discusiones o andanadas de improperios. Pues el negocio florecía, las existencias disminuían a ojos vistas. Desde luego, lo que despachaba sobre todo era zapatos de baile, de

charol y entretejidos con oro o plata, pero esos lujosos artículos costaban también lo suyo pese a las tentadoras rebajas. Tenía, incluso, el consuelo de aceptar pedidos suplementarios con inmediato pago al contado, pues el carnaval no había alcanzado todavía su punto culminante y los bailes más resonantes estaban todavía por celebrar. Y el Carnaval, ese sonriente y equívoco promotor de matrimonios y escándalos, ese prestidigitador polifacético cubierto de confeti, se reservaba el derecho a barajar cada año los naipes humanos para proveer al ajuste de sus problemas, siempre y cuando se pudiera hablar de ajuste entre los seres vivientes.

17

EL PRÍNCIPE CARNAVAL, calzado con pesadas botas, pateó por todas las tabernas arrabaleras, se metió entre pecho y espalda grandes cantidades de cerveza o aguardiente, repartió obscenidades y canciones populares en torno suyo, pero llegó a la inmensa sala del Casino Mercantil con charol y frac, ingenio en los labios y champán en la mano. Porque aquella sala que, bajo las galerías, ofrecía amplia superficie a las empresas gastronómicas, era su residencia característica. Tradicionalmente reservada para todas las noches de sábado, desde muchos meses atrás, la caldeaban ventrudas estufas tan altas como hombres, su pista de baile era un pulido espejo; ocupaban, alternativamente, su pequeño escenario la banda militar y una orquesta cíngara reforzada, mientras que pequeños conjuntos de músicos negros amenizaban el ambiente en las habitaciones contiguas, más íntimas.

Invitaban a esos numerosos bailes diversos carteles polícromos que prometían una atmósfera radiante con chistosos versos y dibujos sugerentes, aunque sin olvidar el precio de la entrada, naturalmente. Cada cual podía asistir mientras desembolsara esa módica suma y no llevara botas de trabajo o chaqueta de diario; una vez dentro, tenía plena libertad para satisfacer sus inclinaciones hasta altas horas de la madrugada, siempre y cuando se comportara medianamente, y no se encalabrinara antes de tiempo.

Ahora bien, para el baile más distinguido eran indispensables las invitaciones distribuidas varias semanas antes. Estas tarjetas no eran solamente un pase para el elegante festejo, sino también un

auténtico documento personal. Reconocimiento del rango social, credencial de la excelencia moral, legalización de la pertenencia a los trescientos principales, pues el estereotipado «diez mil» estaba fuera de lugar en las ciudades bucólicas y pequeñas. Las esperaban con el corazón alborotado muchas jóvenes, y con graves preocupaciones muchos padres de familia, su alocada irrupción impartía felicidad e inmensa alegría; su ausencia lágrimas y rabietas. Desde luego, en ese sector de la vida social había también intrigantes y oscurantistas, de tal forma que si tal o cual ciudadano podía vanagloriarse de su excepcional prestigio era porque había comprado la invitación a un precio veinte veces mayor y el *nervus rerum*[10] seguía siendo un factor decisivo.

Por el contrario, las galerías, siempre incomunicadas con el plano antedicho, eran accesibles al público curioso. Se llegaba a ellas por escaleras laterales, y en ellas se podía tomar un refrigerio y vaciar algunas botellas, admirar o criticar las indumentarias femeninas aunque, preferentemente, hacer conjeturas más o menos acertadas sobre los emparejamientos. ¡Ah, era un verdadero placer, masticar y sorbetear mientras se fiscalizaba con desenvoltura el amor entre juicios aventurados y erotismo latente!

La familia Brauchteil, extremadamente interesada, excepto Samuel, sólo había conseguido asentar en su haber dos invitaciones. Se la había omitido con ocasión de los bailes organizados por estudiantes, médicos y juristas. Poco a poco el olvido había mitigado las llantinas de Lea, el disgusto de Raquel y la sorda resignación de Josua, pero cuando se distribuyeron las invitaciones para el baile de los comerciantes y el cartero pasó de largo por el portal, Lea pareció quedar petrificada ante semejante agravio, Raquel prorrumpió en llanto y Josua se encolerizó. Habría sido, tal vez, explicable en el caso de los juristas, cuyo comité de festejos estaba presidido por el doctor Fuchs, otra vez activo y decididamente tendencioso; además el decrépito doctor Hirsch se mantenía al margen, naturalmente, y no podía proteger los intereses de los Brauchteil, pero ¡que ocurriera lo mismo en el baile de los comerciantes! Ellos no sospechaban que

tras las puertas tapizadas se dejaban caer palabras tales como «verdulero pobretón, recadero de media ciudad, hurón y querellante», y finalmente declaraciones de comerciantes preeminentes amenazando con boicotear la fiesta y cerrar herméticamente sus carteras si se invitaba a ese «intruso». Ante los resultados de aquella votación, el doctor Hirsch habría tendido, quizá también esta vez, un puente temerario hasta Dreyfus, pero desgraciadamente el doctor Hirsch no estaba presente.

Samuel, con su precocidad y amargura en la conciencia, fue el único que conservó la serenidad. Cuando anunció bromeando el propósito de hacer saber por escrito a los organizadores que «intentaría forjar la difamación drástica como un arma defensiva contra la mezquindad espectral y la estrechez de miras», Josua se sobresaltó, con tal expresión de terror que se retractó inmediatamente mientras reía a carcajadas. No le fue nada difícil hacerlo, ya que sus maletas estaban listas y el abandono de la casa paterna era inminente. Pero no se retractó de la segunda manifestación hecha con suma seriedad, ante el tren estacionado. Entonces dijo que le hacía muy feliz el poder aprender, al fin, y dedicarse exclusivamente al estudio, el hacerse un luchador o un mártir, si las circunstancias lo requirieran, para poner coto a las humillaciones mínimas y, en definitiva, evitar una catástrofe máxima. Josua, quien le acompañaría en el viaje, permaneció plantado junto a él entre perplejo y enorgullecido, pero Raquel derramó algunas gotas más en el cáliz de la pasión que, tras las muchas horas de sufrimiento, estaba ya rebosante.

Sin embargo, en el baile de la comunidad religiosa que tuvo lugar antes del mercantil y para el cual no faltó naturalmente la invitación, Raquel olvidó todas sus penas y aflicciones, es más, disfrutó sin límites. Desde luego, como acompañanta, podría haber ocupado un asiento bajo el gran espejo de la sala, pero cuando se imaginó expuesta a múltiples miradas escrutadoras sintió indecible terror. Saludar aquí, sonreír allá, posiblemente hablar con éste o aquél…, ¿cómo se hacía eso? Y aunque consiguiera hacerlo con torpeza entre

tartamudeos y rubores, ¿de qué le serviría eso a Lea? Más bien le perjudicaría, las damas de la mansión Gutstein se llevarían los impertinentes a la nariz y tal vez hicieran un mohín. Sin embargo aquí, en la penumbra de la galería, muy próxima al antepecho, ella permanecía bien oculta, podía llevar algunos dulces en el bolso, café en el termo y un pañuelo al alcance de la mano, por si las lágrimas de alegría le nublaban la vista. Sus vecinas, todas ellas honestas burguesas, charlaban y comentaban sin ocuparse de ella, señalaban la sala, hablaban con gran experiencia sobre peinados y atuendos, y uno no necesitaba tender el oído pues chachareaban con voz sonora e impulsiva, y se aprendía oyéndolas. ¡Lástima que Josua se hubiera quedado en casa! ¡Qué lástima! Pero Josua estaba cansado y tosía; se había metido en la cama con una cataplasma sobre el sibilante pecho.

Primero, Raquel pasó revista a la sala. Todos estaban allí, los distinguidos caballeros y las distinguidas damas. El señor alcalde, representaciones municipales, relevantes industriales, propietarios de grandes almacenes; también estaban presentes, naturalmente, todos los principales de la comunidad religiosa, entre ellos el buen doctor Hirsch…, ¡que Dios le concediera muchos años de vida! Jeronim y Wanda Luka ocupaban una mesa servida para cenar, ella lucía un vestido de rojo fuego, los dedos ensortijados, y, en las muñecas, multitud de brazaletes. Bachja y Flohm desempeñaban el papel de anfitriones…, y seguramente no faltarían Gulda ni Priska. ¿Dónde se habrían sentado? ¡No en la galería, desde luego! No, Priska estaba bailando con verdadera pesadez, angulosa, y desgraciadamente llevando los brazos al aire. ¿Es que no habría algunos polvos especiales para cubrir las pecas? También apareció Gulda en el campo visual de Raquel: ocupaba un sillón, tiesa cual una vela, como si le correspondiera la inspección general y se propusiera intervenir al menor desliz. ¿Habrían recibido los Flohm una invitación para el baile mercantil? Tal vez lo hubiese conseguido Gulda, a fuerza de porfiar. Él era un hombre prudente, modesto, se titulaba productor y comerciante de vinagre, pero Gulda se aferraba

tenazmente al título «fabricante de vinagre», aunque generalmente se acogiera tal denominación con una sonrisa.

Raquel contempló atentamente el ondulante tráfago, su mirada vagó un rato y, por fin, encontró a Lea: desde ese instante no se apartó de ella. La muchacha giraba sin cesar, los jóvenes caballeros la perseguían literalmente, se la quitaban unos a otros, y quién salía ganancioso era Max Gutstein que vestía el *smoking* más elegante y llevaba monóculo. Flexible y seguro dirigía a su pareja por aquel maremágnum, y ella, tan flexible como delicada, le seguía ágilmente cualquiera que fuera el ritmo del baile. ¿Dónde habrá aprendido eso?, se preguntó Raquel, ¡no ha asistido jamás a una clase! Es innato, le susurró al oído un duende propicio, y ella se sintió como si le hubiesen colocado una corona sobre la canosa cabeza.

—Ésa es la pareja más hermosa —dijo una voz a su lado.

—¿Cuál? —interrogó, ansiosamente, otra.

—La chica de rizos negros, la del vestido amarillo con el escote angular. Sí, mira, lleva violetas en el pecho y una cadena de oro muy fina. Fíjate, mira cómo yergue la cabeza. Igual que su caballero, tan orgulloso y reservado… ¡Hermoso par de jóvenes! ¿Quiénes son esos dos?

Raquel no pudo proclamarlo, la garganta le falló. El pañuelo cubrió sus ojos. Luego, escrutó el largo túnel de la galería quizá para comprobar si todos lo habían oído y aprobaban a la panegirista. Pero no, los espectadores estaban inmóviles, inclinados hacia delante, como grajos en una empalizada; sólo uno estaba de pie, aunque también se inclinaba y miraba fijamente la tumultuosa sala. ¡Sí, no había duda, los empañados ojos no la engañaban, era Esra, el Esra Rachmuth de Entradam, el pequeño comerciante y sucesor de Josua en la vieja taberna!

Raquel no se detuvo a pensar que aquel entrañable convecino, y amigo de la familia durante largos años, pudiera estar presente allí para gozar y sufrir a un tiempo; su necesidad de comunicación fue demasiado apremiante, el persistente silencio le hizo daño. Así pues, agitó la mano, aunque sin resultado. Sin embargo, continuó

haciendo señas con creciente entusiasmo hasta que finalmente Esra se percató y se dirigió hacia ella, titubeante.

—¡Vaya! Buenas noches, señor Rachmuth. ¡No me imaginé que le interesara también esto! Estoy sorprendida y contenta. ¿No tiene asiento allí? ¡Vamos, acerque una silla! Aquí hay un hueco. Estas señoras son muy amables y no tendrán inconveniente…

Él obedeció, pero se colocó tras ella.

—He llegado tarde, demasiado tarde. Los Flohm habían salido ya, la casa estaba cerrada. Yo me alojo allí cuando vengo a la ciudad. Nos dimos cita a las siete, pero la nevada, una gran nevada…

—Lo comprendo, lo comprendo, querido Esra. Josua también se queja cuando regresa de sus comisiones. Así pues, ¿se proponía usted venir al baile con los Flohm? Mírelos sentados ahí abajo, tal vez le estén esperando. ¿No quiere bajar? Probablemente Priska necesitará un buen bailarín.

Su rostro se ensombreció.

—No sé bailar, señora Raquel. Sólo he venido para que los Flohm sepan que estoy aquí. No quiero alojarme en una fonda; además todas cierran muy pronto. ¡Y eso ele ir vagando por las calles…!

Raquel le cogió la mano.

—Lo entiendo. Y también entiendo que usted no quiera bailar. Su madre, esa excelente mujer, está ya muy lejos, pero esas heridas no se curan aprisa, quizá no se curen nunca. ¿Ha encontrado ya a alguien? Me refiero a la administración doméstica. Usted pensaba hacerlo. Lea ha preguntado por ahí…

—Sí, señora Raquel. Una rumana, desgraciadamente vieja y lenta, pero voluntariosa y honrada. Viene por la mañana temprano y se va al atardecer. Sólo hasta la primavera, porque entonces necesitará trabajar en el campo. Sin embargo, representa un alivio para el padre; él está sumido ahora en una especie de sueño hibernal. Y yo puedo hacer también algunas escapadas; cuando vengo a la ciudad, ella se queda en casa.

Raquel se impacientó un poco. Allí estaba la sala, la hermosa pareja, y mientras tanto ella conversando con este hombre taciturno,

de mirada sombría. Queriendo mostrarse amable rebuscó en su bolso.

—Seguramente estará usted helado, Esra, y quizá tenga también apetito. Aquí llevo café y pasteles; es demasiado para mí sola, aunque la noche sea larga. ¿Tome un poco, quiere?

Él rechazó el ofrecimiento.

—Gracias, señora Raquel. Tal vez más tarde, en el gran entreacto. No tardará en llegar, ya están formando la cuadrilla. La cuadrilla del amor —así lo llaman— tienen lugar poco antes del gran entreacto. No vaya a perdérselo por mi culpa.

Las parejas se reunieron y empezaron a caminar trazando un gran óvalo. Lea con Max Gutstein, ¿acaso era de extrañar? ¡Y abriendo la marcha! ¡Ay, Dios mío!, es la primera pareja, y tras ella, formando una larga hilera, viejos y jóvenes, notables y dignatarios, pues para las inapelables exigencias de la danza colectiva no había huesos viejos.

Él corazón de Raquel latió tempestuosamente. Sí, se había aceptado a Lea en la alta sociedad, ella tendería la mano a todos en la ronda general, y cada uno le haría una pequeña reverencia, incluidos el señor alcalde, el buen doctor Hirsch y también el casero, Jeronim Luka. ¡Allí estaba ella! Braceando un poco, las mejillas ardiendo de excitación.

Pero Gulda y Priska no se dejaban ver en la hilera. Estaban sentadas solas; Priska se había reunido con su madre, tenía ambas manos sobre el regazo y parecía cabizbaja. Gulda miraba desafiante a su alrededor como si buscase un testaferro para compensar ese indignante desaire, pero los señores del comité habían cumplido ya con su obligación, y ahora unos bailaban, otros se recuperaban de sus fatigas. Arriba la música resonó ensordecedora, la voz del maestro de ceremonias se dejó oír en toda la sala, el frente de las parejas se puso en movimiento. La mirada de Gulda recorrió las hileras de asientos y también las galerías fronteras, quizá para verificar quiénes habían sido los testigos de semejante afrenta.

¡Organización deficiente, egoísmo condenable, en suma, un escándalo! No puedo encontrar otra palabra menos incisiva.

Así sucedió que ambas mujeres, deseando escapar de las miradas sarcásticas, se encaminaron hacia la galería y tomaron como objetivo a Raquel y Esra. Gulda los divisó como un halcón pese a la luz tamizada, e inmediatamente se lanzó el ataque contra aquel otro escándalo para resarcirse.

—¡Caramba! ¿Está usted aquí, señora Brochtl? ¿Por qué no abajo, donde su hijita causa tanta sensación? ¿Y usted, querido Esra, se está escondiendo de nosotros? Hemos esperado y esperado…, casi nos perdimos la inauguración mientras usted seguía su propio camino. ¿Se ha citado con la señora Raquel o con nosotros?

Esra se perdió en disquisiciones sobre la nieve y el lamentable retraso. Se disculpó, se explicó, pero Gulda pareció dispuesta a imponer sus sanciones. Y dijo sonriente, picaresca, como hablando para sí:

—¡Bueno, está bien! Le perdonaremos, ¿no te parece, querida Priska? En definitiva, él ha aparecido y el baile acaba de comenzar… ¡aún podéis divertiros, chicos! Claro que Priska ha dado ya a…, ¡bueno, mejor será no mencionar nombres porque sus propietarios podrían surgir como por encanto!, ha entregado ya un ramillete. Pero eso no importa, ¡divirtámonos ahora! En el entreacto podemos sentarnos juntos, el bueno de Flohm ha reservado una mesa. Comeremos cosas buenas y beberemos otras más buenas todavía. El vinagre se hará cargo; gracias al vinagre tendremos asados y vino. ¡Vamos, espabilaros, chicos! ¿Qué hacéis ahí plantados? Yo me quedaré aquí, haciendo compañía a nuestra querida Raquel. Porque ella no querrá bajar. Tal vez no se sienta segura o nos crea demasiado humildes para su rango.

Diciendo esto, soltó una carcajada y cogió familiarmente la barbilla de Raquel, pero hubo de recurrir a todas sus fuerzas para reprimir la cólera cuando Rachmuth repitió y fundamentó la disculpa que había escuchado, poco antes, Raquel.

—¡Ah, ya! ¡Claro! —exclamó con retintín—. ¡Piedad filial! ¡Muy lógico, muy comprensible! La muerte nos espera siempre al volver la esquina, no se debe bailar sobre tumbas recientes. ¡Pero sí se puede comer, querido Esra! ¡Eso no quebranta las buenas costumbres! ¿No te parece?

Raquel terció en la conversación alzando su bolso.

—Ya le he ofrecido café y pasteles. Él dijo que aprovecharía la invitación, en el entreacto.

Los ojos de Gulda centellearon, una sonrisa maligna desfiguró su boca.

—¡Vamos! ¡Café y pasteles en una noche tan sonada! ¿No le parece algo mezquino, querida Raquel? Eso lo encuentras en Entradam cada día. Creo que nuestra pequeña Lea saboreará algo mejor que café y pasteles. ¿Y nosotros? ¿Acaso valemos menos que la pequeña Lea? ¡Di algo, Priska! Dile cuáles son los platos de la carta. Él puede elegir esto o aquello, como nuestro invitado predilecto. O mejor todavía, Priska se encargará de elegírselo, la nena tiene un excelente paladar. Bueno, dinos qué elegirías para él, ¿eh?

Priska se llevó el índice al labio inferior, pero aunque caviló largamente no consiguió concretar su recomendación. Por fin Esra tomó la palabra:

—Muy amable, señora Flohm, se lo agradezco mucho. Pero no puedo aceptarlo, hoy no. Francamente, no me preocupan las murmuraciones ni el qué dirán. Hay demasiado jaleo para mí ahí abajo…, compréndame, por favor. Demasiado ruido, demasiada alegría…, éste no es mi ambiente. Además tampoco quiero estropearles la noche, lo mejor será que me vaya a dormir. Si tiene usted dos llaves deme una, haga el favor. Sé dónde está mi cama…, ustedes pueden seguir bailando y divirtiéndose.

Pero Gulda protestó con tal vehemencia que las vecinas más cercanas se volvieron alarmadas.

—¿Irse solo a casa? ¡No, señor Rachmuth, no lo tolero! Cuando una visita tan estimada nos llega de sopetón… ¡ja, ja, de sopetón!,

parece ridículo divertirse con desconocidos, ¿verdad? No, los Flohm están hechos de una pasta muy distinta. ¿Quiénes tienen más confianza con nosotros, los desconocidos o usted? ¡Iremos todos juntos! ¡Nunca se nos ofrecerá una ocasión tan favorable! Mesa reservada…, bastará una suculenta propina para que el camarero lo arregle todo. Carta y elección del menú. En casa sólo hay pollo frío, compota… aunque a los Flohm nunca les falta una botella de vino. Nada de objeciones, aquí mando yo y no el maestro de ceremonias. Vamos, querido Esra, ¿dónde ha dejado su abrigo? Y tú, querida Priska, recoge los nuestros. Aquí está la ficha. Hasta más ver, señora Brochtl, disfrute de su café y sus pasteles, pero procure que la pequeña Lea no disfrute demasiado. Esas cosas dan jaqueca y…, bueno, usted conoce ya los riesgos a que está expuesta una chica cuando su madre la vigila de lejos, por ejemplo desde una galería. ¡Ah, sí, debo despabilar todavía a Flohm! Él le bendecirá, querido Esra. Él prefiere su batín y las zapatillas alrededor de los callos a las ropas ceremoniosas con su peste de alcanfor. Está habituado al vinagre, pero… ¡el alcanfor!

Se despidió campechanamente, sus ojos relucieron como al principio… Esra y la muchacha se alejaban ya, pero ella se detuvo todavía unos instantes para inclinarse profundamente sobre Raquel.

—No me tome a mal este secuestro de su galán —dijo—. En verdad usted no lo necesita y la pequeña Lea sabe desenvolverse sin ayuda. ¡Vamos, ánimo! Los aislados deben quedarse en su asiento…

Raquel hubiera querido gritar y abofetear a la sonriente enemiga, pero ésta no le dio tiempo para hablar ni obrar.

—Es natural —dijo acentuando su sonrisa—. Cada cual debe emplear *los recursos* a su alcance. Con *tales medios* se puede hacer fácilmente una fortuna. ¡Suerte, querida Raquel, y paciencia! El pez picará el anzuelo si se pone bien el cebo.

Dicho esto, dio media vuelta para marcharse, pero aún le quedaba otra flecha, la última:

—Dentro de catorce días se reanudará la fiesta en el baile mercantil. Se les ha invitado, ¿no es cierto, señora. Brochtl? ¿A usted

y a la querida Lea?

Raquel mintió, no pudo remediarlo. Con violencia y muchas inclinaciones de cabeza replicó:

—Sí, naturalmente. Lea, Josua y yo estamos invitados, naturalmente.

—¡Ah! —Gulda arrastró la sílaba—. ¡Qué tonterías pregunto! ¿Dónde se podría encontrar si no una reina del baile? Bien, hasta la vista. Tal vez aún le haga otra visita en esta… galería.

—¡Víbora, serpiente, bestia! —bisbiseó Raquel, pese a su pacífico temperamento, mientras se en jugaba el sudor de la frente.

¡Ya iba siendo hora de que se fuera, ya iba siendo hora! ¡Ahora se podría contemplar tranquilamente la sala y el hermoso baile!

Pero llegó tarde. La cuadrilla se disolvió precisamente en ese instante para iniciar un vals de corta duración.

—¡Descanso! —anunció el maestro de ceremonias.

Y todos regresaron obedientemente a sus mesas. Raquel se incorporó y preparó para una larga espera pero antes se entretuvo un rato con sus pensamientos, nada propicios ni benévolos, pues el aliento de Gulda parecía soplar aún junto a su oído. Habló de peces, esa repelente persona, se dijo, ¡y tiene ya en la red su pez, ese pobre Esra! ¡Cebo, ja, ja! Si esa gordinflona de Priska fuera un verdadero cebo, todos correrían a casa para atiborrar con pollo y compota a ese pobre Esra. Y entonces la pava reiría, bailaría *valses* y *foxtrots*, y la cuadrilla del amor. Y la insidiosa Gulda no se pegaría como una moscarda, no. Entonces se mostraría condescendiente aunque, de todas formas, repulsiva. Reina del baile…, ¡vamos, así lo ha dicho! Y con razón, eso le pasó inadvertido. Cuando se dé cuenta de que dijo la verdad por un instante, no podrá dormir en toda la noche.

Justamente entonces, un dedo suave rozó su hombro, sobresaltándola. Lea apareció ante ella, hizo una cómica genuflexión y dejó oír su voz cálida, afectuosa:

—¿Estás durmiendo, *mami*? Hasta ahora la música te ha mantenido despierta, ¿no? ¿Te gusta esto? ¿Sí? ¿Bonito, dices? ¡No,

celestial, *mami*! He bailado sin cesar, sin descanso, ¿no lo has visto? ¿Sí? Y ahora seguiremos bailando en un salón particular que han alquilado Max y sus amigos. Precisamente junto a la sala central; todas las chicas estarán allí, no te preocupes. También habrá algo de comer, pero… ¡ah, manjares especiales! Tú probarás también algo, ¿eh? Bueno, diviértete, *mami*, ¡hay tanto que ver! Cuando termine el entreacto me acercaré de un salto, estaremos hasta la madrugada. ¡Por favor, por favor, *mami*, quedémonos hasta la madrugada!

Seguidamente besó a su madre en ambas mejillas y salió corriendo. Una corza, pensó Raquel mientras la miraba marchar, delicada y graciosa Como una corza. Y nada tímida, a Dios gracias.

Entretanto todas las señoras burguesas se habían vuelto hacia ellas para escuchar atentamente la charla. Luego, una dijo:

—¿Es su hija? ¡Vaya, la felicito! De verdad que puede enorgullecerse de esa muchacha.

Y otra dijo:

—Es un verdadero tesoro. ¡Y parece tan feliz! ¡Que siga siéndolo! Para nosotras, las mujeres, no es nada fácil ser feliz.

También hubieron preguntas, muy inquisitivas, pero bien intencionadas. Así, pues, se estableció el contacto y Raquel pudo hablar. Se sintió otra vez alegre, levantó el bolso de su regazo para sacar el termo y los pasteles. En su vida, ya bastante prolongada, jamás le había sabido el café como en aquel momento. Probablemente lo habría azucarado, por su cuenta, el príncipe Carnaval.

18

BRAUCHTEIL se acarició pensativamente la rala barba cuando Raquel le informó sobre su mentira.

—No teníamos necesidad de eso —dijo—. ¡Gulda puede creer lo que le parezca! Eso me importa poco. Pero sí me importa lo que piense Flohm sobre nosotros. Flohm es una excelente persona y, además, amigo mío. Ahora dime, Raquel, y dímelo con sinceridad: ¿crees que estamos a la altura de esos fastuosos bailes? ¿Por ejemplo el baile marcantil, al que asistirán los grandes comerciantes? ¿Quién soy yo en definitiva? Un verdulero, un modesto recadero para todos los que quieran despacharme a Cluj y pagar cuarenta lei por ello. Si tenemos suerte durante este año y no nos pasa nada, debes prometerme, Raquel, que no mentirás más.

Pero esta vez la sumisa Raquel no se doblegó.

—¿Qué estás diciendo? ¡Modesto verdulero! ¡Tú vendes cosas, y quien vende algo es un comerciante! ¡Tanto si son botones como máquinas! No olvides que tienes una hija muy particular, como no la tiene nadie, y menos que nadie, Gulda. ¡Y un hijo que estudia y llegará a ser una personalidad!

—Lo sé, lo sé —murmuró Brauchteil—. Y estoy orgulloso de los dos, pero no de mí. Ellos obtendrán tantas invitaciones como quieran. ¡Más de las que quieran!

—Eso será más adelante —repuso ella obstinadamente—. Pero, ahora, ¿qué haremos? ¿Quieres hacerme pasar por mentirosa, Josua?

Él la acarició.

—No lo quiero, Raquel. Debemos seguir mintiendo. Di, sencillamente, que iremos. Y después di que no hemos podido ir. Porque tuve fiebre y tú hubiste de acompañarme y Lea no podía ir sola.

—Esa idea no es buena —dijo ella tras unos instantes de reflexión—. Lea tiene amigas y podría ir con cualquiera de ellas. Diremos que Lea no quiere divertirse si su padre está enfermo y con fiebre. Eso la honrará.

Josua sonrió.

—Bien, di eso, Raquel. Todo cuanto es bueno para Lea lo es también para nosotros. Y consuélala. Dile que la próxima semana se celebra el baile de disfraces. Para ése tenemos pase. Buscaré el disfraz más hermoso para ella, aunque deba ir corriendo hasta Cluj. La disfrazaremos de reina, y yo iré también a la galería, si no me fastidia la fiebre.

El baile mercantil no había quedado disminuido. La sala estaba engalanada como nunca con banderolas, guirnaldas y alfombras. Olía literalmente a capital, magnificencia y espíritu de superación. Se había contratado a la banda militar, costosa de verdad, en los aposentos contiguos tocaban orquestas cíngaras tan pronto como callaban las trompetas y los trombones. Retumbantes o briosas melodías martillaban sin pausa el oído, la danza era como un oleaje incesante.

Aquí, el príncipe Carnaval comía bocados escogidos y bebía en copas de largo astil. Mezclaba el amor y lo que se suele llamar así con sutiles cálculos o temerarias especulaciones. Revolvía los naipes humanos y no olvidaba tampoco los Brauchteil aun cuando Gulda, armada con unos prismáticos había buscado a Raquel en la galería sin encontrarla mientras que, en el entarimado, imperaba otra reina del baile.

Esta vez la familia Flaum disponía también de una mesa reservada pero con gran disgusto de Gulda se la habían puesto en

un rincón rodeado de plantas interiores cuyas grandes hojas tapaban la vista. Esra Rachmuth, acosado sin tregua por Gulda, había impuesto esa condición para aceptar el ofrecimiento, y ahora estaba sentado entre madre e hija, y doblemente deprimido al comprobar que el verdadero objeto de su asistencia, ver a Lea aunque fuera fugazmente y en brazos de otros, se había frustrado. Entretanto levantaba, cortés, la copa que se le llenaba sin cesar, sonreía, brindaba y no se molestaba lo más mínimo cuando acudía algún caballero para invitar a Priska, lo cual estaba sucediendo con frecuencia, pues Gulda, aprovechando el entreacto, había charlado con algunos jóvenes conocidos, miembros del comité, y les había recordado sus deberes. La propia Gulda desaparecía también ocasionalmente para dar unas vueltas con algún cliente de su marido, exhibir sus sedas o poner en circulación un chisme. Flaum ensalzaba y vendía su vinagre por todos los rincones, porque allí habían comparecido numerosos clientes de la región y era preciso compensar, de algún modo, los gastos ocasionados por aquella velada endiabladamente cara.

Durante esos minutos de desbandada, Esra se quedaba solo, miraba fijamente su copa, la vaciaba a menudo y de un trago, salía sobresaltado de su ensimis*mami*ento cuando la música del metal le atronaba los oídos, y lamentaba amargamente el no haberse mantenido a distancia de aquella infernal tortura. El único consuelo era que la noche seguía avanzando; la insólita degustación del vino estaba despertando en él emociones insólitas aunque también mortificantes y, por añadidura, el firme propósito de dejar obrar sobre su persona desde mañana mismo, el miércoles de Ceniza. Esra se estaba aproximando, sin sospecharlo, a la hora que había escogido el genio diabólico de la noche para convertirle a él, al solitario por voluntad propia, en fraguador del destino y permitirle, de paso, forjar el suyo decisivamente.

Ocurrió hacia las tres de la madrugada. El festivo ambiente se aproximaba a su culminación. El baile había perdido la solemnidad, por todas partes estallaban taponazos del champán, e incluso Flaum

había decidido transformar un cargamento bien pagado de vinagre en varias botellas muy decorativas. Luego había reanudado sus actividades comerciales; Priska despertaba el interés de algunos jovenzuelos forasteros a falta de conocidos, y la propia Gulda, habiendo percibido ya, con mucha anterioridad, que el trato con su huraño y lacónico convidado resultaba realmente fatigoso, se encontraba en un círculo de parlanchinas damas. Así pues, los intérvalos de soledad para Esra se hicieron cada vez más frecuentes y largos con gran contento suyo y de todos los protagonistas.

Y entonces, sucedió que justamente en aquel rincón ante aquella mesa, apareció revoloteando una pareja, no bailando sino representando una cacería por así decirlo. La presa era una muchacha, el cazador un joven, ella dando leves chillidos, él soltando carcajadas guturales. Por fin, ella se dejó caer exhausta encima de la mesa, su perseguidor se abalanzó sobre ella y cogiéndole la rebelde cabeza le plantó un beso en los encendidos labios venciendo una resistencia no muy firme.

—Me lo debías —dijo él—. Una apuesta es una apuesta.

—¡Pero si perdiste tú! —replicó ella arreglándose el pelo.

—Entonces, te debía un beso —dijo él— y te lo he dado. Ahora puedes marcharte adonde te plazca. Pero lo más inteligente sería beber algo fuerte y hacer otra apuesta. ¡Ginebra, mozo! —gritó a un camarero que pasaba, presuroso, por allí—: Dos copas, o mejor todavía, dos veces dos.

Ella le dio un codazo en el costado y señaló con la barbilla hacia el rincón.

—Mira a ése —susurró.

El joven echó una ojeada. Entre las botellas se veía, en parte, el rostro de Esra.

—Me permite —dijo en tono indolente—. No le molestaremos mucho rato.

Esra hizo una mera inclinación aunque por sus venas corría algo realmente exasperante, como un acceso de fiebre. Era Max Gutstein, el individuo que había acompañado a Lea a su casa, aquella noche

de estío, y el que ella prefiriera a todos los demás, en aquella misma sala, dos semanas atrás. Sus sentidos súbitamente despiertos vieron y aquilataron; no pudo remediarlo.

Los dos prosiguieron su flirteo sin prestarle más atención. El brazo de Gutstein se apoyó sobre el respaldo de la silla, y su mano cogió el hombro de la muchacha.

—Bueno —dijo en tono lisonjero—, ¿apostamos a que correrás muy pronto detrás de mí? ¡Tú, sí! Aunque te rías de mí.

Ella se llevó un dedo a la frente.

—¿Ebrio, bello Max?

—¿Ebrio? Sí. No, sólo achispado. Una sana embriaguez. ¡De tu aroma, Alice! Champán y una toma de Alice…, ¡eso puede hacerte perder la cabeza!

Se les sirvió la ginebra, cuatro copas. Max arrojó un billete sobre la mesa, el camarero hizo una profunda reverencia.

—Bueno, ¿vale? —dijo el bello Max alzando su copa.

—Vale ¿qué?

—La apuesta. Que correrás detrás de mí.

—Vale —repuso ella riendo—. Eso no lo verás jamás en tu vida.

Luego, cogió su copa y tomó un sorbo cerrando los ojos, En ese instante él le cogió rápidamente el pequeño bolso hecho con innumerables anillos dorados, y empezó a sacar toda clase de cosas delicadas enarbolándolas triunfalmente.

—¡Vamos a ver qué tengo aquí! —exclamó riendo ante el desconcierto de ella—. Barra de labios, polvera, espejito…, un encantador pañuelo, verdadero soplo de seda, y nada más. ¿Qué? ¿Correrás ahora detrás de mí? —agregó metiendo todo en su bolsillo —. ¿Lo harás?

Ella fingió enfadarse.

—¡Devuélvemelo! —dijo enfurecida—. Es una traición, ¡un ataque por sorpresa! ¡Devuélvemelo!

Max rió, seguro de su victoria.

—La apuesta, Alice. Detrás de esto correrás, lo sé bien. Puedes vivir sin pan, y también sin ginebra. Pero no sin estos pequeños

duendes que os convierten en beldades. ¡Pasa por el aro y lo recobrarás!

Hubo todavía una breve escaramuza. Luego, ella le besó y sus cosas volvieron al bolso.

—¡No te miraré más a la cara! —farfulló.

Ficción, pura ficción.

—Hasta la próxima apuesta —replicó él extendiendo las piernas en toda su longitud—. Te propongo…

La propuesta quedó en el aire porque dos jóvenes caballeros llegaros precipitadamente.

—¿Aquí te escondes, Alice? —gritó uno—. ¿Secuestrada, raptada? Llega el vals, me lo has prometido. ¿Es que no quieres? ¿Te ha encantado éste?

Ella se levantó inmediatamente.

—¡Claro que quiero! Max es peligroso. Hipócrita y desvergonzado a un tiempo. Estoy harta de él.

—Provisionalmente —replicó Max sin moverse.

—Vamos, levántate —dijo el otro joven—. Eso marcha otra vez, la música está rugiendo ya.

Gutstein hizo un ademán despectivo.

—¡Valses! ¡Muy aburrido! No voy allá, prefiero cuidar de mis nervios. Siéntate y echa un trago. Ahí hay dos ginebras y en el bar queda todavía más.

—No puedo, Max. Estoy ocupado.

—Entonces ve, pero no te extralimites. Eso, con el tiempo, devora también los nervios. Ven a buscarme después. Mientras tanto yo beberé. Solo, si este caballero no quiere acompañarme.

El joven lanzó una rápida ojeada a Esra y luego salió corriendo. Mientras tanto éste había abierto mucho los ojos, sus dedos se extendían y cerraban maquinalmente. La sangre le hervía en las sienes. No obstante, se acercó un poco.

—¿Acaso necesita usted apoyo? —inquirió con voz ronca.

Gutstein soltó una risotada.

—No apoyo precisamente. Pero sí me vendría bien un compadre. A nadie le gusta beber solo. Cierto adagio húngaro dice que sólo los bueyes se emborrachan solos. Por lo que veo —añadió señalando las botellas—, usted se ha echado ya lo suyo al coleto. Estará cansado de champán, supongo. Con el tiempo el paladar se afloja y pide algo más viril. ¿Será ginebra o desea usted otra cosa? ¿*Coñac, whisky*? A propósito, me llamo Gutstein, y por añadidura Max. Posiblemente conozca usted el nombre, pero a mí no me ocurre lo mismo con el suyo. Supongo que usted viene de fuera, del campo…

—Vengo de Entradam. Esra Rachmuth.

—¡Ah, Entradam! Allí nos sorprendió cierta vez un diluvio. ¡Horrible! Fango hasta los tobillos, gansos graznando. Tuvimos que refugiarnos en una miserable choza y tener paciencia. El labriego sólo pudo proporcionarnos *slibowitz*[11] y aguardiente. ¡Nada de ginebra, vive Dios! Pero usted no tiene la culpa de eso, apreciado señor Rachmuth. Por lo demás esto es muy satisfactorio. Ciudad y campo en perfecta armonía, según lo predican nuestro concejales. ¡A su salud, señor Rachmuth! Si le gusta la ginebra, seguiremos con ella. Si no le gusta, pediré, *slibowitz*, ¡pero de nuestra marca!

Esra fingió no ver la mano tendida blandamente, y por tanto no la estrechó.

—Enebro o ciruela, eso es cuestión de preferencias —dijo—. Ambos son aguardientes. Tierra adentro no se aprecia mucho la ginebra, allí la gente prefiere bebidas de más graduación. Eso se queda para ingleses, irlandeses…

—¡Ah, cuánta experiencia! —Gutstein se rió—. Pero, por favor dejemos los exámenes periciales. No armonizan con esta hora tardía. Dígame más bien lo que le ha traído aquí. A la ciudad, quiero decir, y especialmente a este baile. Cuestión de faldas, supongo. Pero no las veo alrededor.

—Estoy aquí por la amable invitación de la familia Flohm. Ellos son mis anfitriones.

—¡Ah, ya! La gente del vinagre. También se codicia el vinagre porque es necesario. Aunque no tanto como nuestras especialidades,

cerveza y aguardiente. Desgraciadamente, tampoco es tan soportable. Pero dígame, ¿por qué ha dicho Flohm? El hombre se llama Flaum; deberíamos ir dejando a un lado, progresivamente, esa jerga. Aclimatarnos, según se dice.

—También se habla de lealtad —replicó Esra con tono inexpresivo.

—También, también —Gutstein lanzó otra carcajada—. Sobre todo, respecto a Flaum. Yo no pondría una mano en el fuego por Gulda, y ninguna de las dos por Priska.

—Es una muchacha simpática, sin pretensiones, y sabe agradecer toda palabra amable.

—Justo. Sin pretensiones. Uno debe acostumbrarse a ella, pues de lo contrario podría terminar encontrándola encantadora. Bueno, está bien, señor Rachmuth. Hasta cierto punto Entradam es un paraíso. ¡Eh, camarero! *Slibowitz*, pero auténtico, si me hace el favor. Este caballero es un experto y no tragaría ni el mejor de los mejores aguardientes amílicos. —Y volviéndose hacia Esra dijo—: Verdaderamente, siento curiosidad por saber lo que piensa usted de nuestro *slibowitz*. ¿Entiende algo de eso?

—Me limito a administrar la taberna de Entradam. De experto, nada.

Gutstein se dio una palmada en el muslo.

—¿No? ¿De verdad? Entonces ¿fue usted quien nos sirvió aquella vez el aguardiente?

—Sería posiblemente mi predecesor, el señor Brochtl. O si usted lo prefiere, el señor Brauchteil.

Ese nombre hizo mella, los ojos de Esra se entornaron hasta parecer dos rendijas. Gutstein quedó desconcertado durante unos instantes; luego rió otra vez aunque no sin cierta preocupación.

—Interesante. ¿Es el tratante de verduras, ese mismo Brauchteil que ha enloquecido a la ciudad?

¿Sí? Entonces habría hecho mejor quedándose en Entradam.

—¿En qué se funda para decir tal cosa, señor Gutstein?

El joven sacó una petaca de oro; el encendedor tampoco era de hojalata.

—¿Quiere servirse? ¿No? Probablemente usted fumará pipa en Entradam. ¡Sí, sí, Brauchteil! Recurrió a los tribunales. Con éxito, lo admito. Éxito para él, y finalmente contrariedades para todos los demás. Una verdadera catástrofe para ese Lungu, el dentista. Y no sólo en el terreno profesional, señor Rachmuth.

—¿Hace usted también responsable de ese adulterio al señor Brauchteil?

—Sí, señor, aunque indirectamente. Sin ese estúpido proceso no habría ocurrido lo de Teaka. Una cosa se derivó de la otra. Por lo demás, esa palabra… ¡adulterio! Quisiera saber a cuántas pacientes ha tratado el señor Lungu de la misma forma. Eso es un juego social, querido señor Rachmuth. En los mejores círculos; Entradam no lo conoce. Y por consiguiente ha habido un terremoto, con paletadas y hachazos, juicios y encarcelamientos. Éste ha sido más o menos el comportamiento del señor Lungu, lo cual tampoco me parece bien. Un *gentleman* debe sonreír, no gesticular. Quiso indemnizar a Brauchteil, según se ha demostrado. Entonces sonreía *todavía*. Pero el honrado señor Brauchteil procedía de Entradam…, perdone usted. Quiero decir que se aferraba a su ilusión como el tío Shylock. ¡Vaya, aquí llega el *slibowitz*! A su salud, señor Rachmuth. ¡Huy, esto quema! Pero tiene buen aroma y el gustillo no le va a la zaga. Bueno, ¿qué opina usted?

—¿Sobre el *slibowitz* o sobre Shylock?

—Sobre ambos, si cree tener suficiente competencia.

—Yo vendo también esta marca. Aunque sólo tengo algunas botellas para los caballeros que se extravían en nuestra comarca tal vez sorprendidos por la lluvia. En cuanto al segundo punto, Brauchteil no es un Shylock. El doctor Hirsch lo comparó con Dreyfus.

Gutstein lanzó una risotada retumbante.

—Astuto, ¿verdad? Una treta forense cogiendo el asunto por los pelos. El juez se quedó clavado, el público, no menos, los

correligionarios relamieron un caramelo que tardaría bastante en consumirse. Pero *¿cui bono?* ¿Quién salió beneficiado? Nadie, excepto el señor Brauchteil. Aunque sólo por ahora, si me lo permite. Pues la escisión está consumada, y él necesita de cada criada para vender sus coles. Por no hablar de las comisiones, que se han reducido a la mitad.

Esra se esforzó por hablar con desenvoltura e imparcialidad. Incluso sonrió mostrando una hilera de apretados dientes.

—Me sorprende, señor Gutstein, está usted muy bien informado.

—Uno tiene sus fuentes informativas. Por ejemplo, el comité de esta elegante reunión. A usted puedo revelarle cierto secreto porque parece ser un adicto de Flaum. O mejor aún, le haré una pregunta: ¿A qué obedece, según usted, la ausencia del señor Brauchteil en esta velada?

El interrogador se inclinó tanto hacia delante que Esra dio un respingo.

—Se dice que tiene fiebre —dijo—. O por lo menos así lo ha explicado el señor Flohm.

—¿Fiebre? ¡No, querido señor Rachmuth! Se le hace el vacío. Porque…, preste mucha atención pues voy a resumirlo en una frase: porque ha perturbado el comercio. No sólo el suyo, el de todos. Incluso el nuestro, no seriamente pero, así y todo… La venta ha disminuido en un pequeño porcentaje. Raza y comercio son incompatibles. Nuestra empresa lo ha soportado sin pestañear, pero hay gentes modestas que han sufrido lo suyo.

Esra no quiso transigir, su impaciencia se lo impidió aunque el baile terminaría de un momento a otro y los Flohm regresarían pronto.

—Probablemente, nadie notará la ausencia del señor Brauchteil —dijo— ni de la señora Raquel, Pero algunos podrían notar la de Lea, la señorita Lea, y sobre todo usted, señor Gutstein. Ella le gusta ¿no? Es más, parece gustarle mucho.

El joven sonrió, su mirada se hizo confidencial.

—No lo niego. Es bonita, algo fuera de serie y, además, encantadoramente ingenua. Se lo cree todo. Baila de una forma extraordinaria, tiene una risa pronta, resulta fácil hacerla feliz.

—Entonces, ¿usted prefiere a la señorita Lea entre todas las demás?

—¿Tiene usted esa impresión? ¿Por qué, si me permite preguntarle? ¿La obtuvo tal vez hace unos días, desde esa galería? Uno debe estar siempre alerta. Los espías y los escuchas bullen por doquier.

—¿Espías? Fue una cosa ostensible, señor Gutstein. Lea era su pareja, su chica, en la cuadrilla del amor, y luego durante el entreacto. Sólo se oía una opinión: esos dos están juntos y seguirán estándolo.

Max se repantigó, su mirada adquirió una expresión socarrona.

—Perdón —dijo—. ¿Es usted quizás un emisario de la familia? ¿Un intermediario?

Esra permaneció impasible, sonriente.

—Si lo fuera, sería *yo* quién habría visitado su mesa, no usted la mía. Le aseguro que no he cambiado ni una palabra sobre este asunto con ningún miembro de su familia. Sólo he querido felicitarle y nada más. Desde luego, me extraña que usted participe en esta grandiosa fiesta y se muestre tan alegre. Si ciertas gentes no creyeran suficientemente digna a mi novia para enviarle una invitación, yo tampoco iría allí, dondequiera que fuese. Y lo declararía así en público, señor Gutstein. El juego social tiene también sus límites. Acháquelo a mi rusticidad, al fin y al cabo, vengo de Entradam.

Primeramente Gutstein se quedó perplejo; luego, hizo una mueca irónica y, por último, aspiró aire de forma audible. Aquella frase final, acompañada de un guiño comprensivo, le devolvió el aplomo.

—Justo —dijo—. De esa querida Entradam. Tan pronto como una pareja se detiene junto al seto, fan pronto como una pareja sale del bosque o se recoge en un rincón crepuscular, se da la alarma. El padre hace recuento de la cartera, la madre prepara sus

bendiciones, los parientes se entusiasman, y cuando llega el regalo de boda se acoquinan. Lo conozco bien, querido señor Rachmuth, es el juego social más rudimentario. Mi viejo Gutstein *senior*, se deja engañar todavía por las apariencias. Dice bromeando que cuando llega el momento serio se debe explorar. Y mi viejo me ha soltado un sermón benigno, desde luego sin mencionar nombres aunque sugiriéndolos. No te comprometas demasiado pronto, me ha dicho, el tiempo surte los efectos deseables sobre cualquier amorío; necesitamos capital estable, el mundo es inmenso. ¡Figúrese lo que me ha propuesto con su honesta advertencia paternal! ¡Un viaje alrededor del mundo! Bueno, no el mundo entero…, sólo una gira de negocios por Alemania, Italia y Francia. Visitar fábricas, examinar maquinaria, establecer contactos. Así lo expresa el viejo, pues él es muy avispado. Según él, ahí debo explorar también hasta encontrar un terreno verdaderamente firme.

—¿Puedo preguntarle cuál ha sido su decisión? Gutstein se carcajeó.

—¡Sin malas intenciones, señor Rachmuth! ¿Eh? Aunque la pregunta es admisible mientras provenga de Entradam. Parece razonable obedecer a papá por una vez. Berlín, Roma, París… allí hay muchas cosas que ver, no sólo máquinas. ¡Brindemos por eso! Aquí con *slibowitz*, en París con *absenta*.

Esra cogió la copa, sus ojos se dilataron. Dejó transcurrir unos segundos y luego dijo:

—Márchese usted, y cuanto antes mejor. Inspeccione usted, y cuanto antes mejor. Hágalo, miserable pelagatos.

Las palabras sonaron con tranquilidad, claridad y firmeza. Gutstein le miró estupefacto, sus labios temblaron.

—¿Qué…, qué? —tartamudeó—. ¿Qué significa esto? ¿Está borracho o…?

—Lo estaba. No borracho, sino achispado según lo denominan los caballeros. Sin embargo, ahora estoy sobrio y le repito…

—¿Por qué me ofende? ¿Qué pretende usted?

—Nada. Sólo quiero verle marchar. A Roma o París, eso es asunto suyo. Haga su inspección de máquinas o mujeres, eso también es asunto suyo. ¡Pero el asunto mío es verle marchar ahora mismo!

Los puños de Esra se asentaron sobre el canto de la mesa y avanzaron lentamente hacia el centro. Eran unos mazos compactos, atezados, peludos, llenos de callos y grietas pues el huerto en Entradam, el tráfago con cajones y toneles habían dejado sus huellas.

Gutstein palideció, su mirada osciló entre uno y otro. Por fin saltó de su asiento y balbuceó:

—Esto es… una vulgaridad. Esto es prácticamente… una amenaza. Yo haré…

Esra sonrió. Fue una sonrisa diabólica.

—¿Qué hará usted? ¿Empezar a tortas? ¡Vamos, golpee! ¿O prefiere presentar una denuncia? Eso es menos arriesgado. Se salva el honor, por ejemplo. Haga lo que guste, pero ahora márchese. ¡Si no, le parto la boca!

El otro dio un paso atrás.

—Palurdo… —cuchicheó todavía.

Y se alejó a grandes zancadas. Rachmuth ocupó de nuevo su asiento, el camarero, desocupado durante el baile, se le acercó obsequioso.

—¿Desea algo, el señor?

—Nada, gracias. Pero, por favor, llévese esas copas de aguardiente. Esa ginebra y ese *slibowitz* van por mi cuenta.

Poco después apareció Priska, y también se personó Gulda. Ambas acaloradas y alegres. Y ambas, especialmente la segunda, colmaron a su flemático invitado con toda clase de comentarios y chismes captados durante el baile. Él las escuchó pacientemente, sonrió, hizo alguna observación ocasional y se alegró inmensamente cuando Flohm se presentó para decretar el regreso a casa. Pues Flohm tenía ya sus negocios a buen recaudo y le fastidiaba acrecentar los gastos alucinantes de aquella *correría por la alta sociedad*.

19

TENIENDO presente la torpeza, y la insipidez de su hija, Flaum preferiría, al menos en el subconsciente, evadir las inversiones exageradas conducentes a su futuro himeneo. Él aguantaba pacientemente las tenaces y, tal vez, desesperadas tentativas de Gulda; tan sólo quería reducir la cuestión a unos límites soportables.

Ése no era el caso de Brauchteil, en el que había convencimiento absoluto. Desde luego, Raquel poseía consistentes batas, Sami había emprendido su viaje con buen equipo, y él mismo seguía llevando —e inventando sin cesar nuevos pretextos— su raído abrigo, pero nada le parecía suficientemente selecto y caro para Lea. Aunque los vendedores en las grandes casas de modas murmurasen sonriente a sus espaldas, él husmeó y puso reparos, estudió las revistas y solicitó lo más exquisito, pero apenas regateó. Llevó su botín como si fuera un tesoro desenterrado con las Propias manos, al bodegón de Tini…, y si pudo decir alguna vez que el viaje hacia casa le había resultado insoportable, fue en esta ocasión. Escuchó abstraído las censuras politicosociales y los consejos bienintencionados de Tini; tan sólo hubiera repetido como un eco las maldiciones e invectivas contra el «eterno invierno» y la «pista de patinaje» es decir la carretera, si le hubiera gustado maldecir.

Por fin, hacia el anochecer pudo colocar su paquete sobre la mesa, lanzando una mirada triunfal a Raquel, aunque solicitando antes una limpieza absoluta del hule. Pero no se le permitió todavía abrir el envoltorio; Raquel quiso escuchar primero un informe completo sobre Sami, y él lo hizo también muy gustoso.

—Le va bien, Raquel, le va bien. Tiene una habitación, ni grande ni pequeña, pero sí caliente, aunque no demasiado. Tiene multitud de libros y escritos adquiridos a buen precio en una librería de lance, no son nuevos, claro, pero tampoco están grasientos ni hechos jirones. Come en la mesa franca, así la llaman los estudiantes, y la comida no es buena ni mala pero nutritiva y abundante, según asegura él. Estudia con aplicación…, bueno, él siempre fue aplicado. Y se le ha acogido bien en la asociación, ellos llaman asociación a esa liga. Desde luego, Sami ha tenido suerte. Se le ha hecho de golpe corrector. Un corrector es quien corrige las faltas de los escritos, las erratas, antes de su impresión. Se le probó sólo una vez, Raquel, y fue suficiente. El director dijo al redactor, según le explicó éste después a Sami: «Confíe las correcciones desde ahora a Samuel. Ese chico no sólo corrige las erratas, también analiza el sentido. Propuso variaciones que indudablemente eran razonables y acertadas. Le di carta blanca y no lo hizo mal, nada mal». Pues bien, ahora es Sami quien hace las correcciones. Y además le dan dinero, no mucho pero tampoco una miseria. Está ascendiendo por la escala, Raquel, hacia la cumbre.

Ella se secó los lagrimales e hizo más preguntas pero Josua no quiso doblegarse esta vez. ¡Por fin pudo cortar el bramante! Lo hizo con cautela pues la resistente guita sería todavía aprovechable. Luego surgieron los elementos del paquete y se desparramaron por el impoluto hule, uno tras otro hasta que aquella plétora semejó un escaparate.

—¡*Lamé*[12]! —exclamó enorgullecido Josua, y su barba se estremeció—. Para Lea, para el baile de disfraces. Lamé de plata, fíjate en esas finas hebras. Una *pierrette*, así lo llaman, Raquel. Ya hecho, para ponérselo. Tal vez no le ajuste bien acá o acullá, pero son las medidas de Lea. Es un modelo exclusivo, ellos mismos lo han dicho; lo arreglarán si es necesario… y a título gratuito, Raquel. ¿No te parecen magníficos estos zapatos? De un blanco níveo, naturalmente. Y desde luego con adornos de plata. Éste es el antifaz, sólo para los ojos, también níveo, también con plata. Y para

la cabeza este gorro, algo oscuro, pero poco, pues fíjate, ahí hay asimismo plata. Auténtico estilo, dijeron ellos, nadie le pondrá tildes. ¿Qué me dices, Raquel? ¡Bueno, di algo! ¿No parecerá una reina nuestra Lea? ¿Eh?

Raquel siguió luchando con las lágrimas que le corrían sin cesar. Sólo pudo hacer un gesto afirmativo, luego abrazó a Josua con tal violencia que casi le hizo caer.

—¡Maravilloso! —Su grito salió desde lo más hondo del pecho—. ¡Ah, es maravilloso!

Él respiró profundamente, se sintió feliz.

—Y para el último de los grandes bañes, el de la *Asociación Femenina* —ahí puede asistir todo el mundo pues esas señoras necesitan dinero—, Lea tendrá su segundo vestido de noche, el que le traje en otoño. Otra vez nuevo, otra vez hermoso. Por fortuna los comerciantes se han olvidado de nosotros. Antes teníamos preocupaciones pero ya estamos tranquilos. Y ahora… —Josua señaló los reflejos argentados de la mesa— ahora ya no habrá fiebre. Ni auténtica ni fingida. Yo iré también, Raquel, os acompañaré. Necesito ver a Lea cuando sea reina.

Tomaron asiento en la galería, muy juntos; a sus pies el ventrudo balso con café y pasteles. Eran dos personas pero sólo una mirada. Buscaron su antifaz, buscaron en aquella muchedumbre de dominós y *clowns*, jinetes, cazadores y apaches, princesas turcas e indias y lavanderas, a la *pierrette* plateada bajo cuyo gorro surgían los rebeldes rizos negros como si quisieran escapar. Cuánto la codician, pensó Josua, cómo se aglomeran todos a su alrededor. Apenas termina una ronda con uno, surge el siguiente. No todos podían ser un Gutstein, ese elegante y adinerado Max. ¿Cuál de ellos será? ¿Y cuál de ellos será el más resuelto?

Tampoco supo dar respuesta Raquel.

—Apenas le conozco —susurró—. ¡Y además, esos antifaces! Pero a medianoche, después de la gran cuadrilla, se quitarán las

máscaras. Debes tener paciencia hasta entonces, Josua, como yo. Ella sí le reconocerá, ¡ah, sí! Y él… ¡ay, Dios mío! Probablemente estarán bailando juntos ahora y cuando caigan las máscaras se reirán…

Brauchteil pareció anestesiado, incluso su tos se adormeció. ¡Esa hermosa música, treinta o quizá más cíngaros…, todo era cautivador! ¡Alegría, felicidad y dinero! ¡Y las innumerables botellas allá abajo! Botellas con cuellos dorados y plateados en cubetas relucientes como si fueran de plata. Y los comerciantes haciendo sus ventas. ¡Ni con cien viajes a Cluj podría hacerse tanto dinero! ¡Y los merceros, los peluqueros! ¡Y los zapateros! ¿Estaría por ahí Dudutz? ¿Y Luka con su Wanda, y Bachja y Rohm? Esas pequeñas máscaras podían ocultar muchas cosas, una cantidad increíble. Caerían hacia medianoche, lo había dicho Raquel, por tanto faltaba una hora larga y había mucho que ver. Sobre todo la *pierrette* con su airosa cabeza y sus rizos sueltos.

«Nos hemos perdido muchas cosas —se dijo cavilosamente Josua con un amago de melancolía—, pero también hemos salvado mucho. El futuro, los hijos. Dos décadas muy duras y, sin embargo, esperanzadoras, con nuestros dos hermosos hijos. Y a mi lado Raquel, siempre buena y paciente. Nunca se ha quejado, nunca. No es joven ni vieja, todo cuanto me alegra o entristece la alegra o entristece a ella». Mientras pensaba así se acercó más a ella y tomó la firme determinación de comprarle un helado con barquillos en el entreacto.

También había cosas de esas, a pesar de la nieve y del hielo tras las ventanas, también había cosas de esas en la caldeada sala, en aquella maravillosa noche.

Por fin, llegó el gran momento acompañado de muchos gritos jubilosos y carcajadas. Las máscaras cayeron, los rostros quedaron al descubierto. Raquel clavó la mirada en el joven que estaba ante Lea y hacía la obligada reverencia. No lo conocía, no era Max Gutstein. Y ella tampoco pudo oír lo que él le preguntaba cortésmente:

—¿Puedo acompañarle a alguna parte, señorita?

Y la respuesta sólo fue comprensible por el movimiento de los labios:

—Gracias, no se moleste.

Lea no subió a la galería.

—¿Es él? —preguntó en voz baja Josua.

Ella negó con la cabeza.

—No. Pero ya vendrá. ¿Cómo no ha de venir?

Lea miró en torno suyo, fue una mirada escrutadora, ansiosa. Se arregló los rizos y luego abrióse paso entre las masas de parejas, marchando ostensiblemente hacia un objetivo previsto. Raquel lanzó un suspiro de alivio.

—¿Le has visto ya? —preguntó Josua.

—Ella ha desaparecido bajo esa galería —repuso Raquel—. No puedo verla. Pero después, cuando se reanude el baile te diré quién es. Ahora ya no hay máscaras.

Entonces, pudieron echar una mirada alrededor buscando amigos y conocidos. Allí estaban los Luka; Wanda llevaba un vestido verde cardenillo y una peineta en el pelo, probablemente con la intención de representar a una sirena. Los Flaum disponían también esta vez, de una mesa, pero Raquel no pudo saber que, por cuanto se refería a la consumición, se daban por satisfechos con las marcas de la casa. Flaum chupaba malhumorado su cigarro puro mientras que Gulda, envuelta en un vestido de ondulantes velos, como si quisiera pasar por una nueva Salomé, reía sin interrupción. Por ello parecía ilógico que Priska, vestida con blusa roía y falda verde divididas por un ancho cinturón blanco, representando aparentemente una princesa de las *zardas* o por lo menos una campesina de la *puszta*[13], permaneciese con las manos cruzadas sobre el regazo y la barbilla hundida sobre el pecho. Tal vez temiera, y con razón, que cuando desaparecieran los antifaces también desaparecerían los acompañantes retenidos hasta entonces; sea como fuere, el entreacto no parecía prometer ninguna clase de diversión. El taciturno Esra no se dejaba ver, ni en la sala ni por las galerías.

Josua saboreó encantado el café y los pasteles, Raquel no tanto. Tal vez el exuberante príncipe no lo hubiese azucarado esta vez como debía y hubiese echado en su lugar una píldora de naturaleza incierta, entre áspera y dulzona, o, más bien, con un regusto amargo. No obstante parloteó y rió, si bien su mirada erró por encima del antepecho como si temiera perderse un espectáculo regocijante.

De pronto, hubo cierto revuelo en la galería: Lea llegaba. Los comilones levantaron la vista, las conversaciones se apagaron. Se la examinó con expresión benévola, incluso admirativa…, Brauchteil lo observó.

—¡Vaya! —exclamó—. ¡Llegas cuando se ha terminado el café! Y tampoco queda ni una miga de pasteles. Pero yo te los traeré, nena. En la esquina hay una confitería…

—No los necesita —terció Raquel—. Ella obtendrá algo mejor, y no precisamente de la confitería. —Volviéndose hacia Lea preguntó —: Estáis otra vez allí, ¿verdad? En el cuarto junto a la sala donde os divertisteis tanto aquella vez. También la habrá alquilado ahora Max, ¿no?

—Sí —dijo Lea varias veces, asintiendo con la cabeza—. Si, lo ha hecho, no sabría hacerlo de otra forma. ¿Te gusta esto, *papi*? ¿Quieres quedarte un rato más o tienes ya sueño?

—Me quedaré, me quedaré. —Josua asintió con entusiasmo—. Esto es muy hermoso, nena. La fiesta es hermosa y tú eres hermosa. Pero quisiera comprarte algo refrescante por lo menos. Un helado, ¿te parece bien? Con barquillos. Se lo he prometido a tu madre y te lo traeré también a ti.

Raquel se alarmó.

—No lo hagas, Josua. Lea está acalorada y tendrá complicaciones con los pulmones. Tráemelo a mí, si haces el favor. Uno aunque sea sin barquillos.

Aprovechando ese momento en que Brauchteil no estuvo al alcance de su voz, preguntó atropelladamente:

—¿Es que no ha venido? ¡No le he visto! ¿Está enfermo? ¿Ha salido de viaje? ¿Os habéis reunido de verdad en ese cuarto?

Los ojos de Lea se dilataron y expresaron tristeza.

—Está ahí, *mami*, y además ha bailado con todas, excepto conmigo. Lleva un dominó, una gran capa de seda sobre el *smoking* y una capucha en la cabeza. Se tapa toda la cara y desde aquí arriba no es posible verle los ojos.

—¿No te ha reconocido?

—¡Vamos, *mami*! No es tan torpe…, y yo tampoco lo soy para suponer tal cosa. No quiso mirarme, Dios sabe por qué. Ha invitado a todos en el reservado, chicas, chicos, todo el círculo.

—¿Y a ti no?

—No, *mami*, a mí no. Me ha ofendido ante todo el mundo. Sentí ganas de chillar, y casi lo hice en el guardarropa.

—¡Por amor de Dios! —exclamó Raquel fuera de sí—. Estás echando a perder tu maquillaje. Hay una mancha de colorete en ese delicado lame…

—Ya lo sé, ya lo sé —dijo Lea tragando saliva—. No puedo llorar siquiera. Quisiera huir de aquí, pero no lo haré. Ellos están bebiendo y bailando. Quizá se le vaya la lengua a alguien, yo quisiera saber… ¡cuidado! ¡Ahí viene el padre! Me largo, *papi* querrá hacerme toda clase de preguntas. Y soy incapaz de mentirle…, ¡le veo tan feliz!

—¿Adonde vas? ¿Qué te propones hacer? El entreacto es muy largo.

—Hay otros reservados. Allí hay algunos amigos de Sami, conocidos, quiero decir, del curso. Me han llamado varias veces, al parecer les gusto. Bueno, adiós, *mami*.

Todo aquello se dijo entre susurros apresurados, medrosamente. Se apaciguó al presuroso Brauchteil con unas cuantas bromas, el helado, que Raquel tomó a cucharadas con aire pensativo, fue la única cosa fría.

A las dos de la madrugada, la orquesta inició sus melodías con absoluta puntualidad. Las parejas convergieron desde todos los rincones en el reluciente entarimado, únicamente el grupo social en

el reservado de Gutstein pareció querer seguir bailando allí el resto de la noche. Desde luego, algunos pasaron esporádicamente a la sala, pasaron breves minutos acá y acullá mientras Lea esperaba la llegada de algún mensajero que le reprochara su alejamiento, y se la llevara triunfalmente consigo. Pero nadie le hizo caso.

No obstante, Lea bailó, y Brauchteil no se sació de mirarla. Algunos jóvenes, intimidados antes por sus frías miradas, se atrevieron a invitarla, incluidos los forasteros que se habían contentado hasta entonces con Priska Flaum. Lea se mostró agradecida con todos, pero no perdió de vista la entrada del pequeño salón como si esperara una seña y no quisiera perdérsela. La seña llegó por conducto de una muchacha, su amiga Alice.

El encuentro tuvo lugar no lejos de aquella puerta. Lea perdió el paso y se volvió sonriente hacia Alice.

—¿Os divertís ahí dentro?

—Es más divertido que esto —respondió la otra sonriendo igualmente—. Con champán, y sin carabina.

—¿Estáis bailando?

—Claro, ¿cómo no? Sólo hay tres cíngaros, pero dan mucho rendimiento.

—¿Y…? —Lea se sonrojó sin poder remediarlo—. ¿Y Max? ¿No quiere darse una vuelta por aquí?

—No, querida. Tiene miedo. ¡Demasiadas obligaciones, querida!

¡Ah, esa mirada maliciosa! ¡Ese mohín malévolo! La informadora saludó con la cabeza y se alejó pero la insidiosa palabra quedó allí Y salpicó el gorro, el disfraz, los zapatos, como una baba indigesta.

Ése fue para Lea el instante en que las lámparas amenazaron con extinguirse, pero fue también el momento fatídico de Brauchteil, quien estaba abalanzado sobre el antepecho, sumido en la contemplación del espectáculo. Un dedo rígido tocó su encorvada espalda. El hombre, vestido de paisano, se presentó como policía y le invitó a acompañarle sin demora ni aspavientos. ¿Cómo? ¿También la señora? Por descontado, si era su esposa. Pero sin ruido, sin ruido, no se debía perturbar la fiesta. Y nada de

preguntas, ni en el guardarropa siquiera. Cuando se llegara a la calle, desde luego.

Sí, resignación, dijo el funcionario ya en la calle, un contratiempo, desgraciadamente. No, no el hijo, un incendio. El siniestro no había sido excesivo, aunque eso era cuestión de pareceres. ¿Pertenecía al señor Brauchteil el comercio en el número 17 de la calle Mayor y las habitaciones situadas tras él? Pues allí había ocurrido, desgraciadamente…

Josua no se detuvo a oír más, y salió disparado. El funcionario corrió tras él y Raquel cerró la marcha. Brauchteil creyó estar corriendo contra el filo de un cuchillo, así era de cortante el frío glacial. Y sin embargo, un calor agobiante envolvió su pálido rostro como si lo lamieran las llamas. Sin hacer caso de las llamadas, prosiguió desalado, tomó por la tercera bocacalle y finalmente divisó los coches de bomberos y la pequeña multitud congregada en aquella hora tardía. Por último, llegó allí sin aliento.

El portal estaba en ruinas, el revestimiento de las ventanas, hecho astillas. Ahora se abría allí una tenebrosa boca, un túnel que humeaba, a ratos, que llameaba esporádicamente y saltaban chispas. El agua salía silbando de las gruesas mangueras, caía sobre las devoradoras llamas y las extinguía cual un ángel salvador.

—Un pequeño incendio —dijo el jefe de bomberos a Brauchteil—, es fácil localizarlo. No ataca hacia abajo, y menos todavía hacia arriba, las paredes tienen un metro de grosor.

Por fin llegó Raquel, descompuesta, jadeante. Brauchteil la abrazó como si la hubiese salvado del fuego.

—Todo perdido —dijo sollozante—. ¡Todo, Raquel!

—No todo —objetó el jefe de bomberos—. Según tengo entendido, ustedes poseen dos habitaciones en el patio.

Pero Brauchteil, ahogándose con el humo y los sollozos, no le oyó.

—¡El dinero, Raquel, todo el dinero! ¡Los muebles, la vajilla, el ajuar de Lea! ¡Ah, Raquel, Raquel! Ve en busca de Lea, yo no

puedo… ¡Ay, mi cabeza, mi cabeza! ¡Ve en busca de Lea!, está bailando. Pobre Lea, ¡pobre, pobre, se la veía tan feliz! ¡Y yo, y tú!

Al cabo de una hora se retiraron los bomberos, y el público se dispersó. Pegándose al borde del muro los tres avanzaron tropezando con los escombros hacia el patio interior, donde permanecía intacto el almacén. Ahora sí se enlodó realmente el *lamé* pese a la infinita cautela.

Brauchteil sollozó para sus adentros sin percibir las palabras consoladoras, los cariñosos contactos. Raquel le hizo echarse en la cama, el antiguo catre de Samuel. Luego ella misma se tendió vestida junto a Lea, la proximidad les hizo bien a ambas. Pero nadie durmió aquella noche aunque el fuego estaba ya extinguido y ninguna pavesa erraba por la oscuridad. Otras llamas muy distintas envolvieron amenazadoras su mortificado pensamiento. Su propia vida había ardido.

20

FUE UN amanecer melancólico. Funcionarios olfateando en el portal, hurgando los restos. Otros en la habitación, tantos que apenas cabían. Preguntas, y pesquisas, interrogatorios y actas. ¿Se había ausentado de casa toda la familia? ¿Al mismo tiempo? ¿Hacia qué hora? ¡Calculándola al minuto si se recuerda! Nada de luz eléctrica, por consiguiente petróleo. ¿Calefacción? Salamandra, alimentada con leña. ¿Cuando se puso el último tarugo? Polémica: ¿cuánto tiempo necesita un tronco para arder? Una cuestión importante pues podría definir las culpabilidades. Y finalmente: la señorita llevaba un disfraz, ¿se les permitía examinarlo? Tal vez tuviera alguna mancha, y tal vez se intentara limpiarla con gasolina. ¿Había gasolina en la cara? Según aseguró un agente, el olor a gasolina era perceptible, no obstante la humareda del incendio. Y, por añadidura, la plancha. Requisito indispensable antes de asistir a un baile. No era eléctrica, eso se sabía ya. Por lo tanto, de carbón. El carbón arde con lentitud, y en la vivienda hay muchas corrientes. Para terminar: ¿Algún enemigo? ¿Alguien que pueda tener propósitos incendiarios? ¿Cómo? ¡Nunca se sabe, hay que desconfiar de todo! Lamentablemente es preciso proteger también los intereses del casero. El portalón destruido por el fuego, el calcinado zaguán, una parte de las escaleras y finalmente, ¡la limpieza de los masivos escombros! Todo ello implicaba gastos, pero ¿a cargo de quién? ¿Tal vez la compañía aseguradora? ¿Se había pasado por alto la contratación de un seguro? ¡Lástima! Pero era de esperar que el casero no lo hubiese olvidado.

Se fueron hacia el mediodía. Pero quedó la desolación en el portal y también la desesperación en los dos pequeños cuartos. Brauchteil se paseó enfurecido por la habitación, sus ojos echaron llamas.

—Lo hizo ese Lungu en combinación con el Dudutz. Esperaron a que todos nos marcháramos. ¡Todos! Y entonces lo hicieron. Con gasolina. En casa no hay gasolina. ¡Limpiar el traje! ¡Ah, pero si era nuevo! ¡Lea se puso incluso los guantes para cogerlo! ¿Dónde está la gasolina? ¿Acaso tienes gasolina, Lea?

Raquel le tapó la boca.

—¡Por amor de Dios, calla! ¡No grites tanto! Si te oye Lungu…

—¡Que me oiga! —barboteó Josua—. ¡Y que me oiga también Dudutz! Aquí nos ha ocurrido lo que le ocurrió a Lungu en Teaka. Él tiene amigos allí, y ellos lo han hecho. Estoy arruinado, el dinero ha ardido…, el dinero y los muebles. ¡No sobreviviré a esto!

Cuando Lea se dispuso a encender el fogón, Brauchteil la increpó irritado:

—¡Nada de fuegos! ¡No puedo ver fuegos! ¿Mediodía dices? ¿Y qué significa el mediodía? ¿Necesitas tomar algo, Raquel? ¿Es posible que tengas ganas de comer?

—No estaría mal —repuso ella, intimidada—. Nos conviene recuperar fuerzas, Josua.

Él se abalanzó sobre su chaqueta, colgada de un clavo, rebuscó febrilmente en todos los bolsillos y por fin arrojó algunos billetes y monedas sobre la mesa.

—¡Mira! —gritó—. ¡Eso es todo! Y gracias que lo llevé al baile, si no se habría convertido también en humo. ¡Ve, ve y compra algo en una taberna! Las tiendas han cerrado pero las tabernas estarán todavía abiertas. Compra para ti y Lea; yo no necesito nada, ¡nada!

Poco después comparecieron los amigos, Bachja, Flaum. Su pesadumbre fue sincera, sus preguntas atormentadoras. Brauchteil se sentó en un rincón, miró con ojos vidriosos ante sí; Raquel y Lea les pusieron al corriente sin entrar en detalles. Pero Bachja y Flaum, siendo ambos sagaces comerciantes, apreciaron de una sola ojeada

la situación. Murmuraron algo sobre obtener ayuda y se marcharon, aunque no sin antes mantener una breve e importante conversación en la calle.

—Las cosas se presentan mal para Brochtl —dijo Bachja—. Se ha quedado sin negocio, sin dinero tiene tan sólo ese mísero alojamiento. Lo que posee en la Caja de Ahorros y nada es todo uno. Todo lo ha invertido en Lea…, quiero decir en su ajuar. Debemos mediar ahí, Flohm, y cuanto antes mejor.

Flaum asintió lleno de comprensión, la condolencia humedeció sus ojos.

—¿Se te ocurre algo? —inquirió con voz temblona.

Bachja se rascó el cráneo.

—Debe ser una contribución general, así resultará menos costoso y más abundante. Al fin y al cabo, Brochtl ha dado la cara por todos nosotros en el proceso, creo yo. Una colecta, Flohm. Con pliegos explicativos, tú uno, yo otro. El señor maestro los redactará. Si recorremos toda la comunidad religiosa, fabricantes, grandes comerciantes y nuestra gente, Brochtl podrá sacar inmediatamente la cabeza del agua, creo yo. O mejor dicho del fuego, creo yo.

—¡Estupenda idea! —exclamó entusiasmado Flaum—. Eso le pondrá otra vez a flote. Hagárnoslo, sin tardanza. Quiero decir, lo de los pliegos.

Se empezará mañana, hoy están cerradas las oficinas.

Se despidieron muy satisfechos, su apretón de manos fue firme, su paso resuelto. Pero aún tuvo más resolución Tini, quien poco después cruzó dando trompicones el umbral de los Brauchteil.

—¿Estás ahí, Josu? —vociferó—. ¡Qué desastre! ¡Precisamente a ti tenía que escupirte el diablo en la cara! ¿No has sufrido daño? ¿Y tu mujer, y tu guapísima hija? ¿Seguro? ¡Vamos, vamos, entonces alégrate, maldita sea, alégrate! Si hubieras estado durmiendo, Josu, y la mujer también, y os hubierais visto repentinamente rodeados de fuego sin poder escapar ¿que habríais hecho? Y si lo hubierais intentado, el fuego os hubiera abierto un boquete en la cara o el

vientre…, ¡imagínatelo, Josu! ¡Eso sí que hubiera sido mía cochinada!

Pero la reprimenda no surtió efecto. Brauchteil prosiguió acurrucado allí, verdadera personificación de la bancarrota. Tini atizó el fuego; nada ni nadie hubieran podido impedírselo.

—Si perdéis el ánimo enfermaréis —les imprecó—. ¡No debéis dejar que os tiemble el tuétano en los huesos! —Cuando finalmente prendió el fuego y las ramas crepitaron, Tini se plantó ante Brauchteil con aire dominador, mi generalísimo en toda la línea, y mostróse desacostumbradamente enérgico—: Josu, te he recomendado cien veces que agarres por la garganta a Jeronim y Wanda, sobre todo a Wanda. ¿Es cierto o no? ¡Cien veces! ¿Y qué has hecho tú? ¡Nada! ¡Esperaste hasta que te dieron vivienda y comercio y te echaron unas monedas a los pies! ¡Ah, ésos! ¡Precisamente esos dos! ¿Cómo? ¿Que estuvieron aquí? ¿Por la mañana? ¿Quién lo ha dicho? ¿Un funcionario de la Policía? ¿Y no han entrado? ¡Claro que no! ¿Quién se atrevería a entorpecer una investigación oficial? Naturalmente, la Policía los ha enviado al diablo, pero tú sigues esperando un milagro, ¿verdad? ¡Un milagro procedente de Wanda! ¡Ali, Dios, qué cretino eres! Bueno, está bien, está bien, no te enfades. Cuando pienso en Wanda pierdo los estribos. Tú no eres un cretino, no, pero sí un cordero y de los más pacientes, ¡te lo digo y te lo confirmo aunque te enfades otra vez! ¡Vamos, Josu, saca fuerzas de flaqueza! Ve allá si la maldita gansa no reaparece por aquí. Písale los callos, ella te ha untado ya la boca con demasiada miel. Ahora es el momento, ¡hoy mismo! Que te acompañe Raquel si te da reparo ir solo. ¡No me mires con esos ojos saltones, dime que irás! ¡Hoy mismo, mil diablos! ¡Si no lo haces, incendiaré este lamentable tugurio y ya verás qué haces entonces!

Eso causó efecto.

Por la tarde, Brauchteil y Raquel se encaminaron hacia la morada de Jeronim Luka atravesando la ciudad y los arrabales. Marcharon despacio, amilanados, cada paso entrañaba un peligro, muy pocas gentes habían esparcido ceniza o arena por el suelo. Ella hubo de

conformarse con su abrigo viejo pues la piel de cordero había sido víctima de las llamas; no obstante, Brauchteil, envuelto en su tenue sobre todo, parecía, junto a ella, una estaca, un verdadero tablón. Hundiendo profundamente la cabeza, cortando el aire con la afilada y amoratada nariz, avanzó paso a paso, cauteloso; en su rala barba brillaban cristales de hielo.

Jeronim Luka en persona les abrió la puerta, y aparentemente del mejor humor.

—Pasen, pasen —dijo lleno de jovialidad—, les estábamos esperando. No hablen ahora, se les podría helar la lengua. Háganlo aquí dentro, en el comedor, por favor. Es la pieza más caldeada, aquí podrán quitarse también la ropa para que los abrigos se calienten.

Wanda mostró también una actitud cordial. Se levantó de la mecedora, les ayudó a quitarse las prendas externas y entretanto charloteó:

—¡Ya llegamos felizmente a casa, Dios sea alabado! ¿Quién se atreve a salir con este frío polar? Bueno, ustedes lo han hecho, pero tienen motivos bien fundados. Pero no digan nada, todavía no. Tomen asiento. ¡No, señora Raquel, aquí, este sillón es más cómodo! ¡Y usted aquí, señor Brauchteil, que tampoco es malo! Ahora mismo encargaré el té a Angeli, dos tazas para cada uno y con la ración correspondiente de ron. —Diciendo esto abrió la puerta de golpe, hizo el encargo a gritos, y añadió—: Y también habrá tarta, sólo media, naturalmente, la del mediodía. Cada domingo Angeli hace una tarta, está habituada a eso, ¡ja, ja!, Aurelia le inculcó el hábito durante el período de las vacas gordas. Sírvase, querida señora Raquel. ¡No, este trozo…, está más relleno! Y sirva también a su señor esposo, de lo contrario él cogerá el más pequeño pues es demasiado modesto.

¡Cordialidad, cordialidad, cuánto bien haces! ¡La cómoda habitación, los mullidos sillones, las bebidas reconfortantes! ¡Y por añadidura las palabras, la solicitud! Tanto por parte de Wanda como de Jeronim. Parecían dos samaritanos atendiendo a unos enfermos.

Y realmente eran enfermos, estaban congelados y tiritaban hasta lo más hondo de su ser, allá donde el té no podía llegar.

Se habló del baile con palabras encomiásticas. Presentación, decoración, música…, todo soberbio. Naturalmente bastantes diferencias entre los tocados. Muchos demasiado extravagantes, muchos chabacanos, otros recargados y algunos hermosos. Sin embargo, ¿a quién correspondió la corona? ¡A Lea! ¡Cómo no! ¡Estaba magnífica la muchacha con su suntuoso disfraz! No comprado a lo loco, eso no. Aquí no es posible encontrar semejantes artículos. ¿Caro? ¡Ah! ¡Qué ociosa pregunta!

Conversación trivial, barrera quebradiza para el tema fundamental de Josua, que Brauchteil derribó indirectamente, es decir, no por su propia resolución sino cediendo a la terrible, presión en el pecho.

—Ustedes han dicho, señor Luka, que nos esperaban. ¿Nos esperaban realmente?

Jeronim le sonrió haciendo un ostensible esfuerzo.

—¿Y me lo pregunta todavía? ¡Claro, desde luego! Pues usted me debe una explicación. Yo he averiguado ya todo, por conducto de las autoridades, los funcionarios. Pero ahora, entre nosotros…

Momento de tensión; la propia Wanda se quedó inmóvil.

—¿Explicación? —murmuró Brauchteil—. No sé qué puedo decirle. ¡Han ocurrido tantas cosas y tan horribles!

Luka se repantigó.

—Bueno, eso ya lo sabemos. Horrible para ustedes, pero a nosotros tampoco nos deja indiferentes. Al fin y al cabo, querido señor Brauchteil, yo le facilité el portal. Y en inmejorable estado. No era bonito, pero sí limpio, y estaba encalado. Tampoco eran señoriales ni el portalón ni la escalera; sin embargo, se conservaban intactos, ordenados. Ahora todo se ha venido abajo, una verdadera porquería. Los daños no parecen excesivos, pero, en definitiva, son daños. Hay que repararlos, eso lo admitirá usted.

—Yo no puedo —tartamudeó Brauchteil—. No tengo nada en el mundo.

Nueva carcajada de Luka.

—¡Vamos, vamos, señor Brauchteil! ¿Quién ha dicho que responda usted de los daños? ¿Acaso lo he dicho yo? El culpable debe responder… Ahora bien, ¿quién es el culpable? ¿Tal vez usted, o Raquel, o la hermosa *pierrette*? ¡Por favor, por favor, yo no acuso a nadie! Sin embargo…, el fogón podría estar demasiado encendido, el rescoldo ardiendo bajo las cenizas, una puerta se abre con la corriente, una brasa salta al suelo, arde despacio, muy despacio hasta que surge la llama y entonces se extiende con rapidez. Eso es posible, perfectamente concebible.

—¡No, no! —Raquel se defendió con toda energía—. Yo lo comprobé, y no quedaba ni una sola brasa. Se lo juro, señor Luka, se lo juro por la salud de mis hijos.

—Tanto mejor —Jeronim hizo una afable inclinación—. Me alegro por usted, de verdad. ¿Por Qué tanto temor, señora Raquel? ¿Acaso la estoy acusando? ¿Doy la impresión de querer arrebatarle el último centavo en su bolsillo? No, tranquilícese. Por eso mismo quiero asegurarle esto: si los policías actúan como los gendarmes en Teaka, es decir, mal si no descubren a ese maldito perro, si no atrapan al incendiario, yo no me resarciré con usted. Podría hacerlo, pero no lo haré. Por el contrario costearé las reparaciones. Así lo hemos decidido, ¿no es verdad, querida Wanda?

Wanda asintió, Raquel cogió su pañuelo, Brauchteil la mano de Luka.

—¡Qué bueno es usted! —dijo con voz ahogada—. ¡Qué noble!

Luka le rechazó.

—Está bien, señor Brauchteil, no desperdicie palabras. Mantendré mi palabra si no se descubre nada. Pero si pescan a ese cerdo, allí estaré yo como un clavo. ¡Y con una factura que no olvidará fácilmente!

—Parece bastante improbable —se lamentó Wanda—. Usted tiene muchos enemigos, señor Brauchteil. No precisamente enemigos sino gente rencorosa. Por ejemplo, piense en Lungu y en ese salvaje señor Dudutz. Ahora bien, Lungu estaba durmiendo,

según asegura él. Solo en el piso hasta que le despertó el ruido ante la ventana. Eso dijo él. No a mí, a la Policía. No es una coartada, pero él tampoco puede llevar una muñeca a casa cada noche para tener su coartada. Así lo dice y con razón. Dudutz estaba también en casa; ése no tiene la cabeza para bailes y diversiones. Cuando la Policía le interrogó, sufrió o fingió un acceso de cólera. Todos estaban dormidos, dice la esposa, dicen los niños. ¡Sólo Dios y esos dos saben la verdad! Sea como fuere, eso excluye a Dudutz. Varka y su hermana… ¡santo cielo!, ellos cogen el catre a las ocho, cuando no se ha puesto todavía el sol y otea los horizontes en busca de su descanso. Queda Stinul, el beodo; Matei está descartado. Y Stinul tiene una coartada inatacable. Baile de disfraces, taberna, todo sin máscara. Pero la borrachera es prácticamente un antifaz. Ingeniosa frase, ¿verdad, Jeronim? Él arruga la nariz, siempre la arruga cuando digo algo gracioso. ¡Bueno, sigue hablando! ¿Quién es el dueño de la casa, tú o yo?

Ella se enfurruñó, con gran preocupación de Brauchteil. Si la atmósfera se enrareciera ahora, darían fin las cortesías. Pero Jeronim contemporizó y pronto volvió a reír.

—¡Dueño de la casa! —exclamó burlón—. ¡Ni en el catastro siquiera! Aunque también hay cierta diferencia entre dueño de la casa y dueño en la casa. ¡Lo ve señora Raquel, eso le ha gustado! Le hizo gracia porque es conveniente para la palomita. Prosigamos, pues: Stinul no ha sido el autor. Pero, ¿quién, entonces? ¿Amigos de Dudutz, adictos del señor Lungu, o esa puerca chusma de Teaka? Yo hago cruz y raya, señor Brauchteil. Para mí la cosa no es tan grave como lo hago creer ante los demás. Pues dicho sea entre nosotros, estrictamente entre nosotros, yo me proponía modificar ese portal, darle una forma completamente distinta. Con barniz amarillo y pavimento de cemento. Además una nueva puerta provista de correderas y batientes deslizantes para la entrada de vehículos, y junto a ella el portalón con tallas de madera. Tampoco siento lo de la escalera. Era anticuada, anacrónica, ¡fuera con los trastos viejos! Una escalera de piedra, ¡sí señor!, barandilla de latón, eso es

señorial, armoniza con el magnífico piso. Dicho sea entre nosotros, iniciaré tales obras cuando se hayan largado esos repelentes individuos, Lungu y Dudutz. Allá por la primavera, el mejor tiempo para edificar. Quedan seis semanas, digamos dos meses; hasta entonces podrá conservar usted el almacén.

Brauchteil se enderezó cual una vela, sus músculos faciales se atiesaron tanto que le dieron una expresión insólita. Miró a Luka de hito en hito y tosió varias veces hasta que por fin pudo farfullar:

—¿Entonces? ¿En primavera? Quiero decir, ¿podremos ocupar entonces el piso de arriba? Usted prometió hace tiempo…

La reacción de sus dos interlocutores le dejó sin palabras. Wanda saltó como un muelle con el rostro descompuesto. Pareció dispuesta a proferir algunas palabras gruesas, pero logró dominarse y lanzando una carcajada sardónica se dejó caer sobre la mecedora. Jeronim se echó hacia atrás, jugueteó con la cadena de su reloj y dijo a Josua, lanzándole una mirada oblicua:

—Pero querido señor Brauchteil, usted vuela demasiado alto. Eso es ir demasiado alto. Eso es ir demasiado lejos, aun contando con el obligado amor al prójimo. Yo le arrendé la entrada y el almacén a un precio ridículo. Suficiente si acaso para comprar un bocadillo o diez coles, nada más. ¿Y ahora ambiciona el piso? ¿Lo quiere alquilar tal vez por tres bocadillos y veinte coles? ¿Nosotros, sin embargo, debemos seguir desterrados aquí, en el fin del mundo, hasta que esas vigas nos aplasten la sesera? ¿Para eso invierto mi dinero?

Raquel quiso intervenir varias veces pero Luka la hizo callar con un ademán seco. Después, se permitió hablar, y lo hizo con acento suplicante:

—No es eso, señor Luka. Nosotros no pensamos en el piso grande. Pero ahí queda una dependencia en el patio. Dos pequeñas habitaciones y una cocinita. Lea no se pasará la vida con nosotros. Y Sami se ha marchado ya. Somos dos nada más, Josua y yo…

—¿Y Angeli? —objetó Wanda—. ¿Dónde la instalaré? ¿Y el posible chófer? Jeronim quiere transformar el portal en garaje, puertas correderas, suelo de cemento…, ya se lo ha indicado. Para un

automóvil; ya estoy harta de camiones. Pero un chófer no puede vivir en los arrabales, debe estar siempre sobre aviso por si se le necesita.

Raquel se desalentó.

—Sólo lo pensamos porque el señor Luka… ha dicho siempre que estaremos juntos, que no necesitaremos alejarnos demasiado del establecimiento cuando el señor Dudutz… Nos hacíamos ilusiones con la pequeña dependencia, del señor Dudutz…

Jeronim juntó las manos.

—¡Por amor de Dios! ¿Les he metido yo semejante necedad en la cabeza? Desde luego intenté animarles, uno debe dar ánimos a las personas laboriosas, naturalmente continuamos juntos, manteniendo la vieja amistad. Pero, ¿piso y tienda? No, querida señora Raquel, usted me ha entendido mal. Es una interpretación errónea que a me deja boquiabierto. ¿Ustedes y ese suntuoso o comercio? ¿Allí se proponían vender pepinos, rábanos y col fermentada?

—Allí artículos de mercería… —balbuceó Raquel—. O antigüedades.

—¡Cristo! ¡Mercería! ¡Tenernos cinco merceros importantes y veinte pequeños…, y ustedes quieren dedicarse a la mercería! ¡Antigüedades! La ciudad está repleta de antigüedades, ¡ella misma! ¡Es una antigüedad, no tiene nada de moderna, pertenece al ayer o al anteayer! No, no, ahí se ve la quiebra por anticipado. Nadie les compraría nada, además eso también requiere capital. Y por añadidura el hermoso establecimiento parecería una prendería atestada con botas viejas y chaquetones de labriego. Realmente es demasiado buena para semejante cosa. Déjeme hablar, señor Brauchteil, no quiero discutir sobre ello. Además, se tomó ya hace mucho tiempo una decisión; intervine inmediatamente tras el aviso de Dudutz. Así, pues, se derribarán las paredes y los tabiques del establecimiento. Por otra parte, se agregarán travesaños en el techo para ampliar el local. ¿Y qué instalaré allí dentro? ¡Vamos, adivínelo! ¡Automóviles y motocicletas! ¡Sí, señor! De cierta fábrica francesa ya que por ahora no hay producción nacional. Primero a comisión. Esos

pagan un abultado porcentaje, y además gastos de representación. Todo está calculado, pagos en metálico, intereses, etcétera. Y detrás, en el almacén, el de ustedes y el de Dudutz, se instalará un taller. Un taller de mecánica aunque no exclusivamente para automóviles. Allí haré construir una salida a la calle contigua…, ¡menudo tumulto se organizará ante los escaparates! ¡Ése es el plan, eso es un verdadero negocio! ¡Tiempos nuevos! ¡Automóviles! ¡No harapos ni antigüedades!

Raquel le miró con fijeza. Cogió la mano a Josua y apretó tanto que le hizo daño.

—¿Y nosotros? —inquirió sin expresión—. Debemos…

Luka alzó las manos.

—¿Irse la calle, quiero decir? Claro, eso por descontado, pero no al instante, ¿qué se imaginan ustedes? Seis semanas, les he dicho, probablemente dos meses, entonces comenzará el ajetreo. Entretanto, ustedes podrán encontrar un alojamiento, señora Brauchteil, algo bastante mejor que ese piojoso almacén. Y si no lo encontraran, siempre podrían recurrir a Flaum en la calle del Incendio. Ustedes están ya habituados a aquel ambiente, y el señor Flaum es un hombre honrado.

—Gulda… —murmuró Raquel, absorta.

La palabra cayó como una piedra en el silencio.

—¡Bah! —Wanda frunció los labios—. ¡No sea tan susceptible! En esta situación no puede permitírselo, querida señora Raquel. Gulda tiene sus peculiaridades, todos las tenemos. Será un intermedio, como lo fue entonces, durante el verano. Ustedes recomenzarán su vida. Nosotros lo hemos hecho a menudo, ¿no es verdad, Jeronim? Son laboriosos, ahorrativos, no se arredran ante las contrariedades…

Se interrumpió, con pavor en los ojos. También Luka y Raquel se volvieron atemorizados hacia Brauchteil. Pues éste estaba riendo como un maniático. Era una risa espectral, un gorgoteo inquietante, el rostro cubierto de sudor semejaba una carátula reluciente. Súbitamente se endurecieron sus facciones los ojos adquirieron una calidad vidriosa. Se levantó de un salto, hizo una genuflexión al vacío

que tal vez pudiera ser un saludo. Luego fue a tientas hacia el rincón donde había dejado su abrigo sobre el respaldo de una silla, pero no encontró las mangas. Raquel hubo de ayudarle.

La lengua paralizada de Wanda se reanimó y adquirió gran vivacidad.

—No se marchen tan pronto, todavía queda tarta, les serviré otro té. Charlemos un rato más, con la charla se encuentran siempre soluciones…

El sufrimiento patente en los ojos de Raquel la hizo enmudecer.

—Déjenos marchar, señora Luka, será preferible.

Jeronim abrió la puerta, algunas palabras afables revolotearon en la noche. Fue una despedida apresurada, el frío se había intensificado y era como una dentellada de lobo.

Durante el largo camino de vuelta, Raquel habló sin cesar pero él no dijo nada. Caminó aferrado a su brazo, alzando al cielo el mentón con la rala barba, dando un traspiés cada dos pasos. Las glaciales ráfagas sacudieron su cuerpo; varias veces agitó las manos como si quisiera hacerlas hablar.

Lea estaba en cama, no enferma sino por causa del frío. Raquel le pidió el mayor silencio, luego desnudó a Josua y lo acostó solícitamente. Él siguió sin decir palabra, aunque a ratos desaparecía de sus ojos la vidriosa mirada y en su lugar surgía una expresión de agradecimiento.

Raquel se reunió después con Lea y le relató, brevemente, en un susurro, todo lo ocurrido. Pero Lea se rió igualmente. La misma risa espectral de Josua poco antes de la despedida. Raquel se horrorizó otra vez, el desconcierto puso en su boca unas preguntas que jamás se habría atrevido a hacer.

—¿Estuvo él aquí, Lea? ¿Vino aquí?

Ella se sentó, los rizos fueron un marco negro alrededor de su lívido rostro.

—¿Quién, *mami*? ¿A quién te refieres?

—A Gutstein, a Max. Si él te quisiera habría venido ya. Debería hacerlo, Lea.

Nuevamente la risa espectral. La muchacha se deslizó otra vez bajo las mantas y cerró los ojos.

—¡Bah, *mami*! Ahora cumplirás cuarenta y siete años, ¿verdad? Tendrás pronto canas y sigues siendo una niña. Pero yo no lo soy, *mami*, yo no.

21

AL DÍA siguiente, cuando la luz aún era ambigua, Brauchteil se levantó pero no se puso su ropa de trabajo con la que arrastraba cajas y barrilillos, sino la buena, el traje de calle. Raquel le oyó merodear y se deslizó, sigilosa, fuera de la cama. En el umbral entre los dos cuartos preguntó temblando y no sólo de frío:

—¿Qué pretendes hacer, Josua? ¿Adonde vas tan temprano?

Él la miró sonriente, con expresión algo extraña según se le antojó a Raquel.

—Negocios —repuso lacónico.

—¿Tienes negocios en marcha? —La pregunta sonó alegre—. ¿Con quién? ¿Dónde? ¿Está muy lejos? Ten cuidado, ve despacio, las aceras están resbaladizas.

Él sólo hizo una mueca, inclinó la cabeza y se echó a la calle. Caminó tambaleante a lo largo de las paredes; soplaba un mordiente viento matinal. Encontró poca gente, algunos le saludaron. Preguntas, palabras sobre el incendio, algo insoslayable. Condolencias, expresiones de agradecimiento…, también fue preciso soportarlo. Pero luego él preguntó a su vez si no necesitarían algo urgente e importante de Cluj. Por ejemplo, un visado para el pasaporte, por ejemplo fruta californiana o alguna exquisitez similar. Elogió el servicio y su baratura, les costaría cuarenta lei como antes.

Los otros le miraron atónitos, luego sonrieron y por último se irritaron. Sus explicaciones no fueron precisamente confusas, sino más bien desordenadas e incluso contradictorias. Todos lo lamentaron —de momento no necesitaban nada, tal vez más

adelante— y le dejaron plantado. Hacia las nueve había tenido ya éxito en algunos casos y se había embolsado billetes auténticos en su raído sobre todo.

Hubo también algún que otro lance embarazoso, como cuando se entrevistó con la señora Vlahutz —para quien había comprado un corsé el año precedente— y le recomendó un ojo de cristal aconsejándole con palabras confusas que cuidara mejor de su órbita vacía. Ella enrojeció como un pimiento y gritó que tenía dos ojos bien sanos y que, por añadidura, el corsé encargado se había deshilachado en un santiamén y estaba, desde hacía mucho tiempo, en la basura. ¿Cómo? ¿Otro, y de la misma casa? ¡Ni regalado! ¡Ella no usaba géneros de liquidación!

Por casualidad se mencionó el nombre Mogruschan; Brauchteil hizo memoria y se alegró. Ana Mogruschan era aquella pobre niña con vidrio en el rostro; él se encaminó hacia allí, a tropezones, pero sin demora. Se acogió su llegada con sorpresa y horror. ¡Se había estado en paz durante dos años! Tal como recomendara el doctor y el comerciante de Cluj. ¿Cómo? ¿Uno de reserva? No hacía falta coleccionarlos, y la órbita apenas había cambiado. Dentro de dos años, por favor; entonces podría volver a consultarles, pero no ahora…, estaban escasos de dinero.

Y así sucesivamente. Interpelación al doctor Wlasitsch con una pregunta singular: ¿seguía intacto todavía su reloj, funcionaba bien? Nueva equivocación; el reloj lo había hecho reparar un magistrado quien, desde entonces, no había dado señales de vida. Pero se acogió el error con buen humor; el doctor necesitaba medicamentos y los pagó por anticipado o Sin embargo, el magistrado le condujo hasta el reloj de música para que escuchara las cantarinas notas y comprobara su saludable funcionamiento.

Hacia el mediodía había recorrido ya diversos comercios y talleres, los ingresos eran ínfimos. Conversaciones ociosas que le impacientaban y mantenían inactivo. Las gentes hacían gestos negativos, le miraban preocupadas o divertidas, y se llevaban el índice a la sien.

Siempre a lo largo de las paredes como si necesitara un apoyo para sus proximidades. Quienes se cruzaban con él oían retazos de cálculos aritméticos. Veinte por cuarenta es…, pero veinticinco por cuarenta…, los gastos, el… autobús, los bocadillos…, nada de autobús, así se ahorra…

En casa encontró un visitante, Tini, tan eufórico como siempre. Brauchteil se animó apenas lo divisó. Le dio un fuerte abrazo, volvía a ser un hombre.

Tini se conmovió mucho.

—No te canses explicándomelo, Josu, no te armes barullos, Raquel me lo ha contado ya todo. ¡Es una banda de ladrones, una canalla! ¿Y quién lo maquina? ¡Wanda! Con Jeronim podrías arreglarte, pero jamás con esa carroña endiablada. ¡Dios, cuánto me gustaría dejarla en la cuneta! Aunque yo iría sentado junto a ella. Y mientras yo me quedaría en la cuneta ella saldría a rastras, se sacudiría y me dejaría con la chatarra camino de la eternidad. No hables, Josu, come. Raquel te ha hecho un puchero, está bien caliente y lo necesitas…, tienes la cara amoratada.

Brauchteil colocó el dinero y las notas de encargo sobre la mesa mientras saltaba de un pie al otro, y por fin logró explicarse:

—Ahí lo tienes, Tini. Todo mío. Para comisiones. No todo pero sí cuarenta. Siempre cuarenta. Muchas veces cuarenta. Veinte por cuarenta es…, díselo, a Raquel, dile cuánto es. Y por veinticinco son dos mil…

—Mil —le corrigió Tini muy serio.

—¿Mil? Bueno, también es mucho. No tengo todavía veinticinco, pero los tendré. Conseguiré treinta, y cuando haya reunido los treinta emprenderemos viaje. Dedicaré la tarde a dar una vuelta por allí y tú me esperarás. Una vez tenga treinta vendré y partiremos. Inmediatamente, Tini, y regresaremos también inmediatamente. Así pues, treinta por cuarenta, ¿cuánto es eso, Raquel?

Ella se llevó ambas manos a las sienes.

—Más de mil, Josua.

Él rió.

—¡Más! ¿Has oído eso Tini? Las gentes necesitan ojos de cristal y corpiños. En la ciudad y las aldeas. Yo visitaré Zselna y Teaka, iré adondequiera que haya una aldea, a cada valle. Necesitan tejidos y bisutería, los seres humanos siempre necesitan algo, basta con plantearles el asunto.

—Bien, bien —dijo Raquel caminando hacia el fogón—. Haz como te plazca, Josua. Pero ahora, come. Puchero. Ahí dentro hay carne de verdad.

Él tomó asiento, y mientras comía, con hambre canina, murmuró para sí cifras, su mueca se petrificó hasta parecer una máscara antigua.

Tini cogió por el brazo a Raquel y se la llevó hacia el otro cuarto.

—Quítele esa idea de la cabeza —dijo en voz baja, pero apremiante—. El hombre está enfermo. Yo salgo de viaje, debo hacerlo, mañana es martes. Pero no le llevaré conmigo. Que Dios me perdone, y usted debe perdonarme también, me es imposible. No digo que esté loco, jamás se me ocurriría ofenderla, y menos a mi amigo Josu, pero sí está perturbado y lo confunde todo. ¿Qué ocurriría si se enfureciese de pronto en esa estrecha cabina? ¿Qué ocurriría si me tomara súbitamente por Luka, o Lungu o ese otro perro de Dudutz? Me agarraría la garganta o cogería el volante y entonces… ¡buenas noches! ¿Lo comprende, señora Brauchteil? Yo le tengo gran aprecio, haría cualquier cosa por él, ¡todo menos eso! Quítele esa idea de la cabeza; además no debe corretear por ahí, sólo consigue hacer el ridículo.

—Sí, sí —dijo ella, mientras un sollozo ahogado sacudía su cuerpo—, además no puede hacerlo, no puede contar siquiera.

—Usted debe devolver ese dinero, las gentes se alarmarán. Cuando el maldito dinero se interpone, cesan las condolencias. También han cesado para ese canalla de Luka. Estoy hasta las narices de Wanda. Les dejaré tan pronto como encuentre otro empleo. El pobre Josu ha representado una advertencia para mí. Me iré antes de que terminen conmigo, como hicieron con Josu.

Y unos minutos después, dijo a Brauchteil:

—¿Está bueno? Come despacio y luego acuéstate. No corras por ahí, espera a que mejore el tiempo. Y no aparezcas por los arrabales, yo vendré a recogerte cuando llegue el momento. Con este frío de perros se hiela hasta el motor. Debemos tener paciencia, como los árboles y el tranquilo ganado. No somos mucho mejores que ellos.

Samuel descendió del tren de la tarde, llegado con un retraso considerable. Como el maestro le había enviado un telegrama, él se encaminó primeramente hacia el viejo amigo. Éste le acogió con un abrazo y luego le refirió la historia, procurando rebajar las tintas todo lo posible. Sin embargo, ¡qué impresionantes fueron sus deducciones! Un pequeño siniestro, dijo. Pero una gran desgracia considerando las circunstancias concurrentes. ¡El honesto e infatigable Brochtl acosado por los lobos! Pues el incendio no fue casual ni consecuencia de un descuido, para él no cabía la menor duda. ¿Qué sucederá? Por lo pronto él se siente desorientado, no puede apreciar la situación en toda su magnitud. Pero el bueno de Josua no está hecho para vivir aquí constantemente amedrentado lo cual podría ocasionar trastornos nerviosos y conducirle al pánico. Por otra parte se debía comprender y disculpar también a los Luka por no querer tolerar en su casa la presencia de una familia perseguida, casi proscrita. Esta vez un pequeño incendio, la próxima otro mayor…, ellos no podrían exponerse a eso.

Samuel escuchó con rostro inexpresivo. Entendió, asintió, todo estaba horriblemente claro. No hizo preguntas, le parecieron superfinas. Sólo repitió varias veces una, una acuciante, la concerniente al futuro inmediato.

Entonces, el anciano se levantó, caminó hasta el armario y regresó con dos pliegos doblados y un pequeño fajo de billetes. Una melancólica sonrisa iluminó levemente su rostro, mientras decía:

—Nosotros nos unimos cuando el infortunio abate a uno de los nuestros, ésa es nuestra gran fuerza. Flohm y Bachja organizaron

una colecta, entre industriales y gentes pudientes, se entiende. También ha contribuido nuestra comunidad en la medida de sus recursos. Tómalo, Sami, no lo mires con esa arrogancia. No puede avergonzarte que cada uno de nosotros haya ayudado. Tómalo y entrégaselo a tu padre; eso es para cubrir las primeras necesidades, así podrá hacer nuevos planes, tranquilamente. Pero hazlo mañana, son casi las once, y si apareces ahora, de improviso, les asustarás. Déjales dormir, necesitan el sueño. Tú comerás ahora algo y te acostarás, después, en ese diván. No sólo tendrás que digerir ese pequeño refrigerio sino otras muchas cosas. Pero, para ti, sólo exclusivamente para ti, este momento podría representar una fuente energética. Un hombre como tú madura con las heridas y las cicatrices; más adelante lo entenderás mejor.

Raquel lanzó un alarido cuando Samuel surgió inesperadamente en el umbral; fue tan penetrante que Lea acudió aterrada, pero era un alarido de júbilo, y las lágrimas de alegría le siguieron. También Josua, que estaba en cama, sonrió y le tendió una mano casi traslúcida.

—¿No estarás enfermo, padre?

Josua sonrió valientemente. ¿Estaría bromeando?

—Estoy esperando a Tini. Comisi…ones. Treinta. Treinta por cuarenta…

Samuel se enderezó. No hacía falta ser un experto para adivinar el significado de aquella mirada errática.

—Eso lo haré yo, padre. Las comisiones. Tú ocúpate sólo de dormir. He venido precisamente por eso. Yo partiré con el señor Tini. Mañana. También tengo comisiones. Más de treinta. ¡Y mira esto! —Se metió la mano en el bolsillo, sacó los pliegos, el fajo de dinero y puso ambas cosas ante los ojos de Josua—. No tendremos preocupaciones económicas —dijo todavía, antes de retirarse haciendo una profunda inspiración.

También la hizo Brauchteil, la felicidad encendió sus facciones. Luego cerró los ojos; la breve conversación le había fatigado.

Los tres pasaron al otro cuarto.

—¡Ay, Sami! —exclamó, llorosa, Raquel—. ¡Qué dicha verte aquí! ¡Y qué aprisa le has tranquilizado! Yo apenas pude sujetarlo, y mañana me habría sido ya imposible. Ayer se pasó todo el día vagando por ahí, buscando comisiones, no piensa en otra cosa. Pero eso quedó ya atrás, no podrá hacerlo nunca más. Ahora debes apresurarte, Sami, de lo contrario hubiera ido Lea. No, no es un recado…, ¡ay, algo muy distinto! —Se acercó de puntillas a la alacena, trajo el dinero junto algunas notas y se lo puso en la mano —. ¡Ahí, lo tienes, Sami, el dinero de las comisiones! No hay muchas y hacia el mediodía habrás terminado. Devuélveles el dinero, di que tu padre está enfermo. De lo contrario, pasado mañana estarán todos aquí enfurecidos y lanzando improperios.

Samuel repasó la lista.

—Pero, ¿por qué, *mami*? Yo puedo hacerme cargo realmente. Tengo tres días de permiso, y eso es más que suficiente. El señor Tini me llevará con él, ¿por qué habría de negarse? Además, yo no puedo dormir aquí, y el señor maestro es muy anciano, no quiero incomodarle.

Luego la conversación derivó hacia el telegrama, el gran retraso y, finalmente, el dinero que había traído Samuel. Raquel se conmovió mucho, ensalzó esa magnífica solidaridad, tan sólo la contribución de Flaum a esa acción salvadora le hizo menear cavilosamente la cabeza. Por Gulda, claro está. Sin embargo el rostro de Lea se ensombreció inmediatamente. La muchacha desdobló los pliegos, su mirada recorrió las listas. No todos habían hecho constar su nombre, y algunas firmas eran ilegibles… ésos eran los discretos, los bienintencionados. Pero sí había un nombre muy claro, inconfundible, y una suma respetable inscrita bajo la rúbrica.

—Devuelve eso —dijo ásperamente señalando el nombre—. Nosotros no recibimos limosna de los Gutstein. Devuélvelo sin tardanza, Sami, este dinero me quema a mí, no la casa.

Y diciendo así tachó el nombre como si aplastase un insecto repugnante y retiró del fajo la correspondiente suma.

Raquel expresó pena y confusión, la mirada de Samuel fue penetrante.

—No preguntes —dijo Lea—. Bueno, por mí pregunta si quieres. Obligaciones, dijo él, ese Max Gutstein, no a mí, sino a Alice. Bailó en el reservado, no conmigo, sino con las demás. No quiso entrar en la sala porque allí tenía obligaciones. Y yo estaba en la sala, Sami, yo estaba en la sala.

Él comprendió, no la ilación de las referencias sino el corolario. Se guardó el dinero, dobló el pliego, se puso el abrigo. Las tímidas observaciones de Raquel sonaron como el aleteo de una mosca.

Se recogió el dinero devuelto entre sonrojos y lamentaciones. Se murmuró algo sobre un concepto equivocado del honor. El rostro de Samuel permaneció impertérrito. Luego se marchó sin despedirse.

No había grandes multitudes ese martes, pero sí un movimiento más dinámico que de costumbre. Los carruajes rechinaban sobre las calles heladas, los comerciantes en sus tinglados, embozados hasta los ojos, bailoteaban y celebraban jubilosamente cada campanada del reloj que acortaba sus penalidades.

Ante el portal ennegrecido de la calle Mayor, donde aún olía a cosas chamuscadas, se aglomeraban los transeúntes aunque nadie permanecía demasiado rato. También se hallaba entre esas gentes Esra Rachmuth cuando Samuel alcanzó su objetivo. Ambos se alegraron de verse. Fue sólo perceptible en el brillo de los ojos pues las palabras no traicionaron nada.

—Ven —dijo Samuel cogiéndole del brazo—. Pasa adentro. Tú fuiste siempre un buen amigo y en casa se alegrarán de verte. ¿O vas camino de algún negocio? Algo así será, pues uno no sale por capricho con este tiempo.

—No, nada de negocios —contestó Esra.

Sólo había venido a la ciudad para saber algo más sobre aquella catástrofe. Tenía noticias del desastre por el señor notario, quien había asistido al baile de disfraces. Él se sentía un poco culpable

porque había desencadenado, a su vez, un incendio. No con gasolina ni cerillas, no. Por eso no quería entrar, aunque se sabía buen amigo, un amigo auténtico. Pero no todos se alegrarían necesariamente.

Monólogo turbio, indescifrable, recitado en actitud sombría. Samuel sintió una leve presión en las sienes. ¿Culpable? ¿Gasolina? Echó una ojeada en torno suyo para comprobar si les había oído alguien.

—Pocas casas más allá —dijo por fin— hay una taberna. Podríamos tomar allí un café y cambiar impresiones.

Esra le acompañó gustoso, con la barbilla hundida, las manos en los bolsillos del abrigo. Encontraron un rincón, los labradores charlaban a voz en grito, nadie percibiría ni una palabra.

Entonces desfilaron por la mente de Samuel la gran sala de fiestas, los renombrados y arrogantes comerciantes, la mesa del rincón rodeada de plantas y cubierta con botellas de champán La familia Flaum entró en el cuadro, y por último Alice con su galán. Cuando llegó a esa imagen, Esra se atragantó, levantó la vista como si le estuvieran torturando y, por fin, farfulló con rapidez desacostumbrada los restantes acontecimientos. Al principio, fue una acusación velada que se transformó en autoacusación cuando puso fin al relato diciendo:

—No sé, Sami, si obré bien, pero tuve que hacerlo. Él dijo juego social. Así califica la desgracia en casa de Lungu, Josua y el proceso, todo juego… ¡juego pernicioso! Y la lealtad a nuestro pueblo, la jerga… ¡un juego inútil! Tal vez tenga razón. Quien lo toma todo en serio, desgarra sus propia entrañas. Yo lo habría tolerado por Lea. ¡Pero Lea resultó ser también un juego! A él le aconsejaba su padre que se desprendiera de algunos naipes. Entonces planté los puños sobre la mesa, no ya como juego; quizá fue un error. Él debería haber cogido firmemente a Lea por el brazo, y no sólo para ir a la sala de baile, sino también ante el fuego. Y protegerla, no sólo del fuego. Tal vez lo habría hecho, tal vez lo haga todavía. Puede ser. Él se encuentra en el gran mundo. Y el de Lea. Y quizá vuelva a ella.

Pero yo no creo en un pleito. Los puños son más peligrosos que el doctor Hirsch.

Luego, enmudeció. Sus manos macizas y terrosas quedaron como olvidadas sobre el velador, esas manos escoriadas por los roces y los cortes. También calló Samuel durante largo rato. Luego cogió impulsivamente ambas manos, las apretó con violencia durante un instante y las soltó. Poco después, en lugar de dar una respuesta, sacó los pliegos de la colecta y rogó a Esra que leyera el texto allí escrito. Lo había redactado el señor maestro; era sencillo y digno. Entonces señaló con el índice el tachón que atravesaba aquel papel. Pero ese tachón tan tajante, explicó, no procede del señor maestro sino de Lea. Es como una cuchillada a lo largo de un cuello mugriento.

Esra miró petrificado la rúbrica y solicitó, casi sin aliento, la conclusión del relato.

—Es muy cobarde ese individuo —dijo al final—. Demasiado libertino para perderse un placer, y suficientemente cobarde para esconderse en el reservado…, porque pudiera haber alguien en la sala que tuviera un par de puños.

Súbitamente se levantó y dejó algunas monedas sobre la mesa. Ahora estaba ya dispuesto, según dijo. Dispuesto para visitar la morada de los Brochtl. ¡Qué espere Gulda! De todas formas está acostumbrada a esperar con el almuerzo. Él se disculparía, por descontado. La querencia era más poderosa, sus imperativas órdenes ineludibles; también se las debía obedecer esta vez.

Josua había recibido ya su alimento y estaba durmiendo. Cautelosamente llevaron la mesa puesta al segundo cuarto. Fue una cena modesta, no hubo siquiera puchero. Pero le supo a gloria, y también la actitud de Lea. La devolución del donativo solicitado, cuya magnitud fuera determinada por un sentimiento de culpabilidad, atenuó paulatinamente su rigidez para dar paso a una lánguida alegría.

Raquel habló de los recientes acontecimientos, con gran verbosidad y confusión; nadie se lo reprochó. Samuel relató cosas

sobre las múltiples actividades de la asociación, cuya acción se extendía sin pausa. Asimismo, habló de la vida en aquella ciudad mucho mayor, y se esforzó por dar a su relato un tono anecdótico. Todos se lo agradecieron, no con risas, como hubiera sido de esperar, sino sólo haciendo muecas de regocijo y asintiendo entre sonrisas satisfechas. Pero aún flotaba algo en el aire que intimidaba a todos, ninguno se atrevía a abordar el tema.

Durante todo el tiempo Esra había escuchado con evidente cortesía e interés, dejando oír de vez en cuando, un murmullo de aprobación. Cuando concluyó la colación, echó atrás su silla pero no se levantó.

—Ahora tendré que marcharme —dijo, aunque sin hacer ningún movimiento para llevar a cabo tal decisión—. La señora Gulda —prosiguió— estará enojada porque no he asistido a su cena. Lo comprenderá, pero no lo perdonará. Pues yo no pienso mentir ni utilizar pretexto alguno.

Tras una pausa añadió:

—Le diré que estuve aquí y le explicaré el porqué. —Nueva pausa. El silencio se hizo sentir pesadamente—. Y estoy aquí, señora Raquel, porque quiero hacerle una solicitud, una de suma importancia. En otras circunstancias no me habría atrevido…, pero ahora he visto lo mal que está el señor Brochtl. Saldrá del aprieto, Dios lo quiera, sin embargo puede durar mucho tiempo. También marcha mal mi padre; peor todavía. Se encuentra muy solo, la vieja rumana se ocupa del comercio y de la cocina, y, además, nos dejará pronto. Véngase con nosotros, señora Raquel, regrese a Entradam. Podrán ocupar la habitación grande, y acomodaremos a Josua en la cama de mi madre que está vacía porque Dios lo quiso así. El padre y Josua fueron buenos amigos toda la vida y ninguno se sentirá solo si ustedes quieren honrar con su presencia nuestra modesta vivienda.

Ahí se atragantó y calló, sin mencionar todavía el punto más importante. Raquel estuvo muy cerca de las lágrimas; volvieron a su memoria la niñez, las décadas pasadas en la paz sencilla de su patria

chica. La mirada, dichosa y asustadiza a un tiempo vagó un buen rato sobre la mesa y finalmente hizo alto en Lea. También se dirigió hacia Lea la mirada de Samuel, pero con expresión distinta, exhortadora. Sin embargo, Lea hundió la cabeza para que nadie viera el enrojecimiento de sus mejillas. Calló, sin levantar, ni un instante, la vista.

También se volvió hacia ella Esra, y bajando el tono de voz dijo:

—Lo sé, Lea. Ella se ha habituado a la ciudad, tiene aquí un círculo de amigos, y tal vez deberes. No quiero apremiarte, Lea, sé demasiado poco de ti e ignoro cuáles son tus proyectos. Lo que voy a decir ahora no es para sobornarte, pero debo decirlo a fin de que puedas pensarlo mejor. Ven si puedes, y quédate allí mientras te encuentres a gusto. Habrá trabajo para ti, si lo quieres y lo necesitas. El cuarto abuhardillado —tú lo conoces tan bien como yo — es alegre y acogedor. Entra el sol por cuatro ventanas, el cielo está siempre presente. Allí puedes coser o leer, estudiar inglés o francés, ¿no querías hacer eso? Yo me quedaré en la taberna; alguien debe estar allí, y también de noche. Medítalo, Lea, consúltalo con tu madre cuando me marche. Dentro de tres horas partiré con Pavel, pero antes me acercaré de un salto. Además, volveré, otra vez, la próxima semana de mercado; no conviene precipitar las cosas.

Ahora sí se levantó, colocó la silla en su sitio, no esperó una respuesta. Lea levantó la cabeza el rubor de su rostro se había tornado lívida palidez.

—No quiero ser un obstáculo —dijo tranquilamente— si la madre lo desea. No me ata nada a i esta ciudad, todo ha cambiado desde el sábado. Te has referido a mi círculo de amistades. Eso i era antes. ¡Era, Esra! Tenía amigas y amigos. I Pero ninguno se ha interesado por mi suerte, y ninguno lo hizo tampoco cuando se me ofendió tan detestablemente ante media ciudad. Ya te lo contará Sami, yo no quiero pensar más en eso. No tengo ganas siquiera de salir a la calle; esas miradas maliciosas me hacen daño. ¿Cuáles son mis proyectos? No lo sé, no exactamente. Aprender idiomas, sí, quizás ir

a Cluj, trabajar en la asociación o dondequiera que sea; hay más profesiones femeninas que masculinas. Pero no por ahora; primero debo aprender. En tu cuarto abuhardillado, si mamá lo quiere también. Y ayúdanos a los dos, tú no puedes cargarte todo el trabajo a las espaldas, aunque sean anchas.

Entonces sonrió, fue una sonrisa débil, de cansancio. Y terció Samuel. Su tono fue casi imperativo:

—¿Ayudarle? ¡Claro que debes ayudarle! A él, también. Negocio, tienda, un padre anciano… y sin embargo, ¿a quién ayuda él y cómo? Vuestra tienda es un boquete negro y maloliente, Luka os ha echado a la calle, no hay indemnización alguna, Bachja y Flohm mendigan por allí, y entonces llega…

Esra le interrumpió de forma tajante.

—Calla ya, Sami. Vosotros estáis tan necesitados como yo. Complementamos una necesidad con la otra, una aflicción ayuda a la otra, ambas se sostienen recíprocamente. Reflexione, señora Raquel, y tú también, Lea; yo no tengo nada que reflexionar.

Arrancó su abrigo del clavo y abandonó la habitación como si huyera. Nadie tuvo tiempo de acompañarle, ni siquiera Sami. Raquel puso los antebrazos sobre la mesa y hundió la cabeza.

—Estamos salvados —murmuró sollozante—. Salvados. —Pero al cabo de unos segundos se enderezó y preguntó algo insegura, aunque con inconfundible satisfacción—: ¿Qué dirá Gulda? ¡Oh, Dios mío, esa Gulda!

Samuel se rió.

—Nada, *mami*. Por primera vez en su vida se le paralizará la lengua. Pero ése será el último almuerzo que el bueno de Esra habrá consumido allí.

Tres semanas después, cuando el viento *marceño*[14] barría los campos y en las cañadas bullía la vida, los Brauchteil, naturalmente sin Sami, se dirigieron colina arriba, colina abajo hacia Entradam en un cómodo *landó*[15]. Esra se lo había pedido prestado al notario y

Pavel le había enganchado sus caballos; el carruaje tenía buenas ballestas y salvaba los baches sin traqueteo. Su asiento trasero era suficientemente ancho para dar cabida a los tres; en medio iba Josua y, a su derecha, Raquel, con Lea sujetándole por el otro lado; estaba pues seguro, arropado con varias mantas y aparentemente no sabía por qué iba sentado allí ni adonde se dirigía. Murmuró varías veces la palabra comisiones, le agitaron los recuerdos de viajes comerciales realizados, mucho tiempo atrás a distantes aldeas. Pocas horas después, descansaba ya satisfecho en su cama, vecina a la del viejo Rachmuth, y se dejaba mimar también allí, sin protestas ni agradecimiento.

Los meses se remontaron y sucumbieron, la primavera floreció, pronto se anunció el verano con mucha luminosidad y frutos nacientes. Pero en el cuarto del enfermo se agitaban sombras fantasmales. Aunque Josua animara y alegrara frecuentemente al decrépito Rachmuth con incongruentes pláticas, y en horas de luz, le distrajera con juegos malabares aritméticos, aunque las solícitas atenciones de Raquel retardaran el derrumbamiento, no era difícil prever cuál sería el fin. ¿Y Josua? El motor que le había impulsado, haciéndole moverse sin pausa, no funcionaba. La inactividad le adormecía, el esqueleto salía a la superficie. Los ojos eran espejos ciegos, y no reflejaban nada.

En los primeros tiempos, Lea se encaminó frecuentemente hacia el apeadero próximo, y luego, a intervalos cada vez más largos, para marchar desde allí a la gran ciudad. Raquel y Esra la miraban ansiosos cuando regresaban a casa. Sin embargo, ella traía libros consigo, informaba sobre Samuel y las educativas experiencias que habían vivido, juntos, pero no subía al desván donde guardaba sus maletas.

Por fin, hacia la canícula, Lea solicitó de Esra una entrevista a solas, sus ojos estaban velados, pero la voz era clara:

—Esta vez encontré también posibles empleos, y asimismo convenientes. Sin embargo, no pude decidirme, y ahora tampoco puedo. Vosotros me necesitáis todavía aquí. Tú, de corazón, lo sé

bien, y la madre por el trabajo. Así, pues, no me iré. Sólo lo haré… —y señaló hacia la habitación de los enfermos— cuando esos pobres hombres…, cuando les llegue el final. Pero entonces debéis venir también vosotros. ¿Eh, Esra? Tú y *mami*. Encontrarás trabajo, Sami está seguro de que lo encontrarás. Trabajaremos los dos, y *mami* se ocupará de la casa. Y de todos nosotros. Si te parece bien, Esra.

Esas últimas palabras partieron como un soplo hacia él, la oscura cabeza se apoyó en su pecho. Esra respiró con esfuerzo, la felicidad le hizo casi daño. Luego, sus manos se alzaron como si quisieran impartir una bendición y acariciaron los adorables rizos negros. Era asombroso que aquellas manos tan pesadas pudieran acariciar con tanta ternura.

Sin embargo, esos planes no se consumarían jamás. El destino se interpuso, no hubo palabras para describir aquella gigantesca erupción. Fue un monstruo cuya presencia no se había previsto, un monstruo con incontables ojos hipnotizadores e innumerables millones de tentáculos. Bajo su presa estranguladora sucumbió la asociación, desesperadamente atareada, y asimismo sucumbieron Flaum y Gutstein, Bachja y la mansa paz en Entradam.

FIN



FRANZ KARL FRANCHY (1896-1972) fue un escritor austriaco. En 1936, atrajo la atención con su obra *Der junge Wolf* (El lobo joven), representada en el Teatro Raimund. En 1937, el Burgtheater estrenó su exitosa obra *Summa cum laude*. Su mayor éxito llegó con la obra *Vroni Mareiter*, que se representó 1500 veces en más de 50 escenarios austriacos y alemanes y que también fue adaptada al cine.

Franchy fue menos conocido como novelista. Su novela *Spießer und Spielmann* (Pedante y juglar) fue la primera en revelar su habilidad narrativa. Su novela más significativa desde el punto de vista literario es probablemente *Abel schlägt Kain* (Abel vence a Caín, 1951). Franchy también escribió novelas sociales con base psicológica, entre ellas *Ankläger Mitmann* (El fiscal Mitmann, 1952), por la que recibió el premio de la editorial Kremayr & Scheriau en un concurso literario; y *Maurus und sein Turm* (Mauro y su torre, 1961).

Su novela *Die vielen Tage der Ehe* (Los muchos días del matrimonio, 1955) también figuró en las listas de los libros más vendidos. Toda la obra literaria de Franchy se considera representativa de la literatura austriaca. Siempre buscó hacer visible el *ethos* en sus obras.

Notas

[1] *lei*: La moneda romana es el *leu* (plural lei). (*N. del Ed.*) **<<**

[2] Los que hacen *alfajores*, dulce tradicional y popular en América Latina. (*N. del Ed.*) **<<**

[3] Estampaciónes hecha mediante la combinación de tres o cuatro tintes de diferente color. (*N. del Ed.*) **<<**

[4] *zarda*: danza húngara de movimiento muy vivo, generalmente de compás binario, que suele comenzar con una introducción lenta y patética. (*N. del Ed.*) **<<**

[5] *pogrom* linchamiento multitudinario, espontáneo o premeditado de un grupo particular, étnico o religioso, acompañado de la destrucción o el expolio de sus bienes (casas, tiendas, centros religiosos, etcétera). (*N. del Ed.*) **<<**

[6] Las monedas de níquel surgieron en el siglo XIX como una alternativa más económica a las monedas de plata. En Estados Unidos, la primera fue la Liberty Head Nickel emitida en 1883, mientras que en Europa comenzaron a circular en la década de 1860 con distintos diseños y denominaciones. Aunque se llaman *níqueles*, la mayoría de estas monedas contienen principalmente cobre y zinc, con muy poco níquel. Su dureza las hace más resistentes al desgaste que las monedas de plata. (*N. del Ed.*) **<<**

[7] Juego de palabras: *Fuchs*, zorro, y *Hichs*, ciervo. (*N. del Tr.*) **<<**

[8] El retruécano es una figura retórica que consiste en la repetición de una frase, pero en el sentido inverso. Esto produce un efecto de contraste que crea un nuevo sentido que, en general invita a la reflexión. Por ejemplo: «No hay camino para la paz, la paz es el camino».

Este recurso estilístico se utiliza con fines estéticos, para invitar a la reflexión e incluso con fines humorísticos. Por ejemplo: «No es lo mismo la tormenta se avecina, que la vecina se atormenta». (*N. del Ed.*) **<<**

[9] *interregnos*: Un interregno es un período de discontinuidad o vacío de poder en un gobierno, organización u orden social. (*N. del Ed.*) **<<**

[10] *nervus rerum*: Destino de toda aspiración, base más importante. (*N. del Ed.*) **<<**

[11] *slibowitz*: bebida alcohólica, destilada y fermentada del zumo de ciruela. (*N. del Tr.*) **<<**

[12] tipo de tela tejida o de punto con cintas delgadas de fibra metálica, en oposición a guipé, donde las cintas se envuelven alrededor de un hilo de fibra. Suele ser de color dorado o plateado; a veces se ve lamé de cobre. El lamé se usa a menudo en vestidos de noche y de gala y en vestidos de teatro y danza. (*N. del Ed.*) **<<**

[13] *puszta* región húngara de donde los recios pastores luchan contra el viento y la nieve en invierno y tratan de no perder la chaveta en verano, debido al calor sofocante. (*N. del Tr.*) **<<**

[14] *marceño*: propio del més de marzo. (*N. del Ed.*) **<<**

[15] El *landó* es un tipo de coche de cuatro ruedas, tirado por caballos, con capotas delantera y trasera, lo que permite usarlo descubierto o cerrado, y generalmente con dos asientos enfrentados en su interior. Este carruaje se popularizó en los siglos XIX y XX, especialmente en Europa, y era símbolo de lujo y sofisticación, utilizado por la alta sociedad para pasear por la ciudad con estilo. (*N. del Ed.*) **<<**